



# «Déjate engañar...»

SERIE CITAS DE AMOR 

ANNA  
DOMINICH



**«DÉJATE ENGAÑAR...»**  
**(Serie Citas de Amor III)**

Anna Dominich

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: «*Déjate engañar...*» (Serie Citas de Amor III)

© Anna Dominich

Nº de registro de la propiedad intelectual: B-2210-16

Primera edición en Septiembre 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

# «Déjate engañar...»

SERIE CITAS DE AMOR



ANNA  
DOMINICH



*A los soñadores,  
por tener el poder de hacer  
posible lo imposible.*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

Capítulo 26

Epílogo

Conociendo a...

Agradecimientos

Autora

# Capítulo 1

Todo empezó aquella calurosa tarde del mes de junio durante la celebración del cumpleaños de Alexei...

Fui a recogerlo a su casa porque era la única manera de que viniera a la fiesta. Si hubiera dejado que se acercara en su coche, probablemente nos hubiera dado plantón y se hubiera quedado tan tranquilo. Me acompañaba Daniela, que estaba bien atada a la silla, sentada en la parte trasera del coche. Cantábamos a pleno pulmón la canción de la banda sonora de la película *Frozen*, su favorita, y al son de *Let it go*, pensé en

lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos meses. Habían sucedido muchas cosas desde aquella cena con mis amigas en la que Lisa nos confesó que se había inscrito en una página de contactos llamada «Citas de Amor» y en la que, a base de mojitos, logramos convencer a Susana para que hiciera lo mismo. Aquella también fue la primera noche que compartí con Alexei, mi chico ruso de ojos azules. Pero el cambio más importante, el que había alterado mi vida por completo, había sido la llegada de Daniela. Una princesita de cinco años que me robó el corazón.

La primera vez que la vi había ido a buscar a Lisa al colegio donde ejercía de maestra. Daniela estaba esperando

que vinieran a recogerla, con la mochila colgada a la espalda y la mirada más triste del mundo... Por un segundo me recordó a mí durante mi infancia, cuando el dolor era tan insoportable que en el único lugar donde me sentía segura era encerrada en mí misma, ajena al mundo y a las cosas malas que me rodeaban. Me senté a su lado atraída por una fuerza incontrolable y le dije «hola». Primero me miró con recelo, pero luego se fijó en el color de mis uñas, de un llamativo tono fucsia, y supe que era de las mías. Fue amor a primera vista. La saludé con una sonrisa que tenía reservada solo para las personas más importantes de mi vida, que son mis amigas, mi hermana pequeña y Alexei, y

le pregunté cómo se llamaba mientras me analizaba para decidir si era una persona de confianza. Al cabo de unos minutos susurró tímidamente su nombre. Yo también me presenté y empecé a hablar de la primera tontería que se me pasó por la cabeza hasta que le arranqué una sonrisa.

—Me gustan tus uñas —susurró con vergüenza.

—¿De verdad? —Moví los dedos fascinada con el color del pintauñas —. Lo compré el otro día y me encanta —le dije emocionada, no solo porque el color era divino, sino por haber logrado que hablara conmigo.

Me sonrió, esa vez ampliamente, y fue en aquel instante cuando lo sentí.

Conectamos.

Lisa nos interrumpió y le dijo que debía irse, así que nos despedimos y le prometí que volvería otro día. Mi amiga me contó que Daniela había perdido a sus padres en un accidente y que la abuela que la cuidaba, su único familiar vivo, había muerto hacía poco. Me dijo que vivía en un centro de acogida de menores a la espera de una nueva familia, pero que lo tenía muy complicado debido a las circunstancias y a la edad. La pobrecita lo estaba pasando fatal.

El caso de Daniela me afectó tanto que no pude quitármelo de la cabeza. Unos días después, regresé al colegio con el pintañas que tanto le había

gustado y le estuve pintando las uñas mientras me contaba qué tal le había ido el día en la escuela. Después de aquella tarde ya no hubo vuelta atrás. Puedo jactarme de ser una mujer implacable, que cuando quiere algo lucha a muerte por conseguirlo, y en aquel momento quería a Daniela en mi vida. No era un capricho, era una necesidad. Me recordaba a mí, a los años que había suplicado que alguien viniera a rescatarme, rezando entre lágrimas por las noches, presa de un miedo atroz. Iba a ayudar a Daniela e iba a darle todo aquello que yo nunca pude tener. Seguridad, estabilidad y amor.

Gracias a Lisa, a mi determinación, a infinidad de papeleo, entrevistas,

disgustos y momentos de lo más emotivos, como la primera tarde que pasamos juntas o el fin de semana que pudo quedarse a dormir en mi casa, acogí a Daniela y estaba pendiente de adoptarla legalmente. Había dejado mi piso de soltera y había comprado una casita adosada con un pequeño jardín, pensando que sería ideal para que pudiera jugar con mayor libertad, renunciando así a mi independencia y a un espacio que adoraba. Había soportado preguntas insidiosas, que me cuestionaran, que me investigaran..., pero el resultado había merecido la pena. Estábamos juntas y pronto sería mía. Nada ni nadie iba a poder detenerme, ni los servicios sociales ni

los trámites legales. Daniela iba a ser mi hija.

Detuve el coche frente al edificio en el que vivía Alexei y le envié un mensaje diciéndole que le esperábamos abajo. La niña jugaba con una muñeca mientras seguía tarareando la canción y yo observaba mi reflejo en el espejo retrovisor. Me quité las gafas de sol y pensé que aquella tarde estaba espectacular. Los ojos verdes me brillaban de un modo especial y la piel me resplandecía después de haber pasado la mañana al sol, bronceándome. Me sentía una diosa.

Vale, lo reconozco, a veces mi autoestima y mi ego exagerado resultan un poco molestos, pero soy una buena

chica, lo prometo. Ya lo comprobaréis a medida que os vaya contando mi historia.

De pronto un reflejo plateado captó mi atención. No, no podía ser posible... ¡¡No, no!! Justo en la sien derecha, entre mi lustrosa melena negra, tenía una cana.

¡¡¡Una jodida cana!!!

Me llevé las manos a la cabeza e intenté hacerme con la maldita traidora para arrancarla y olvidarla para siempre. Dios, ¿había llegado el temido momento de empezar a teñirme o podía seguir aguantando un poco más?

—¡Mierda! —exclamé al ver que se me escapaba entre el cabello.

¿Dónde estaban las pinzas de depilar en momentos tan

trascendentales?

—Has dicho una palabrota —  
murmuró una vocecilla desde la parte  
trasera del coche.

Joder... Daniela. Me había  
olvidado de ella.

—Ha sido sin querer —respondí  
concentrada en atrapar el maldito pelo  
escurridizo—, pero tú no debes decir  
nunca ninguna en voz alta —le recordé  
—. Ni siquiera pensarlas. Las señoritas  
no dicen palabrotas.

Asintió y, a través del espejo, vi  
que seguía concentrada peinando la  
melena dorada de la muñeca. Rubia y  
sin canas. Qué suerte tenía, la jodida.

Al fin pude pinzarla con dos dedos  
y arrancármela de cuajo justo cuando

Alexei abría la puerta y entraba en el coche, sentándose en el asiento del copiloto. Menos mal. Faltó poco para que me pillara con las manos en la masa. El asunto podría haberme hecho perder el *glamour* que tantos años me había costado cosechar... No quería ni pensarlo.

—Hola, nena. —Se inclinó y me besó en la mejilla, luego se dio la vuelta y saludó a Daniela—. ¿Qué tal, princesa?

—Bien —respondió sonriente—. Te hemos comprado un...

—¡Eh! —la interrumpí—. Es una sorpresa, ¿recuerdas?

Ya empezábamos a conocernos y sabía que mi niña era incapaz de guardar

un secreto más de cinco minutos y no quería que me estropeará la sorpresa.

—Vale... —contestó alargando la última vocal y cubriéndose la boca con la mano.

—Feliz cumpleaños —le dije al cumpleañosero, acariciándole la mejilla.

—Odio los cumpleaños —refunfuñó sentándose bien y abrochándose el cinturón—. No sé por qué me obligas a hacer esto.

—Te lo pasarás bien, ya verás —respondí pensando en la pequeña fiesta que le habíamos organizado en el jardín de mi nueva casa.

Habíamos colgado globos, comprado una tarta enorme e invitado a nuestros amigos. Todo elegido por

Daniela. Tiene un gusto excelente para estas cosas, como yo. Estamos hechas la una para la otra, es evidente.

—¿Qué estabais escuchando? — preguntó Alexei, tocando los botones del reproductor.

—Selección Disney —comenté arrancando el coche—. Me parece que la siguiente es la canción de la banda sonora de Aladdín, si quieres puedes cantar con nosotras. Sería genial.

—¡Sí! —me aplaudió la niña—. *Alesei*, canta con nosotras.

—Ni loco —sentenció bajando el volumen—. ¿Qué coño ha pasado con los Thirty Seconds to Mars? Antes molabas, Vicky.

—*Alesei* ha dicho coño.

—¡Daniela! —la regañé y le lancé una mirada fulminante a Alexei, que estaba horrorizado por lo que había dicho en voz alta.

«Sí, amigo, tenemos a una niña pequeña en la parte trasera del coche ansiosa por aprender cosas nuevas, sobre todo tacos», pensé. Había descubierto que a los niños les encanta lo de decir palabrotas.

—¡Joder! ¡Mierda! Quiero decir... ¡Hostias! Parezco gilipollas... Dios. — Alexei balbuceaba un taco detrás de otro, cada vez más avergonzado, como el que no puede contener el vómito por más que lo intenta. Estaba muy gracioso sin saber cómo salir dignamente de aquella embarazosa situación.

—¿Por qué no para? —me preguntó Daniela, que seguía concentrada en peinar a su muñeca.

—No lo sé, cielo —me reí, recordando que hacía apenas unos minutos me había pasado algo parecido.

—Se me ha escapado, princesa —dijo abatido—. ¡Dios! Arráncame la lengua y acaba con mi sufrimiento... —me susurró con mirada suplicante.

Yo lancé una carcajada y subí el volumen de la música para seguir cantando con Daniela durante el trayecto hacia mi casa.

—Será mejor que cierres el pico, cariño —le aconsejé—. Al final vas a pervertirme a la niña.

Le guiñé un ojo y me puse las gafas

de sol. Aquel iba a ser un gran día o al menos eso pensaba...

Un par de horas después, disfrutábamos de una charla amena entre amigos y cervezas. Daniela chapoteaba en la piscina hinchable que habíamos comprado durante el fin de semana, contenta mientras jugaba con sus muñecas. Carol devoraba la tarta de cumpleaños. Eric y Su nos contaban los detalles de su luna de miel en la Riviera Maya y Raúl rodeaba entre sus brazos a mi amiga Lisa que, desde que estaba con el chico de los tatuajes y embarazadísima, no dejaba de sonreír ni un momento. Alexei, a pesar de sus reservas, disfrutaba de la fiesta que le

habíamos organizado y yo no podía estar más contenta. Por primera vez en mi vida me sentía completa. Quizá había algunos detalles que aún tenía que acabar de atar, pero había encontrado el equilibrio del que había carecido mi vida hasta hacía apenas unos años.

—Podríaís ponerle Armando. El nombre de tu padre, Lisa —propuse bromeando.

Buscaban desesperados un nombre para su bebé y no se decidían por ninguno.

—¡Antes muerto! —exclamó Raúl, mirándome mal.

—Venga, no seas corta rollos, Raúl. *Armandito* sería un nombre muy tierno —insistí.

Lisa, que ya me conocía y sabía que estaba de broma, no me hizo ni caso y acarició el brazo con el que la rodeaba su chico para tranquilizarlo.

—No vamos a ponerle el nombre de mi padre, Vicky. Le quería mucho, pero era un nombre horrible. Estamos entre Víctor, que es el nombre de mi hermano y el del abuelo de Raúl, o tal vez David, que también nos gusta.

—Aún tenemos tiempo, ya se nos ocurrirá algo —comentó el futuro y rabioso padre.

De pronto alguien llamó al timbre y aporreó la puerta del jardín. Nos quedamos sorprendidos por la interrupción porque no esperábamos visitas. Tampoco creía que fueran los

vecinos quejándose. Aunque eran un poco quisquillosos, no habíamos puesto la música muy alta ni estábamos armando mucho jaleo. Me levanté intrigada y abrí. La sorpresa fue mayúscula al encontrarme a Sofía, mi hermana pequeña, que vivía fuera de España, sonriendo al otro lado de la puerta. Iba vestida con un pantalón pitillo ajustadísimo, un top rojo y tacones. Estaba espectacular y no lo decía porque fuera mi hermana, sino porque la genética había sido muy generosa con nosotras.

—¡Sofía! —exclamé sin creer que estuviera allí. No tenía ni idea de que viajaría a Barcelona, creía que después del funeral de mi padre había vuelto a

Londres.

—¡¡Sorpresa!! —gritó y se lanzó a mis brazos, rodeándome con tanto ímpetu que casi me tiró al suelo.

A mí no me gustaban las muestras de afecto, me hacían sentir incómoda, pero a veces me veía obligada a soportar besos y abrazos por educación. Me tensé cuando mi hermana me abrazó, pero enseguida me relajé al inhalar el aroma clásico de su perfume, tan familiar y a la vez tan lejano.

—Pero ¿cómo...? ¿Con quién has venido? —le pregunté cuando conseguí apartarme.

Sofía me miraba emocionada. Sus ojos eran verdes, pero de un tono distinto a los míos, más oliváceos. Juntó

las manos y empezó a dar saltitos. Era la alegría en persona, eso no podía negarlo.

—Con Iván. ¿No es genial? — exclamó risueña, y a mí casi se me doblaron las rodillas.

En el mismo instante en que aquel nombre salió de los labios de mi hermana empecé a hiperventilar. Iván... Dios mío. Hacía siglos que no le veía, concretamente desde que me había ido de Madrid, de un día para otro, sin darle ninguna explicación. Sabía que mi hermana mantenía el contacto con él, pero nunca me había atrevido a preguntarle cómo estaba ni qué hacía. Que estuviera en Barcelona era impactante y muy desconcertante. Alexei

se levantó y se situó a mi espalda. Me conocía y sabía que algo estaba pasando, así que venía a prestar apoyo. No me pasó desapercibida la mirada que le lanzó mi hermana, a la que se le abrieron los ojos como platos. «Sí, nena, sí, es real», quise decirle. Alexei era como una pantera de ojos azules, de apariencia relajada, como el felino que contempla el mundo tumbado sobre la rama de un árbol, pero tan letal y peligroso como cualquier animal salvaje.

De repente en el jardín se hizo un extraño silencio. Como la calma que precede a la tormenta, la intensidad del aire cambió a una densa e irrespirable, al menos para mí. Cruzando el umbral

apareció la figura de un hombre. Alguien a quien no esperaba volver a ver en la vida. Alguien que me había hecho daño. El único hombre al que me había permitido amar. La última vez que le había visto tenía veintiún años, pero ahora ya tendría los treinta y seis y la madurez le había favorecido. Antes era un chico guapo, pero con el tiempo se había convertido en un hombre irresistible. Vestía un traje de marca en color gris marengo. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y olía a gloria. Me llegaba el aroma de su perfume aun en la distancia. Sin embargo, lo que más impactaba era su aura fría e impenetrable. En un segundo logró hacerse con el lugar y con todo lo que le

rodeaba.

—Buenas tardes, Victoria —me saludó con una sonrisa arrogante, como si nos hubiéramos visto ayer y no hubieran pasado los años ni muchas cosas malas entre nosotros.

Yo, presa de la sorpresa y el impacto, solo pude soltar una exclamación.

—Pero ¡¿qué coño estás haciendo tú aquí?!

# Capítulo 2

—Sigues siendo tan educada como recordaba —se burló Iván, sin apartar sus ojos de los míos.

—Y tú igual de gilipollas —respondí mordaz.

Iván ya era un chico arrogante a los veinte, pero ahora, de adulto, su ego había adquirido dimensiones inmensas. Solo me hizo falta aquel breve intercambio de palabras para darme cuenta de ello.

—Chicos, haya paz —terció Sofía, situándose entre los dos cuando pudo dejar de mirar a Alexei como si fuera un

tarro de crema de chocolate y avellanas —. Pensé que os alegraríais de veros.

—Pues pensaste mal —respondí—. Será mejor que se vaya.

—No te preocupes, Victoria, no pensaba quedarme —aseguró—. Solo he venido a acompañar a tu hermana.

Volvió al coche, ni más ni menos que un Jaguar XJ en color gris metalizado, y sacó un par de maletas del maletero.

—Lo siento, Vicky —me susurró Sofía—, pensé que después de tanto tiempo las cosas habrían mejorado entre vosotros.

—Hay cosas que es imposible mejorar.

Ella asintió apenada y ambas

observamos a Iván, que estaba entrando las maletas.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Claro, tenemos habitaciones de sobra y a Daniela le encantará que te quedes.

—Será mejor que me vaya —nos interrumpió él—. He reservado una *suite* en un hotel del paseo marítimo —le dijo a Sofía y le acarició la mejilla con ternura—. Te llamaré mañana.

Joder, una *suite* al lado del mar. Seguro que las cosas le iban muy bien si podía permitirse ese tipo de lujos, por no hablar del coche.

—Perfecto, hablamos mañana.

Me observó durante unos segundos y después miró a Alexei, que aguardaba

dispuesto a intervenir si era necesario, y con una breve despedida salió cerrando la puerta tras de sí.

—Pero ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —le pregunté a Sofía, recuperando la alegría una vez el maldito capullo salió de mi casa—. Pensaba que habías vuelto a Londres.

—Esa era la idea, pero ha habido algunos cambios —me explicó, rodeándome la cintura con el brazo y avanzando en dirección a mis amigos—. Voy a instalarme en Barcelona, creo que de manera definitiva.

—¿En serio?

—¡Sí! ¿No es genial? —dijo emocionada—. Luego te lo cuento todo, me parece que estabais celebrando una

fiesta... Hola a todos —saludó en general.

Lisa y Su, que ya la conocían de antes, se levantaron y fueron a saludarla con un par de besos.

—Lisa, estás enorme —dijo acariciándole la tripa.

—Ni me lo recuerdes..., ya no puedo más.

—¿Y tú de dónde vienes con ese bronceado? —le preguntó a Su.

—De mi luna de miel en la Riviera Maya —contó ilusionada—. Este es mi marido, Eric.

—Encantada de conocerte.

Saludó a todo el mundo, incluidos Raúl y Carol, a los que presentamos enseguida.

—¡Tía Sofía! ¡Tía Sofía! —gritó Daniela emocionada, saliendo de la piscina chorreando y corriendo en dirección a mi hermana.

—¡Aquí está mi pequeña!

Se puso en cuclillas y esperó a que la niña se lanzara a sus brazos poniéndola perdida de agua.

—Qué mayor estás y qué bonita, no puedo creerlo —se alegró, besándola en las mejillas, la frente y la nariz.

Se habían conocido hacía unas semanas. Tras la muerte de mi padre, mi hermana vino a pasar un fin de semana con nosotras y enseguida conectaron. Sofía era una persona que desprendía alegría y positividad a partes iguales y era un imán para todo el mundo. La

clase de chica que cualquiera querría tener como mejor amiga. Me di la vuelta para presentarle a Alexei y me sorprendió la intensa mirada que tenía clavada en ella. Nunca se la había visto. Al mirar a mi hermana, que también le observaba, me di cuenta de que, después del abrazo con Daniela, se le había mojado la parte delantera del top dejando en evidencia que no llevaba sujetador y que tenía unos turgentes pechos de veinticinco años que no necesitaban sujeción por ningún lado, ¡la muy perra! No tenía mucho que envidiarle y estaba orgullosa de su belleza natural, sin embargo, tras haber descubierto esa maldita cana, me hice más consciente que nunca de que pronto

cumpliría los treinta y cuatro... ¡Qué horror!

—Sofía, te presentó a Alexei, mi mejor amigo —dije en cuanto pude escapar de aquel campo de energías en el que me había visto envuelta—. Ella es Sofía, mi hermana pequeña.

—Encantada, Alex —le saludó, acercándose para darle un par de besos, tan risueña como siempre.

—Mi nombre es Alexei. Odio los diminutivos y que me acorten el nombre —gruñó mi amigo, cruzándose de brazos en actitud defensiva y dejando claro que no quería que mi hermana se acercara. Ella se detuvo y cambió el rictus—. Será mejor que te cambies la camiseta, hay una niña pequeña por aquí —la

amonestó.

Sofía apretó los puños a los costados. Estaba rabiosa, sentía las vibraciones negativas que escapaban por todos los poros de su piel. ¿Qué coño estaba pasando con esos dos?

—Voy a cambiarme —anunció mirando desafiante a Alexei. Se estaba mordiendo la lengua para no montar un numerito y decirle cuatro cosas. Aunque era la alegría en persona, cuando la hacían enfadar estallaba como un volcán. Cogió una de sus maletas y, al pasar al lado del ruso, le golpeó con el hombro—. Aparta, tío.

Mi amigo se tambaleó por el inesperado golpe, pero no dijo nada. Cuando mi hermana entró en casa le

miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—respondió

encogiéndose de hombros, regresando a su sitio y a la conversación que estaban manteniendo nuestros amigos, ajenos a lo que había ocurrido.

Sofía regresó al jardín vestida con una camiseta negra ancha y se sentó junto a los demás, integrándose inmediatamente en el grupo, pero haciéndolo lo más alejada posible de Alexei. Daniela no dejaba de entrar y salir de la piscina para presentarle a todas sus muñecas y ella la atendía con paciencia, prestándole toda su atención. Me sorprendía que Sofía fuera capaz de mostrar tanto amor y tanta alegría

habiéndonos criado como lo habíamos hecho. Para mí era algo incomprensible de lo que me sentía absolutamente incapaz. La admiraba por su afán de superación. Era única.

Habíamos pasado muchos años separadas y la había echado de menos. Cuando Sofía tenía nueve años y yo cumplí la mayoría de edad, la matriculé en un internado inglés, lejos de la furia de nuestro padre. Me iba a ir de casa y no podía llevarla conmigo, pero tampoco podía dejarla con él. Al principio no lo entendió, pero con el paso de los años fue consciente de que había sido nuestra única opción. Había vivido parte de su infancia en aquel infierno y la otra parte sola, en un país

extranjero, por eso me costaba entender que fuera tan afable y cariñosa con todo el mundo cuando ambas habíamos carecido siempre de cariño y atención.

Nuestra madre murió cuando yo tenía doce años y mi hermana tres. Ella no conservaba apenas ningún recuerdo de la mujer que nos trajo al mundo y los míos eran agridulces. De pequeña, los recuerdos de mi madre eran los de una mujer dulce y amorosa, muy parecida a Sofía, pero con el paso de los años su carácter cambió por culpa de mi padre, un hombre violento y egoísta que solo pensaba en sí mismo sin importarles nada ni nadie. Así que, una mañana lluviosa de otoño, mi madre decidió despedirse del mundo a lo grande con un cóctel de

tranquilizantes y antidepresivos que acabó con ella. Lo más triste es que no pensó ni un solo instante en que sus dos hijas iban a quedar abandonadas a merced de semejante monstruo.

Me costó, pero con el tiempo entendí su enfermedad y lo acepté, aunque nunca he podido perdonarla.

A partir de ahí la ira de mi padre se centró en nosotras. Hice todo lo posible para que su obsesión fuera conmigo y dejara en paz a Sofía, que era demasiado pequeña, y durante un tiempo tuve éxito. No nos pegaba palizas, pero sí alguna bofetada cuando iba demasiado borracho. Lo suyo era más bien psicológico. Insultos, humillaciones, castigos exagerados...

Nunca hacíamos nada bien y él pagaba su frustración con nosotras. Se excusaba diciendo que sufría demasiada presión en el trabajo, pero sabíamos la verdad, era un maltratador que amargó la vida a mi madre hasta llevarla al suicidio y quiso hacer lo mismo con nosotras.

El día que Sofía sufrió el «accidente», cuando vi que la ira de mi padre había ascendido a cotas desmesuradas y que hacernos daño físico ya no iba a ser algo que le importara, fue cuando decidí plantarme y poner fin a todo aquello. Matriculé a Sofía en un prestigioso colegio de Londres cuando tuve edad para hacerlo, protegiéndola con todas mis fuerzas mientras nos vimos obligadas a

permanecer junto a nuestro padre, y con la herencia que me dejó mi madre, bastante cuantiosa porque provenía de una familia adinerada y era hija única, me fui de Madrid y me instalé en Barcelona, donde después de mucho esfuerzo y sacrificio, hice realidad parte de mi sueño: crear mi propio negocio lejos de las garras de mi padre y con Sofía en un lugar seguro. De eso hacía ya unos cuantos años y ahora mi vida era muy diferente, sobre todo en aquel momento, con todos mis seres queridos reunidos en mi jardín.

La fiesta continuó con normalidad tras la marcha de Iván y se nos pasaron las horas volando. Mis amigos no se fueron muy tarde. Desde que tenía a

Daniela se había acabado lo de trasnochar y quedarnos hasta las tantas charlando y bebiendo mojitos. Alexei se hizo el escurridizo y ni siquiera se ofreció para ayudarme a recoger, largándose en cuanto Eric y Su le preguntaron si quería que le llevaran. Todo aquello me parecía muy raro y estaba ansiosa por descubrir qué había pasado aquella tarde para que entre mi hermana y mi amigo surgiera aquella especie de rechazo a primera vista.

Mientras recogía los platos y los vasos sucios, Sofía se llevó a Daniela a la ducha y le puso el pijama. Ambas estaban encantadas la una con la otra y me parecía que, en vez de una hija en casa, ahora iba a tener dos. Sonreí feliz

escuchando sus carcajadas a través de la puerta del baño. Al terminar metimos un par de pizzas en el microondas y nos sentamos en el sofá, de piernas cruzadas, a disfrutar de la cena. Le recordé a Daniela que, tras aquel fin de semana, se había acabado lo de comer porquerías, a partir del lunes tocaba verdura y pescado. Ella me puso ojitos y estuve a punto de ceder, pero aguanté el tipo y no me dejé chantajear. Poco después de cenar, la niña apoyó la cabeza sobre las piernas de mi hermana y ella le acarició el pelo hasta que se quedó dormida como un tronco. Estaba agotada y no aguantó nada, aunque había insistido en quedarse despierta para jugar con Sofía. Al volver de la cocina

con un par de mojitos, le revolví el pelo a mi hermana, en un gesto cariñoso nada propio de mí, y me senté frente a ella, dejando su bebida sobre la mesita de centro.

—Cuéntame, pequeñaja, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Si te digo que el motivo que me ha traído hasta aquí eres tú, te vas a poner a refunfuñar —respondió acomodando a Daniela en el sofá, colocándole la cabeza sobre un cojín.

—No refunfuñaré, pero te recordaré que venir aquí por mí sería un error.

—¿Por qué? Eres mi hermana y quiero estar contigo. Más ahora que tienes a Daniela. Sois mi familia —respondió como si eso lo explicara todo.

—Nunca hemos sido una verdadera familia, Sofía, y no sé si quiero tener una más allá de Daniela —comenté, pensando que el concepto familia siempre había estado muy distorsionado para mí.

—Eres una zorra sin corazón —gruñó horrorizada. Sin esperármelo recibí el impacto de un cojín en la cara y parte del mojito se derramó sobre mi camiseta—. Te odio.

—¡Serás...! —Me levanté como un resorte, dispuesta a machacarla a cosquillas hasta que suplicara clemencia, pero el cuerpecito dormido de mi niña me frenó.

Sofía sonrió triunfal.

—Porque sé que todas esas

barbaridades que dices son mentira, si no te ibas a quedar sin hermana pequeña.

—Ya... Mira, puedes quedarte con nosotras todo el tiempo que quieras, como si te instalas definitivamente, pero olvídate de besitos y chorradas de esas, no las soporto.

—¿Tanto te cuesta admitir que me quieres?

Sorbí por la pajita el mojito y perdí la mirada por la cristalera que daba al jardín, iluminado tenuemente por una bombilla antimosquitos, sin responder a su pregunta. Por supuesto que la quería, era mi hermana y el único ser vivo de mi sangre. Sin embargo, después de haber vivido una infancia traumática, era

incapaz de lidiar con algunos sentimientos y los escondía detrás de una coraza impenetrable.

—No voy a volver a Londres, Vicky. Tengo que ir a recoger algunas cosas y a despedirme de mis amigos, pero regreso a España —me contó después del breve silencio—. Tendré que irme unos días a Madrid para ocuparme del papeleo de papá y de las cosas que han quedado pendientes, pero me instalaré aquí definitivamente.

—Me alegro —respondí con sinceridad—. Y ahora en serio, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Te lo agradezco. Abusaré de ti durante una temporada —me advirtió—, pero empezaré a buscar algo en cuanto

pueda. Voy a trabajar con Iván, él también se muda, va a dirigir la sucursal de la empresa ubicada en Barcelona.

Mierda, Iván se instalaba en la ciudad. No todo podían ser buenas noticias aquella noche.

—Genial... —murmuré como si no me importara.

—Sé que lo vuestro no acabó bien, pero ha cambiado.

—Ya lo he visto... Antes era un chulito de barrio, ambicioso y arrogante y ahora es un pijo con dinero, ambicioso y arrogante —me burlé.

—Él también lo pasó mal, Vicky.

—No quiero hablar de Iván. —Mi hermana era una casamentera y muy capaz de empezar a montarse una

película—. No me gusta que esté por aquí, pero admito que trabajar en la empresa va a ser una gran oportunidad para ti, así que me aguantaré.

—Lo sé —afirmó—. Voy a empezar desde abajo y sé que voy a aprender muchas cosas trabajando con él.

—Estoy orgullosa de ti, Sofía — dije con sinceridad—. Me alegra que, a pesar de todo, una de las dos haya conseguido algo bueno en la vida.

—Tú también has conseguido cosas buenas. Una casita preciosa, un negocio próspero, buenos amigos, una niña maravillosa... —Titubeó un segundo, bajando la mirada avergonzada—. Y a ese pedazo de tío de ojos azules. ¡Está buenísimo! Te envidio.

—Ya, Alexei es de lo mejor que me ha pasado en la vida. —Hice una pausa para observar su reacción—. Pero entre él y yo no hay absolutamente nada más allá de una preciosa amistad.

El semblante de mi hermana pasó de uno abatido a otro esperanzado en cuestión de segundos.

—¡Venga ya, Vicky! Te conozco... Podría creerme que no sois pareja, pero no me digas que no te lo has tirado porque no cuela.

—Corrige... me conocías. Últimamente he cambiado —reconocí—. Y para tu información, a pesar de que nos hemos empeñado en hacer creer lo contrario a todo el mundo... No, no me lo he tirado.

Hubo una época de mi vida en la que utilizaba el sexo como método de evasión. Tampoco es que me acostara con un tío distinto cada fin de semana, pero sí que era mucho más liberal y promiscua. Intentaba suplir mi incapacidad afectiva con algo de contacto íntimo, pero con el tiempo me di cuenta de que estaba consiguiendo el efecto contrario y dejé de hacerlo. Hasta mis amigas creían que era una devoradora de hombres, cuando en realidad llevaba mucho tiempo si acostarme con nadie.

—No te creo —me dijo Sofía con la boca abierta—. Y aunque fuera verdad, me he fijado en cómo te mira y eso es adoración pura, por no decir que

está totalmente encoñado. Bebe los vientos por ti, hermana.

—Te puedo garantizar que mi relación con Alexei es totalmente fraternal por ambas partes. Para mí, pensar en besarme con él sería como pensar en hacerlo contigo... Asqueroso. Y él opina lo mismo.

—¡Eres una mentirosa, Vicky! — exclamó anonadada—. Si está buenísimo... Ha sido verlo y casi me desmayo.

—Ya, está muy bueno y todo eso, no te lo niego, pero no te conviene, cielo. Sé que te ha llamado la atención con ese aire misterioso que lo envuelve y esos impresionantes ojos azules, pero Alexei está muy tocado y tú lo que necesitas es

un buen chico que te quiera sin arrastrar traumas del pasado. Olvídate de él —le aconsejé.

Conocía muy bien a Alexei, pondría la mano en el fuego por él en cualquier aspecto, pero sabía que en el tema sentimental era un absoluto desastre. Había pasado por demasiadas cosas y no quería eso para Sofía. Ella merecía amor incondicional, sin pasados tormentosos.

—Un poco capullo sí que es —murmuró pensativa—, pero me atrae mucho, y más ahora que sé que no hay nada entre vosotros... Aunque sigo pensando que mientes.

¡Ay! Aquello se estaba complicando. Para mí no habría nada

más maravilloso que mi hermana y mi mejor amigo se enamoraran. El problema era que Alexei iba a ser incapaz y no quería que Sofía sufriera por nada del mundo. Menos aún por un hombre.

—No sé qué le habrá pasado hoy, pero te aseguro que de capullo no tiene nada, normalmente es adorable, sobre todo con las mujeres. Aun así no te enamores de él, no es bueno como pareja, es mejor tenerlo como amigo —le aconsejé y recé para que así fuera—. Ahora hágame del trabajo —pedí para cambiar de tema.

Sofía lo dejó estar y se centró en contarme todo lo referente a su incorporación en la empresa.

—Papá le dejó a Iván una buena cantidad de dinero en herencia y bastantes acciones de la empresa, pero la mayor parte se las ha dejado a Jimeno, su mano derecha, que tras la muerte de papá se ha convertido en director general. No obstante, tienen muchas expectativas puestas en Iván. Ya sabes que papá le quería como a un hijo y confiaba plenamente en él.

Sí, por supuesto que lo sabía. Aquel había sido uno de los motivos por los que lo nuestro no pudo funcionar. Mi padre heredó el negocio de mi abuelo, una pequeña empresa del sector de las telecomunicaciones con un par de filiales en el territorio español, y lo convirtió en una multinacional de éxito,

con varias sucursales en diversos países del mundo. Si algún mérito tenía mi progenitor era el del afán de superación. Era tan ambicioso, que olvidó lo verdaderamente importante y dedicó todos sus esfuerzos en convertirse en millonario. Estaba sometido a tanta presión que se desquitaba bebiendo y maltratando a las mujeres de su vida, pero eso era algo que nadie veía porque se ocupaba muy bien de ocultarlo. Para el resto del mundo mi padre era un ejemplo a seguir, un hombre que había convertido algo pequeño en un imperio. Iván era hijo de uno de los trabajadores de papá. Cuando el hombre murió en un accidente laboral, mi padre, para mantener las apariencias y evitar una

demanda que le podría haber costado millones, decidió volcarse en ayudar a la viuda y a su hijo. La sorpresa fue descubrir en Iván una mente prodigiosa y a un chico tan ambicioso como él, así que la jugada le salió redonda. Para él fue como el hijo que nunca tuvo y siempre quiso, y para Iván, mi padre era como Dios, el hombre que le había rescatado y había puesto el mundo a sus pies.

Que Iván y yo nos enamoráramos fue algo inevitable. Pasaba mucho tiempo en casa a la sombra de mi padre, teníamos casi la misma edad, nos gustaban los mismos grupos de música, salíamos por las mismas discotecas y el roce, poco a poco, empezó a convertirse

en algo más. Fue uno de esos amores de juventud que arrasan con todo. Para mí, él se convirtió en el centro del universo, la primera persona en la que confié incondicionalmente. Para él la cosa fue distinta, imagino que menos intensa. Había alguien igual o más importante que yo en su vida: mi padre. Para papá, que Iván y yo estuviéramos juntos fue como cerrar un buen trato. Podría tener a su heredero dentro de la familia y no tendría que fragmentar su adorada empresa, porque se veía claramente que Iván estaba ansioso por formar parte de su imperio. Así que, durante el tiempo que estuvimos juntos, las cosas en casa se relajaron, pero no duró eternamente. Rompí con Iván y no volví a verlo nunca

más.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó mi hermana. Me había perdido en los recuerdos y no le estaba prestando atención.

—Sí, sí... Iván se ha llevado un buen pellizco y Jimeno ha decidido que dirija la sucursal de Barcelona — resumí.

—Exacto. El anterior director se jubiló hace pocos meses y el puesto estaba en el aire. Si papá no hubiera muerto, también hubiera pensado en Iván como candidato.

—Supongo que sí.

A mi padre lo había matado un cáncer de hígado con metástasis en cuestión de cinco meses. Espero que no

penséis que soy mala persona por alegrarme, pero si alguien merecía morir de manera horrible era un ser tan despreciable como él. Nadie esperaba que todo acabara tan rápido, pero mi padre, previsor hasta el último momento, lo dejó todo bien atado. A mí me dejó fuera del testamento, aunque tampoco hubiera querido nada que viniera de él. A Sofía le había dejado una suma de dinero considerable y el resto habían acabado en manos de Iván, al que siempre consideró como a un hijo. Lo demás estaba repartido entre los accionistas y Manuel Jimeno, su amigo íntimo. Otro miserable hijo de puta, para más señas.

—Iván habló conmigo durante el

funeral de papá —continuó Sofía. Me costaba entender que hubiera querido asistir a la ceremonia, pero no podía reprochárselo. Yo no me había presentado. Iba en contra de todos mis principios—. Me dijo que iba a mudarse a Barcelona y que le gustaría tenerme en la empresa. Me sorprendió porque papá jamás lo hubiera aprobado, pero me dije: que se joda, está muerto. Y acepté.

—Aunque no me guste cómo ha hecho las cosas Iván, está claro que no es como papá, supongo que en el fondo ve injusto que nos negara nuestro legado.

De ninguna manera hubiera aceptado dinero de mi padre, pero era muy injusto que sus legítimas herederas

se quedarán con las manos vacías.

—Eso mismo pensé yo. No me emociona trabajar en la empresa, aunque es una gran oportunidad para adquirir experiencia y poder encontrar un trabajo mejor en el futuro, por eso acepté.

Sofía había estudiado marketing y gestión de empresa en una prestigiosa universidad de Londres y se había sacado la carrera y un máster con matrícula de honor, así que era un muy buen activo para cualquier multinacional del sector, pero antes necesitaba adquirir experiencia y la empresa de nuestro padre era un buen punto de partida.

—Has tomado la decisión correcta, Sofía. —Me levanté y, aunque no era

propio de mí, le di un beso en la mejilla —. Me alegra que estés aquí, pequeña.

—Y a mí —respondió emocionada.

Le sonreí y me acerqué a Daniela, que seguía durmiendo plácidamente en el sofá, para cogerla en brazos.

—Será mejor que nos vayamos a la cama, hoy ha sido un día largo — propuse, y me dirigí a la habitación donde dejé a la niña en su cama, bien arropada a pesar de estar en verano.

—Buenas noches, Vicky —se despidió Sofía desde la puerta de la habitación en la que la había instalado, con cara somnolienta y su eterna sonrisa dibujada en los labios.

—Buenas noches, Sofía.

Y aquella noche me metí en la cama

y me dormí con la certeza de que, tras más de quince años, volvía a tener a toda mi familia en casa.

# Capítulo 3

—¿Qué has sentido al reencontrarte con Iván? —me preguntó Magda, mi psicoterapeuta, en nuestra sesión de aquella tarde.

Me conocía bien. Hacía muchos años que acudía a su consulta y aunque hubo algunos periodos en los que dejé la terapia, por un motivo u otro acababa volviendo. Magda era una mujer que rondaba los cincuenta años, pero, ya fuera por genética o por lo mucho que se esforzaba en arreglarse, parecía más joven. Rubia, delgada, no muy alta, con unos ojos color miel que traspasaban a

través de los cristales de sus gafas y que lograban leerle la mente de una manera prodigiosa. Además de ser una mujer inteligente, era muy intuitiva, y aquella era exactamente la pregunta clave de la sesión, la razón por la que estaba allí.

—Rabia, odio, angustia... — enumeré y ella me miró fijamente, enarcando las cejas—. Y deseo — confesé avergonzada.

—¿Deseo? —me preguntó anotando algo en la ficha que tenía abierta sobre el amplio escritorio de nogal.

Me molestaba que hiciera aquello. Cuando lograba sonsacarme algo trascendental, fingía desinterés y apartaba la mirada.

—Sí, maldita sea. Cuando era un

chaval me ponía mucho, pero el otro día, vestido con aquel traje de marca y con todo el poderío que se presentó en mi casa... no sé, fue como si algo dentro de mí empezara a arder y no solo por la rabia acumulada, sino por el fuego que me nacía en las entrañas. Iván es de esa clase de personas que provocan reacciones en la gente y no siempre positivas. Vamos, que no deja indiferente. Tiene mucho magnetismo.

—¿Sigues albergando sentimientos por él?

—¿Sentimientos? ¿Qué quieres decir?

—¿Sigues enamorada de Iván?

Levantó la mirada y me traspasó con ella. Era inútil intentar engañarla.

Ya lo había probado en otras ocasiones y descubrí que negar la verdad me dejaba en evidencia.

—No creo que la palabra amor o enamoramiento describa lo que sentí al volver a verle, pero no puedo negar que fue como si alguien hubiera encendido un interruptor en mi interior que llevaba mucho tiempo apagado.

—Bien... —murmuró como si nada.  
Odio la manera que tienen los psicólogos de simplificar y restar importancia hasta al peor de los problemas. Para ellos todo tiene solución, no hay nada trascendental, siempre existe el mañana y la oportunidad de arreglar las cosas y te dejan con la sensación de que tus

preocupaciones no son para tanto. Pero... ¡joder! Iván había vuelto a mi vida y estaba en mitad de una crisis caótica, ¿cómo podía decir solamente «bien»?

—¿Qué opinan tus amigas de todo esto? —me preguntó, porque para mí, Lisa y Su, eran lo más parecido a unas hermanas.

—Ellas no saben nada de mi pasado, ya lo sabes. —Aquello era algo que quería mantener encerrado en un cofre en las profundidades del mar, lejos de mi vida actual. No quería que mis amigas conocieran mis miserias, me avergonzaba—. Si no hacen preguntas, yo no les cuento nada.

—Ocultar la verdad no hace que

desaparezca, Vicky. —Dejó el bolígrafo y entrelazó los dedos, apoyando las manos sobre la mesa—. Lo hemos hablado cientos de veces, necesitas sacarlo para liberarte de la carga que supone para ti.

—Hablaré con Alexei, él me entiende —comenté enfurruñada, cruzando las piernas y apartando la mirada.

El despacho de mi psicóloga era pequeño pero acogedor. Ideado para lograr que uno se sintiera cómodo de inmediato, relajado. Preciosos sillones de cuero color borgoña, un par de plantas junto a la ventana con bonitas vistas, un cuadro inmenso al fondo, donde había plasmado un precioso

paisaje otoñal, luz tenue y la actitud amable y comprensiva de Magda. No hacía falta mucho más para que uno empezara a contar todas sus miserias como si estuviera en el salón de su casa... Lo único que podría hacerlo mejor sería un fuego ardiendo en la chimenea y una taza de chocolate caliente en invierno o un granizado muy frío en verano.

—Sé que Alexei te entiende y me parece bien que hables con él, pero no debes avergonzarte de tu pasado. Tú no tuviste la culpa de nada de lo que hizo tu padre, creía que ese punto lo teníamos claro. —Me sonrió como lo haría una madre comprensiva y cerró mi ficha. Se nos acababa el tiempo, aquella era la

señal y yo me iba a ir de allí con un nudo en la garganta. Menuda mierda—. Hasta que no se lo cuentes a tus amigas no podrás liberarte del peso que arrastras, piénsalo y lo comentamos la semana que viene.

Genial, habíamos terminado. Pagué la factura por la visita a la recepcionista y concertamos una cita para la próxima semana. A veces creía que todo aquello era una pérdida de tiempo, pero luego empezaba a pensar en lo que habíamos hablado y, de algún modo, me sentía más libre de peso, por eso volvía una y otra vez.

Cuando salí, me metí en el coche y fui a casa de Alexei. Desde el fin de semana no habíamos hablado y teníamos

que aclarar unas cuantas cosas. Aquella tarde mi hermana se había quedado cuidando de Daniela y tenía un poco de tiempo para dedicármelo a mí.

La primera vez que vi a Alexei estaba sirviendo copas en la coctelería a la que solía ir con mis amigas. Nuestras miradas se cruzaron un momento y caí víctima de aquel magnetismo animal que desprendía. No fue algo sexual, ni mucho menos, sino una sensación más potente, como si en la distancia nos reconociéramos y supiéramos que éramos dos seres heridos en busca de consuelo. Todo muy poético, sí, pero fue exactamente lo que sentí, algo parecido a lo que me pasó con Daniela. Tengo un detector infalible para estas cosas.

Insistí a las chicas para que volviéramos a la coctelería con la excusa de que el chico me gustaba, pero la verdad era que quería comprobar si aquella especie de conexión mística había sido recíproca. Aquella noche, mientras Lisa nos contaba su experiencia en la página de contactos, yo no le quitaba ojo al camarero y él también me lanzaba miraditas. Al final se acercó para traernos unas copas y dejó una nota junto a la mía. Cuando la abrí y la leí tuve que hacer un gran esfuerzo para disimular y tragar el nudo que se me formó en la garganta.

*«¿Cuál es el secreto para que una sonrisa tan triste luzca tan bella?».*

El cumplido me pareció bonito, pero lo que más me llegó fue que un desconocido hubiera visto más allá de la coraza risueña y despreocupada que vestía, vislumbrando mi permanente tristeza sin conocerme de nada. Mentí a las chicas y les dije que me había pasado su número de teléfono, ellas no lo dudaron ni un momento. Aseguré que me lo iba a tirar aquella misma noche y me dejaron sola en el local sin hacer más preguntas. No faltaba mucho para la hora del cierre y Alexei secaba vasos y limpiaba la barra mientras su compañero cobraba a los últimos clientes y recogía las mesas.

—¿Qué significa esto? —le

pregunté mostrándole la nota.

Él levantó la mirada y me sonrió de medio lado. Tenía los ojos de un color que no había visto nunca, azul muy claro. Demasiado fríos y a la vez intensos.

Cuando Alexei te mira a los ojos, cuando te mira de verdad, te invade una sensación inexplicable y, además de caer en su embrujo, te das cuenta de que ya no puedes esconderle ni un solo secreto. Te vuelves transparente.

—Te he visto un par de veces por aquí y siempre pareces tan triste que pensé que quizá podría arrancarte una sonrisa —respondió y encogió un hombro sin soltar el trapo con el que secaba los vasos.

—No voy a follar contigo a pesar de los cumplidos —le aseguré. No sabía de qué iba todo aquello y quería dejar las cosas claras desde el principio.

—No te ofendas, pero no quiero follar contigo —contestó, lanzando una mirada a su compañero para comprobar que seguía ocupado y no nos estaba escuchando.

—¿No te gustan las chicas? —pregunté con el orgullo herido.

A ver, no es que fuera tan creída, pero sabía que estaba lo suficientemente buena para atraer a un hombre como él, a no ser que fuera gay, claro.

—No me gusta follar —contestó serio, dejando atrás aquel semblante amable.

—¿Eres una especie de monje o algo así?

—Algo así —afirmó dejándome intrigada.

Todavía no podía imaginar qué secretos se ocultaban tras la fachada fría de Alexei, así que le tomé por un cretino.

—Vale, mira, será mejor que me vaya —dije pensando que aquello era una pérdida de tiempo.

—Salgo en media hora —comentó cuando ya me bajaba del taburete y me colgaba el bolso del hombro—. Espérame y te acompañaré a casa.

Me encogí de hombros y, no sé por qué, le esperé. Quizá por la intriga, quizá por la nota o quizá por intuición.

Al principio caminamos en silencio, cabizbajos, incluso tímidos, pero de pronto empezamos a hablar y no pudimos parar hasta que llegamos a mi casa. Le invité a subir, nos sentamos en el sofá, bebimos café y nos pasamos la noche en vela hablando, simplemente hablando. Fue extraordinario. En la vida me había pasado algo así. Ni siquiera Magda había logrado arrancarme tantas confesiones en años de terapia. Fue la primera vez que lloré frente a alguien. Con Alexei no existía la vergüenza ni el miedo porque jamás iba a juzgarme. También había sufrido y entendía perfectamente mi dolor, mis miedos y mis desconfianzas. Era el único que conocía todos mis secretos. Yo conocía

casi todos los suyos, pero había tantos candados cerrando su armadura que tendría que ser maga para abrirlos y rozarle la piel, ya no digo el corazón. Dudaba que alguien llegara a conocerle en profundidad jamás. Lo que sucedió aquella noche fue algo que no le ocurre a todo el mundo y la razón por la que nos sucedió a nosotros aún me es desconocida. Si creyera en ello, diría que fue el destino, que encontrarnos no fue casualidad. Algo parecido a lo que me sucedió con Lisa y Su durante aquella clase de salsa.

Aparqué frente al edificio y me bajé del coche volviendo al presente. No hacía mucho que vivía allí. Su apartamento tenía solo una habitación,

cocina americana y baño, pero al menos ahora vivía solo. Se había pasado muchos años compartiendo piso con otra gente y los últimos eran un verdadero coñazo. El día que me llamó para pedirme que le ayudara con la mudanza porque había encontrado un sitio que se podía permitir, fue motivo de celebración. Subí las estrechas escaleras hasta el segundo piso. La finca era vieja y no disponía de ascensor. Llamé al timbre y esperé más de cinco minutos a que me abriera la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté, entrando y lanzando el bolso sobre el raído sofá.

—Estaba con una escena importante y no podía dejarlo —respondió

señalando el ordenador portátil que había encima de la mesa del comedor—. Lo siento, nena.

—Da igual —contesté haciendo un movimiento con la mano—. Manías de escritor, ¿no?

Alexei me había sorprendido hacía unos meses con la noticia de que llevaba un año escribiendo una novela en sus ratos libres. No es que no le viera capaz, entendedme, pero no me esperaba que alguien como él, que llevaba toda la vida trabajando de noche, también fuera aficionado a la escritura. Un día me confesó que estaba cansado y que pretendía emprender otro estilo de vida. Parecía bastante ilusionado con el libro, así que le apoyé y le animé a cumplir su

sueño.

—Algo así —comentó, abriendo la nevera y sacando una lata de Coca-Cola; era adicto a ella—. ¿Quieres beber algo?

—No hay nada en este minúsculo apartamento que contenga alcohol, ¿verdad? — pregunté, descalzándome y tirándome en el sofá.

—Sabes que no.

—Entonces déjalo —murmuré, cerrando los ojos y poniéndome cómoda—. Sigue escribiendo, no te molestaré —prometí. Estando allí con él lograba recuperar un poco de calma.

—¿Qué pasa, Vicky? —me preguntó sentándose junto a mí—. Tienes mala cara.

—Vengo de la consulta de Magda, hoy hemos tocado un tema delicado y me he quedado hecha polvo.

—Es por el capullo ese, ¿no? —dijo dando un sorbo a su Coca-Cola.

Yo dejé escapar un suspiro y asentí. Entre nosotros sobraban las palabras.

—Si tú y yo folláramos, la vida sería mejor —gruñí frustrada.

—Ya..., pero eso es algo que jamás sucederá —respondió acariciándome la mejilla—. Además, así tampoco nos va mal, ¿no?

—¿Por qué ha tenido que reaparecer justo ahora? —me quejé, dándome la vuelta y escondiendo la cabeza detrás de un cojín—. Cuando las cosas por fin empezaban a encajar,

regresa.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo? ¿Te ha molestado? — me preguntó y yo negué con la cabeza—. Entonces no te preocupes, quizá no vuelves a verle.

—Mi hermana va a trabajar con él, tarde o temprano coincidiremos, ya verás.

—La ciudad es muy grande, nena. No sufras antes de tiempo.

—Por cierto... —Me incorporé hasta quedar sentada, cambiando de tema—. ¿Qué demonios te pasó con mi hermana?

—No sé de qué me hablas — respondió demasiado deprisa, levantándose y tirando la lata vacía a la

basura—. No me pasó nada con ella.

—¡Venga ya, tío! —me burlé—. Nos conocemos y tu comportamiento del otro día no fue normal.

—No sé... Es que es un poco escandalosa, me puso nervioso — contestó desviando la mirada y fingiendo que hacía algo en el ordenador.

—¿Sofía? —pregunté extrañada—. Pero si es la dulzura en persona. De escandalosa tiene poco, esa soy yo, no te confundas.

—Ya, de eso no me cabe duda.

Sonrió burlón, apoyando su prieto culito en la mesa, que aquella tarde iba enfundado en unos viejos vaqueros con un roto en la rodilla. Normal que mi

hermana hubiera alucinado con él. Si quisiera podría protagonizar una campaña publicitaria con su cuerpo atlético, su cabello lacio y negro como la noche, que le llegaba a la altura de los hombros, y esos ojos azules que embrujaban. Estaba buenísimo.

Alexei me contó que su madre era española y que un verano conoció a un joven ruso que veraneaba en nuestro país con su familia. En dos meses lo dejó todo y decidió irse a vivir con él a Moscú. La clásica locura adolescente. Después de un año de relación, se quedó embarazada, pero cuando Alexei tenía dos años, las cosas se torcieron y decidió regresar a España. Al llegar descubrió que estaba sola. No tenía

familia, los pocos amigos del pasado se desentendieron de ella y se vio obligada a hacer de todo para sobrevivir, arrastrando a Alexei hacia un estilo de vida poco recomendable que acabó por destrozarle. Pero ese es un tema del que no me corresponde hablar a mí.

Resumiendo, en él había esa mezcla de sangre que lo hacía tan atractivo y que había dejado a mi hermana con las braguitas en llamas, como a toda mujer entre los dieciséis y los noventa años.

—Intenta comportarte mejor con ella la próxima vez que la veas —le advertí—. Es mi hermana.

—Lo entiendo, no te preocupes —asintió, porque para personas como nosotros, desarraigadas, los lazos de

sangre lo son todo—. La próxima vez seré educado.

—Otra cosa, Alexei... Mi hermana juega fuera de tu liga, ¿entendido?

Me puse serio porque el tema no era para menos y él me miró con los ojos entrecerrados.

—Hace mucho tiempo que no juego en ninguna liga, Vicky. No sé a qué viene este comentario. —Parecía cabreado cuando se cruzó de brazos y cambió el rictus por uno serio.

—Sé lo que vi el otro día en mi casa —le aclaré por si pensaba que era gilipollas y podía tomarme el pelo—. Así que sé amable, pero mantén las distancias, *¿capisci?*

—Que te jodan —me dijo,

descruzando los brazos y sentándose frente al ordenador.

—Paso, tío. —Me acurruqué en el sofá con la certeza de que las cosas estaban claras y bien entre nosotros, ya que él me sonrió de medio lado antes de ponerse a teclear de manera frenética—. Ahora trabaja un poco, a ver si haces algo bueno para variar —le pinché, sintiendo que iba amodorrándome poco a poco.

Me gustaba Alexei porque entendía mi humor negro y sarcástico sin ofenderse, no como mi amiga Lisa, que a cada pullita que le lanzaba parecía que iba a romper a llorar.

—Claro, nena —contestó sin dejar de teclear—. Cuando mi libro sea un

*best seller* mundial ya vendrás suplicando que te regale una mansión.

Sonreí pero no dije nada, un dulce sopor se había apoderado de mí y me quedé dormida en cuestión de segundos.

Llegué a casa a la hora de cenar y casi me dio un ataque cuando vi el desastre que habían organizado las niñas en la cocina. ¡La madre que las parió!

—¡Hola! —exclamó Daniela corriendo por el pasillo hacia mí. Llevaba un delantal enorme atado a la cintura y estaba manchada de harina y chocolate de arriba abajo—. Hemos preparado bizcocho y macarrones con tomate —me contó lanzándose a mis brazos.

Me abrazó tan fuerte que sentí que algún pedacito de mi corazón resquebrajado se recomponía en el acto. Siempre era así con ella, mágico. Entré en la cocina de la mano de la niña y suspiré al ver el desastre.

—Espero que estéis igual de animadas cuando os toque recoger todo esto —murmuré, dejando el bolso y acomodándome en la silla frente a un servicio listo para la cena.

Adoro cocinar. Me transmite paz y serenidad. Una receta es como una fórmula matemática, si la sigues paso a paso no hay margen de error y los resultados son precisos y deliciosos. Cocinar me hace sentir segura, pero lo de mi hermana y Daniela era otra

historia.

—Nosotras cocinamos, tú limpias —me dijo Sofía, señalándome con una espátula—. Son las reglas.

Mi hermana iba más manchada que Daniela, ver para creer.

—Ni lo sueñes —aseguré mientras mi niña me servía un plato de macarrones con exceso de salsa de tomate.

No era un manjar y por el aspecto pensé que estaría peor, pero se podía comer, incluso estaba bueno. Si aprendieran a hacer la cena sin ensuciar tanto, quizá les asignaría la tarea de manera permanente.

Después de un pedazo de bizcocho un poco seco, me quedé limpiando la

cocina como la blanda que era. Atrás quedaban mis años de diva. Mi reputación iba a quedar por los suelos si seguía con ellas. Cuando terminé de recogerlo todo, mientras Sofía y Daniela se daban un baño y se ponían el pijama, me senté en una de las tumbonas del jardín con una copa de vino en la mano. Aquel verano el calor iba a pegar fuerte. Al cabo de un rato apareció Sofía con el pelo húmedo, oliendo a champú de coco, y se sentó junto a mí, bebiendo un sorbo de la copa que había dejado para ella en la mesa.

—Se ha dormido enseguida.

—Normal. Con la que habéis liado debía estar agotada.

—Tiene tanta energía que la que ha

acabado agotada he sido yo.

Sofía encogió las piernas sobre la tumbona en la que se había sentado y me miró con los ojos entrecerrados. Mierda, conocía esa mirada y no auguraba nada bueno.

—¿Qué pasa? —pregunté poniéndome seria y a la vez preocupada.

—Mañana he quedado para comer con Iván. —Carraspeó nerviosa—. Le he dicho que tú también vendrás.

—¡¡¿Qué?!! —exclamé dejando la copa de vino sobre la mesa con un golpe—. Ni de coña.

—Venga, Vicky, haz un esfuerzo... —me rogó—. De hecho, él ha insistido. Creo que quiere arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar, Sofía

—me quejé, pasándome una mano por el pelo y recogíendome en un improvisado moño sobre la cabeza.

—Hazlo por mí, por favor... Voy a trabajar con él y es probable que en alguna ocasión coincidáis. Tenéis que romper el hielo y así dejará de ser tan incómodo para los tres. —La muy perra me estaba poniendo ojitos tristes, la odiaba—. Esta situación es muy complicada para mí porque os aprecio a los dos. Solo es una comida, Vicky, ¿tanto te cuesta?

Una comida con Iván era para mí como una depilación brasileña con cera ardiendo. Una puta tortura. Pero quizá tenía razón. Un encuentro cuanto antes podía ayudar a calmar las cosas entre

nosotros y, si por desgracia volvíamos a cruzarnos, hacer que no resultara tan incómodo. Podría aguantar un par de horas si con ello lograba librarme de Iván, porque temía que no iba a parar hasta hablar conmigo. Era muy retorcido, el cabrón.

—Está bien, pero si se pone muy gilipollas me largo —cedí y mi hermana sonrió complacida, disfrutando de su copa de vino.

De pronto empecé a temblar. Todavía tenía en la cabeza la conversación de aquella tarde con Magda y sus insidiosas preguntas. ¿Era posible que siguiera sintiendo algo por Iván?

# Capítulo 4

Aquel día me arreglé con especial esmero. Íbamos a comer con Iván y quería dejarle impresionado, no me preguntéis por qué, quizá para que se diera cuenta de que mi vida había seguido adelante después de él y que ya no me afectaba. Era una mujer de éxito y quería que lo entendiera.

Había inscrito a Daniela en la escuela de verano para que no se quedara aburrida en casa mientras yo estaba en el trabajo. Lisa me lo había recomendado y me había parecido una buena idea. Le convenía hacer

actividades y excursiones con otros niños durante las vacaciones. Aunque había mejorado mucho, todavía seguía mostrándose muy reservada con los extraños. Así que teníamos tiempo hasta la tarde para disfrutar de aquella odiosa comida.

Me puse un vestido floreado de gasa atado al cuello, que me dejaba la espalda al descubierto y tenía un escote pronunciado. Me maquillé discretamente los ojos y me pinté los labios de rojo. Me calcé unas sandalias de cuña con suela de esparto y estampado de colores, me peiné la melena negra de lado, asegurándome de que no hubiera ninguna cana visible, y cogí el bolso. Sofía me esperaba en el salón leyendo

una revista. Llevaba unos pantalones de lino en color azul oscuro y una blusa sin mangas con estampado marinero. Completaba el *look* con unas bailarinas blancas y su eterna sonrisa.

—Estás preciosa, Vicky.

—Tú también, pequeñaja. Cómo has crecido, por Dios. Me haces sentir mayor.

—Venga, cállate. —Se rio.

Ambas salimos de casa y nos montamos en mi coche para ir a recoger a Iván al hotel. Aparqué y bajamos andando por el paseo marítimo. Montones de bañistas tomaban el sol y se sumergía en las aguas del Mediterráneo. Una de las maravillas de vivir en Barcelona era aquella, salir de

casa y en quince minutos plantarte en la playa. Me quité las gafas de sol en cuanto cruzamos el *hall* del hotel y un atento botones nos indicó el camino hacia los ascensores. Había estado alguna vez en allí, en la discoteca que había en la planta superior y también tomando algún cóctel en la terraza, pero nunca había visto las habitaciones, mucho menos una *suite*. Según me contó Sofía, se alojaba en una de las *suites* básicas, sin embargo, por muy básica que fuera, estaría dispuesta a quedarme a vivir allí. Aquel ambiente de lujo y derroche me encantaba. Llamadme superficial si queréis, pero aquellas vistas al mar, el spa, la decoración, la atención y el ambiente me volvían loca.

Llamamos a la puerta y a los pocos segundos nos abrió. No estaba preparada para el vuelco que me dio el corazón y no pude evitar llevarme la mano al pecho y acariciármelo por encima de la tela del vestido.

—Dadme unos minutos —nos pidió apartando el teléfono que tenía pegado a la oreja.

Asentimos y entramos en la *suite*. Él desapareció por el pasillo que conducía a la habitación y continuó hablando. Nosotras no quedábamos embobadas contemplándolo todo. Me acerqué al enorme ventanal con vistas al mar y perdí la mirada a través de los cristales.

—Esto es alucinante —me susurró

Sofía, arrastrándome hacia los mullidos sofás para sentarnos a esperar.

—Increíble... —murmuré sin dejar de mover la cabeza de un lado a otro para observar los detalles. ¡Joder! Quería una vida así.

Iván volvió a la sala hablando por teléfono con voz grave y sensual. Estaba muy atractivo vestido con aquel pantalón de traje en color canela y la camisa blanca. Hacía tiempo que ningún hombre despertaba aquella atracción animal en mí. La última vez que la sentí, fue cuando me crucé con una versión más joven de sí mismo, en Madrid, hacía un millón de años.

—Disculpad —se excusó cuando colgó, guardándose el teléfono en el

bolsillo—. Era una llamada de trabajo.

—No te preocupes, estábamos admirando las vistas —comentó Sofía, levantándose para darle un par de besos.

—Sí, son espectaculares —confirmó y luego clavó su penetrante mirada en mí y consiguió hacerme sentir pequeña y vulnerable. Sensaciones que odiaba con toda mi alma—. Victoria, ¿qué tal estás? —preguntó cortés.

—Sorprendida —confesé olvidando los formalismos—. No imaginaba que las cosas te fueran tan bien.

—Pues ya ves... —Se le dibujó una sonrisa en los labios y alzó una mano abarcando la *suite* y la elegancia que le rodeaba—. Unas cuantas buenas

inversiones, algo de maña para los negocios y este es el resultado.

—Por supuesto. Es innegable que te has convertido en un hombre de éxito.

—Sí, y gran parte de ello es gracias a tu padre, sin él no sería nadie — respondió sin apartar la mirada.

Aquello era una provocación en toda regla, pero no iba a caer. Hice una mueca de desagrado ante la mención de un hombre tan despreciable, pero sobre todo porque Iván creyera que sin la ayuda de mi padre nunca hubiera llegado a nada. Increíble.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece si vamos saliendo? —intervino Sofía, antes de que el ambiente se pusiera demasiado tenso—. Tengo un hambre

que me muero.

—Claro —asintió Iván, que por fin dejó de mirarme, permitiendo que volviera a respirar—. Vamos, he reservado mesa en un restaurante del paseo marítimo que os va a encantar. Me han dado unas referencias excelentes.

—Tendrás calor —le comenté cuando se puso la chaqueta del traje sobre la camisa de manga larga, arreglándose los puños.

—Puede que sí —se encogió de hombros y nos abrió la puerta—, pero tengo una reunión después de comer y no creo que me dé tiempo de volver al hotel para cambiarme.

—Por supuesto, cómo no... —murmuré saliendo por la puerta para

dirigirme a los ascensores. Era un hombre muy ocupado que nos había concedido un par de horas de su tiempo.

El camino al restaurante fue tenso y largo. Sofía se esforzó por mantener una conversación en la que Iván y yo solo interveníamos con algún monosílabo. Tras una tensa caminata, por fin llegamos. El jefe de sala nos condujo a la mesa que teníamos reservada en la terraza acristalada con vistas al mar y nos dejaron las cartas después de tomar nota de la bebida. Sin apenas tiempo para abrir la boca, Iván ojeó rápidamente la carta de vinos y pidió una botella de espumoso blanco que costaba lo mismo que el sueldo de mi empleada a tiempo parcial. Se me

abrieron los ojos como platos al ver el precio. El móvil de Sofía empezó a sonar cuando el camarero se retiraba en busca de la bebida y ella se excusó para ir a un rincón a atender. Iván y yo nos quedamos en tenso silencio hasta que nos vimos interrumpidos por el sumiller, que le mostró una botella y la descorchó allí mismo, sirviéndole un poco en la copa. Él lo agitó y lo saboreó dándole el visto bueno. Sirvió una copa para mí, una para mi hermana y otra para él. Era excelente, por supuesto. Al parecer, aparte de un pijo, también se había vuelto experto en vinos. Sofía regresó a la mesa nerviosa y, en vez de sentarse, cogió el bolso y se lo colgó del hombro.

—Chicos, me ha surgido algo

urgente y tengo que irme.

—¿¿Qué?!! —exclamé dejando la servilleta de lino sobre la mesa, dispuesta a salir de allí corriendo. Sofía me puso una mano en el hombro y me obligó a sentarme de nuevo.

—Vosotros podéis quedaros, tranquilos. Ya lo repetiremos otro día.

«Sobre mi cadáver», pensé. Pero Sofía me miró enarcando las cejas en un gesto que dejaba claro que debía quedarme. Iba a matarla. Me había organizado una maldita encerrona. No me lo podía creer.

—Por mí no hay problema —comentó Iván, sin dejar de mirar la carta.

«Capullo», le insulté mentalmente.

—Claro, por mí tampoco —cedí y le lancé una mirada a mi hermana, que hizo una mueca de miedo. En cuanto la pillara a solas se iba a enterar.

—Perfecto. —Sonrió y acercó la silla a la mesa—. Disfrutad de la comida. Este sitio es excelente.

—Si no lo fuera no lo habría elegido —soltó Iván, que se levantó y la besó en la mejilla—. Ya te llamaré.

—Genial. Nos vemos en casa, Vicky.

Y, sin más, se fue.

—Estamos solos —dijo Iván, desabrochándose el botón de la americana y sentándose de nuevo.

—Eso parece. —Cogí la copa de vino y le di un sorbo para hacer algo.

Me había quedado sin habla, por extraño que parezca.

—¿Qué te parece el vino? — preguntó rompiendo el silencio.

—Delicioso —confirmé—, pero si no hubiera sido excelente no lo habrías elegido, ¿no?

—*Touché.*

—¿Saben los señores lo que van a pedir? —nos preguntó un camarero que había aparecido de repente, muy sigiloso.

—Sí. —Iván abrió la carta de nuevo—. Puede retirar el otro servicio de mesa, a la señorita le ha surgido un imprevisto —indicó.

El camarero alzó la mano rápidamente, avisando a otro.

—Por supuesto, señor.

Nos decidimos por una ensalada marinera como entrante y un arroz caldoso con bogavante como plato principal.

—Ha pasado mucho tiempo —me dijo una vez a solas, sin apartar los ojos de mí.

—Sí y también han cambiado muchas cosas —apunté—. Creo que la última vez que comimos juntos fue en un McDonald's.

Él sonrió, como si aquel recuerdo lo transportara a un tiempo mejor.

—¿Qué es de tu vida, Victoria? —me preguntó sin comentar nada más sobre el pasado.

—Pensaba que Sofía te había

puesto al día.

—Sofía y yo nunca hablamos de ti. Eres algo así como tema tabú.

—¿En serio? —Él asintió—. Bueno, mi vida tampoco ha sido tan interesante... Me instalé aquí cuando dejé Madrid, estuve trabajando algún tiempo en una tienda y después decidí crear mi propio negocio.

—Vaya... ¿Así que empresaria? —preguntó sorprendido.

—Sí, tengo una tienda de ropa desde hace unos cuantos años.

Un camarero nos sirvió la ensalada y, con un par de florituras, desapareció sigilosamente.

—¿Y la niña? —preguntó fingiendo desinterés.

A pesar de los años que habían pasado, conocía aquel gesto. Estaba verdaderamente interesado en saber cosas de Daniela, así que me hice la tonta para intrigarle.

—¿Qué niña?

—La que chapoteaba en la piscina hinchable... ¿Es tuya o de alguno de tus amigos?

—No es de ninguno de mis amigos, pero espero que pronto sea mía. —Me miró enarcando una ceja, esperando aclaración, mientras se llevaba el tenedor a los labios con elegancia—. Tengo a Daniela en acogida desde hace poco y estoy agilizando el papeleo para adoptarla legalmente.

Aquello le dejó desconcertado y

sorprendido, creo que no se lo esperaba, pero no hizo preguntas.

—Y decías que tu vida no era interesante... —comentó rellenando mi copa de vino, que sin darme cuenta ya había vaciado—. Comparada con la mía, sin duda lo es.

—¡Venga ya! —exclamé sin tomarle en serio—. Solo hay que verte para saber que te han pasado grandes cosas, Iván. Has cambiado mucho.

—Espero que para bien.

—Eso aún no lo sé.

—Bueno, no puedo quejarme... He tenido éxito en los negocios, muchísimo más del que me esperaba.

—¿No estarás insinuando que ha sido cuestión de suerte?

—Por supuesto que no, la suerte no existe. Yo solo creo en el trabajo duro —respondió—. Si algo queda del Iván que conociste hace quince años es la ambición; no dejo nada al azar.

«Y la arrogancia», pensé. Hablando sobre sí mismo en tercera persona. Menudo engreído.

—¿Estás casado? —pregunté como si no me importara, aunque estaba muy interesada en aquella información.

—No.

—Yo tampoco.

Seguramente, Magda encontraría algún tipo de lógica freudiana en que, a pesar del odio visceral que sentía por él, me alegrara tanto saber que seguía soltero, hasta el punto de admitir que yo

también lo estaba sin que me lo hubiera preguntado.

—¿Qué me dices de tu perro guardián?

Aunque el delicioso aroma que provenía del arroz que acababan de servirme me distrajo un momento, alcé la vista del plato y la clavé en Iván, que me observaba expectante.

—¿De quién hablas?

—Del capullo de pelo largo y ojos azules que parecía dispuesto a saltarme a la yugular el otro día en tu casa —me aclaró y supe inmediatamente a quién se refería—. ¿Estáis juntos?

—Primero, Alexei no es ningún capullo y segundo, somos amigos... Amigos especiales —añadí sin poder

contenerme.

Llevaba casi un año haciendo creer a todo el mundo que me tiraba a Alexei, ¿por qué no seguir con la mentira un poco más?

—¿Ahora lo llaman así?

—Lámalo como quieras.

Seguramente nunca serías capaz de entender la clase de relación que tengo con él.

—En realidad ni siquiera me importa —zanjó saboreando su arroz.

—Pues entonces no preguntes.

Comimos en silencio. Pasado un rato me hizo algunas preguntas sobre mi negocio a las que respondí sin entrar en muchos detalles. Sin embargo, cuando llegamos a los cafés lanzó la bomba.

—¿Por qué no apareciste el día del funeral de tu padre?

—Bueno, Iván, el hecho de que aún tengas que hacerme esta pregunta aclara porque llevamos quince años sin hablarnos.

—Lo que tú digas, pero no me has respondido.

Las cosas habían ido más o menos bien durante toda la comida, empezaba a creer que, si nos veíamos obligados a encontrarnos en alguna otra ocasión, ya habríamos roto esa tensión desagradable que había entre nosotros, pero me equivocaba.

—Está bien, responderé a tu maldita pregunta —dije cabreada, poniendo la servilleta sobre la mesa con

un golpe—. Me alegré tanto de saber que ese cabrón había muerto, que pensé que en vez de ir a un funeral tenía que salir a celebrarlo. Por lo que, cuando me enteré de la noticia, estuve bebiendo, bailando y follando toda la jodida noche.

Técnicamente era verdad. La noche que me llamó Sofía comunicándome la noticia estábamos celebrando la despedida de soltera de Su, así que menos follar, todo lo demás lo había hecho.

Él hizo una mueca de desagrado.

—Sigues siendo una niñata, Victoria.

—Y tú un capullo. —Me levanté de la silla y cogí mi bolso—. Quizá las

cosas no han cambiado tanto —le dije y salí de allí sin despedirme. La cuenta dejé que la pagara él.

Cuando llegué a la tienda aquella tarde, estaba muy cabreada. Al salir del restaurante me monté en el coche, pero antes le mandé un mensaje a Sofía diciéndole que me las iba a pagar y que ya podía ir rezando. Arranqué y conduje hasta el trabajo intentando relajarme sin demasiado éxito. Entré furiosa, sin apenas saludar a Raquel, la chica que trabajaba a tiempo completo conmigo desde hacía unos años, y me fui a la trastienda. Mi compañera entró diez minutos después, al acabar de atender a una clienta, y me saludó.

—¿Un mal día?

—Mejor no preguntes... —contesté ojeando unos albaranes que tenía sobre la mesa del improvisado despacho.

—Pues siento ser portadora de malas noticias, pero ha llamado Pelayo y parecía cabreado.

—Joder, lo que me faltaba. — Suspiré y apoyé la frente en la mesa, agotada.

—Será mejor que le llames —me aconsejó Raquel—. Me esperaré hasta que termines con él y luego me iré.

—Claro. Gracias, Raquel.

—Ah, se me olvidaba —dijo antes de salir—. Ha llegado el correo, te lo he dejado ahí.

Señaló un montoncito de cartas en una esquina del escritorio a las que yo

no había prestado atención.

—Perfecto, ahora mismo salgo.

«Menuda mierda», pensé cuando me dejó sola, buscando la agenda para llamar a Pelayo, uno de mis mejores proveedores. Últimamente estaba cabreado porque le debía una pequeña fortuna en género. Como llevábamos trabajando juntos muchos años y era una de sus mejores clientas, habíamos llegado a un acuerdo y me permitían hacer los pagos a plazos, pero llevaba unos cuantos meses sin pagarle casi nada y se estaba poniendo nervioso. Encima, entre el correo, estaban las facturas de luz y agua. Además, tenía que pagar el alquiler y ya llevaba dos meses de retraso. Dios, lo que me

faltaba... Me estaba metiendo en un buen lío.

—Vicky, dime que tienes un cheque para mí —fue el saludo de Pelayo al descolgar el teléfono.

—Buenas tardes, a ti también —le saludé con ironía, pero no estaba el horno para bollos y lo sabía—. Dame un poco más de tiempo, Pelayo, las ventas van muy flojas este mes.

—Los jefes me están presionando, querida, ya no es solo cosa mía —comentó—. Adelántame mil euros para tranquilizarlos o tendré que pasarte las facturas por el banco, te guste o no.

¡Mil euros! Se había vuelto loco.

—En serio, Pelayo, dame un par de semanas más —le rogué, aunque no

creía que mis problemas económicos se solucionarían tan deprisa—. Tengo apalabrada una boda y un aniversario, creo que voy a hacer muy buenas ventas con los vestidos.

—Joder, Vicky... Llevas dos meses sin pagarme nada —se quejó.

—Por favor, por la amistad que nos une —le supliqué—. Hace siglos que nos conocemos y sabes que siempre he sido una buena cliente.

Suspiró al otro lado de la línea.

—Mira, te doy diez días, pero ni uno más —me advirtió—. Tengo que hacer un viaje a Castellón la semana que viene y le diré a mi jefa que no me ha dado tiempo de pasar a cobrarte, pero no me falles, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Gracias, Pelayo.

Colgamos y respiré más tranquila. Por lo menos tenía diez días de descanso. Salí a la tienda y vi a Raquel apoyada en el mostrador, ansiosa por irse a casa. Se auguraba una tarde demasiado tranquila para mi economía, pero iba a cruzar los dedos esperando que apareciera alguna clienta con ganas de gastar dinero.

—He conseguido diez días más con Pelayo —le conté y ella se dio la vuelta para mirarme.

—Genial.

—Sí, espero que las de la boda y la señora del aniversario hagan una buena compra. —A mi compañera le cambió la expresión al oír aquello y a mí me

entraron todos los males—. ¿Qué...? — pregunté temerosa.

—Han llamado los de la boda esta mañana —me dijo apenada—. La suspenden, se ve que el novio le ponía los cuernos con una de las amigas.

—Joder... ¡Menudo capullo! —Me cubrí los ojos con las manos y conté hasta cincuenta para no ponerme a gritar—. Bueno, lo arreglaremos, con lo que saque de los del aniversario podré tranquilizar a Pelayo al menos hasta el mes que viene.

—Seguro que sí. —Raquel me sonrió con tristeza, como si no se creyera nada de lo que estaba diciendo.

—Coge el bolso y vete, se ha hecho tarde —le dije y entró en la trastienda

sin perder tiempo, saliendo cargada con sus cosas.

—Nos vemos mañana.

Me dio un apretón en el hombro y se fue tranquilamente, olvidando por completo todos los problemas, algo que a mí no me iba a suceder ni siquiera cuando bajara la persiana por la noche.

La tarde se presentó más tranquila de lo que imaginaba. Empezaba el verano y la gente prefería ir a la playa, no pasar la tarde de compras sudando en un probador. Saqué una carpeta con las facturas y, calculadora en mano, me puse a revisarlo todo. Entre una cosa y otra vendí unos vaqueros de marca y un par de blusas. Hacia el final de la tarde, me conecté a internet e hice una

transferencia al propietario del local para pagar los dos meses de alquiler que debía, el presente ya se lo pagaría. Aquello era lo que tenía mayor prioridad. Luego llamé a la señora del aniversario y le solté un rollo sobre unos vestidos maravillosos que acababan de llegar, aconsejándole que se pasara por la tienda antes del fin de semana porque estaban teniendo mucho éxito. Me confirmó que vendría el viernes y lo apunté en la agenda para no olvidarme. Raquel era buena en su trabajo, pero yo era mejor y de aquella venta dependían muchas cosas como para jugármela. También me estuve planteando muy seriamente hablar con Vanesa, la estudiante que trabajaba a

tiempo parcial. Aunque cobraba en negro, su sueldo podía ayudarme a pagar algunas facturas. Tendría que decirle que durante los meses de verano no la necesitaba. Lo sentía por ella, pero mi situación empezaba a ser crítica.

Cuando llegué a Barcelona desde Madrid, estuve ahorrando durante mucho tiempo. A pesar de tener en el banco la seguridad de la herencia de mi madre, quería ser previsor. Luego hice una gran inversión con mi negocio y, aunque daba beneficios, últimamente las ventas estaban cayendo en picado. La otra parte del dinero de la herencia la invertí en el ático con terraza en el que vivía hasta la llegada de Daniela, pero con las prisas, me vi obligada a venderlo por debajo de

su valor para poder comprar la casita con jardín en la que me dejé una fortuna. Pude pagarla al contado, pero me quedé casi sin nada. Además de la debacle en la tienda y las deudas con los proveedores, ahora estaba viviendo de los ahorros porque el negocio apenas me daba para cubrir gastos. Si las cosas no mejoraban, iba a tener problemas serios, sobre todo porque no quería que mis problemas económicos llegaran a oídos de los servicios sociales. Eso podía perjudicarme para adoptar a Daniela.

Sobre las ocho apareció Alexei. Iba vestido completamente de negro, con el uniforme de trabajo, ya que a las doce empezaba su turno en la discoteca.

—Pareces cansado —comenté

mientras bajábamos la persiana.

—Estoy hasta los cojones de este trabajo.

—Lo sé, cariño —susurré y le acaricié la mejilla—, pero cuando vendas el libro las cosas cambiarán.

Él resopló y no dijo nada. Aunque estaba ilusionado con la novela, no las tenía todas consigo.

—¿Me invitas a cenar? —me preguntó de camino al coche.

—Por supuesto, prepararé lasaña de verduras. Es la única manera de que Daniela se la coma.

—Perfecto, nena. Me encanta todo lo que cocinas.

—Lo sé —dije convencida. No conocía a nadie que no se deleitara con

mis platos, era la puta ama de los fogones—. Pararemos en el supermercado para comprar unas latas de Coca-Cola.

Asintió y me incorporé al tráfico ansiosa por llegar a casa y olvidarme un rato de los problemas.

# Capítulo 5

Mientras preparaba la cena estuve hablando con Alexei de lo sucedido aquel día con Iván. De mis problemas económicos, por el momento, no quería contarle nada.

—Sigue pensando que mi padre era como Dios y yo una niña malcriada — le dije poniendo la lasaña al horno para gratinarla.

—¿Le contaste todo lo que te hizo tu padre? —preguntó bebiendo un trago de su adorada Coca-Cola.

—Bueno, lo esencial. Tampoco entré en detalles.

—Quizá tendrías que hacerlo —me aconsejó—. Según dices, tu padre era un experto en engañar a todo el mundo y mostrar solamente la cara que más le favorecía.

—Ya, pero Iván era mi novio, se suponía que tenía que creerme a mí, ¿no te parece? —respondí indignada.

—No lo sé, Vicky. Solo digo que tendrías que habérselo contado todo, no solo la versión apta para menores.

—¿Te estás poniendo de su parte? —pregunté lanzando el paño de cocina sobre la encimera—. ¿Es esto una especie de solidaridad masculina?

Alexei, que estaba sentado en uno de los taburetes frente a la barra que separaba la cocina del salón, entrecerró

los ojos.

—No empieces con ese rollo.

—¿Qué rollo?

—El de ponerte a la defensiva para intimidar a la gente y que te den la razón.

—Te odio, capullo.

«Me conoce demasiado bien», pensé viéndole sonreír.

—Pasa de ese tío, Vicky, no creo que te convenga. Te hace recordar cosas que llevas mucho tiempo esforzándote por olvidar. Ese es mi consejo de mejor amigo.

—El problema es que no sé si puedo.

Poco antes de irme de Madrid, había hablado con Iván y le había

contado que mi padre bebía demasiado y disfrutaba haciéndonos daño tanto a Sofía como a mí. Eso sin contar que había inducido al suicidio a mi pobre madre. Él no se lo tomó en serio o quiso creer que lo de hacernos daño era en un sentido menos físico, tal vez una exageración. De todos era sabido que mi padre y yo no nos llevábamos bien, aunque nadie conocía los verdaderos motivos que me hacían odiarle. Iván me dijo que estaba resentida porque pasaba demasiadas horas trabajando, que quería llamar su atención y que estaba muy mal injuriar así a un buen hombre. Le odié con todas mis fuerzas, me sentí traicionada y profundamente herida, así que me largué sin decirle adiós ni darle

ninguna explicación. Sin embargo, mi historia con él era una relación inacabada. Aún teníamos muchas cosas pendientes y era evidente que, al reencontrarnos, seguían saltando chispas.

Mientras controlaba el horno, escuché el ruido de unas llaves en la cerradura. Por fin llegaban las niñas. Sofía había ido a recoger a Daniela a la escuela de verano y habían pasado la tarde juntas.

—¡*Aleasei!* —gritó mi pequeña, entrando en casa y lanzándose a los brazos de mi amigo.

—Pero si está aquí mi princesa —exclamó cogiéndola en brazos, tensándose cuando apareció mi hermana

en su campo de visión—. Hola... —la saludó.

—¿Qué tal? —respondió ella, también seca.

—¿Dónde os habíais metido, pendonas? —pregunté para romper la tensión, acercándome para besar la cabecita morena de Daniela.

—Al salir del cole hemos ido al parque y se nos ha pasado la tarde volando —comentó Sofía, soltando el bolso y sentándose en uno de los taburetes junto a Alexei.

—Hemos comido helado —se chivó la niña.

—¿En serio? Pues espero que hayas guardado hambre para la cena —le dije dándole un golpecito en la nariz—. Ve a

lavarte las manos, cielo.

—Yo la llevo —se ofreció Alexei, levantándose y acompañándola al baño.

No perdí detalle de la mirada que le lanzó mi hermana. ¡Ay! Todas mis alarmas se activaron al son de problemas.

—Tú no estés tan sonriente porque me tienes muy cabreada —le recordé, aprovechando los minutos de intimidad mientras Daniela estaba en el baño con mi amigo.

—No te enfades, ¿vale? —pidió sin atreverse a mirarme—. Lo hice por vuestro bien, necesitabais hablar.

—Eso era algo que podríamos haber decidido nosotros sin tu ayuda, ¿no te parece?

—¡Venga ya, Vicky! —se burló. Sabía que yo nunca iba a tomar la iniciativa de manera voluntaria—. ¿Cómo ha ido?

—Más o menos bien hasta que ha sacado el tema del funeral de papá.

—Joder, este tío es gilipollas.

—Bastante. —Asentí dándole la razón. Por lo menos coincidíamos en algo. Comprobé que la lasaña estaba gratinada y apagué el horno—. Alexei se queda a cenar —comenté y a ella se le iluminaron los ojos.

Madre mía, ¿qué iba a hacer con esos dos?

—Perfecto —dijo disimulando la emoción—. ¿Te ayudo con algo?

—Lo tengo todo controlado, solo

necesito que os sentéis y comáis.

Cuando Daniela y Alexei volvieron del baño, serví los platos y nos sentamos a cenar.

—Verdura, ¡qué asco! —se quejó la niña.

—Por lo menos es lasaña —le dije—. Da gracias que no está hervida con patatas. Anda come.

Puso cara de perrito apaleado, pero cogió el tendero y cortó un pedazo para llevárselo a la boca.

—Está deliciosa, nena —me alabó Alexei.

—Gracias, cariño.

Mi hermana nos miraba a ambos como si dudara de la veracidad de mis palabras, sin creer que no tuviéramos

ningún tipo de relación amorosa, sobre todo debido a nuestro trato tan cariñoso.

—¿A qué te dedicas, Alexei? —le preguntó, rompiendo el apacible silencio en el que nos habíamos sumido durante la cena.

—Soy camarero —respondió sin levantar la vista del plato—. Trabajo en un bar de copas y algunas noches en una discoteca.

—¿En serio? Qué interesante.

—¿De verdad te lo parece? —preguntó clavando sus ojos azules en ella—. Bueno, supongo que a alguien como tú puede parecérselo.

—¿Qué quieres decir?

—Una señorita de clase alta, criada en un internado inglés, no debe haber

cenado muchas veces con un simple camarero, ¿verdad?

Mi hermana se puso tensa de golpe.

—No sé qué insinúas, pero estás muy equivocado conmigo, Alexei — contestó muy digna—. No soy clasista, ni mucho menos me considero mejor que nadie.

—Ya... Tienes razón, lo siento —se disculpó—. No te conozco lo suficiente como para afirmar algo así.

Pero yo sí conocía muy bien a Alexei y sabía que aquellas disculpas eran debidas a nuestra conversación y a la promesa que me había hecho de comportarse de manera educada con mi hermana, no a la sinceridad.

—No pasa nada —le disculpó Sofía

— Ya habrá tiempo para que nos conozcamos mejor.

Continuamos cenando con tranquilidad, escuchando el incesante parloteo de Daniela, que no se dejó ni un detalle a la hora de describirnos la divertidísima tarde que había pasado en el parque con Sofía. Después del postre me llevé a la niña para darle un baño y acostarla, dejando que aquellos dos recogieran la cocina a solas. Esperaba que supieran comportarse y no estallara la guerra en mi ausencia. Daniela se durmió enseguida, estaba agotada, así que no tardé mucho en volver. Cuando me acerqué a la cocina, los oí hablar a través de la puerta entornada que daba al pasillo y escuché a hurtadillas.

—¿De dónde eres? —preguntó Sofía.

—Mi madre era española y mi padre ruso, nací en Moscú, pero llevo viviendo aquí desde los dos años — contestó él sin entrar en detalles.

—Ya decía yo... Tienes unos ojos preciosos, Alexei. No solo por el color, sino por la cantidad de emociones que transmiten.

Él carraspeó nervioso.

—Gracias... Los tuyos también son bonitos.

¡Peligro, peligro! Aquello estaba tomando unos derroteros que no podía permitir, había llegado el momento de interrumpirles.

—Al fin se ha dormido —anuncié

entrando de repente, como si no llevara allí unos minutos escuchando.

—Genial —murmuró Sofía sonrojada.

—Será mejor que me vaya —dijo Alexei, dejando en la encimera el paño con el que secaba los platos que ella acababa de fregar—. Mi turno empieza dentro de poco.

—Claro, cielo, te acompaño a la puerta.

—Hasta pronto, Sofía —se despidió.

—Adiós, Alexei.

Una vez se fue, regresé a la cocina donde mi hermana me esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por Dios, ¡qué bueno está!

—Ya, ya, lo que tú quieras. Pero es problemático, te lo dije.

—Sí, pesada... —Me dio la razón como a los tontos—. Solo le admiro en la distancia.

—Más te vale.

—Antes de volver a Londres para recoger las cosas que me quedan allí, tenemos que ir una noche a la discoteca donde trabaja, prométemelo.

—De acuerdo, pero búscate otro objeto de deseo.

—Puedes estar tranquila, a él ni siquiera le gusto. ¿Has visto cómo me mira? Creo que me odia —se lamentó, abandonando la cocina en dirección al pasillo—. Voy a ducharme y tomamos una copita, ¿vale?

Asentí pensando que mi hermana estaba ciega, porque la manera que tenía de mirarla Alexei no era ni de lejos de desprecio, sino todo lo contrario...

El viernes por la noche organicé una cena de chicas en casa. Sofía salía a cenar con Iván y los compañeros con los que empezaría a trabajar después del verano. Aprovechando que me quedaba sola en casa con Daniela, llamé a mis amigas y estuvieron encantadas con la idea. Desde que tenía a la niña y Lisa estaba embarazadísima, se nos habían acabado las noches de mojitos y discoteca y un plan tranquilo nos parecía ideal. Por la tarde había estado en la tienda atendiendo a la señora del

aniversario con sus tres hijas y las dos nueras. Se habían probado un montón de vestidos y las había convencido para que se quedaran uno cada una. Había sido un éxito rotundo que me ayudaría a tranquilizar a Pelayo hasta el mes siguiente, pero aquella venta no solucionaba ninguno de mis problemas. En realidad no quería ver que las cosas se me estaban yendo de las manos y que no iban a acabar nada bien. Las deudas estaban devorándome poco a poco, pero aquella noche había decidido pasarlo bien y olvidarme un rato de los problemas, así que aparqué el tema para otro momento. Sobre las nueve llamaron al timbre, yo había llegado poco antes y acababa de preparar la cena, pero me

faltaba cambiarme. Sofía se había ocupado de bañar a Daniela y ponerle el pijama y ahora estaba arreglándose en el baño. Sabía que era Iván que venía a recogerla, así que me eché una ojeada en el espejo del recibidor antes de abrir la puerta. Bueno, tenía el maquillaje corrido después de todo el día, pero estaba más o menos presentable.

—Buenas noches, Victoria —me saludó cuando le abrí.

Tardé en responder porque me había quedado sin habla. Iba vestido de manera impecable, llevaba un traje oscuro y una camisa en color crudo con el cuello desabrochado, sin corbata. Además, olía a algo así como: «podría morir de placer inhalando esta fragancia

enloquecedora». Creo que en perfumerías lo llaman Armani code.

—Buenas noches —le saludé—. ¿Quieres pasar? Sofía está acabando de arreglarse.

—Claro, gracias.

Le señalé el camino hacia el salón y él pasó observándolo todo. Menos mal que había hecho limpieza y la casa estaba presentable porque venían las chicas y no nos había pillado con algún par de bragas colgando del respaldo de la silla o algo así. Debo reconocer que, tanto Sofía como yo, éramos un poco desastre para estas cosas.

—Siéntate, si quieres.

—No, estoy bien así.

El ambiente estaba muy tenso.

Nuestro último encuentro había sido en el restaurante y yo me había largado de malas maneras después de que me sacara de mis casillas.

—He estado pensando... —dijo de pronto—. Creo que deberíamos repetir la comida del otro día. Aún tenemos algunos asuntos pendientes, ¿no te parece?

¿En serio? ¿Quería volver a quedar conmigo? «Ni loca».

—¿Para qué, Iván? —pregunté mirándole a los ojos—. Hace quince años que no nos vemos, creo que entre tú y yo ya no hay nada más que hablar.

—Discrepo. Es más, yo...

De pronto se interrumpió porque apareció Daniela, que venía corriendo

por el pasillo para ver quién era, vestida con su camisón rosa de mariposas y una sonrisa enorme dibujada en los labios, que se le congeló en cuanto vio a nuestro invitado. Le costaba relacionarse con desconocidos y se volvía muy vergonzosa con los extraños.

—Cielo, ¿has acabado de cenar? — pregunté acariciándole los tirabuzones. Ella se escondió detrás de mis piernas y asintió.

Iván me sorprendió hincando la rodilla en el suelo y poniéndose a su altura para saludarla.

—Hola, me llamo Iván. ¿Tú cómo te llamas? —Daniela asomó la cabeza y le miró recelosa—. Espera..., déjame adivinarlo —murmuró, fingiendo que

tenía que pensarlo—. ¡Ya lo sé! — exclamó—. Seguro que te llamas Elsa, como la princesa de Frozen.

Daniela abrió los ojos como platos. Yo también abrí los ojos como platos por la sorpresa. La niña se plantó frente a él con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes como estrellas.

—Elsa es mi nombre favorito del mundo —le contó emocionada, extendiendo los brazos—. ¿Cómo lo has adivinado?

—Si te dijera el secreto, no sería un buen mago. —Le guiñó un ojo y ella entrecerró los suyos.

—Me gusta Elsa, pero me llamo Daniela.

—Daniela es un nombre precioso

—le aseguró.

—¿Quieres ver mi muñeca? — preguntó, introduciéndole inmediatamente en su círculo de mejor amigo, ya que sus muñecas no las podía ver cualquiera.

—Me encantaría, pequeña.

La niña se fue corriendo por el pasillo en dirección a la habitación y él se levantó mirándome con una sonrisa que no le había visto nunca. Si me hubieran dicho que Iván era capaz de ganarse a una niña de cinco años de manera tan magistral sin verlo con mis propios ojos, jamás me lo hubiera creído. ¡Maldito cretino! No solo se había ganado a Daniela, sino que había conseguido empezar a descongelar algo

muy frío, que había oculto dentro de mí, alrededor de mi corazón.

—No sabía que te gustaran los niños.

—No todos —respondió recuperando poco a poco el semblante serio—, pero tengo una sobrina de la edad de Daniela y no me ha costado mucho adivinar que también habría sucumbido a la locura de la famosa película.

—Entonces, ¿tu hermana se casó?

—Sí, hace unos siete años. Por ahora solo tienen una niña y creo que no verla será lo que llevaré peor de vivir en Barcelona.

—¿Es definitivo? —le pregunté refiriéndome a su traslado.

—Diría que sí.

Daniela volvió de la habitación con su muñeca Elsa para enseñársela a Iván. Diez minutos después salió mi hermana, lista para irse. Se había vestido muy formal con pantalones de traje y una blusa de gasa con volantes. Se notaba que la cena de esa noche era de negocios.

—Cuando Daniela quiera, podemos irnos —bromeó señalando a la emocionada niña.

—Pasadlo bien —les deseé cuando convencí a la pequeña para que dejara marchar a nuestro invitado.

En cuanto salieron por la puerta y se montaron en el flamante Jaguar de Iván, me la llevé a su habitación, la

arropé y esperé hasta que se quedó dormida para salir pitando en dirección a la mía y darme una ducha rápida antes de que llegaran las chicas. Ya había preparado los canapés mientras hacía la cena de Daniela y tenía una jarra de margarita enfriándose en la nevera junto a otra de limonada para Lisa. Me puse un vestido sencillo y me maquillé un poco. Estaba poniendo la mesa en el jardín cuando llamaron al timbre. Genial, justo a tiempo.

—¡Madre mía! —exclamé cuando abrí y vi a Lisa junto a su inseparable novio, Raúl—. Cada día estás más redonda, cielo —dije y le acaricié la voluminosa tripa con cariño.

—Cállate, ¿vale? —gruñó

haciéndose la ofendida.

—Pasaré a recogerla luego —me recordó Raúl, saludándome con un par de besos mientras su mujer entraba en casa—. Seguro que Su y tú acabáis borrachas y no me fio.

—Anda, lárgate, capullo —bromeé.

—Está bien, me largo —contestó alzando las manos en señal de rendición—. Pero llamadme cuando tenga ganas de volver a casa.

Les dejé unos segundos de intimidad. Se despidieron con un beso de tornillo, como si en vez de volver a verse en tres horas fueran a tardar tres días. En cuanto tuve a Lisa acomodada en una tumbona en el jardín, con un vaso de limonada helada en la mano y la

promesa de no levantarse ni mover un solo dedo, fui a abrir la puerta porque acababa de llegar Su, armada con una botella de tequila y ganas de pasarlo bien. Esa era mi chica.

Cenamos los deliciosos canapés que había preparado a base de marisco y pescado, además de *sushi* casero y, tanto Lisa como yo, disfrutamos de una buena ración de helado. Su se mantuvo firme en su obsesión por la dieta y dijo que no podía permitirse probarlo. Estaba chalada. Intentamos hacer el menor ruido posible porque Daniela dormía, pero después de bebernos una botella de tequila entre dos, Su y yo estábamos bastante contentillas.

—El otro día me encontré una

jodida cana en la sien. Por supuesto tuve que arrancármela de inmediato — comenté recordando el horrible episodio.

—De hecho, tienes algunas más por aquí detrás —respondió Su, señalándose la zona del cogote.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamé levantándome como un resorte de la tumbona, algo mareadilla por el alcohol, todo hay que decirlo.

—Sí, en la coronilla —confirmó Lisa.

—¡¡Zorras del infierno!! —grité y me fui al recibidor, donde estaba el espejo más cercano—. ¡¿Por qué no me lo habíais dicho antes?!

Me revisé toda la melena y encontré

un asqueroso destello plateado por ahí detrás. Dios, qué horror ¿Cómo habían permitido que fuera por la vida con esas pintas sin decirme nada? Mis supuestas amigas seguían en el jardín, partiéndose de risa a mi costa.

—Venga, Vicky, no es para tanto — se burló Lisa, sosteniéndose la prominente barriga e intentando disimular una carcajada.

—Claro, guapa, porque tú eres rubia y no se te notan, pero esto es una tragedia —sollocé, dejándome caer en la tumbona y sirviéndome dos dedos de tequila en el vaso, que me bebí de un trago.

—Pues te tiñes y listos —me aconsejó Su—. Yo llevo años

haciéndolo y no pasa nada.

—Qué asco de vida —me quejé sin hacerles caso—. Me estoy convirtiendo en una vieja solterona. Necesito un hombre ya.

—Estás hecha toda una reina del drama. —Se rio Su.

—Hazte un perfil en «Citas de Amor» —me recomendó Lisa y yo empecé a planteármelo en serio.

—Eso es, quizá tú tienes más suerte que nosotras —me animó Su.

—Ya veremos... —murmuré sin afirmar ni negar nada—. Ah, por cierto, Sofía quiere que la lleve de fiesta al *Bright* antes de volver a Londres dentro de un par de semanas. Podríamos ir el sábado que viene, ¿no? —le pregunté a

Su, porque Lisa estaba descartada para salir de fiesta hasta después del parto.

—Claro, chicas, aprovechad vosotras que podéis. Yo me quedaré con Daniela. Es tan adorable... —se ofreció Lisa, encantada de quedarse con mi niña.

—Genial, ¿qué me dices, Su?

—Hablaré con Eric, pero supongo que no habrá problema.

—Estupendo. —Aplaudí y seguimos bromeando y divirtiéndonos con nuestras locuras hasta que Lisa dijo que no aguantaba ni un minuto más en pie y Raúl vino a recogerla. De paso acompañaron a Su a su casa.

La noche había sido un éxito, pero dos cosas siguieron rondándome por la

cabeza antes de meterme en la cama.  
Una era si tenía que empezar a teñirme y  
la otra si sería buena idea crearme un  
perfil en la famosa página de contactos...

# Capítulo 6

El tema del pelo lo solucioné aquel mismo sábado por la mañana. Me levanté temprano y algo resacosa debido al tequila, le preparé el desayuno a Daniela y nos fuimos a la peluquería tras comprobar que Sofía estaba durmiendo en su cama. No me había enterado de a qué hora había llegado, pero seguro que eran pasadas las cuatro cuando lo hizo.

Aquel fin de semana tenía trabajando en la tienda a Raquel y a Vanesa, así que estaba libre. El lunes tendría que hablar con Vanesa y despedirla, al menos temporalmente, y

necesitaba coger fuerzas para hacerlo. Raquel ya había hecho sus vacaciones y aquel verano nos lo pasaríamos trabajando juntas. Yo ya me había hecho a la idea de que me iba a quedar sin hacerlas. Tampoco podía permitírmelas, así que mejor no pensar en ello.

Siendo un sábado de verano y a primera hora de la mañana, no había gente en la peluquería y pudieron atenderme sin haber pedido cita. Ya que estábamos allí aproveché para que le cortaran las puntas a Daniela. Hablé con mi peluquera de confianza y le comenté el tema de las canas. Ella me recomendó que esperara para empezar a teñirme si ese era el único motivo, porque apenas tenía ni eran visibles y era una lástima

estropearme el pelo con tintes, pero ya me había decidido. Me pasé un buen rato mirando los distintos colores de la carta hasta que elegí un chocolate intenso muy parecido a mi color oscuro natural. Esperando a que me subiera el tinte observé a Daniela, que charlaba animadamente con la peluquera mientras le dibujaba tirabuzones en el pelo. Además de enviar a Sofía a aquel internado inglés, librándola de las garras de mi padre, acoger a Daniela había sido lo mejor que había hecho en mi vida. Quién sabe dónde hubiera ido a parar de no ser por mí... En cuanto la vi por primera vez en el colegio supe que nuestros destinos, por alguna razón, estaban entrelazados.

—¿A qué estoy guapa, mami? —me preguntó sonriente, contemplando su reflejo en el enorme espejo.

No era la primera vez que me llamaba «mami». De hecho ya era una costumbre, pero cada vez que lo hacía el corazón me daba un vuelco en el pecho.

—Guapa se queda corto, nena —respondí con un nudo en la garganta—. Estás preciosa.

Mientras me retiraban el tinte y me lavaban el pelo, le comenté a la estilista que me hiciera un cambio de look y optamos por un corte con raya al lado y flequillo largo. La chica se llevó por delante unos cuantos centímetros de pelo bajo mi atenta y horrorizada mirada, pero el resultado final fue

impresionante. Estaba guapísima, aunque quede mal que lo diga yo. Inmediatamente me hice un par de fotos y se las mandé a mis amigas. Los elogios no tardaron en llegar. Luego actualicé mi foto de perfil de Facebook y las subí a todas mis redes sociales. Me había venido arriba, qué queréis que os diga. Aunque se me fue un poco la emoción cuando le di la visa a la recepcionista para que me cobrara. Un par de cortes y un poco de color habían ascendido a una cifra de dos ceros, ¡la madre que las parió! Eran buenas, pero cobraban caro. En el trayecto en coche me estuve arrepintiéndome de haberme gastado un dinero que no tenía, pero luego me miraba en el espejo retrovisor

y la imagen que me devolvía me quitaba las penas de golpe. Le propuse a Daniela ir al centro comercial a dar una vuelta y a comer algo por allí.

No debía, sobre todo porque yo misma tenía una tienda de ropa, pero recordé que el sábado iba a salir con mi hermana, Su, Eric y alguno de sus amigos y me encapriché de un vestido que vi en el escaparate de una conocida tienda de ropa. En cuanto entré y me lo probé, supe que había nacido para lucir aquel increíble modelo. Cuando le pasé la visa a la dependienta, la sujeté con fuerza un momento mientras ella tiraba y me miraba mal. Al final tuve que soltarla y apartar la mirada. Aquello se me estaba yendo de las manos. Por ese

día se habían acabado los caprichos para mí, sin embargo, cuando mi niña me puso ojitos para entrar en una tienda de juguetes, no pude decirle que no, y luego, cuando sostenía aquella caja que contenía una muñeca de La Sirenita con los ojos llorosos, diciéndome que era de las pocas que le faltaban para completar la colección, ¿qué queréis que os diga? La Sirenita es mi princesa Disney favorita y Daniela mi punto débil, así que pasamos por caja y tiramos de nuevo de visa. Ambas coincidimos en que era una buena idea comer en un restaurante de comida rápida y el menú me salió económico. Como aún era temprano cuando regresamos a casa, cogimos un menú para llevar con

hamburguesa, patatas fritas y refresco para mi hermana. ¿Qué mejor manera de superar una resaca que comiendo comida basura?

—Qué guapas estáis, coño —gruñó Sofía desde el sofá cuando llegamos.

Como había imaginado, estaba en pijama, sorbiendo un café con cara de asco, ojerosa y despeinada. Resaca, se llamaba.

—Has dicho una palabrota, tía Sofía —la regañó Daniela y ella hizo una mueca de arrepentimiento.

—Tienes razón, cariño, pero es que me duele la cabeza y ya no sé ni lo que digo —se excusó.

—Anda, toma. —Le pasé la bolsa con la comida. Desenvolvió la

hamburguesa, le quitó toda la lechuga y el pepinillo y le dio un mordisco con placer.

—Esto era justo lo que necesitaba —murmuró con la boca llena.

Daniela se apresuró a sacar la muñeca de la caja para enseñársela.

—Hemos ido a la peluquería y de compras —le conté y luego le enseñé el vestido.

—Es precioso.

—Me lo pondré el sábado, iremos al *Bright*. —Ella me miró sin entender —. La discoteca donde trabaja Alexei —aclaré.

—¡Genial! —exclamó emocionada.

—¿Tú qué te pondrás? Nada de mojigatería, que nos conocemos —le

advertí porque sabía que por culpa del accidente arrastraba muchos complejos absurdos.

—Asaltaré tu armario —me dijo y yo la miré mal—. Eso es lo que hacen las hermanas pequeñas, ve acostumbrándote.

«Eso habrá que verlo», pensé.

—¿Cómo fue anoche?

—La cena un poco aburrida, los compañeros parecen majos, pero algunos son muy sosos —comentó devorando las patatas. De la hamburguesa no quedaba ni rastro—. Iván nos propuso ir a la terraza del hotel donde se aloja para tomar unos cócteles y... Dios, ¡qué pasada! Adoro ese lugar, Vicky. Lástima que esté buscando

apartamento porque me encantaría que me invitara a pasar un fin de semana allí.

—¿Así que está buscando un sitio para vivir?

—Sí, le está ayudando Anabel, su secretaria. Una guarra de cuidado —me susurró bajando el tono porque Daniela estaba en el salón, cepillando el pelo rojo de su nueva muñeca —. Estoy segura de que se lo quiere tirar, si es que no lo ha hecho ya.

—Pues que le aproveche — respondí como si tal cosa, pero por dentro, algo empezó a arder a fuego lento.

Recogí el vestido y me lo llevé a la habitación para colgarlo en el armario.

De pronto me había entrado un cabreo monumental y decidí que había llegado el momento de poner solución al segundo tema que me inquietaba además de las canas, que ya eran inexistentes por lo menos hasta la siguiente sesión de tinte.

—¿Por qué no veis una peli? — propuse para tenerlas entretenidas un rato.

Daniela gritó de alegría y enseguida sacó el DVD de Frozen. Habíamos visto esa película unas quince veces, pero Sofía dijo que no la había visto y aplaudió la elección. Seguramente, en diez minutos acabaría echando la siesta mientras la niña disfrutaba. Les preparé un bol con palomitas y las dejé

cómodamente instaladas. Luego cogí el portátil y lo puse sobre la mesa del salón, que estaba dividido de la zona donde había los sofás y la tele por un arco, y me daba algo de intimidad. Lo encendí y tecleé una dirección.

*www.citasdeamor.com*

Todo empezó una noche en la que Lisa nos confesó que se había creado un perfil en la famosa página de contactos y estaba chateando con un chico. Su fue la siguiente en animarse y ahora, al cabo de unos cuantos meses, era yo la que iba a probar suerte. Aquello iba a ser muy divertido.

Me froté las manos con malicia y

respondí al cuestionario de la página. Me encantaba hablar de mí, así que no tuve ningún problema para responder a cualquier tipo de pregunta, fuera de la índole que fuese. Aun a riesgo de parecer prepotente y bastante creída, estaba muy buena, así que cualquier tío de esos estaría de suerte si respondía a alguno de sus mensajes.

Mi infancia traumática no había disminuido para nada mi autoestima, más bien todo lo contrario. A veces me molestaba el contacto físico y me costaba confiar en la gente, pero había días en los que me venía arriba y me consideraba una diva, ¿por qué no? Gran parte del atractivo de una persona reside en creérselo. La visión que tenemos de

nosotros mismos es la que proyectamos en los demás y yo quería que vieran a una mujer atractiva y capaz de todo. Nunca más iba a permitir que nadie viera miedo o debilidad en mis ojos.

Subí la foto que me hice aquella mañana y un par más de una noche que salí de fiesta con las chicas. Luego me puse a responder preguntas. Las de religión y lugares favoritos para ir de vacaciones me parecían un coñazo, pero me encantaron las más picantes. El color predominante de mi ropa interior, a la que respondí con un: «¿Quién usa de eso?», y mi fantasía sexual favorita: «Tú, yo y... ¿una amiga?». Aquellos idiotas no tenían nada que hacer. Allí estaba el huracán Vicky en todo su

esplendor. Me reí de lo lindo respondiendo de manera atrevida a todas las preguntas. ¿No era eso lo que se esperaba de mí? Pues no iba a defraudarles, no señor. Me sentía con la libertad de tomármelo a cachondeo porque en realidad no iba a quedar con ningún capullo desesperado de internet. Aunque respetaba a la gente que se lo tomaba en serio y lo conseguía, aquel perfil estaba motivado por el despecho y no por las ansias de encontrar el amor. Que Iván se follara a su secretaria era algo que me había dado mucha rabia; una rabia infinita.

Mientras esperaba para que me enviaran el correo de confirmación y activaran mi perfil, fui a echar una

ojeada a las niñas. Ambas estaban con los ojos fijos en la pantalla, comiendo palomitas sin parar.

—¿Qué tal por aquí? —pregunté antes de ir al baño.

—Me encanta esta peli, Vicky — contestó Sofía con la boca llena—. ¿De qué te reías tanto?

—Ah..., de nada —disimulé—. Estaba chateando con las chicas — me inventé y me fui directa al baño. Ellas siguieron a lo suyo.

Cuando me puse de nuevo frente al portátil, ya pude entrar en mi perfil. Descubrí que había recibido alguna visita y había roto tres corazones. «Y los que me quedan por romper», pensé. Me puse los cascos en las orejas y encendí

el reproductor de música. Aquello requería de concentración y las risas de las chicas en el salón me estaban distrayendo, así que al son de Kelly Osbourne me puse a navegar por la página. Me dediqué a curiosear algunos perfiles, llamadme superficial, pero si en la foto de perfil no me parecían mínimamente atractivos pasaba de ellos. Me saltaron varias ventanas de chat, por lo visto tenía tres días de prueba en los que podía disfrutar de todas las opciones de la página sin pagar, pero no me sentí lo suficientemente motivada para hablar con ninguno de ellos. La mayoría eran unos cerdos y escribían unas guarradas que me escandalizaba incluso a mí.

Se suponía que aquel tenía que ser un momento divertido, pero lo que me había dicho Sofía se había quedado grabado en mi mente y no había manera de sacarlo de ahí. *One Word* seguía sonando en mis oídos, había puesto el reproductor en modo repetición, y mi subconsciente no se alejaba de Iván y de la conversación con Magda: «¿Sigues enamorada de él?», me había preguntado. Joder..., lo peor era que tenía dudas. ¿Seguía enamorada de él? Después de tantos años era imposible, pero quizá tenía razón y lo nuestro era una historia inacabada a la que necesitábamos dar un final digno para poder olvidarla definitivamente.

De pronto tuve un momento de

iluminación e hice algo rezando para que no diera resultado. Pero ¿por qué no intentarlo? Había una opción de búsqueda de usuarios en la parte superior de la página, accedí y tecleé un nombre: Iván Robles. Luego marqué en búsqueda avanzada las casillas: Barcelona, soltero, con foto y entre 35-40 años. Cliqué en «buscar» al borde de un ataque de nervios. Apareció una lista larga, por lo visto su nombre era muy común. Miré las fotos con temor y, a la tercera, allí estaba él: Iván-36. ¡Qué fuerte! El tío se había creado una cuenta en la página hacía pocos días y se había puesto una foto de perfil que te mojaba las bragas en el acto. Estaba apoyado en una superficie, quizá la barra de un bar.

Mandíbula cuadrada, barbilla partida, barba de dos días, ojos grises con mirada traviesa, como si quisiera invitarte a jugar a un juego no apto para menores, y sonrisa de chico malo. En la foto vestía una camisa de color rosa, aunque eso no le restaba masculinidad, sino todo lo contrario, sobre todo cuando te fijabas en aquellos bíceps poderosos que tensaban la tela. Lucía una pulsera de cuero en una muñeca y en la otra el Rolex. Era la clase de tío por el que una se pondría de rodillas, incluso yo, a pesar de conocerlo y saber que era un capullo. A los veinte años, Iván era un chico guapísimo, pero ahora que se le notaba que iba al gimnasio y hacía deporte con regularidad, tenía un

cuerpazo y un atractivo irresistibles. Además, la edad le había favorecido convirtiéndole en un hombre muy sexi. Casi brincaba en la silla, mezcla de la emoción y los nervios, porque todavía no conocía el funcionamiento de la página, pero estaba convencida de que si clicaba en su perfil sabría que lo había visitado. «¡Qué coño!», me dije. Mi segundo nombre es curiosidad, de manera que desplazé el cursor y cliqué.

¡Joder, joder, joder! ¡Estaba en línea!

Había un circulito verde en la parte superior de su perfil que parpadeaba sin cesar, pero no me importó porque ya no había vuelta atrás. Se lo revisé todo sin ninguna vergüenza. Las fotos eran

excepcionales y la descripción de su perfil era para partirse de risa. ¡Venga ya! Pero si parecía uno de esos anuncios de hacía siglos en los que un soltero rico buscaba joven casadera. ¿En serio? ¿Tan bajo había caído? Aquello me superaba, así que con todo el morro le abrí una conversación de chat.

—*Hola, Iván-36, ¿cómo va la búsqueda de esposa?*

Cliqué en «enviar» y me quedé impaciente, esperando para ver parpadear la ventanita. En aquel momento era imposible concentrarse en hacer otra cosa como, por ejemplo, seguir investigando por la página. Solo

quería que Iván me respondiera y el muy cabrón lo hizo, pero se tiró sus buenos diez minutos. Joder, casi me comí las uñas esperando.

—*Qué sorpresa, Victoria... Jamás hubiera imaginado encontrarte en un sitio como este.*

—*Ni yo a ti.*

«Capullo», añadí mentalmente.

—*¿Por qué has tardado tanto en contestar? ¿Te daba vergüenza?*

—*Estaba ojeando tu perfil.*

—*¿Y qué te ha parecido?*

—*Que desconoces el significado de la palabra sutileza.*

—Ya... A ti te van más las mojigatas aburridas, ¿no? Por lo menos conmigo sabes a qué atenerte.

—Si no te conociera creería que esa afirmación es cierta, pero tú siempre logras desconcertarme, Victoria.

Maldita sea, odiaba que me llamaran por mi nombre completo. Solo mi padre me llamaba Victoria y era algo que detestaba con todas mis fuerzas, pero a Iván le divertía, así que pasé de pedirle que me llamara Vicky, era inútil.

—Me alegra. Pero dudo que me conozcas, he cambiado mucho en estos últimos años.

—No tanto como crees... ¿Qué opina tu novio, el de las greñas, de que estés cazando tíos a través de una página de contactos?

—No es mi novio, solo somos amigos especiales, ya te lo dije.

—Entonces, ¿qué buscas aquí?

—Pasar el rato... Mis amigas han probado la página y estaba curioseando.

—Para pasar el rato mejor vete al cine, hay gente aquí que va en serio, deja de comportarte siempre como una niñaata.

—¡Venga ya, Iván! ¿Gente que va en serio? ¿Aquí? No te lo crees ni tú. Pensaba que si querías follar te bastaba con irte a una discoteca. No

*entiendo qué haces aquí.*

*—Sigues siendo una ordinaria.*

*—Y tú un gilipollas. Además, no me has contestado.*

*—Trabajo demasiado, estoy en una ciudad nueva... Me apetece conocer a alguien interesante.*

*—Dice Sofía que a tu secretaria le gustaría conocerte mejor. No te hace falta perder el tiempo aquí.*

*¡Mierda! ¿Por qué había escrito eso?*

*—Mi secretaria ya me conoce bien. Ahora busco otra cosa.*

*Me lo imaginé con una sonrisa de*

suficiencia      escribiendo      aquello.  
¡Gilipollas!

—*Pues que tengas suerte.*

Y cerré el chat de golpe. Estaba cabreada, muy cabreada. En un nivel de cabreo de aquellos que daban ganas de estampar algo contra el suelo. Además, me había puesto en evidencia como una adolescente celosa. Iván tenía la capacidad de hacerme perder la compostura muy fácilmente.

—¿Qué haces? —preguntó alguien a mi espalda a la vez que me arrancaba los auriculares de las orejas.

Me pegué tal susto que lancé un gritito llevándome la mano al corazón.

Me iba a cien. En un intento inútil, intenté bajar la tapa del portátil, pero ya era tarde, Sofía me miraba sonriendo.

—¡Qué susto!

—Así que «Citas de Amor», ¿eh?

—murmuró burlona.

—Solo estaba curioseando —me excusé—. Lisa y Su lo probaron y tenía ganas de ver de qué iba. Nada más.

—Tranquila, hermanita, me parece bien. Es un buen método para conocer gente —me dijo sentándose junto a mí—. En Londres también lo usan, está muy de moda. Tengo amigas lo han probado y han conocido a chicos interesantes.

Suspiré tranquila, por lo menos no se había dado cuenta de que estaba

chateando con Iván.

—Ya, pero yo paso de estas cosas. Como te he dicho, solo estaba curioseando porque estaba aburrida. ¿Y la peli? —pregunté para cambiar de tema.

—Se ha acabado. Daniela quiere que juguemos con ella y sus muñecas, me ha mandado a mí para convencerte, dice que si vienes al salón con nosotras te dejará ser Elsa.

—Paso... Yo quiero ser Ariel.

—No es justo —se quejó Sofía—. Ariel quería ser yo.

—Lo siento, ventajas de ser la hermana mayor.

Tras repartirnos los personajes, cerré la página y apagué el ordenador.

Daniela nos esperaba en el salón con su colección de muñecas y una sonrisa de oreja a oreja. Plan de lujo para un sábado por la tarde... Nótese la ironía.

# Capítulo 7

La semana siguiente fue un auténtico desastre. El lunes tuve que despedir a Vanesa y la chica rompió a llorar a moco tendido, con lagrimones más grandes que los de Daniela en plena pataleta. Aunque mis amigas me llamaban la reina de hielo, os juro que por dentro se me partió el corazón porque la situación no estaba para perder trabajos, ni siquiera uno en el que cobraras en negro, así que le prometí que si algún día suelto me veía apurada la llamaría y que después del verano la volvería a coger. El martes fue

aún peor. Me llamó la señora del aniversario y, sin ningún tipo de remordimiento, me dijo que una de sus nueras tenía una amiga que había conseguido unos vestidos más económicos y que, de los seis que me habían reservado, solo se iba a quedar con dos. «¡Maldita vieja!», pensé por dentro y la insulté en tres idiomas distintos, pero al teléfono me tuve que aguantar porque era mejor dos vestidos que ningún vestido. El miércoles vinieron a recogerlos y encima tuve que darles las gracias. Aquel día, con todo el cabreo, me conecté a la página de contactos. Tenía varios mensajes, un montón de corazones rotos y una cantidad enorme de valoraciones a mis

fotos, pero a mí solo me interesaba una persona. Sabía que, por alguna razón, hablar con él me haría cambiar el ánimo. Por fin le vi conectado y le envié un mensaje de chat al que no respondió. El muy cretino me había ignorado. Lo peor fue cuando, un rato después, me llegó un correo electrónico de la página.

*«Iván-36 no quiere seguir en contacto contigo, lo sentimos. En nuestra web podrás encontrar a otros solteros igual de interesantes. ¿Te atreves a vivir tu Cita de Amor?».*

A continuación, venía una lista de tíos a los que ni miré. Me había bloqueado, ¡no me lo podía creer!

El jueves la cosa fue a peor. Pelayo se pasó por la tienda y en cuanto le di un sobre y ojeó el contenido, estalló.

—Esto es una broma, ¿no?

—Lo siento, se me han torcido las ventas y...

—Vicky, con doscientos euros no arreglamos nada, lo sabes. Me prometiste que si te daba diez días lo solucionarías —me reprochó. Aunque, para no solucionar nada, bien que se guardó el sobre en el maletín.

—La semana que viene te daré más —le prometí, pero ambos sabíamos que era mentira.

—Me sabe mal llegar a estos

extremos porque te aprecio y sé que estás pasando por un bache —dijo sinceramente apenado—, pero aprecio más mi trabajo y mis jefes me están presionando, no puedo seguir haciendo la vista gorda. Te voy a pasar las facturas por el banco.

—Joder, Pelayo, dame un poco más de tiempo, por favor —le supliqué. Odiaba mostrarme tan vulnerable, pero no me quedaba otra.

—Lo siento, Vicky.

Se largó sin decir nada más, dejándome tocada y hundida, no solo por las deudas, sino porque se había negado a seguir sirviéndome género hasta que le pagara todo lo que le debía y tenía la tienda surtida a base de tallas

sueltas y prendas de esas que no quiere nadie. Lo malo fue que Pelayo no era el único proveedor al que tenía cabreado... Cuando pensaba que ya no podía ocurrir nada peor, me llegó una carta certificada con una multa por exceso de velocidad y la consecuente pérdida de puntos del carnet. ¡Joder! Ya ni me acordaba. Me había pillado un radar cuando venía de visitar a un proveedor y llegaba tarde a recoger a Daniela, así que pisé el acelerador a fondo y esos cabrones lo detectaron. Menos mal que era de esa clase de mujeres que se crecían ante las adversidades porque si no, pasados esos cinco días de mierda, podría haberme hundido para siempre.

El sábado fui a trabajar por la mañana, Raquel iba a cubrir el turno de tarde, así que me daba tiempo de prepararme para la salida de aquella noche. Alexei me había confirmado que estábamos en la lista vip, solo me hubiera faltado tener que pagar la entrada al *Bright*. Aunque, vista mi suerte, quizá el portero me obligaba. A eso de las siete de la tarde dejé a Daniela en casa de Lisa con una bolsa con el pijama, una muda y un par de muñecas. Mi niña se llevaba de maravilla con mi amiga y no se sintió incómoda con la idea en ningún momento. No me gustaba dejarla una noche entera, pero aquel sábado, más

que nunca, necesitaba desconectar, tomarme una copa y bailar como si no hubiera mañana para olvidarme de aquella asquerosa semana. Cuando volví a casa me encontré a Sofía en ropa interior, con una toalla alrededor de la cabeza, saqueando mi armario tal y como había prometido.

—Será mejor que te metas en la ducha —ordenó, cogiendo de la percha un pantalón pitillo ajustadísimo que a mí me apretaba un poco—. Luego te peino.

Asentí y me fui directa al baño dejando que cogiera lo que quisiera. Admiraba el valor de enfundarse semejantes pantalones con el calor que hacía, pero sabía que Sofía jamás iba a mostrar sus piernas a nadie

voluntariamente. Quizá yo era la única que se las podía ver sin que se sintiera incómoda. Cuando salí del baño con el pelo mojado, me la encontré vestida con los pantalones y un top de lycra en color bronce, que dejaba el abdomen al descubierto e iba atado al cuello. La muy perra tenía una cinturita de avispa de veinticinco años que estaba encantada de lucir.

—Puedes quedarte con ese conjunto si quieres, yo ya no me lo pongo —le dije. A mí me daba miedo que se me saliera alguna lorza si me ponía algo tan ajustado y destapado. A ciertas edades, por más delgada que una esté, siempre corre peligro con estas cosas.

—¡Genial! Me encanta.

Me maquillé y dejé que Sofía me secara el pelo con el secador y me pasara la plancha. Ella lo llevaba suelto y se lo había ondulado. Me puse el vestido que me había comprado, en color turquesa, con un hombro al descubierto y lo suficientemente corto como para sentirme atrevida y a la vez decente. Con el bronceado que había cogido esos días, el color resaltaba logrando un maravilloso contraste. El collar étnico en tonos flúor que me puse, le daba el toque final.

—Estás increíble, Vicky —me alabó Sofía, haciéndome una foto con el móvil para subirla a nuestras redes sociales.

A eso de las diez vinieron a

buscarnos Eric y Su y nos fuimos a cenar a un restaurante mejicano que nos encantaba. Después de las fajitas y margaritas, nos fuimos a retocar el maquillaje al baño. Su iba vestida con una falda corta en color negro y un corpiño rojo que no le había visto nunca.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté—. ¿Has ido de compras a la competencia?

—No me pude resistir, lo vi el otro día en un escaparate y encima conseguí que lo pagara Eric, así que me declaro culpable, pero entiéndelo —se excusó.

—Tranquila. —Sonreí—. Es precioso. Tendría que venderlo en mi tienda.

Una vez listas, nos montamos en el coche muy contentillas después de varios cócteles. Eric nos miraba con una sonrisa socarrona, sereno y relajado porque esa noche conducía y no iba a beber. Qué bueno estaba el marido de mi amiga. Llevarse a un tío así bien merecía toda mi admiración. Era la puta ama.

El *Bright* estaba a reventar aquella noche. Además del turismo de calidad, estábamos en verano y la gente salía más. Sofía se quedó asombrada. Creo que, en aquel momento, podría decirse que era de las mejores discotecas de la ciudad. Entre Su y yo le enseñamos el local. Después subimos a la zona de reservados donde dejamos nuestros

bolsos junto a los amigos de Eric, entre ellos Alberto, el fotógrafo, que era un pelmazo y llevaba meses intentando ligar conmigo. Por más que me negaba, el tío no lo pillaba. En fin. Bajamos a la pista porque aquella noche a Alexei le tocaba ocuparse de la barra de abajo y le saludamos en cuanto tuvo un momento de respiro.

—Este sitio es increíble —gritó Sofía por encima de la música.

Él sonrió mientras preparaba nuestras bebidas, a las que, por supuesto, nos invitó.

Bailamos un rato, nos tomábamos la copa y nos hicimos fotos. Luego subimos a la zona de reservados. Eric charlaba con sus amigos y nos hizo una señal para

que nos acercáramos y nos sentáramos con ellos. Su corrió a su lado, pero a mí hubo algo que me frenó, como una señal de alerta que se disparaba. Giré la cabeza hacia la derecha y allí estaba, sentado en un sofá, con una copa de balón en la mano y en actitud relajada rodeado de unos cuantos amigos, Iván. ¡¡Joder!!

—¿Qué hace aquí? —le pregunté a Sofía, con un cabreo emergente.

—A mí no me mires —respondió alzando las manos—. Yo no le he dicho nada, te lo juro.

Se escabulló en dirección a nuestros amigos y yo me quedé allí, como un pasmarote, sin poder apartar la mirada de aquel dios. Supuse que, del

mismo modo que me pasaba a mí, pudo presentirme, porque de pronto interrumpió lo que estaba diciendo y me miró directamente. En su expresión de sorpresa pude confirmar las palabras de mi hermana. No le había dicho nada porque no esperaba verme allí. De todas las malditas discotecas de Barcelona, ambos acabamos en la misma. Por si en algún momento pensaba que la mala suerte de aquella semana había terminado, fue evidente que seguía acechándome. Tras haber bloqueado con todo el descaro mi perfil en «Citas de Amor», nunca pensé que fuera a levantarse y acercarse a mí, pero así lo hizo. Maldita sea, se suponía que estaba allí para desconectar y olvidarme de

todo, no para ponerme a babear por aquel cretino, pero estaba tan absolutamente atractivo con esos vaqueros oscuros y la camisa blanca con las mangas enrolladas a la altura de los codos, que no pude evitarlo. Me puse seria y me dije que tenía dos opciones: ponerme en ridículo o coger el toro por los cuernos y dejarme de tonterías. ¿Adivináis cuál elegí?

—Parece que el destino se empeña en cruzarnos, Victoria —me saludó cuando llegó a mi lado.

—Sí, pero yo soy más rápida —contesté dándole una palmadita en el brazo—. Diviértete, guapo.

Y le dejé allí plantado mientras me iba, contoneando las caderas y con una

sonrisa dibujada en los labios, hacia la mesa donde aguardaban mis amigos.

Me senté al lado de Alberto, el pelmazo sobón, para ponerlo celoso. Este se mostró encantado de verme y, dándome dos besos, colocó una de sus asquerosas manos sobre mi muslo. Me vi obligada a sonreír. Detestaba que me tocaron los extraños y en especial aquel mamarracho, pero la mirada de furia que me lanzó Iván, que seguía de pie donde le había plantado, bien merecía soportarlo. ¿Qué se creía? ¿Qué me iba a quedar a charlar con él como si nada? Pues lo llevaba claro. Aunque me pusiera a cien, tenía mi orgullo y quería que entendiera que no me faltaban pretendientes. Ya podía ir a sentarse con

las pijas esas con las que estaba, que me daba exactamente igual.

No negaré que iba un poco pedo porque después de los cócteles de la cena, la bebida que me había tomado abajo y la copa a la que me había invitado Alberto, me estaba descontrolando. Estaba en aquel punto en el que todo me parecía gracioso, incluso la idea de subirme a la mesa y ponerme a bailar. No lo hice, no os asustéis, pero quería demostrarle a Iván que era feliz sin él y que su traición no me había afectado en absoluto, que ni pensaba en él ni me importaba. Todo ello una sarta de mentiras, pero iba borracha y me daba igual.

—¿Vamos a bailar, muñeca? —me

preguntó Alberto.

Asentí encantada. Me moría de ganas de ponerme en movimiento y liberar todo el estrés. Me cogió de la mano y me arrastró a la pista. Nos siguieron Su, Eric, Sofía y otro de sus amigos, que se había pegado como una lapa a mi hermana. No iba tan borracha como para no controlar las manos del pulpo con el que iba a bailar y al mismo tiempo asegurarme de que Sofía estaba a salvo y pasándoselo bien, pero sí lo suficiente como para sentirme libre de las cargas de aquella semana de mierda. La pista de baile estaba atestada y el aire acondicionado a tope, sin embargo, hacía muchísimo calor. Los cuerpos sudorosos chocaban entre sí y las luces

parpadeantes creaban el efecto deseado, transportando a los presentes hacia aquel momento de irrealidad y diversión sin límites al son de la música. No tardé en descubrir que cerca de nosotros se hallaba Iván, contoneándose con una pelirroja de infarto. Entre canción y canción, Sofía, que bailaba cerca de mí, se acercó y me dijo que aquella zorra era Anabel, su secretaria, la que se lo follaba. Y sí, la manera que tenían de moverse juntos dejaba claro que se conocían muy bien, demasiado. Así que entenderéis por qué tuve que agarrar a Alberto del cuello y pegarle a mí para movernos al ritmo de la música y permitir que me lamiera el cuello con esa lengua tan larga. «Puto baboso».

Sonreí complacida cuando vi que Iván no dejaba de mirarnos, eso sí, sin despegarse de la pelirroja.

Si hubiera estado en plenas facultades mentales me habría planteado muy seriamente si aquello era un baile con nuestras respectivas parejas o solo un numerito orquestado para cabrear al otro.

Llegó un momento en el que la cosa se me fue de las manos. Había estado más pendiente de Iván que del tío con el que bailaba y me encontré con sus manos magreándome el culo descaradamente, arrimándose sin ningún pudor. Intenté apartarle y poner un poco de distancia, pero cuanto más me resistía, más fuerza hacía él. Tenía toda

la intención de meterme la lengua hasta el fondo de la garganta, pero pude girar la cara a tiempo y acabó estampándose los labios abiertos en la mejilla. Su aliento rancio me dio arcadas.

—¡Suéltame, capullo! —grité, pero no me soltó. Al contrario, sonrió y siguió con su acoso.

—¡Deja de hacerte la estrecha, muñeca! —exclamó para hacerse oír por encima de la música.

—Suéltame de una vez o voy a pegarte tal patada en las pelotas, que le dolerá más a tu orgullo de machito que a tus partes nobles —le advertí porque iba a hacerlo, sí señor.

Me moría de ganas de enseñarle quién mandaba. El problema era que me

tenía agarrada con demasiada fuerza y odiaba aquella sensación de vulnerabilidad. Me transportaba a tiempos y momentos que quería olvidar y que me paralizaban. Miré a mi alrededor en busca de mis amigos, pero se habían perdido entre la masa de cuerpos. Ni siquiera divisaba la barra para llamar la atención de Alexei, que siempre se ocupaba de vigilarme.

—Venga, muñeca, dame un beso — insistía como si nada—. Seguro que puedes hacer maravillas con esa boca que tienes. Voy a tenerte toda la noche pegada a mi...

De pronto noté que alguien me cogía del brazo con una fuerza brutal y me hacía chocar contra un torso duro

como una piedra, cortando de raíz lo que estaba diciendo aquel imbécil. Giré el rostro para agradecerle a mi salvador, fuera quien fuese, el haberme liberado de aquella situación, pero me quedé muda en cuanto vi los ojos grises de Iván, que miraban furiosos a Alberto.

—¡Suéltala! —gruñó, dándole un empujón en el hombro con la mano derecha. Mientras, con la izquierda, me cogía del brazo, al que seguro le quedarían las marcas de sus dedos.

—¡Zorra calientapollas! —gritó Alberto—. Eso es lo que eres.

Luego se giró y se disculpó con un grupo de chicos con los que había chocado tras el empujón. Iván le lanzó una mirada amenazante que le bajó un

poco los humos y yo me quedé callada y no me quejé por el insulto.

—Desaparece de mi vista si no quieres que te saque de aquí a hostias — le amenazó, recordándome al Iván de antaño.

Debajo de aquella fachada de pijo estirado seguía habitando el chico de barrio del que me enamore hacía tantos años. Alberto se lo pensó cinco segundos y luego se perdió entre la multitud a base de gruñidos y empujones, como si fuera él el que nos estuviera haciendo un favor y no al contrario.

—¿Qué coño hacías con ese payaso?! —me preguntó pegándome a su cuerpo. Y yo, en vez de contestar,

suspiré. ¡Sí! Suspiré como una puta pringada, apoyando la cabeza en su hombro. Iba pedo, no tengo otra excusa para justificarlo—. ¿Estás borracha? — Iván me apartó y me miró a los ojos. Yo sonreí—. Joder, sí que lo estás.

—¡Qué va! —grité—. Vamos a bailar.

Estaba sonando *Gettin' Over You* de David Guetta y yo, con aquella tasa de alcohol en sangre, me creí Fergie y empecé a cantar y a menear el culo contra su entrepierna. Aquello era un claro ejemplo de esas cosas que una no querría que tuvieran que contarle a la mañana siguiente, cuando se levanta con resaca después de una noche de desmadre, pero yo estaba imparabile. A

Iván tampoco le costó mucho seguirme el rollo. Sus ojos también estaban vidriosos y deduje que se había tomado unas cuantas copas y poco le faltaba para alcanzarme. De la pelirroja ni rastro, pero no pregunté, por mí como si se abría un cráter muy profundo en el suelo y caía al vacío para no volver a aparecer jamás.

De pronto recordé cuando éramos unos chavales y vivíamos en Madrid. Iván y yo nos pasábamos los fines de semana de fiesta en un garito donde trabajaba un colega suyo. Uno de esos antros donde mi padre jamás me hubiera permitido ir de haberse enterado. Bebíamos cerveza y rompíamos la pista hasta que las piernas no nos sostenían.

Luego acabábamos follando como locos en el primer rincón donde encontrábamos algo de intimidad. Aunque aquella noche, quince años después, las cosas no iban a terminar así... o al menos eso pensaba. Estuvimos bailando un buen rato, no sabría decir cuánto, me daba igual. De pronto volvía a estar allí, en Madrid, cuando Iván me quería y yo pensaba que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, mucho antes de que pusiera por delante a mi padre, al prestigio y al dinero que podría darle convertirse en otro de sus títeres.

Nos acercamos a una de las barras y pedimos un par de chupitos de tequila. Nos bebimos el primero y el alcohol me

quemó la garganta. Antes de que Iván pudiera detenerme, alcé la mano y le pedí al camarero que nos sirviera otro. Sí, sé lo que estáis pensando, aquello era una muy mala idea. Pero mala, mala, mala... Iván se echó sal en la mano y, antes de pensar detenidamente lo que estaba haciendo, me acerqué, se la lamí mirándole directamente a los ojos y me bebí el chupito de un trago para acabar chupando la media rodaja de limón. Vi la manera en la que le ardían los ojos antes de beberse el suyo y dejarlo con un golpe sobre la barra. Conocía aquella mirada muy bien, pero aquella noche se iba a quedar con las ganas.

—Será mejor que vuelva con mis amigos —le dije al oído—. Bailar

contigo me ha puesto cachonda y aquí ya no tengo nada que hacer.

Cuando me di la vuelta para irme, me cogió del brazo y mi espalda quedó pegada a su torso. Me rodeó la cintura y me habló al oído.

—¿Quieres decir que te vale cualquiera? —me preguntó y noté el roce de una interesante erección en la parte baja de la espalda. Quería provocarle y eso era exactamente lo que había conseguido.

Él también estaba cachondo, la química entre nosotros seguía funcionando de maravilla, como si no hubieran pasado los años. Si no quedara tan mal, me hubiera aplaudido por mi destreza excitándole.

—¿Por qué no? —contesté girando la cabeza para hablarle—. Tú hace tiempo que dejaste de ser especial.

Puso la mano en mi muslo, rozando el borde de la falda de mi vestido, que por si no os lo había dicho era tan corto que, si subía unos centímetros más, notaría lo húmeda que me había puesto restregarme contra él en la pista de baile, y me acarició la piel con suavidad.

—Ya que he hecho el esfuerzo de calentarlo, no voy a dejar que se lo coma cualquiera —respondió, soltándome y dirigiéndose a los baños.

No hacía falta decir nada más. Conocía el juego y sabía a qué atenerme. Habíamos jugado muchas veces. Podía

seguirle y follarle o darme la vuelta como una mujer sensata y olvidarle para siempre. Sin duda la segunda opción era la correcta, sin embargo... lo habéis adivinado. Me faltó poco para quitarme los tacones y correr en dirección al pasillo que conducía a los baños. En fin, me consolé diciéndome que solo se vive una vez.

# Capítulo 8

Mientras accedía al pasillo oscuro que conducía a los baños, empezó a sonar *Not myself tonight* de Christina Aguilera y la gente se lanzó a la pista. El alcohol o la locura transitoria me estaban incitando a cometer más estupideces de las habituales y aquello era solo el principio, la noche aún era larga. Frente a mí había tres puertas. A la izquierda la del baño de mujeres, donde se oían las risas de las chicas que hacían cola. A la derecha la del baño de hombres, por la que salieron un par de chicos. Uno de ellos se me quedó

mirando embobado. «Sí, estoy buena, chaval, pero piérdete», pensé haciendo una mueca que dejaba claro que no estaba interesada. Al ver que pasaba de ellos, se largaron por el pasillo murmurando. En el centro estaba la del baño de minusválidos. Conociendo a Iván sabía que estaría allí esperándome, excitado y dispuesto a jugar. La pregunta era si yo quería lo mismo. Aún estaba a tiempo de largarme, dejar estar aquella tontería y mantener mi orgullo intacto. No había necesidad de ceder a mis impulsos y echar un polvo con él porque ambos acabaríamos arrepintiéndonos. Después cruzaríamos aquella puerta bien follados, pero volveríamos a la pista cada uno por su lado. Sin embargo,

quizá un polvo sería la manera de zanjar lo nuestro a lo grande. El resto estaba hablado y aquello sería el punto y final definitivo. Un final con fuegos artificiales, porque si algo no había cambiado era el deseo que sentía por él. La atracción seguía siendo animal.

Me había acostado con algunos hombres a lo largo de aquellos años, muchos menos de los que todo el mundo pensaba. Me había corrido la mayoría de las veces, pero había sido más satisfacer una necesidad física y no algo que me hiciera estallar de verdad. Como estornudar cuando te pica la nariz, nada más allá de un alivio momentáneo que a veces me hacía sentir sucia. Ahora tenía al alcance de la mano la oportunidad de

volver a sentir todo aquello que llevaba años dormido. Así que, siendo como era una mujer a la que le gustaba gozar de los placeres de la vida, abrí la puerta y entré. Estaba oscuro y por un momento me sentí ridícula pensando que había estado frente aquella puerta cerrada durante más de diez minutos, debatiendo conmigo misma sobre mi destino, cuando en realidad allí no había nadie e Iván me había tomado el pelo, pero se me pasaron las tonterías cuando una mano empujó la puerta hasta cerrarla con un golpe y echó el pestillo. Luego se hizo la luz. Un fluorescente parpadeaba sobre el cristal sucio que había encima del lavabo. Me di cuenta de que el baño de minusválidos poco tenía que ver con

el de mujeres aparte de lo obvio. Nuestro baño, como el de toda discoteca de cierto nivel, estaba repleto de espejos, tocadores, espacios perfumados, toallitas húmedas y sofás. Aquello solo era un baño para emergencias, un poco sucio y con un tufillo desagradable.

—Has tardado —dijo Iván a mi espalda, sobresaltándome—. ¿Has tenido que debatir con tu conciencia?

—Yo no tengo de eso —mentí, dándome la vuelta y apoyando el trasero en el lavabo con una sonrisa de suficiencia dibujada en los labios.

Él me miraba fijamente, de brazos cruzados.

—¿Te acuerdas del bar de Beni?

—Claro... Me acuerdo de todo, Iván. De todo —recalqué.

—Aún lo tiene —comentó, como si hubiera estado haciendo memoria y pensando en algún recuerdo lejano mientras me esperaba.

—¿En serio?

—El muy cabrón aún vive de servir cerveza barata a sus colegas del barrio.

—Tiene suerte.

—Puede ser... —murmuró pensativo—. Sabes, cada vez que voy al baño me acuerdo de las veces que te follé allí mismo, contra la puerta.

Ahogué una exclamación. Porque si había algo que podía ser peor que la locura que iba a cometer con Iván, era que él dejara salir al chaval del que me

enamoré. Quería que volviera el pijo engreído, con ese podía lidiar, con el chico malo de antaño no.

—Vaya, ¿dónde están tus modales ahora?

—Esperándome por ahí, junto a mi cordura —murmuró y descruzó los brazos acercándose a mí. Puso ambas manos sobre mis caderas y me dio la vuelta, de cara al espejo.

—¿Nada de besos? —pregunté con ironía.

—Tú quieres follar, yo quiero follar y a ambos se nos da de puta madre hacerlo juntos —remarcó, remangando la tela de mi falda hasta las caderas, dejando a la vista el tanga negro de encaje—. Los besos son para las

personas especiales —susurró, recordándome lo que yo misma le había dicho junto a la barra.

Me acarició las nalgas desnudas, obligándome a inclinarme sobre el lavabo, y yo me agarré con ambas manos a la fría porcelana blanca intentando controlar mi respiración y la anticipación por lo que iba a suceder.

—¿Quieres hacerlo, Victoria?

—Quiero follar y me da igual si eres tú o cualquier otro —mentí para conservar algo de dignidad frente a él, el hombre que más daño me había hecho en la vida después de mi padre—. Así que déjate de cháchara y ponte a ello si no quieres que salga a buscar a otro más dispuesto.

Gruñó y agarró las tiras de mi tanga, tirando hasta romperlas. Era uno de mis tangas favoritos, pero que me arrancaran las bragas a lo bestia superaba con creces cualquier sentimentalismo por la ropa interior.

—Como quieras —dijo a mi espalda, desabrochándose los botones de los vaqueros.

No me dio tiempo de reaccionar, de pronto noté su erección dura y enorme penetrarme. La primera embestida me pilló desprevenida. Me empujó hacia adelante y casi choqué con la cabeza contra el cristal, soltando un jadeo de sorpresa parecido al que dejó escapar él. Me agarré con las manos a la porcelana y me dejé llevar por el ritmo

salvaje y descontrolado con el que se movía, tal y como lo recordaba, follándome con ganas y sin contemplaciones.

—Joder, sigue siendo igual de bueno —gimió enredando una mano en mi melena, tirando y obligándome a levantar la cabeza.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Sus ojos ardían por la lujuria. Era el hombre más sexualmente atractivo que había visto en mi vida, pero ya no era mío, tenía que recordarlo. No podía perder la cabeza y dejarme llevar por sentimentalismos absurdos, por más que me gustara lo que me estaba haciendo. Ralentizó el ritmo de las embestidas sin apartar ni un solo

segundo sus ojos de los míos.

—¿Te gusta? —preguntó y me costó asentir porque me tiraba del pelo con demasiada fuerza. Además, no podía articular palabra perdida en aquella bruma de sensaciones extremadamente placenteras—. Sí, claro que te gusta, estás ardiendo... —gimió soltándome el pelo y bajando una mano en dirección a mi sexo—. Estás tan mojada que incluso goteas.

Me acarició el clítoris con los dedos húmedos, llevándome al borde del orgasmo. Supuse que él estaba tan al límite que no podía aguantar mucho más y por eso quería terminar rápido. Me acarició en círculos un par de veces y me corrí soltando un grito desesperado,

deseando con todas mis fuerzas que no pudiera oírse desde fuera debido a la música que sonaba a todo volumen en la discoteca. Entonces él también se dejó ir, bañándome por dentro al ritmo de las contracciones que marcaba mi sexo en torno al suyo. Cuando recuperamos el aliento, me soltó y se apartó. Cuando me incorporé, me resbaló algo húmedo entre los muslos y enseguida me limpié con un poco de papel higiénico. Él hacía lo mismo y se abrochaba los pantalones. De mi ropa interior, mejor ni hablamos. Me bajé la falda y me miré al espejo. Estaba despeinada y tenía el maquillaje corrido... Genial, aquello no tenía arreglo y menos sin mi bolso, que estaba en el reservado junto a mis amigos. Iván

tiró de la cadena. El ruido de la cisterna fue lo único que se oyó allí dentro mientras nos retábamos con la mirada. ¿Quién sería el primero en exponerse? Claro, fui yo. Y como siempre, fingiendo ser lo que no era.

—Gracias por el polvo —le dije—, pero siento decirte que aguantabas más a los veinte años.

Entonces abrí el pestillo y salí de allí sin darle opción a réplica. Las chicas que hacían cola en el baño de al lado, y que probablemente nos habían oído gritar como animales hacía apenas unos segundos, me miraron intrigadas. Cuando crucé el pasillo fue cuando me di cuenta de lo borracha que estaba. La cabeza me daba vueltas y tuve que

sujetarme con una mano en la pared para no caerme. Supuse que los chupitos de tequila habían sido la gota que colmó el vaso y aquel polvo el detonante final para que todo estallara. Salí a la pista y fui apartando cuerpos a trompicones. La gente me miraba mal, uno me dio un empujón, pero yo solo tenía un objetivo en mente: Alexei. Él era mi roca segura y ahora, con mis facultades mermadas, le necesitaba. Llegué a la barra no sé ni cómo, porque lo único que veía eran manchas oscuras y figuras desdibujadas. Me senté en un taburete, que milagrosamente estaba vacío, y me quedé allí sin saber qué hacer.

—Nena, ¿dónde te habías metido?  
—preguntó una voz a mi espalda.

Me di la vuelta torpemente y me encontré con los ojos azules de mi amigo, que me miraba preocupado inclinando la cabeza a un lado. Dejó sobre la barra una cubitera vacía y me rodeó la cintura con el brazo.

—Alexei... —Sonreí como una idiota bebida e intenté acariciarle la mejilla, pero mi mano ni se acercó a tocarle en la cara—. Voy sin bragas y acabo de follármelo en el baño de minusválidos —confesé con una sonrisilla traviesa.

—¿A quién? —me preguntó sorprendido.

—A Iván —le contesté como si fuera idiota.

¿Acaso no era obvio?

—Joder... —gruñó sin soltarme—. Menudo pedo llevas, Vicky. Y cómo te va a escocer esto mañana —murmuró—. Ya he acabado mi turno por hoy, recojo mis cosas y te llevo a casa.

—Mi hermana —balbuceé y él hizo una mueca.

—Mierda... Vale, iremos a por ella.

Se metió detrás de la barra para recoger sus cosas. Mientras lo hacía, intenté aguantar sentada en el taburete sin caerme redonda al suelo. En dos minutos volvía a estar a mi lado, rodeándome con el brazo, aunque a mí me dio la sensación de que había tardado una eternidad. Me estaba ayudando a bajar del taburete cuando lo

presentí... Iván. Estaba al otro lado de la barra. La puta pelirroja iba detrás de él siguiéndole como un perrito y él me miraba con aires de superioridad, como diciendo: «te he follado cómo y cuándo he querido». Al menos eso interpreté yo en mi mundo de alcohol y luces parpadeantes. Se me ocurrió una idea brillante, de esas que, cuando la ves desde fuera piensas que es una cagada monumental, pero que cuando llevas unas copas de más, acabas de echar un polvo brutal con tu ex, que ya se está contoneando con otra más joven y que está más buena cuando tú todavía te sientes vulnerable, te parece genial. Fue aquello lo que me hizo girar la cabeza, recuperando momentáneamente la

coordinación de mis extremidades debido a la rabia, coger la cabeza a Alexei, inclinársela y plantarle un beso en los labios que le dejó totalmente paralizado.

—Pero ¡¿qué haces?! —gritó en cuanto logró apartarme, pasándose el dorso de la mano por los labios.

Yo me giré con una sonrisa triunfal y vi a Iván mirándonos furioso. Sin perder tiempo, agarró a la pelirroja de la mano y se perdió entre la multitud. «Toma, capullo». Yo también podía besarme con uno más joven y más guapo. Pero... un momento, un momento, ¡¡un momento!! ¿Acababa de meterle la lengua hasta la campanilla a Alexei? ¿A mi mejor amigo, casi mi hermano

pequeño? ¿Un ser totalmente asexual para mí? ¡Oh, Dios mío! Le miré horrorizada. Él todavía seguía mirándome sorprendido, aunque lo peor fue descubrir a Sofía a nuestro lado y entender que lo había presenciado todo. Nos miró entre escandalizada y dolida y yo me sentí fatal. ¡Mierda! La había liado a lo grande.

—Voy a vomitar... —le dije a Alexei, que reaccionó y me pasó lo que había más a mano, que no era otra cosa que la cubitera que había dejado sobre la barra.

Y así fue como una noche en la que se suponía que salía a bailar con mi hermana y unos amigos, se convirtió en el principio de una serie de catastróficas

desgracias que iban a cernirse sobre mí sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Había mancillado mi amistad con Alexei. Cabreado más que nunca a Iván, que a momentos parecía desearme desesperadamente y luego odiarme con la misma intensidad, y encima había roto el corazón a mi hermana pequeña. Aunque lo peor de la noche fue acabar vomitando en mitad del mejor club de moda de la ciudad, dentro de una cubitera, y perder toda la dignidad en el proceso. Un aplauso, por favor... Me lo había ganado con creces.

# Capítulo 9

Lo primero que noté a la mañana siguiente cuando me desperté, además de la peor resaca de mi vida, fue que tenía el vestido enrollado en torno a la cintra y el culo al aire. Estaba en la cama de Alexei, la reconocí al instante, no era la primera vez que pasaba la noche allí, aunque él siempre había dormido en el sofá y nunca jamás la habíamos compartido, ni siquiera durmiendo como amigos. Intenté incorporarme sosteniéndome la cabeza, que me dolía horrores, conteniendo las náuseas porque seguro que podría

vomitara hasta la primera papilla si la puta habitación no dejaba de girar sobre sí misma. Encima de la mesilla de noche había un vaso de agua y un par de ibuprofenos que me tomé sin demora mientras una serie de imágenes borrosas de la noche anterior me bombardeaban la mente. Tras vomitar en aquella cubitera y que el encargado del *Bright* le echara la bronca del siglo a Alexei por permitirlo, mi amigo me acompañó a la zona de reservados donde cogió mi bolso y habló con mis amigos. Su me miraba preocupada y Sofía lo hacía como si de pronto me hubiera convertido en la bruja mala del cuento. Alexei dijo que me llevaría a dormir a su casa y ellos prometieron acompañar a

Sofía, que se negó a venir con nosotros, enfurruñada como estaba. Debía mantener una conversación muy seria con ella sobre aquel asunto. Recordaba a mi amigo abrochándome el cinturón de seguridad, rogándome que no vomitara dentro del coche y más tarde tumbándome en su cama. Después la nada hasta el momento en que me había despertado.

Necesitaba una ducha, olía a una mezcla de sudor, alcohol, vómito y sexo que era repugnante hasta para mí. Tenía que cambiarle las sábanas al pobre Alexei. Las arranqué del colchón y las lancé al suelo, entonces abrí la puerta y salí al pasillo cubriéndome los ojos porque la luz del sol que entraba por las

ventanas del comedor me estaba dejando ciega y me reventaba la jodida cabeza.

—Nena, ¿cómo estás? —me preguntó Alexei, acercándose para abrazarme.

Era de las pocas personas que podía hacerlo sin miedo a recibir un bufido, pero aquel día le detuve levantando la mano.

—Mejor me doy una ducha primero.

—Claro... Prepararé café — comentó dirigiéndose a la cocina.

¿Cómo no le iba a querer? Era el hombre perfecto y sin embargo no me excitaba ni un poquito, nada que ver con la pasión que había sentido con Iván por la noche. Solo de pensarlo me calentaba de nuevo. Dejé el vestido sobre el

lavabo, porque desgraciadamente tenía que volver a ponérmelo, y abrí el grifo de la ducha. El agua caliente me convirtió de nuevo en persona y el olor a champú me revivió un poco. Una vez duchada y con el pelo húmedo, me vestí y salí.

—Necesito que me dejes algo de ropa interior —le pedí permitiendo que me diera ese abrazo reconfortante que necesitaba y una taza de humeante café—. No puedo salir a la calle en plan comando con este vestido tan corto.

—Claro, nena, ahora te buscaré algo.

Me acomodé en el sofá y esperé hasta que me lanzó unos calzoncillos negros, bebiendo café y lamentándome

de todo.

—¿Quieres hablar o estás demasiado hecha polvo? —preguntó sentándose frente a mí.

—Anoche la cagué tanto que preferiría que me mataras antes que tener que enfrentarme a ello. —Le miré compungida y él me sonrió tiernamente—. Siento haberte besado.

—Ya... Fue un poco raro —admitió sin poder disimular un escalofrío.

—Fue asqueroso —afirmé—. Y lo siento, no volverá a ocurrir, estaba borracha y cabreada. Quería poner celoso a Iván.

—Lo entiendo, pero así no se solucionan las cosas y lo sabes. Tu comportamiento fue muy infantil.

—Es que ese tío despierta lo peor de mí, en serio, ni siquiera soy capaz de pensar con claridad cuando está cerca. Me lo tiré y, aunque fue un error, fue glorioso y repetiría mil veces más. ¡Qué desastre!

—Eso sí que es un buen problema... —murmuró pensativo y me pregunté si Alexei habría sentido alguna vez la pasión arrolladora en su propia piel para entenderlo. Sospechaba que no.

—¿Tendrás problemas por lo de la cubitera?

—Me llevé una buena bronca, pero me da igual. Estoy hasta los cojones de esos malditos pijos, buscaré otra cosa.

—Joder, Alexei... Soy una

desgraciada, perdóname —supliqué, ocultando el rostro entre las manos.

Él se arrodilló frente a mí y me obligó a mirarle, cogiéndome de las muñecas y apartándome las manos de la cara.

—Por ti no me importa nada, ¿de acuerdo? —me dijo sincero.

—Te quiero —susurré, rodeándole el cuello con los brazos y aspirando su aroma fresco y mentolado.

—Y yo a ti.

Después de comer, Alexei me acompañó a recoger a Daniela. Le había mandado un mensaje a Lisa y le había pedido que me hiciera el favor de quedarse con ella unas horas más. Me había despertado pasada la una de la

tarde con la madre de todas las resacas y no quería que mi niña me viera así. Paramos frente a su casa y le pedí a mi amigo que me esperara en el coche mientras subía a recoger a la niña sin quitarme las gafas de sol que me había prestado.

—Dios, Vicky... —susurró Lisa cuando abrió la puerta y vio mi deplorable estado.

—La he liado, Lis —me lamenté rodeándola con los brazos. Cada vez era más complicado por la enorme barriga que se interponía entre ambas, pero lo logré.

—Me ha llamado Su y me ha explicado más o menos cómo fue la noche.

—No sabe ni la mitad... Esta semana quedamos y os cuento. ¿Cómo está tu pequeño *alien*? —pregunté para cambiar de tema.

—No es ningún *alien*, Vicky —se quejó ofendida. Nunca entendía mis bromas—. Y está perfecto. —respondió, acariciándose la tripa con ternura.

—¡Mami! —exclamó Daniela en cuanto me vio—. ¿Podemos tener una mascota? —me suplicó emocionada, alzando a la pesada gata que llevaba en brazos, pasando de saludarme para ir directa al tema que consideraba más importante.

Cada vez que íbamos a casa de Lisa ocurría lo mismo. Maléfica, la gata de mi amiga, tenía una expresión resignada

en su rostro felino y un lacito rosa alrededor del cuello. Aquella gata era una bendita y se lo aguantaba todo. Daniela quería tener su propia mascota, aunque yo me resistía a ello porque era una gran responsabilidad. Bastante tenía con lo que tenía, pero cuando la veía tan ilusionada, sosteniendo con amor a aquel animalito, mi corazón se ablandaba un poco más.

—Ya lo hablaremos —prometí para que dejara el tema—. Recoge tu bolsa y da las gracias a Raúl y Lisa por quedarse contigo.

—Joder, Vicky, lo pasaste bien anoche, ¿eh? —se burló Raúl en cuanto entré al salón para esperar a que la niña trajera la bolsa con sus cosas.

—No tanto, no te creas... —aseguré

—. Gracias por todo, chicos.

—Nos encanta estar con Daniela —  
me sonrió Lisa—. Además, así  
practicamos.

—No llores, Maléfica —le decía  
mi pequeña a la gatita, que más que  
apenada, parecía ansiosa por perderla  
de vista—. Prometo que pronto  
volveremos a jugar.

Le dio un beso en la cabeza y luego  
hizo lo mismo con Raúl y Lisa.

—Llámame, ¿vale? —pidió Lisa  
mientras esperábamos el ascensor en el  
rellano. Asentí y me fui con Daniela de  
la mano en dirección al coche.

Durante el trayecto no dejó de  
hablar de lo mucho que había disfrutado

jugando con Maléfica y de lo bien que se lo había pasado con mis amigos. Me alegraba, aunque tanto escándalo no hacía más que aumentar mi dolor de cabeza. Le devolví las gafas a Alexei y me despedí de él con un beso en la mejilla, ansiosa por llegar a casa y poder quitarme el vestido y ponerme cómoda, a ver si se me pasaba la migraña, pero cuando entré me choqué con un par de maletas junto a la puerta... Adiós, tranquilidad.

—¿Sofía? —pregunté a la nada, esperando que mi hermana apareciera —. ¿Para qué son esas maletas?

—Me voy a Londres esta tarde — contestó saliendo de la cocina, arreglada y fresca como una rosa. Nada que ver

con mi aspecto.

—¿Y eso? ¿No te ibas la semana que viene?

—He decidido adelantar el viaje. Encontré un vuelo más barato y no quise perderlo —me contó mientras guardaba el móvil en el bolso.

—¿Estás cabreada por lo de ayer? —tanteé.

—¿Por qué tendría que estarlo? —contestó con otra pregunta, evitando dar una respuesta.

Definitivamente estaba cabreada.

—Entre Alexei y yo no hay nada. Lo que viste...

—No me interesa —me interrumpió—. Además, no tienes que darme ninguna explicación.

—Quiero dártela... Y quiero que hablemos —insistí, no quería que se fuese cabreada.

—Mira, he llamado a un taxi y debe estar al caer, será mejor que salga. Te llamaré en cuanto llegue a Londres, lo prometo —me aseguró forzando una sonrisa.

Estaba cabreada por lo de mi beso con Alexei y tenía una lucha interna consigo misma por ello, no obstante, no quería dejarla huir sin más.

—No hace falta que te vayas, Sofía.

—Necesito unas semanas lejos de aquí antes de instalarme definitivamente, por favor, no me lo pongas más difícil. Lo de anoche... —Hizo una pausa, como si quisiera medir sus palabras—. No es

solo eso. Siento que no me cuentas las cosas, que sigo siendo parte de un mal recuerdo para ti, que ni siquiera me ves como a un miembro de tu familia y estoy incómoda.

—Pero ¿qué dices?! Eso no es verdad, Sofía —exclamé.

Sin embargo, tenía parte de razón. Su vuelta había alterado el frágil equilibrio que tanto me había costado construir. Que encima lo hubiera hecho de la mano de Iván, no hacía más que complicar las cosas.

—Necesito pensar, Vicky. Da igual que me vaya hoy o dentro de unos días. Es lo mejor para ambas.

—Está bien —me resigne—, pero llámame.

Asintió, se despidió de la niña con unos cuantos besos, cargó con las maletas y se fue en dirección al aeropuerto.

Cuando nos quedamos a solas, dejé a Daniela jugando en su habitación mientras me daba un baño espumoso e intentaba relajarme un poco. Los últimos acontecimientos habían puesto mi vida patas arriba en cuestión de horas y necesitaba recapitular y tomar medidas. Con Alexei la cosa estaba arreglada. Me dolía horrores haberle causado problemas en el trabajo. En el fondo le encantaba trabajar en el *Bright* y esperaba que no le echaran por mi culpa. Lo de Sofía era más complicado. Cuando estuviera más tranquila y me

llamara por teléfono, le aclararía que entre mi amigo y yo no había nada y le haría entender que tampoco era bueno para ella. Seguro que podría convencerla y las aguas se calmarían. Además, tenía que asegurarle que era bienvenida tanto a mi casa como a mi vida, aunque verla me trajera recuerdos que me había esforzado mucho por olvidar. Era mi hermana, mi sangre y la quería junto a mí. El mayor problema lo tenía con Iván y no era por habérmelo tirado, ni siquiera por haber montado el numerito para que creyera que iba a seguir la fiesta con Alexei, sino por lo que seguía sintiendo por él. Jodida Magda, había dado en el clavo con su preguntita. En nuestra siguiente sesión se

iba a frotar las manos con lo que iba a confesarle. No sabía por dónde iba a salir Iván cuando nos viéramos, pensándolo bien, quizá ahora que Sofía se iba unas semanas, no volveríamos a vernos al menos hasta su vuelta y eso me tranquilizaba. Me daba tiempo de recomponerme y a él de olvidarse de lo que había visto en el *Bright* después de nuestro polvo salvaje. Con ese pensamiento alentador, salí de la bañera, me puse un camisón fresco para estar cómoda y le propuse a Daniela ver una película. Era la excusa perfecta para tenerla controlada y a la vez poder tumbarme un rato en el sofá. Cuando vino con la peli de Frozen en la mano, supe que iba a ser ideal para echarme

una siestecilla de casi dos horas. Nos acomodamos en el sofá y, felices, acabamos de pasar el domingo.

El martes por la tarde quedé con mis amigas para tomar algo en una terracita al lado del parque que había cerca de mi casa. Así, mientras Daniela jugaba, nosotras podíamos charlar tranquilamente. Le pedí a Raquel que me hiciera los turnos de tarde hasta que mi situación económica remontara un poco y pudiera pagar a alguien para que se ocupara de la niña cuando no estuviera en la escuela de verano. Lisa se había ofrecido para hacerlo encantada, pero estaba embarazadísima y no quería abusar de ella.

—Ayer mismo firmamos la hipoteca. Nos mudamos la semana que viene. Vamos a ir un poco justos, pero a Eric le va bien en la consulta y mi sueldo no está mal, así que cruzaremos los dedos y nos apretaremos el cinturón —nos contaba Su, que se había comprado un piso más grande y más bonito con su marido—. Haremos una fiesta de inauguración a la que, por supuesto, estáis invitadas.

—Me alegro mucho, Su —dijo Lisa, que tenía las piernas estiradas sobre otra silla, sorbiendo por una pajita su limonada. Tenía los tobillos tan hinchados que temía que de un momento a otro le fueran a reventar.

—¿Quieres decir que aquí dentro no

llevas gemelos, cielo? —pregunté sin poder apartar la mirada de su enorme barriga. Era sorprendente.

Estábamos acostumbradas a ver a aquella Lisa menuda, a la que podría tumbar una suave brisa, y ahora se había vuelto tan rotunda que estaba irreconocible.

—Segurísima —afirmó acariciándose la tripa—. Al principio me alegró que me crecieran tanto los pechos, pero ahora el embarazo se ha convertido en un suplicio —suspiró cansada—. Espero que nazca pronto, si no creo que voy a reventar.

—Como mucho son tres meses más, Lisa —la animó Su, luego me miró a mí—. Ahora tú, háblanos de lo que ocurrió

el sábado.

—Eso, Vicky. Nos tienes en ascuas.

—Bueno, la versión resumida es que me pasé con las copas y se me fue de las manos el tema con Alberto. Iván tuvo que intervenir y, no sé cómo, acabamos follando en el baño de la discoteca. —Las dos abrieron los ojos como platos, pero no dijeron nada—. Luego me besé con Alexei delante de Iván para ponerlo celoso y acabé vomitando en una cubitera. El jefe de Alexei le echó la bronca y probablemente tenga consecuencias, pero me quiere y me perdona, así que me llevó a dormir a su casa sin culparme de nada. El domingo tuve una especie de pelea con mi hermana por lo

del beso, entre otras cosas, porque siente una especie de enamoramiento adolescente por Alexei y se largó a Londres muy cabreada. Ni siquiera me ha llamado, aparte de un mensaje diciéndome que había llegado bien.

Cuando terminé con la explicación me faltaba el aliento, pero estaba orgullosa de aquel resumen tan preciso y detallado de la situación.

—¡Joder, Vicky! —exclamó Su—. Y eso solo es el resumen, no quiero ni imaginar lo que dirás cuando empieces a entrar en detalles.

—Poneos cómodas, nenas, porque no pienso ahorrarme nada.

Ambas cogieron sus vasos de refresco y se acomodaron para escuchar

mi relato. Yo eché un vistazo a Daniela, que se columpiaba en una zona vallada con un par de amiguitas del colegio que también solían jugar allí, y empecé a hablar. Intenté mantenerme fiel a la verdad, aunque hubo algunos detalles que tuve que omitir, como el hecho de que entre Alexei y yo no había nada o los motivos de mi enemistad con Iván. Mis amigas tenían dudas sobre la ambigua relación que mantenía con mi amigo y yo nunca se las aclaraba porque no me interesaba. Además, no quería que hicieran preguntas que pudieran conducir a lo que verdaderamente quería ocultar: la relación con mi padre y mi pasado con Iván. Cuando empezó a irse el sol y Daniela vino a la mesa

diciéndome que estaba cansada, decidimos dar la tarde por terminada. Tuvimos que esperar veinte minutos hasta que llegó Raúl para recoger a Lisa con el coche. De pronto se había vuelto tan protector con ella que ni siquiera se fiaba de que Su o yo la lleváramos a casa. Conociendo su pasado no era de extrañar, tenía miedo de que pudiera pasarles cualquier cosa a ella o al bebé.

El jueves por la tarde fui a recoger a Daniela a la escuela de verano y salió llorando a moco tendido. Fue entonces cuando entendí lo que era el instinto maternal y descubrí que no hacía falta que fuera un vínculo de sangre para que fuera tan poderoso como el de

cualquier mujer que hubiera parido. Mientras abrazaba a mi pequeña, ella me contaba entre hipidos que un niño la había mordido en el brazo derecho, que empezaba a ponerse morado. La monitora salió a explicarme que el niño, por lo general un poco agresivo, se había molestado con Daniela a la hora de comer por alguna historia ocurrida con el reparto de los postres y luego se había cobrado la venganza durante el recreo del mediodía en un momento de descuido de la chica que vigilaba. Solté sapos y culebras y maldije a todos los que trabajaban en aquel centro, amenazando con poner una queja y exigiendo la expulsión de aquel niño. La monitora aguantó estoica mi arranque de

furia, asintiendo sin intervenir apenas; se notaba que tenía experiencia con madres cabreadas. Poco a poco fui recuperando la calma. Daniela soltaba gemiditos a mi lado, mirando horrorizada la herida de su brazo, y comprendí que me había excedido un poco en cuanto recordé que Lisa nos había contado casos parecidos, ocurridos en aquella misma escuela donde ella trabajaba. Me gustara o no, eran niños y era habitual que sucedieran esas cosas. Acordamos con la monitora que procuraría mantener al niño alejado de Daniela y me juró que no volvería a repetirse mientras yo me disculpaba por mis modales. Aunque no descartaba la idea de ponerle a mi niña la vacuna

contra la rabia, me pareció excesivo llevarla al pediatra para que le echara un vistazo. En realidad solo era un mordisco que apenas había causado herida. Cuando la senté en el coche y vi que seguía sollozando en silencio, se me partió el corazón.

—Cariño, ¿qué puedo hacer para que te sientas mejor? —pregunté mientras le acariciaba la cabeza con ternura.

Ella me miró y, como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, sus ojos brillaron y una tímida sonrisa asomó a sus labios.

Cuando una hora después esperaba junto a ella en la recepción del centro de acogida de animales, entendí que había

sido hábilmente manipulada por una niña de cinco años. Daniela pensó que la única manera de sentirse mejor era adoptando una mascota y en ello estábamos tras llamar a Lisa y preguntarle dónde había adoptado a Maléfica. Vimos unos cuantos animalitos abandonados y maltratados, que probablemente necesitaban con desesperación un nuevo hogar y todo el amor que Daniela pudiera ofrecer, que era mucho, pero en cuanto entramos en la oficina y el chico que nos estaba atendiendo nos mostró el contenido de una caja cubierta con una manta, lo tuvimos claro. Aquella mañana, una pareja de ancianos había llevado una camada de cinco cachorros de

Pomerania nacidos de su perrita. Ellos eran mayores, sin familia y no podía ocuparse de tantos perros. Les parecía mal comerciar con ellos, así que los habían llevado al refugio con la esperanza de que allí les encontraran un nuevo hogar. Cuando Daniela vio a los adorables cachorritos ya no hubo nada que hacer. Yo tampoco me resistí mucho. Cuando cogió uno en brazos y lo abrazó estuvo decidido.

El chico me explicó que no eran de pura raza. El padre sí era un Pomerania auténtico, pero la madre era mestiza, aunque toda aquella información apenas nos importaba, habíamos acudido allí con la idea de adoptar a un animal y los cachorritos eran tan tiernos que no

podíamos apartar los ojos de ellos y todo lo demás nos daba igual. Tuve que firmar un montón de papeleo antes de poder sacar al perrito color canela de allí. El chico me facilitó el número de teléfono de un veterinario que solía colaborar con ellos para que lo llevara cuanto antes. Salimos con el perrito, que era macho y tenía pocas semanas de vida, al que Daniela bautizó de inmediato con el nombre de León. Nos fuimos a una tienda donde compramos unas cuantas chucherías para nuestro nuevo inquilino: comida especial para cachorros, un pequeño camastro acolchado y algunos juguetes. Mi niña instaló al perrito en su habitación y no dejó de parlotear y reír con cada

monería que hacía. León no perdió el tiempo y se puso a investigar por la casa, haciéndose pis por todas partes para marcar territorio. Dios, ¿quién me mandaba a mí meterme en semejante follón? Pero la felicidad con la que brillaban los ojos de Daniela era la respuesta a aquella pregunta tan tonta.

El viernes por la tarde lo llevamos al veterinario. Cuando me dijo a cuánto iba a ascender la factura y la de visitas que nos esperaban para vacunas, desparasitación y un largo etcétera, quise cortarme las venas allí mismo. Si ya iba mal de dinero, aquello había supuesto un sablazo a mi cuenta bancaria. Pagué la factura maldiciendo el momento en el que se me ocurrió

adoptar un perro, y más aún un cachorro que necesitaba tantos cuidados, pero cuando el veterinario me devolvió el perrito y este se acurrucó contra mi pecho, se me quitaron las tonterías de la cabeza. Daniela y yo nos habíamos enamorado perdidamente de León y eso era algo que nadie podría cambiar jamás.

# Capítulo 10

Íbamos a entrar en la última semana de agosto y podría decirse que había sido un mes bastante tranquilo. León nos daba mucho trabajo en casa, era un cachorro que se meaba por todos lados, comía como un condenado y solamente quería jugar y trastear, pero cada día se hacía querer más. Daniela no había tenido más problemas en la escuela de verano con el niño de los mordiscos y las dos semanas de septiembre que quedaban hasta empezar el curso escolar las pasaría en casa con Vanesa, mi dependiente, que estaba encantada de

cambiar el mostrador de la tienda por el cuidado de una niña, aunque solo fuera durante un par de semanas. Me salía más barato y alguien tenía que ocuparse de mi pequeña mientras trabajaba.

Eric y Su iban apurados con el tema del piso. Habían decidido hacer algunas reformas y eso siempre mermaba los ánimos a cualquiera. Además, la hipoteca iba a ponerlos contra las cuerdas por una buena temporada y no iban a poder permitirse demasiados caprichos. Raúl y Lisa, por su parte, estaban emocionadísimos con la llegada del bebé. En apenas un par de meses iba a coger al niño en brazos y no me lo podía creer. Además, íbamos a recuperar a la Lisa que todos

conocíamos, muy alejada de aquella bola en la que se había convertido, sobre todo durante los últimos meses de embarazo. Alexei estaba inmerso en la corrección de su novela y apenas le veía. Sospechaba que aún me quedaban unas semanas soportando su ausencia porque el proceso, según me decía, iba a ser largo. Al final no le habían despedido del *Bright*, pero le llamaban menos noches que antes y eso que era verano y estaban en plena temporada. Así que, por ahora, subsistía con el sueldo que ganaba en la coctelería a la espera de triunfar como escritor. Le deseaba muchísima suerte porque no iba a ser un camino fácil.

De mi hermana apenas sabía nada.

Nos intercambiamos algunos mensajes y me llamó un par de veces, pero seguía molesta. Imaginé que, aunque lo de Alexei le dolió mucho, mi comportamiento frío y distante con ella los días que pasó en casa era el principal motivo de aquel silencio. En su última llamada me comentó que iba a retrasar su incorporación a la empresa por lo menos hasta el mes de octubre. Se quedaba en Londres y pensaba pasar el mes siguiente en Madrid, recogiendo el resto de sus cosas y buscando un piso aquí porque ya no quería vivir conmigo.

A Iván parecía que se lo había tragado la tierra. Después de nuestro apasionado encuentro en los baños de la discoteca, no había vuelto a saber de él.

Decía que seguíamos teniendo una conversación pendiente, pero no volvió a hablar conmigo. Quizá podría preguntarle a Sofía, pero me dije que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

Lo único bueno que me había pasado aquellas semanas fue romper definitivamente los lazos con Iván. Sin embargo, echar un polvo con él no había hecho más que reavivar todos mis recuerdos.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Magda aquella tarde, en una de nuestras sesiones.

—Confundida.

—¿Te gustaría retomar tu relación con Iván en el punto en el que la dejasteis cuando te fuiste de Madrid?

—¡Claro que no! —exclamé.

Iván me había hecho mucho daño.

Por supuesto que no quería retomar las cosas donde las habíamos dejado.

—Entonces no me digas que estás confundida. Quizás no sabes lo que quieres, pero sabes perfectamente lo que no quieres.

—Esto parece un trabalenguas, Magda —me quejé—. No es tan sencillo como lo pintas. Iván no es el mismo hombre y yo tampoco soy la misma mujer.

—Ahí está la clave. La gente evoluciona y aprende de los errores. Cambia. Por eso, en ocasiones, uno debe plantearse la posibilidad de dar otra oportunidad.

—La gente inteligente no repite los mismos errores dos veces —repliqué.

—La pregunta era muy simple. Responde —insistió—. ¿Te gustaría retomar tu relación con Iván en el punto en el que la dejasteis cuando te fuiste de Madrid?

—¡No! Claro que no me gustaría. Pero si demostrara que ha cambiado, yo... —Me fui apagando a medida que terminaba la frase. Maldita sea, ya me lo había hecho reconocer.

—Quiero que reflexiones sobre lo que hemos hablado hoy y, sobre todo, quiero que reflexiones sobre lo que te has callado. Lo comentaremos la semana que viene.

Eso si no me había arruinado

definitivamente antes de la siguiente sesión. Reflexionaría sobre ello. Sobre por qué estúpida razón seguía albergando sentimientos por Iván y deseando que él me pidiera perdón por haber elegido creer a mi padre antes que a mí.

Al salir de allí me fui directa a la tienda. Aquella tarde tenía una reunión con Pelayo y sabía de antemano que no iba a acabar bien. Aparqué el tema de Iván en un rincón oscuro de mi mente y me centré en los negocios, a ver si podía encontrar la manera de seguir aplazando los pagos de mi deuda, que por estúpido que pareciera, había seguido creciendo.

Siempre se ha dicho que con ropa interior sexi y los labios pintados de

rojo, una mujer se siente poderosa. Lo de la ropa interior, aquella calurosa tarde de verano, mejor lo dejábamos estar, pero saqué del bolso mi barra de labios y me los pinté mirándome en el espejo retrovisor. La barra de labios estaba en las últimas, así que me ayudé con la punta del dedo meñique, pensando en apurarla al máximo, porque me iba a pasar una buena temporada comprando cosméticos en el supermercado ya que mi presupuesto no daba para ningún extra más. Era una mujer a la que le gustaba vivir bien y permitirse algún capricho de vez en cuando... Bueno, vale, más a menudo de lo que debería, pero ahora tenía una niña pequeña a mi cargo, un cachorro que

comía demasiado y un negocio que se iba a pique. Todo ello me había obligado a mantener una charla conmigo misma en la que me había propuesto poner el freno y guardar la visa en casa. Estaba en el cajón de mi mesilla de noche, debajo de un álbum de fotos antiguas de mi madre, que muy pocas veces miraba porque me traía recuerdos agridulces que prefería evitar. Así que estaba segura. Si veía que la tentación era demasiado fuerte, se la dejaría en custodia a Lisa y le haría jurar por su pequeño *alien* que no me la daría aunque se lo suplicara.

Pelayo me esperaba en la tienda, con cara de malas pulgas, de brazos cruzados y con la frente perlada de

sudor debido a la americana que le obligaban a vestir a pesar de las altas temperaturas. Raquel trasteaba por allí, nerviosa por la situación.

—Llegas tarde —me recibió el representante, cogiendo el asa del maletín que había dejado en el mostrador y esperando impaciente para acompañarme a mi despacho, también conocido como la trastienda.

—Lo siento, vengo del médico —me excusé sin querer darle ningún tipo de explicación.

Entramos, encendí la luz y dejé mi bolso sobre el pequeño escritorio repleto de facturas y avisos de impago.

—Pasamos tus facturas por el banco y nos las han devuelto —atacó Pelayo,

directo a la yugular—. ¿Qué demonios está pasando, Vicky?

—Debe ser que no hay dinero en la cuenta —respondí con ironía. No era una buena idea tomarse aquel asunto con frivolidad, sin embargo, así era yo, ante los problemas me volvía fría y desapasionada.

—Muy graciosa, pero hoy tus bromitas sobran. —Me miró serio, dejando el maletín sobre la mesa junto a mi bolso, sacando unos albaranes del interior—. ¿Tienes una calculadora? Porque aquí hay tantas facturas que no creo que sea capaz de calcularlo mentalmente.

—Toma —abrí un cajón y le pasé la calculadora. Él miró el aparato como si

no se lo creyera.

—¡No quiero una maldita calculadora! ¡Sé perfectamente cuánto nos debes! Lo que quiero es que me pagues —exclamó. Nunca le había visto tan furioso—. Nueve mil seiscientos euros con veintisiete céntimos, eso es exactamente lo que vas a pagar si no quieres meterte en un buen lío.

—Joder, Pelayo, hace muchos años que nos conocemos y nunca os he fallado, siempre he pagado a tiempo, os he conseguido buenos contactos, incluso he llegado a haceros más de un favor cuando lo habéis necesitado y ahora me sales con estas exigencias... No puedo creerlo.

—Es demasiado dinero, Vicky. Esto

ya no es cosa mía y no puedo seguir intercediendo por ti. —Nervioso, se pasó la mano por el pelo—. Hace un par de semanas te serví género en contra de lo que tendría que haber hecho y me juraste que estabas reuniendo el dinero para pagarlo, pero ahora resulta que ni me has pagado ni vas a poder hacerlo. ¿Qué quieres que haga? Dímelo.

—No tengo el dinero, esa es la realidad. Este verano ha sido muy duro y, aunque pensé que remontaríamos, las cosas han ido de mal en peor. —Suspiré abatida y me dejé caer en la silla—. He despedido a una de las chicas para reducir gastos y he intentado ir tirando con la ropa que me quedaba en la tienda. Ni siquiera hemos encendido el aire

acondicionado para no gastar... Aun así, no ha habido manera, no sé qué hacer — confesé al límite de mis fuerzas.

—Lo siento, de verdad —se lamentó—, pero si no me pagas antes de primeros de mes, el abogado de la empresa se pondrá en contacto contigo para iniciar una reclamación. A nosotros tampoco nos está yendo bien este año y los de arriba están nerviosos, quieren el dinero y lo quieren para ayer.

—No me jodas, Pelayo —Me levanté indignada—. Estoy en pleno proceso de adopción de Daniela, no podéis meterme en follones con abogados, puedo perder a la niña. Es más, ni siquiera puedo permitirme uno para que me lleve el tema.

—¿No tienes a nadie que pueda prestarte el dinero?

Pensé en Su, que acaba de firmar su sentencia con una tremenda hipoteca. En Lisa a punto de parir, con todos los gastos que eso comportaba. En Alexei, subsistiendo con el mísero sueldo de la coctelería gracias a mi numerito en el *Bright*. En mi hermana, que ni siquiera me cogía el teléfono y que estaba cabreada porque pensaba que no la quería a mi lado... No, no había nadie que pudiera ayudarme. Estaba sola ante el peligro. La ventaja era que ya tenía experiencia y había salido de cosas mucho peores en el pasado sin la ayuda de nadie.

—Tengo unos pocos ahorros en una

cuenta para casos de emergencia — comenté pensando en el saldo que me quedaba, ya que los últimos meses había estado viviendo gracias a ese último recurso—. Dame un par de días y sacaré todo lo que pueda. Prometo que será más de la mitad de lo que te debo, pero ayúdame, Pelayo, por favor... — supliqué al borde de las lágrimas y me maldije por ser débil y llorar cuando era algo que me había prometido no volver a hacer.

—Está bien —asintió cerrando el maletín. Se le veía con ganas de salir de allí, violento por la situación. Poniéndome en su lugar, aquel papelón no debía ser agradable para él—. Te ayudaré por última vez. No me falles,

Vicky.

—No lo haré —prometí, aunque no las tenía todas conmigo.

Cuando se fue me quedé un rato en la trastienda, luchando contra las lágrimas y valorando mis opciones, que eran pocas y muy negras. El maldito pintalabios rojo no había servido para nada porque más que poderosa, en aquel momento me sentía como una mierda. Antes de irme a casa, aun sabiendo que tendría que pagarle a Vanesa una hora más que no me podía permitir, me senté a hablar con Raquel sobre nuestra situación. Desgraciadamente, apenas habían entrado clientes en todo el día y mi tienda parecía zona desierta.

—Este mes no voy a poder pagarte

todo el sueldo, Raquel —confesé avergonzada por haber llegado a aquella situación límite.

—Dios, Vicky... No me fastidies. Este mes tengo que pagar un montón de cosas, los niños empiezan el colegio y ya sabes cómo va.

Sí, claro que lo sabía. Raquel tenía dos hijos pequeños, que no eran precisamente baratos de mantener, ahora era más consciente de ello, desde que tenía a Daniela. A mí también me iba a tocar pagar un montón de cosas, encima estaba el perro y todas las deudas, que iban creciendo. No solo la de Pelayo, había más, muchas más...

—Lo sé, créeme, esto es más duro para mí que para ti. Haré todo lo posible

para pagarte la otra parte del sueldo a mitad de septiembre, pero ahora mismo no tengo dinero y Pelayo me ha puesto contra las cuerdas.

—Joder... —murmuró—. Si no hay otra solución no me queda más remedio que aceptarlo, ¿no?

Asentí sin poder mirarla a los ojos.

—Conseguiré el dinero, Raquel, te lo juro, pero necesito que me des un par de semanas para reunirlo.

—No sé cómo vas a hacerlo, Vicky —respondió abatida—. Si esto se alarga comprenderás que tendré que empezar a buscar otro trabajo. Tengo dos niños que mantener y con el sueldo de mi marido no nos llega.

—Lo sé. Prometo que lo

solucionaré, tienes mi palabra.

Cuando llegué a casa estaba hecha polvo. Pagué a Vanesa y le propuse que se quedara un rato más con Daniela sin cobrar, a cambio la invitaba a cenar. Le dije que prepararía la mejor cena que había probado en su vida. Supongo que le di lástima y aceptó. Me fui a mi habitación, me quité el vestido, me puse una camiseta de tirantes, unas mallas y las zapatillas deportivas. Me recogí el pelo en una coleta alta, me puse los cascos en las orejas y, iPod en mano, salí a correr. Mientras salía a la calle, empezó a sonar *Mistake* de Moby. Necesitaba pensar, liberar toda la tensión acumulada durante las últimas semanas y la música me relajaba, al

igual que el ejercicio.

Antes de salir de la tienda había estado consultando la cuenta en la que me quedaban los últimos ahorros de la herencia de mi madre. Había alrededor de diez mil euros. Si le paga unos seis mil a Pelayo para tranquilizarlo, podría intentar tirar con los cuatro mil que me quedaban aquel mes y pagar parte del sueldo de Raquel. Con los ingresos que habíamos obtenido aquel nefasto agosto en la tienda, intentaría pagar la luz, el agua y parte de la deuda que tenía con el propietario de local, que también me estaba presionando para cobrar el alquiler. Había cuatro proveedores más que también estaban esperando impacientes un ingreso. Cuando las

cosas me iban bien, nunca había tenido la necesidad de preocuparme por esas cosas, todo eran sonrisas, palabras amables y regalos. Tenía un recuerdo lejano de los dos primeros años, en los que hubo penurias, pero desde entonces el negocio había prosperado de manera asombrosa y llevaba años dándome buenos beneficios. Sin embargo, desde el año pasado, todo había empezado a desmoronarse. Pensé que sería algo temporal, pero la cosa iba a peor. No había sido previsora ni me había controlado en cuanto a compras y gastos, pequé de ingenua y ahora iba a pagar las consecuencias. La deuda que tenía, entre alquiler, hacienda, proveedores y gastos varios, ascendía a unos dieciocho mil

euros, e iría *in crescendo* a medida que pasaran los meses. Tenía que liquidarla cuanto antes si no quería que la bola se hiciera enorme y acabara aplastándome, pero no me quedaban opciones.

La herencia de mi madre se había esfumado con la compra de la casa, que afortunadamente estaba pagada, y ahora me veía viviendo al día y sin blanca. No podía pedir ayuda a mis amigos. Todos estaban en una situación parecida a la mía, ni siquiera Alexei, que apenas tenía para vivir por su cuenta. Mi hermana estaba descartada. Si la llamaba y le pedía dinero pensaría que solo me acercaba a ella por interés y no porque la quisiera. Al fin entendí que Sofía era una persona con unas carencias afectivas

enormes, quizá peores que las mías, y yo no había sabido verlo hasta que su enfado me estalló en la cara. Lo único que tenía claro era que iba a proteger a Daniela y a mantenerla a mi lado a toda costa. Si llegaba a oídos de los servicios sociales que estaba con el agua al cuello, empezarían a meter las narices en mis asuntos y aquello podría suponer el fin de mis posibilidades para conseguir la adopción de la niña. No iba a permitirlo.

Detuve la carrera cuando se me ocurrió una idea. Jadeaba y me caían regueros de sudor por el cuello y la sien. Me había metido un buen *sprint* sin calentar y me dolían los músculos. Iba a tener agujetas, pero el dolor era bueno,

era la señal de que seguías vivo y podías hacer algo para arreglar las cosas. Empecé la marcha a paso ligero dando vueltas a mi idea. Era descabellada y a la vez la única opción que me quedaba. Aún había alguien que podía ayudarme... Iván.

Cuando entré en casa me encontré a Vanesa sentada en el sofá hablando por el móvil. Daniela jugaba en el suelo con sus muñecas y León la acompañaba, acurrucado en un rincón, dejándose cepillar el pelaje con un cepillo de color rosa, sin inmutarse.

—Hola, mami —me saludó mi pequeña, con una sonrisa brillante dibujada en los labios, y me prometí que haría cualquier cosa para mantenerla a

mi lado.

—Hola, cielo —contesté y un nudo doloroso me oprimió la garganta—. Voy a ducharme y os prepararé la mejor cena que hayáis probado —dije repasando mentalmente la despensa. Quería preparar una *quiche* de beicon y queso de cabra que me salía deliciosa, y no sabía si tenía los ingredientes necesarios

Vanesa me sonrió y dijo que estaba muerta de hambre. Me fui directa al baño sin perder tiempo y, mientras el agua caía sobre mis doloridos músculos, pensé que aceptaría cualquier condición que me pusiera Iván si a cambio conseguía que me ayudara.

# Capítulo 11

A la mañana siguiente, pasadas las nueve, aparqué el coche cerca del edificio de oficinas donde trabajaba Iván. No tenía su número de móvil y aunque lo hubiera tenido, tampoco le hubiera llamado. Aquel era un asunto de negocios e íbamos a tratarlo cara a cara. Esperaba que estuviera en su despacho porque no iba a moverme de allí hasta haber hablado con él. Conocía el edificio porque llevaban años instalados en la ciudad y me había acercado por curiosidad. Era enorme y la fachada estaba cubierta de cristales oscuros que

reflejaban la luz del sol. Aunque la empresa había crecido y algunas cosas habían cambiado, no me esperaba lo que me encontré. En la entrada, un cartel con letras doradas anunciaba que «DM International Telecommunications» ocupaba de la planta diez a la veinte.

Después de informarme en recepción, entré en uno de los ascensores y pulsé el botón del piso número veinte. Mientras subía con lentitud, en compañía de ejecutivos trajeados y un mensajero que llevaba un paquete en una mano y el casco de la moto en la otra, pensé en cómo habían cambiado las cosas. Aún recordaba cuando la empresa de mi padre solo era «De Miguel Telecomunicaciones».

Ahora había crecido tanto que incluso habían cambiado el nombre. El sueño de mi padre siempre había sido gobernar el mundo desde un despacho con vistas a Central Park y seguramente lo hubiera conseguido si no hubiera muerto de manera tan repentina. Era un as para los negocios y un grandísimo hijo de puta como marido y como padre.

Llegué a mi destino en compañía de un par de caballeros que, muy amablemente, me cedieron el paso para salir primero del ascensor. Me había vestido para la ocasión con un traje de verano dos piezas de Chanel, que me había comprado hacía un par de años para asistir a reuniones formales con proveedores, y desprendía un aire

ejecutivo que encajaba con el lugar. Me había recogido el pelo en una coleta baja y tirante, dejándome el rostro despejado, y me había maquillado con sutileza. El toque de color lo daban mis labios rojos. Mis tacones repiqueteaban contra el suelo de mármol mientras avanzaba hacia la mesa de la recepcionista, una mujer madura y extremadamente elegante, que tecleaba en el ordenador hablando por teléfono a través de unos cascos con micro. Esperé hasta que colgó y entonces me prestó atención con una sonrisa educada.

—Bienvenida a «DM International Telecommunications», ¿en qué podemos ayudarla? —me saludó con un tono de voz dulce pero firme.

—Tengo una cita con el señor Robles a las nueve y media —dije consultando disimuladamente mi reloj de pulsera—. Me está esperando.

Era mentira, pero aquella amable señora no tenía por qué saberlo. Solo era la recepcionista. Así que probé y funcionó

—Claro, puede pasar —respondió con su eterna sonrisa, señalando una puerta a la derecha, tan enorme que iban del techo al suelo.

Aquello era estar de suerte porque no me hizo ninguna pregunta ni necesitó hacer comprobaciones. Asentí y me fui hacia allí dispuesta a todo, esperando encontrarme con Iván al otro lado. Una vez crucé la puerta, me di cuenta de que

la cosa no iba a resultar tan fácil. Pasé a una enorme sala con sofás de piel en color crema, una mesita de centro acristalada sobre la que había diversas revistas técnicas y varios cuadros en las paredes, iluminados por una luz individual, que costaban una pequeña fortuna. Tal vez si agarraba uno disimuladamente y salía de allí corriendo, podría solucionar todos mis problemas, me dije avanzando sin poder apartar la mirada del enorme acuario donde nadaban peces de diversos tamaños y colores. Al fondo había unas puertas parecidas a las que acababa de cruzar y en mitad de la estancia, sentada detrás de su impoluta mesa, con una sonrisa altanera, me esperaba la

secretaria de Iván. Joven, elegante y bellísima. Llevaba el pelo recogido en un apretado moño pelirrojo y tenía los ojos color miel. Era la chica que estaba con él en la discoteca. Mierda, esperaba que no me reconociera.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó educadamente.

—Desearía ver al señor Robles — dije, sabiendo que con ella lo de la entrevista programada no iba a colar. Se intuía que era una secretaria entregada que conocería al dedillo la agenda de su jefe.

—Si no tiene cita, no será posible que vea al señor Robles esta mañana — comentó, haciéndome creer que consultaba algo en la pantalla del

ordenador—. Tiene una reunión dentro de quince minutos. Si quiere podemos concertar una entrevista para la semana que viene, podría buscarle un hueco para el jueves por la tarde.

—No puedo esperar —espeté—. Es un asunto familiar. Dígale al señor Robles que la señorita Victoria De Miguel está aquí y desea verle de inmediato.

La joven abrió los ojos como platos en cuanto pronuncié mi apellido en voz alta. Me miró de arriba abajo suspicaz e incrédula. «Sí, guapa, sí, todo esto podría ser mío si hubiera querido, incluida tú», intenté transmitirle sin apartar la mirada, manteniendo también una sonrisa forzada.

—Por supuesto —asintió—. Deme unos minutos —pidió, descolgando el teléfono y marcando una extensión. Cerca de allí, se oyó el familiar sonido de un teléfono—. Señor, disculpe. Está aquí la señorita De Miguel, dice que quiere verle. Es un asunto urgente —dijo a través del aparato, esperando respuesta al otro lado—. No, señor, no es la señorita Sofía, es Victoria De Miguel —murmuró. Seguramente Iván creía que la única De Miguel que pondría los pies allí sería mi hermana—. Muy bien. Entendido, señor. —Colgó y me miró con una sonrisa de triunfo.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—Como le decía, el señor Robles

tiene una reunión y me ha pedido que le diga que no podrá atenderla ahora. Si lo desea, puede esperar o puede volver otro día.

«Cabrón», pensé para mis adentros.  
—Está bien, esperaré —respondí sin poder apartar la mirada de aquella chica, tan formal ahora y tan puta aquel día en la discoteca. Increíble lo que podía ocultar un traje a medida y un recogido.

—Como desee. Puede sentarse en los sofás al fondo de la sala —me indicó señalando los asientos de piel.

Así lo hice. Me senté en uno de los sofás y me pasé un buen rato con la mirada clavada en ella, tratando con todas mis fuerzas de hacerla sentir

incómoda por haberse regodeado al hacerme esperar como una idiota y por estar follando con Iván. Detrás de tanto «señor» se escondía algo íntimo y personal. Pasaron más de dos horas hasta que, finalmente, se abrieron las malditas puertas y apareció Iván. Había intentado leer una revista, aunque poco me importaban a mí las subidas y bajadas de la bolsa y el estado del mercado internacional. Así que había estado contemplando los peces del acuario. Uno se parecía a Nemo, seguro que a Daniela le encantaría verlos, pensé.

—Victoria, qué sorpresa... —me saludó acercándose a mí, que ya me levantaba del sofá y me alisaba la falda

— ¿Qué te trae por aquí? —preguntó extendiendo la mano para estrechar la mía.

Cuando se la di, me sorprendió al darle la vuelta y besarme en los nudillos, mirándome con aquellos ojos grises indescifrables y penetrantes. Aquello me descolocó un poco.

—Necesito hablar contigo de un asunto importante —comenté recuperando la compostura.

—¿Le ha pasado algo a Sofía? —preguntó preocupado.

—No, Sofía está bien. Se trata de otra cosa.

—Está bien —dijo más tranquilo—. Pasemos a mi despacho. —Puso una mano en la parte baja de mi espalda y

me guio hacia allí—. No me pases llamadas, Anabel —ordenó.

—Muy bien, señor —respondió la secretaria. Parecía molesta, no sé si por el beso en la mano o por el interés que mostraba Iván por mí.

Su despacho era una extensión de la sala en la que había estado esperando. Grandes cristales con vistas a una concurrida calle, donde el tráfico circulaba fluido a aquella hora de la mañana. Una gran mesa presidiendo el lugar y algunos cuadros adornando las paredes detrás del escritorio. A la izquierda había un retrato de mi padre con semblante altivo, que me puso los pelos de punta. Me senté en una de las cómodas sillas frente al escritorio, Iván

se desabrochó el botón de la americana de su traje de marca y se sentó frente a mí. Se había convertido en un hombre impresionante, pensé.

—Disculpa la espera —se excusó—. Tenía una reunión muy importante que no podía aplazar.

Desde mi posición, sentada en aquella silla de patas cortas, tenía la sensación de que Iván me hablaba desde las alturas, sentado en su trono. Seguro que aquello había sido idea de mi padre, una manera de intimidar a las visitas haciendo que se sintieran pequeñas e inferiores. Siempre le había gustado estar por encima de los demás.

—Es curioso porque en estas dos horas no he visto entrar ni salir a nadie

de tu despacho. Quizá tienes una salida secreta por aquí —dije señalando una puerta que había a la derecha.

—Es evidente que no conoces este mundo, Victoria —se burló—. Si no, sabrías que cuando tienes una reunión con un alto ejecutivo que dirige una empresa al otro lado del mundo, las reuniones se hacen por videoconferencia —comentó señalando la enorme pantalla de ordenador que había sobre la mesa—. Aquello de allí es mi baño privado —dijo señalando la puerta que yo había indicado.

Me sentí ridícula. Además, no pude evitar pensar en que hacía apenas unas semanas habíamos estado follando como desesperados y en aquel momento

fingíamos una educación y un respeto que hacía tiempo que nos habíamos perdido.

—Ya...

—Te habrán ofrecido un café mientras esperabas...—Negué con la cabeza —¿No? Tendré que hablar con Anabel entonces. ¿Dónde están sus modales?

Sí, claro, lo que me faltaba, que hablara con ella y que me cogiera más manía de la que ya me tenía.

—¿Quieres tomar algo ahora? ¿Café, agua...? —ofreció.

—No, Iván, no quiero tomar nada. He venido para hablar contigo de un asunto importante.

—Tú dirás... —Se acomodó en la

silla dispuesto a escucharme y yo tragué saliva nerviosa. Tenía la boca tan seca que quizá no hubiera sido mala idea lo del vaso de agua. Aun así, me armé de valor, carraspeé y me lancé.

—Estoy teniendo algunos problemas económicos... —dije, y por unos instantes abrió los ojos sorprendido, pero enseguida lo disimuló y recuperó la expresión seria y profesional detrás de la que se escondía —. Las ventas han bajado en verano y se me han acumulado unos cuantos pagos.

—Comprendo —se lamentó—. Las cosas no están siendo fáciles para los pequeños empresarios. Cada día más negocios se ven obligados a cerrar o declararse en quiebra.

—Cerrar no es una opción, las deudas seguirían existiendo y me quedaría sin mi única fuente de ingresos.

—Entiendo —asintió—. Sin embargo, no veo en qué puedo ayudarte yo...

El muy cabrón quería oírmelo decir. Sabía perfectamente por qué estaba allí sentada humillándome y se estaba regodeando.

—Necesito dinero, Iván, por eso estoy aquí, para pedirte que me lo prestes.

Si ese maldito capullo engreído creía que no iba a tener el valor de pedírselo, aún no me conocía bien. Se inclinó y apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos y observándome

de manera penetrante. Empezaba a sentirme incómoda con su escrutinio, pero no iba a apartar la mirada.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Veinte mil euros.

—Vas fuerte, Victoria —apuntó sin ocultar un gesto de sorpresa—. Es una cantidad considerable de dinero que me hace pensar que no tienes madera de empresaria o que eres muy estúpida. Ninguna de las dos opciones te deja en buen lugar. ¿Cómo te has metido en semejante deuda?

Si pretendía humillarme lo estaba consiguiendo. Ni me sentía estúpida ni mucho menos mala empresaria, solo confiada y poco previsora. El país estaba en crisis y yo había creído que no

me iba a afectar, pero no estaba en posición de ponerme a discutir y él se estaba aprovechando de ello.

—Ya te he dicho que han sido unos meses complicados y con malas ventas. Además, parece que no remontamos.

—¿Y no puede ayudarte ninguno de tus amigos? ¿Cómo te referiste a ellos?

—Hizo una pausa, como si estuviera intentando acordarse, y continuó en tono de burla—. Ah, especiales..., amigos especiales. Si no recuerdo mal, el camarero de las greñas estaba dispuesto a meterse hasta el fondo en tu... vida.

Genial. Sabía que lo ocurrido en el *Bright* iba a traer consecuencias. Iván era un hombre orgulloso y estaba molesto. No le gustó descubrir que

después de nuestro encuentro en el baño me lancé a los brazos de Alexei. Y ahora le estaba ofreciendo la venganza en bandeja de plata.

—Si hubiera alguien no estaría aquí hablando contigo, Iván.

—¿Ni siquiera Sofía?

—Ni siquiera ella. Tiene sus propios problemas y no voy a meterla en los míos. Me las puedo apañar sola.

—Maldito orgullo, ¿verdad? Lo entiendo, a mí también me pasa, pero a veces nos vemos obligados a agachar la cabeza, como te está pasando ahora.

—Pues sí, Iván, en ello estoy. Mi situación es crítica y no sé a quién más recurrir.

—Comprenderás que veinte mil

euros a fondo perdido es mucho dinero y yo soy un hombre de negocios, no parte de una organización benéfica. Viendo tus escasas habilidades empresariales, no voy a regalártelos y a desearte suerte, quiero alguna garantía.

—Estoy dispuesta a cualquier cosa —aseguré.

Todo aquello era mucho más que una cuestión de orgullo o de mantener un negocio. Se trataba de Daniela y ella estaba por encima de todo, incluso de mi dignidad. Parte de aquel dinero que Iván manejaba, era dinero de mi familia. Dinero que por justicia tendría que pertenecerme, pero al que yo había renunciado voluntariamente. Me juré a mí misma que nunca iba a depender

económicamente de mi padre ni a hacer nada que pudiera ligarme a él, sin embargo, cuando me hice todas aquellas absurdas promesas aún no sabía lo que era ser madre.

Iván se relajó en su asiento y poco le faltó para frotarse las manos ante la oportunidad que le brindaba. Me miraba sonriente, maquinando la manera de ponérmelo difícil.

—Bien, siempre he sido un hombre dado a devolver favores y el más grande me lo hizo tu padre, por eso voy a ayudarte. Aunque renegaras de todo, eras su hija y seguro que estaría orgulloso de saber que por fin has recapacitado y has vuelto al redil. — Giró la cabeza y se quedó mirando el

maldito retrato colgado en un lugar de honor—. Si quieres el dinero vas a tener que ganártelo, quiero que trabajes en la empresa.

—¡¡¿Qué?!! —exclamé anonadada.

Por un momento pensé que me lo iba a cobrar en favores sexuales. Sí, soy un poco perversa y malpensada y la idea de chupársela a cambio de veinte mil euros no me parecía tan descabellada como la de ponerme a trabajar en la empresa de mi padre, algo que iba contra todos mis principios.

—Ya me has oído. Quiero que trabajes para mí —insistió.

—No puedo trabajar aquí, tengo que ocuparme de la tienda, cuidar de la niña... —enumeré, encontrando cientos

de razones para hacerle entender que aquello era una locura.

—Seguro que podrás apañártelas. Eres una mujer de recursos, Victoria, siempre lo has sido, y sin los veinte mil tampoco habrá negocio del que ocuparse —apuntó con razón—. Hablaré con mi abogado y redactaremos un acuerdo en el que, si te comprometes a trabajar un determinado periodo de tiempo en la empresa, te haré entrega del dinero. Vas a cobrar a sueldo de alto ejecutivo por un trabajo de ayudante, creo que es un buen trato.

—Necesito el dinero de manera urgente, no puedo esperar meses para obtenerlo —le recordé y él se quedó pensativo unos instantes.

—Te daré la mitad del dinero a finales de septiembre y el resto cuando finalice el contrato.

—No sé... —balbuceé desconcertada. Sabía que era un buen trato, pero a la vez sabía que había gato encerrado y que Iván estaba tramando algo.

—Hagamos una cosa. Redactaré el contrato con las condiciones, vienes el lunes por la mañana a primera hora, lo lees y decides entonces. Tienes unos días para pensarlo.

—Está bien —asentí, dando por concluida aquella improvisada reunión que no había salido como esperaba.

Nos levantamos y me acompañó a la puerta. Cuando salimos, la secretaria

alzó la cabeza y nos observó con gesto indescifrable.

—No hace falta que me acompañes —le dije porque le vi con la intención de hacerlo.

—Por supuesto que sí, soy un hombre educado —contestó deteniéndose frente a la mesa de la joven pelirroja—. Hablando de eso... Anabel, ¿se puede saber por qué no le has ofrecido un café a mi invitada?

—Yo... lo siento, señor, pensé que... —balbució lanzándome una mirada de odio.

—Espero que no vuelva a repetirse —la regañó.

—Por supuesto que no. Disculpe, señorita De Miguel —se excusó sin

levantar la mirada. Yo asentí aceptando las disculpas.

—Conciértame una cita con Castro y con la señorita De Miguel el lunes a primera hora. Y pónmelo al teléfono dentro de cinco minutos.

—Sí, señor —asintió ella, tecleando de manera frenética en el ordenador.

Fuimos en silencio hacia las puertas y me detuvo antes de salir.

—Estoy convencido de que nos veremos el lunes —me despidió muy seguro, con una sonrisa deslumbrante—. Un placer hacer negocios contigo, Victoria.

—Lástima que no pueda decir lo mismo —respondí antes de salir.

Y tuve la sensación de que, a pesar de no haber firmado nada, acababa de pactar una especie de sentencia de muerte.

# Capítulo 12

Aunque quería creer que tenía opciones, la propuesta de Iván era la única solución a mis problemas. Odiaba la idea de trabajar en la empresa de mi padre y no entendía cuál iba a ser mi función allí porque no tenía ni idea de telecomunicaciones ni de nada que se le pareciera, pero aquello era cosa de Iván, que se las apañara para asignarme alguna tarea. Retiré el dinero de la cuenta y le entregué seis mil euros a Pelayo aquella misma semana. Después no me quedó más remedio que hablar con Raquel y exponerle la situación

porque iba a tener que hacer algún cambio de horarios si quería que aquello funcionara. Le comenté que, a partir de septiembre y hasta nuevo aviso, cerraríamos al mediodía y la necesitaría trabajando en jornada partida de lunes a viernes, como compensación le daba los sábados libres y me comprometía a atender yo sola la tienda todo el día. Imaginaba que Iván me haría trabajar en horario de oficina, así que los sábados los tendría libres. A Raquel no le hizo mucha gracia la idea ya que una jornada partida no le permitía atender a sus hijos, pero tuvo que aceptarlo. Era la única manera de poder pagarle el sueldo.

El viernes las chicas me

propusieron ir a cenar. Aunque Lisa parecía un tonel, seguía teniendo ganas de salir un poco. Raúl se había vuelto insoportablemente protector y quería un rato libre para relajarse lejos de él. Aunque me apetecía muchísimo salir con ellas, tuve que decirles que no. No podía pagar a nadie para que se quedara con la niña, ni mucho menos permitirme una cena fuera de casa. Me veía en la obligación de reducir gastos de manera drástica y así se lo hice saber a Daniela. Estábamos en su habitación, sentadas de piernas cruzadas sobre la cama, jugando un rato bajo la atenta mirada de León, que siendo un cachorro inquieto también tenía sus momentos de relax, sobre todo cuando alguien le acariciaba el lomo o

le rascaba la tripa como le gustaba. La niña cepillaba el pelo de su muñeca y le hacía y deshacía una trenza mientras tarareaba la canción de su película de dibujos favorita.

—¿Lo has entendido, Daniela? — pregunté una vez resumida nuestra situación.

Ella asintió.

—León y yo lo hemos entendido — contestó señalando al perrito, que alzó las orejas y soltó un ladrido—. Nada de juguetes hasta Navidad... Creo que podré aguantar, pero tendré que hacer una carta muy larga a Papá Noel.

Yo sonreí con dulzura.

—¿Eres feliz, cielo? ¿Te gusta vivir aquí conmigo? — pregunté, porque si la

respuesta era no todo aquello iba a perder sentido.

—Claro, mami —respondió sin mirarme, atareada en trenzarle el pelo a la muñeca—. ¿Y tú?

—Tú eres mi felicidad, cariño.

—¿Qué significa? —me preguntó pasándome la muñeca. Aún no dominaba el arte del peinado y, más que una trenza, estaba haciéndole una especie de churro.

—Significa que si no estuvieras aquí sería como cuando en verano tenemos ganas de ir a la playa y llueve todo el día... Un asco.

—Ah, ya entiendo. Si estás conmigo es como si todos los días saliera el sol.

—Eso es, cariño. Estar contigo es

lo mejor del mundo.

Le devolví la muñeca y ella la dejó a un lado. Me rodeó el cuello con los brazos y empezó a comerme a besos. Yo la rodeé con los míos y me dejé caer sobre la cama permitiendo que me besara tanto como quisiera. Odiaba las muestras de afecto. Me había criado en un ambiente totalmente carente de amor y cariño y no sabía cómo gestionarlas, pero cuando me las hacía mi pequeña, eran medicina para mi corazón. León saltaba a nuestro alrededor, intentando llamar la atención con ladridos y pequeños lametones mientras yo sometía a una tortura de cosquillas a Daniela, que no paraba de reír.

—¡Vale, mami! —suplicó—. ¡Me

voy a hacer pis! —gritó entre carcajadas.

Al final nos quedamos agotadas sobre la cama, con León brincando sin parar entre nosotras.

El sábado fuimos a dar un paseo por el parque y por la tarde estuvimos pintándonos las uñas de rojo y viendo pelis. El domingo no salimos de casa. Estaba muy nerviosa por lo que me esperaba a la mañana siguiente y era incapaz de concentrarme en otra cosa que no fuera rezar para que la propuesta de Iván fuera sincera y todo saliera bien. Por la tarde, mientras Daniela jugaba en su habitación, aproveché para llamar a Alexei. Puse el manos libres y busqué en

el armario algún conjunto decente para el primer día de trabajo.

—¿Cómo lo llevas? —le saludé cuando respondió.

Me había costado mucho contactar con él porque llevaba varios días recluido y sumido en el tedioso trabajo de corregir su novela sin atender al teléfono.

—Estresado —comentó abatido—. Casi me está costando más el proceso de corrección que escribir el libro.

—Llevas mucho tiempo trabajando en ello, ¿cómo es posible? —dije sacando del armario un jersey de perle en color rojo y manga corta. Era monísimo y no recordaba tenerlo. Encantada, lo dejé sobre la cama como

primera opción junto a una falda tubo en color gris humo.

—Pues ya ves... También estoy agobiado con el trabajo —confesó, aunque eso ya lo sabía, llevaba unos cuantos meses quejándose—. La noche me cansa, nena. Me gustaría encontrar otra cosa.

—¿Has buscado algo? —pregunté lanzando sobre la cama una blusa sin mangas en color champagne.

—Estoy en ello... ¿Tú qué tal?

—Bien, como siempre —mentí.

No quería que nadie supiera que estaba en apuros, ni siquiera Alexei, que desde que nos conocíamos había sido mi único confidente. Yo era Vicky, la mujer que podía con todo, y me encantaba esa

imagen de fortaleza que proyectaba en los demás, aunque no fuera del todo real.

—¿Has sabido algo del engreído ese?

—Nada de nada —mentí otra vez.

—En serio, no entiendo cómo pudiste tirártelo.

—Iba bastante borracha y hacía tiempo que no echaba un polvo, ¿qué esperabas? Me lo puso en bandeja.

—Ya... —Se le escapó una risilla—. Eres la leche, nena.

—Lo soy.

—En fin, tengo que dejarte. El ordenador me espera y tengo que trabajar esta noche. Joder, qué hartito estoy...

—Tómatelo con calma, cielo. Centra tus pensamientos en el momento en que serás famoso y solo te dedicarás a ir a eventos y firmas de libros. Yo te haré de relaciones públicas y no tendrás que preocuparte de nada, solo de gastar el dinero que vas a ganar.

—Soñar es gratis, ¿no? —comentó con ironía.

—Exactamente —confirmé—. Por cierto, ¿cuándo me dejarás leer el libro?

—No me agobies, pesada, aún no está terminado... —se quejó—. Tengo que dejarte. Un beso, nena.

Se despidió y colgó sin darme tiempo a decir nada más. No quería que leyera su manuscrito, pero ya le convencería. En aquel momento tocaba

empezar a programar la semana a base de modelitos. Quería parecer elegante y profesional, así que empecé a probarme conjuntos. Al paso que iba, aquella noche íbamos a cenar tarde. Lástima que el presupuesto ya no me diera para llamar y pedir una pizza.

El lunes por la mañana, tras obligar a Vanesa a hacer el madrugón de su vida para quedarse con Daniela y que yo pudiera llegar a tiempo al trabajo, me arreglé con esmero. Quería causar una buena impresión. Me subí al coche dispuesta a enfrentar aquel reto con ganas y un único objetivo en mente: un mes, diez mil euros. Parte de la deuda liquidada y Daniela conmigo. Poco

importaba ya que el dinero viniera de la empresa de mi padre, lo único que me interesaba era que las cosas siguieran como hasta entonces. Si por ello tenía que agachar la cabeza y soportar unos pocos meses bajo el mando de Iván, que así fuera.

El tráfico era denso, aun así llegué quince minutos antes de la hora. Subí en ascensor junto a varios trabajadores cargados con maletines y cafés para llevar, dispuestos a empezar una nueva jornada laboral. Saqué un espejito del bolso para comprobar que el pintalabios rojo seguía en su sitio y no en mis dientes y que llevaba el pelo bien cepillado, sin ningún mechón fuera de lugar. Al final me había decidido por el

jersey de perlé y la falda tubo. Llevaba los mismos zapatos que la última vez que estuve allí y me armaba de valor con pensamientos positivos como, por ejemplo, que aquel era un día menos de condena.

Cuando el ascensor paró en el piso veinte, me bajé junto a tres o cuatro personas que se dispersaron por los pasillos y me encaminé hacia el despacho de mi nuevo jefe. Anabel me recibió con una falsa sonrisa que desprendía frialdad por todos lados.

—¿Le apetece un café, señorita De Miguel? —preguntó altiva cuando me acerqué a preguntarle si Iván podía recibirme.

—No, gracias.

—Como desee —respondió descolgando el teléfono para avisar a su jefe de mi llegada—. Puede pasar —me invitó después de intercambiar un par de frases con él.

Crucé las puertas y entré en el despacho. Me lo encontré acompañado de un hombre alto y robusto, con el cabello entrecano y mirada amable. Ambos conversaban de pie junto a la ventana con vistas a la avenida.

—Victoria, te estábamos esperando —me saludó estrechándome la mano—. Te presento a Enrique Castro, mi abogado de confianza.

—Un placer —saludé con simpatía.  
—El placer es mío —respondió—. Trabajé muchos años con su padre, un

genio para los negocios. Lamento mucho su pérdida.

Asentí con un gesto de agradecimiento, más por educación que otra cosa, porque la muerte de mi padre no me apenaba en absoluto y no me gustaba saber que aquel hombre había estado bajo la influencia de un ser tan despreciable como él.

—Si os parece bien, podemos sentarnos —nos indicó Iván, sentándose en su sitio mientras nosotros lo hacíamos en las sillas que había frente al escritorio—. Este es el contrato que ha redactado Enrique, léelo y si ves algo que no te cuadra o requiere aclaración, es el momento de preguntarlo.

—Muy bien. —Acepté el

documento y me concentré en su lectura, aunque me costó teniendo la mirada de ambos hombres clavada en mí. Me estaban poniendo muy nerviosa.

Iván estaba muy atractivo aquella mañana, vestido con un traje oscuro y el pelo engominado y peinado hacia atrás, por no hablar del delicioso aroma que desprendía su piel, mezcla de *aftershave* y algún perfume caro.

A esas alturas era absurdo seguir engañándome. La vuelta de Iván había alterado no solo mi vida, sino un mundo de sentimientos que llevaban dormidos muchos años. Además, nuestro encuentro en los baños del *Bright* no había hecho más que avivar aquella llama que ardía dentro de mí desde que había vuelto a

verle. Le deseaba con un ansia que me consumía y me hacía olvidar que me había dejado sola en uno de los peores momentos de mi vida para quedarse al lado de mi padre. Pero si algo había aprendido durante aquellos años era a controlar mis sentimientos, así que mi actitud seguía siendo fría y distante.

El contrato me pareció correcto. No obstante, no esperaba que me obligara a permanecer en la empresa seis meses, eso iba a alterar mucho mi vida y la de Raquel, que ya había puesto el grito en el cielo por el nuevo horario. Lo que más me sorprendió fue que, si cumplía con los seis meses de contrato, no me vería obligada a devolver ni un solo euro de los veinte mil que iba a

prestarme. Esa, sin duda, era una cláusula que me favorecía mucho. Me contrataban como auxiliar administrativa, aunque sabía que acabaría siendo la chica para todo. Seguro que Iván disfrutaría mucho esos seis meses obligándome a traerle el café.

—¿Está todo correcto? —preguntó cuando terminé de leer el documento. Asentí y me pasó un bolígrafo para que firmara.

—Bien, mi trabajo aquí ha terminado —dijo el abogado, levantándose y estrechándome la mano—. Lo repito, un placer conocerla y espero verla por aquí, señorita De Miguel.

—Lo mismo digo —respondí sin levantarme mientras Iván le acompañaba a la puerta y le despedía.

—Te has puesto muy elegante —me dijo unos minutos después, apoyándose en el escritorio y cruzando las piernas por los tobillos, abandonando su posición en el trono.

—Más que elegante, formal. Imaginé que era lo que se esperaba de mí, esta empresa tiene una imagen que mantener —murmuré con ironía.

—Por supuesto. Aunque me gustaba más el vestido que llevabas la otra noche —recordó—. Al final no pude resistirme y me guardé tu tanga en el bolsillo de los vaqueros, ¿puedes creerlo?

—¿En serio? —pregunté enarcando una ceja—. ¿Dejamos de lado los formalismos tan pronto, Iván? Pensé que esto era un asunto de negocios, no imaginé que íbamos a hablar de mi tanga de encaje en tu despacho después de firmar un contrato. Te creía más serio.

—Las apariencias lo son todo en los negocios, Victoria. Pero aquí, entre tú y yo, no son necesarias, nos conocemos bien.

—¿De verdad lo crees?

Dudaba que ninguno de los dos supiera mucho del otro. Ambos habíamos cambiado durante aquellos quince años. Él se encogió de hombros, como si no le importara demasiado.

—En realidad no importa, lo único

que necesito es que me aclares una cosa.

—Tú dirás.

—La otra noche follamos sin condón. Fallo mío, lo reconozco, pero después de ver lo bien que te llevas con todos esos amigos especiales que tienes, me gustaría saber si debe preocuparme algún posible contagio.

Una rabia desmedida empezó a bullir en mi interior y tuve que hacer grandes esfuerzos de contención para no levantarme y darle un bofetón. Supuse que eso era lo que pretendía, alguna reacción visceral por mi parte que no iba a conseguir. Tragué saliva y adopté mi tono de voz más frío, pasando de sus provocaciones.

—Me alegra que hayas sacado el

tema porque yo quería preguntarte exactamente lo mismo. Anabel no parece la clase de chica que permanece mucho tiempo con las piernas cerradas — apunté sin perder la sonrisa.

—No sé qué pinta Anabel en esta conversación —respondió descolocado.

—Lo sabes perfectamente, pero da igual, por mi parte puedes estar tranquilo. Nunca lo hago sin protección, lo de la otra noche fue culpa del alcohol. Si no, nunca hubiera acabado en ese baño contigo —le recordé. Además, podía estar muy tranquilo, llevaba alrededor de un año sin acostarme con nadie, aunque ese era un dato que no pensaba compartir con él.

—Tú también puedes estarlo,

Victoria, nunca cometo locuras como la de la otra noche, solamente cuando tú estás cerca —confirmó sorprendiéndome—. Ahora será mejor que empecemos a trabajar. Acompáñame.

Salimos del despacho dando el tema por zanjado y nos detuvimos junto a la mesa de la secretaria.

— Anabel, Victoria empieza a trabajar con nosotros hoy, seguro que se te ocurre alguna tarea que pueda hacer y que sirva de ayuda —le dijo a la joven, que sonrió triunfal.

Mierda, Iván se había dado cuenta de la antipatía que sentía por su secretaria y ahora me encomendaba a sus manos. De ahora en adelante tenía

que vigilar la información que le daba o no dejaría de darle armas para hacerme la vida imposible.

—Por supuesto, señor Robles.

—Muy bien, te dejo en sus manos —se despidió y regresó a su despacho.

Anabel y yo nos miramos, midiéndonos como dos rivales, pero en desigualdad de condiciones. A ninguna de las dos nos cupo duda de que el poder lo tenía ella.

—Bien, Victoria, me parece que tengo el trabajo ideal para ti —comentó tuteándome mientras salía de detrás de su mesa—. Sígueme.

Lo hice sin rechistar. Seguro que la tarea que iba a asignarme no sería muy grata, pero me alegraba saber que

podría realizarla lejos de ella y de las miradas desconcertantes de Iván. Cogimos el ascensor y bajamos hasta la planta dieciocho. Varias cabezas se giraron a nuestro paso mientras avanzábamos por el pasillo con mesas a ambos lados, donde los trabajadores se afanaban en cumplir con sus tareas. Anabel vestía una falda negra ajustada a su prieto y redondeado trasero y unos tacones de infarto, no aptos para ir a trabajar. Además, tenía unos pechos sospechosamente firmes y bien puestos incluso para sus veinticuatro años, que no pasaban desapercibidos bajo el escote de su blusa de seda. Aunque me daba rabia admitirlo, la chica era llamativa.

Nos detuvimos al fondo, frente a una puerta cerrada, que Anabel abrió con una llave que llevaba en la mano. Nos recibió un olor a humedad que echaba para atrás, pero ambas entramos fingiendo que no nos molestaba. Allí dentro hacía un calor insoportable y una capa gruesa de polvo cubría las estanterías repletas de archivadores. También había una mesa con un ordenador y una cantidad considerable de carpetas encima.

—Tengo esto un poco abandonado porque no corre prisa, pero aprovechando que estás aquí me ayudarás a acabarlo —propuso, sentándose frente al ordenador para encenderlo y ejecutar un programa.

—Claro, para eso me han contratado.

Asintió y me indicó que me acercara para explicarme de qué trataba el asunto.

—Dentro de cada una de estas carpetas hay un grupo de expedientes de antiguos clientes. Debes consultar en nuestra base de datos si siguen vigentes. Si es así, se quedan en la carpeta, si no deberás archivarlos en el archivador que les corresponda. Están todos ordenados por fechas y alfabéticamente.

—No parece muy complicado.

—No lo es, pero es lento —aseguró—. Si te surge cualquier duda puedes subir a preguntarme —ofreció amablemente, cediéndome el puesto y

despidiéndose de mí para salir del cuartucho y dejarme encerrada dentro. Seguro que su actitud amistosa era falsa, pero bueno, podría haber sido peor, me dije para infundirme ánimos, y me puse a ello...

Al principio me lo tomé con ganas, sin embargo, al ver que en un par de horas de trabajo ni siquiera había terminado con la primera carpeta, empecé a ponerme nerviosa. Aquello tenía pinta de eternizarse. Además, allí dentro hacía un calor insoportable, había poca luz y ventilación cero. Encima era alérgica al polvo, así que cada vez que tenía que levantarme a coger uno de los viejos archivadores repletos de pelusa, humedad y polvillo de años,

estornudaba unas quince veces seguidas. Al mediodía, sin saber si tenía que pedir permiso y sin preocuparme demasiado por ello, me fui a la cafetería de enfrente y me comí un sándwich de pollo y mayonesa que estaba sorprendentemente bueno. Luego volví al trabajo.

Sobre las cinco de la tarde estaba hecha un asco. Tenía la nariz congestionada, el pelo enmarañado, las manos sucias de trajar con tanto archivador mugriento, la piel pegajosa debido al sudor por el calor que hacía en aquel maldito cuartucho, la falda gris manchada de algo que no sabía ni lo que era y los nervios a flor de piel. Además, me preguntaba por qué se me había ocurrido vestirme elegante si lo único

que había conseguido al final del día era tener peor pinta que si hubiera estado trabajando en una mina. Por si no os lo había dicho, el trabajo de oficina me da repelús. Yo he nacido para estar en mi tienda, conversando con la gente, vendiendo, relacionándome, con el aire acondicionado a tope y el aroma de mi perfume envolviéndolo todo. No para estar encerrada en aquella cárcel oscura y repleta de mierda, a falta de una palabra mejor. Cuando pensaba que iba a volverme loca si no salía de allí, se abrió la puerta y la estancia fue iluminada por un rayo de luz solar que me dejó ciega durante unos segundos. Unas horas más trabajando allí y me hubiera vuelto un topo. El que entró fue

Iván acompañado de otro hombre.

—Victoria, tienes mal aspecto...

—¿En serio? —pregunté con ironía—. Pues me siento de... de... ¡de maravilla! —exclamé soltando el estornudo mil quinientos veintisiete del día.

—Veo que Anabel te ha tenido entretenida —murmuró mirando las carpetas esparcidas sobre la mesa.

—Sí, y todavía no he hecho ni la mitad.

—Tranquila, aún podrás quedarte un par de días trabajando en el archivo, no hay prisa.

«Vaya, qué alegría», pensé con ganas de matar a alguien. A Iván por capullo o a Anabel por zorra.

—Te presento a Castilla, mi mano derecha y un buen amigo que ha venido como apoyo desde Madrid.

Me presentó al hombre que le acompañaba y que no había apartado sus pequeños y redondos ojos negros de mí. El tal Castilla rondaría los cuarenta años, empezaba a perder pelo por la zona de la coronilla, aunque hacía grandes esfuerzos para disimular la calvicie incipiente con un extraño peinado que no le favorecía en absoluto, y lucía un principio de barriga cervecera que, desgraciadamente, ningún gimnasio podría arreglar. Se veía que era la clase de hombre que se creía superior, además de irresistible. Y al lado de Iván, que era impresionante, parecía ridículo.

—Encantada —le saludé—. No sé si darte la mano, después de todo el día trabajando entre polvo no está muy presentable.

—Por favor, un poco de polvo no me robará el placer de estrechártela —aseguró con un apretón firme—. El encantado soy yo, Victoria.

Por la manera que tuvo de pronunciar mi nombre supe que aquel tipo iba a darme problemas. Mejor andarme con cuidado. Iván carraspeó para llamar nuestra atención y fue así como me solté de las zarpas de aquel cretino.

—Cuando termines con el archivo ayudarás a Castilla —me explicó—. Está muy liado con un proyecto

importante y necesita todas las manos que estén disponibles.

—Perfecto. Supongo que en un par de días habré terminado con esto y podré ayudar.

—Estaré esperando ansioso para empezar a trabajar contigo —ronroneó Castilla, que al salir me guiñó un ojo.

Media hora después, recogí mi bolso, apagué el ordenador y me fui de allí corriendo. En cuanto crucé las puertas y me golpeó una suave brisa me sentí en el cielo, pero lo mejor vino cuando llegué a casa, despedí a Vanesa hasta la mañana siguiente, me quité la ropa, que si no acababa en la basura tendría que ir a la tintorería, y pude meterme bajo el chorro de la ducha para

quitarme todo el polvo y la suciedad que había acumulado aquel día. Pura gloria. Lo peor era pensar que a la mañana siguiente tenía que volver... ¡Qué horror!

# Capítulo 13

Los siguientes dos días los pasé encerrada en el archivo. Aunque seguía arreglándome porque no sería yo si salía de casa hecha un adefesio, me puse un par de trajes oscuros que no me importaba si se manchaban de polvo y mugre y empecé a tomar antihistamínicos para controlar los síntomas de la alergia. Contra lo que no pude luchar fue contra el calor sofocante que hacía en el dichoso cuartucho. Ni dejando la puerta abierta entraba una pequeña ráfaga de aire acondicionado. Aquello me parecía un poco inhumano,

aunque las condiciones adversas lo único que hicieron fueron motivarme para acabar el trabajo más deprisa.

El jueves a primera hora, me presenté en la planta número veinte dispuesta a ver a Iván para que me dijera cuál era mi siguiente cometido, aunque ya podía hacerme una idea. Había dejado bastante claro que quería que ayudara a su colega, el orco, con un proyecto importante que le traía de cabeza.

—¿Ya has terminado en el archivo?  
—me preguntó Anabel en cuanto crucé las puertas.

—Sí, pensé que tardaría más, pero le cogí el tranquillo y ayer por la tarde acabé con la última carpeta.

—Perfecto, tengo otro trabajo que...

—Lo siento, tendrá que esperar — la interrumpí—. Vino a verme Iván y me dijo que cuando terminara con el archivo quería que me ocupara de otra cosa. ¿Puedes decirle que estoy aquí, por favor?

—Claro, ahora mismo —contestó rabiosa, descolgando el teléfono y llamando al despacho.

Si se creía que iba a tener una ayudante que le haría el trabajo sucio lo sentía por ella, pero la próxima vez no iba a librarse de ensuciarse las manos. Enseguida me dijo que podía pasar. No perdí el tiempo y entré. Aunque me esperaba, Iván estaba concentrado

leyendo un informe que tenía sobre la mesa. Estaba guapísimo con el ceño fruncido, totalmente ajeno a mi intenso escrutinio. Cada vez que le veía me parecía más atractivo y cuando recordaba nuestro encuentro en la discoteca, no podía evitar que un cosquilleo me recorriera de arriba abajo. Aunque fue algo rápido y salvaje, había sido uno de los mejores polvos de los últimos años, por no decir el mejor, y estaba deseando repetir. Me moría de ganas, quería lamer todo su cuerpo, recorrerle la piel con los dedos, sumergirme en su aroma y su sabor... Cuando me iba a la cama con un hombre hacía lo que se esperaba de mí. Aunque era una mujer activa, siempre había

sentido que me faltaba motivación y que no merecía la pena esforzarse por complacer a un tío que no me importaba lo más mínimo, pero con Iván estaba deseando hacerlo y probarlo todo, cualquier cosa que me permitiera tocarle durante horas.

—¿Victoria? —me llamó haciéndome volver a la realidad. Al parecer me había quedado absorta mirándole y no me había dado cuenta de que hacía unos segundos que había dejado de leer.

—Sí, disculpa, estaba pensando —me excusé.

—¿Has terminado en el archivo? —Asentí. Él se levantó abrochándose el botón de la americana y se dirigió hacia

la puerta—. Bien, entonces te llevaré con el equipo de Castilla, quiero que ayudes en lo que puedas.

—Perfecto.

Al salir pasamos al lado de Anabel, pero ninguno de los dos le dijo nada a pesar de la mirada que nos lanzó. Cuando nos subimos al ascensor estábamos solos. Iván pulsó el botón del piso doce y empezamos a bajar.

—Quiero que comamos juntos hoy —me ordenó rompiendo el tenso silencio.

—Me he traído la comida de casa y no pienso tirarla, no estoy para hacer gastos extra. Mejor lo dejamos para otro día.

Después del delicioso sándwich de

pollo que me había comido el primer día, que no me salió precisamente barato, me di cuenta de que la mejor opción era traerme algo de casa para no gastar dinero y comérmelo en la primera planta, donde había una cocina con microondas, cafetera, nevera y una mesa enorme para que el personal pudiera comer.

—De todos modos pensaba invitarte.

—Aun así no voy a tirar la comida.

—Entonces te espero en la cafetería de aquí enfrente a las tres, tomaremos un café. Y no es una pregunta. Trabajas para mí —me recordó.

—Está bien, a las tres estaré allí —acepté a regañadientes.

No quería hablar con Iván a solas fuera del trabajo, no teníamos nada que decirnos y él no parecía muy dispuesto a repetir nuestro encuentro de la discoteca, razón de más para mantener las distancias. Estaba tan colgada que mantendría con él una relación sin ataduras con tal de poder volver a saborearlo... Estaba fatal y no podía seguir con la terapia porque no me llegaba el dinero para ello ¿Se podía desear y odiar a una persona al mismo tiempo y con la misma intensidad? No podía dejar de fantasear con que Iván me follaba otra vez a pesar de detestarlo por haberse puesto del lado de mi padre. ¿Qué pensaría mi psicóloga del asunto? Nada bueno, eso seguro.

Una vez en el piso doce, recorrimos la planta mientras Iván saludaba al reducido grupo de personas que trabajaban bajo las órdenes de su segundo. Y muy segundón tenía que ser porque cuando descubrí que su despacho era un pequeño cubículo cubierto por paredes de cristal con espacio suficiente para una mesa y un archivador, me di cuenta de que por muy mano derecha que fuera, no dejaba de ser alguien reemplazable. Para una persona con un ego tan grande como el de Castilla, aquello tenía que ser casi una ofensa, pero lo disimulaba muy bien. Además de egocéntrico y salido, también era un lameculos de cuidado, me di cuenta por la manera en que le hablaba a Iván.

Tanto peloteo me parecía vergonzoso.

—Victoria quedará a tus órdenes hasta que terminéis con el proyecto —le comentó después de los saludos.

Castilla, ante la noticia, se relamía. Por Dios, qué asco de tío.

—Estará en buenas manos.

—Seguro. Además, es muy trabajadora y complaciente cuando se lo propone, ¿a que sí, Victoria? —me preguntó Iván y no supe muy bien qué responder porque me pareció ver segundas intenciones en aquella afirmación.

—Entonces la haremos trabajar —asintió Castilla, acompañándole a la puerta.

—Mantenme informado —pidió

antes de salir y dejarme encerrada con aquel baboso.

—Bueno, bueno, bueno... Victoria —murmuró, recorriéndome de arriba abajo con su mirada de penetrantes ojos negros y pronunciando mi nombre con un extraño ronroneo de placer—. Estaba deseando que empezáramos a trabajar juntos.

—Qué bien —suspiré resignada.

Él avanzó y se sentó en su silla, detrás del escritorio, invitándome a hacer lo mismo en una de las sillas de plástico. Sí, de plástico en color gris. El pobre desgraciado no tenía ni siquiera sillas en condiciones para atender a las visitas. Bastante patético, sobre todo porque era obvio que él se consideraba

un alto ejecutivo.

—Tengo a los muchachos muy ocupados —comentó señalando al equipo que trabajaba en la oficina. Después se cruzó de brazos y los dejó apoyados sobre su incipiente barriga—. Lo que necesito ahora es a alguien responsable que se ocupe de los pequeños detalles. Preparar los cafés, concertar citas, responder al teléfono, hacer fotocopias, distribuir el correo..., ya sabes —enumeró.

—Claro, soy exactamente lo que necesitas.

—De eso no me cabe duda, muñeca —ronroneó guiñándome un ojo.

Vale, había llegado el momento de presentarle a aquel capullo a Vicky, la

reina de hielo, y dejarle las cosas claras.

—¿Tienes nombre, Castilla? —le pregunté.

—Gerardo, preciosa. Ese es mi nombre.

Sí, ese nombre le quedaba bien, al muy capullo.

—De acuerdo, Gerardo, vamos a dejar un par de puntos claros antes de empezar a trabajar juntos. Me ocuparé de todos los asuntos laborales que requieras mientras sea necesario o Iván lo considere oportuno, pero ni me gustan los apelativos cariñosos, ni las insinuaciones veladas, ni ningún tipo de detalle denigrante que se te pueda pasar por la cabeza. Así que haznos un favor a

los dos y llámame simplemente Victoria. Por si no lo recuerdas, mi padre era el dueño de esta empresa.

Aunque no me gustaba utilizar el nombre de mi padre para salir airosa de una situación, me pareció que lo mejor era pararle los pies a aquel capullo antes de que las cosas se nos fueran de las manos.

—Iván ya me dijo que eras de armas tomar y que ibas a necesitar mano dura —continuó como si no me hubiera escuchado—. Y eso me encanta, hace que la situación sea más interesante.

Mierda, al parecer Iván tenía ganas de complicarme la vida. No me sorprendía, aun así le veía más capaz de obligarme a soportar a Anabel, que de

lanzarme a los brazos de aquel perverso con intenciones mal disimuladas.

—Mira, no sé qué te habrá dicho Iván, pero...

—Olvídate de Iván, preciosa. Él no pinta nada aquí, soy yo el que está al mando —me cortó cambiando a un tono más serio—. Ahora sal y habla con Rodrigo, él te dirá lo que tienes que hacer.

Y con un ademán, me invitó a salir a la vez que descolgaba el teléfono y esperaba impaciente para que le dejara solo. El único mando que tenía aquel imbécil era el de la tele de su casa, pensé saliendo de allí, e incluso aquello estaba por ver.

Rodrigo era un chico de unos veinte años, que iba todo el rato de un lado a otro con unos cascos inalámbricos en la cabeza, hablando por teléfono. Me presentó al resto de compañeros, dos chicas y tres chicos, que se mostraron muy amables conmigo, y luego me dejó en una mesa clasificando facturas y metiendo correspondencia en sobres. Podría haber sido peor... La mañana me pasó rápido. Los chicos no dejaban de bromear entre ellos cuando el trabajo se lo permitía y la estancia allí se me hizo mucho más amena que encerrada en el cuartucho del archivo. Cerca de las dos, Castilla salió de su cubículo y me preguntó qué tal el día, más amable que cuando me había pedido que abandonara

su despacho a primera hora de la mañana.

—Estaba pensando que sería buena idea que comiéramos juntos y nos conociéramos mejor —comentó, siendo aquella la segunda invitación para comer que iba a tener que rechazar aquel día.

—Lo siento, Iván me ha invitado a comer para hablar de unos asuntos importantes y ya le he dicho que sí —mentí. Antes de irme con aquel tipo prefería pasarme el día en ayunas.

—Ya... Bueno, quizá mañana o la semana que viene —propuso molesto.

—Claro —acepté, pero no pensaba ir a comer con él jamás y mucho menos a solas.

Pasadas la dos, cuando estuve segura de que Castilla había salido, cogí mi bolso y mi fiambarrera y me fui a comer al parque que había cerca del edificio de oficinas. Aprovechando que aún hacía buen tiempo, me relajé al sol comiendo mi ensalada y hablando por WhatsApp con mis amigas. Lisa nos pasó al grupo una foto de su tripa, cada vez más enorme. Pobrecita, si no sacaba a aquel *alien* pronto, aquello corría peligro de estallar. Cuando faltaban cinco minutos para las tres, me levanté y me dirigí a la cafetería donde había quedado con Iván para tomar un café. Él ya me esperaba en una mesa, con una taza delante y el periódico abierto. En cuanto me acerqué, levantó la cabeza y

me dedicó una sonrisa de cortesía que me aceleró el corazón.

—¿Cómo ha ido la mañana? — preguntó después de que la camarera tomara nota de mi pedido. Un simple cortado que ni siquiera me apetecía.

—Bien, mejor que en el archivo.

—¿Y con Castilla?

—Bueno, diría que demasiado cariñoso para mi gusto.

Él sonrió, como si supiera de lo que le hablaba. Sospechaba que no era la primera vez que nuestro amigo Gerardo se tomaba ciertas libertades con las compañeras de trabajo y que Iván lo sabía.

—Seguro que sabrás manejarlo.

Tomó un sorbo de su café y nos

quedamos unos minutos en silencio, observándonos, hasta que la camarera me trajo el cortado.

—¿A qué se debe esta reunión informal? —pregunté mientras me echaba el azúcar.

—A nada en particular. Solo quería saber qué tal te iba la primera semana en la oficina.

—Podría ser peor... —murmuré—. En realidad, hay algo que no entiendo, ¿qué ganas tú obligándome a trabajar seis meses en la empresa? Porque si no me equivoco, los veinte mil que vas a pagarme van a salir de tu bolsillo, ¿no? —pregunté enarcando una ceja—. El que me ha contratado eres tú, no la empresa.

—Ya te lo dije cuando viniste a verme la semana pasada. Se lo debo a tu padre. Él quería que volvieras a casa y que formaras parte de la empresa. Quién sabe si así te darás cuenta de que puedes hacer cosas mejores aquí que en esa tienda que parece que no se te da muy bien gestionar.

—Hace muchos años que llevo la tienda y hasta hace poco no había tenido ningún problema, odio que pongas en entredicho mi profesionalidad, no tienes ningún derecho. Ni me conoces lo suficiente ni sabes cómo me han ido las cosas hasta ahora —protesté enfadada.

Estaba harta de aquel Iván que se creía mejor que nadie. Parecía haber olvidado que venía de un barrio humilde

y que si no llega a ser por la influencia de mi padre podría haber acabado trabajando como repartidor de pizza.

—Un buen gerente demuestra que lo es cuando las cosas van mal, no cuando van bien. Y tú, Victoria, te has hundido a la primera dificultad. ¿No pretenderás negarlo?

Era curioso que todas las personas que pertenecían a mi pasado siguieran pensando que yo era una especie de inepta incapaz de hacer nada bien. Tenía muchas ganas de discutir con Iván, rebatirle y demostrarle de cuánto era capaz, pero eso era exactamente lo que pretendía, provocarme, sacarme de mis casillas y obligarme a trabajar con gente que despertaba mi lado malo. Quería

que me rindiera, que me arrastrara... Quería exactamente lo mismo que hubiera querido mi padre. Tenía la lección muy bien aprendida. Mi padre había creado una versión más joven y mucho más atractiva de sí mismo con excelentes resultados.

—¿Sabes lo que me dijo tu padre antes de morir?

—Ni lo sé ni me interesa, Iván. ¡¿No lo entiendes?! —exclamé exasperada—. Me alegré de su muerte. Era un ser despreciable que dedicó su vida a hacerme daño. No quiero saber nada de él, no lo quise vivo y mucho menos muerto.

Me lanzó una mirada furiosa. El Iván de antaño, el de los veinte años, se

hubiera levantado y hubiera empezado a pelear a gritos en mitad de esa cafetería o delante de una audiencia de elegantes ejecutivos sin importarle lo más mínimo, pero el de ahora era tan hermético, se había metido tanto en aquel papel de elegancia y falsedad, que era incapaz de expresar sus sentimientos en voz alta. Lo sentía por él y esperaba que a la larga reaccionara, si no corría el peligro de acabar igual de mal que mi padre. Solo y amargado.

—Me avergüenza oírte hablar así, Victoria.

—Pues lo siento por ti, pero es lo que hay.

Estaba a punto de levantarme y largarme de allí cuando vi un cartel

pegado en la pared, al lado de la barra. Necesitaban camarero. Inmediatamente pensé en Alexei. Detuve por el brazo a una camarera que pasaba por allí para preguntarle.

—Disculpa, ¿necesitáis camarero?

—Ella asintió—. Tengo un amigo con mucha experiencia que podría estar interesado.

—Genial —me dijo la joven—. Puedes traerme su currículum o decirle que se pase por aquí. La semana que viene empezarán a llamar para hacer entrevistas.

—Gracias. Se lo comentaré.

—¿En serio? ¿Quieres traer a tu amiguito a trabajar aquí? —me preguntó sorprendido cuando la chica nos dejó

solos para ir a atender otras mesas.

—¿Acaso te importa? —contesté levantándome y buscando el billetero dentro del bolso. Ese no iba a pagarme ni un café. ¡Cretino! Antes me quedaba sin comer al día siguiente que aceptar un solo euro que viniera de él.

Vale, ya sé lo que estáis pensando, que me iba a dar los veinte mil, pero no iba a permitir que me pagara el puto cortado, era una cuestión de orgullo.

—Un camarero de discoteca no va a ayudarte a solucionar tus problemas, Victoria, tendrías que aspirar a más.

—No necesito que nadie me ayude a solucionar mis problemas, nunca lo he necesitado.

—¿En serio? —preguntó burlón,

enarcando las cejas.

De acuerdo, le necesitaba a él. No obstante, a pesar de lo que decía nuestro contrato, en cuanto las cosas empezaran a irme mejor, le devolvería hasta el último euro. No quería deberle nada. Saqué un billete de cinco euros, que me hacía mucha falta, y lo dejé sobre la mesa. Iván lo miró y luego clavó los ojos en mí.

—Guarda eso, no me ofendas —murmuró bajito, como si en realidad le avergonzara el hecho de que fuera a pagar mi propio café—. Quizá tu amiguito deja que le pagues las cosas, pero ese no es mi estilo.

—Alexei será camarero y dejará que pagemos a medias, pero al menos

aguanta más de cinco minutos antes de correrse. Lástima que no pueda decirse lo mismo de ti.

Y dicho aquello, le dejé plantado y muy cabreado y me fui a la oficina. Después de lidiar con él me tocaba vérmelas con Gerardo, el salido. No sé qué era peor...

—Llegas tarde —se quejó saliendo de su ridículo despacho en cuanto dejé el bolso y me senté en mi sitio.

—Iván me ha entretenido —me excusé y aquello le hizo menos gracia que si le hubiera dicho que se me había hecho tarde hablando por teléfono con una amiga.

—Por esta vez lo deajo pasar, pero si se repite tendrás que quedarte por la

tarde a recuperarlo —me advirtió—. Ahora quiero que me hagas quince fotocopias de cada uno de estos expedientes y que los dejes encima de mi mesa, ¿estamos?

—Por supuesto, ahora mismo me pongo —aseguré.

Después dejó un montón de papeles sobre el escritorio para que me ocupara de ello y volvió a su despacho.

A última hora, cuando pasó el chico del correo, me dejó un sobre. Tenía mi nombre escrito con una caligrafía pulcra y elegante. Lo abrí intrigada y me encontré con una breve nota y el dichoso billete de la discordia.

*«Quédate con tu dinero. Y cuando*

*quieras repetimos lo del otro día. Te demostraré encantado cuánto tiempo soy capaz de aguantar».*

No estaba firmado y no hacía falta, sabía perfectamente que era de Iván. Me sorprendía que hubiera utilizado el correo interno de la empresa para un asunto tan personal como defender su ego herido. Quizá aún había esperanzas para él y no estaba del todo perdido. Tal vez rascando un poco aquella capa de mármol encontrábamos al viejo Iván. Me guardé el billete de cinco euros en la cartera, hasta ahí había llegado mi chulería, y rompí la nota por la mitad para tirarla a la basura. La idea de repetir con Iván me tentaba mucho, pero

ahora ya era una cuestión de orgullo. No iba a caer. Es más, si podía iba a restregarle mi relación idílica e imaginaria con Alexei por las narices solo para fastidiarle. Le haría creer que Alexei era un follador insaciable, capaz de complacer a tres mujeres a la vez si era necesario, y no andaría muy lejos de la realidad, aunque a mi amigo no le gustaría saber que estaba destapando aquella imagen de él que tanto se había esforzado por ocultar. Seguiría tejiendo mi red de engaños. Haciendo creer a todo el mundo lo que más me convenía, embelleciendo esa realidad que tan poco me gustaba. Mientras no me pillaran no habría problema.

Tras un día asqueroso en la oficina,

podía irme a casa con la satisfacción de saber que aún era capaz de provocar a alguien tan frío e inalcanzable como aquel nuevo Iván.

# Capítulo 14

Cuando el sábado por la mañana sonó el despertador aún más temprano que el resto de la semana, me quise morir. Tenía que ir a la tienda a trabajar todo el día y, además, tenía que llevarme a Daniela conmigo porque los sábados no podía contar con Vanesa. Me había puesto el despertador muy pronto para tener tiempo de arreglarme, adecentar la casa, levantar a la niña, servirle el desayuno y tenerla lista para estar en la tienda a las diez en punto.

La pasada noche había intentado contactar con Sofía, la llamé varias

veces y no me lo cogió. Supuse que seguía enfadada, aunque todavía no entendía por qué. No sabía si aún seguía en Londres o ya había vuelto a Madrid, pero lo que tenía muy claro era que la echaba de menos. Aquellas semanas que habíamos compartido habían resultado extrañamente... reconfortantes y me di cuenta de que la necesitaba y me gustaba mucho su compañía. No entendía por qué había mantenido las distancias con ella y quería que habláramos de ello.

—Tengo sueño, mami —se quejó Daniela mientras le quitaba el pijama y le ponía una camiseta. Seguía con los ojos cerrados, expresión enfurruñada y no me estaba ayudando con la tarea de vestirse.

—Lo sé, cielo, pero tenemos que salir dentro de una hora y aún tienes que desayunar y coger algún juguete. Llévate las muñecas y los lápices para colorear. Ya verás qué bien lo pasaremos en la tienda —aseguré, aunque no las tenía todas conmigo.

—¿Y León? ¿Se quedará en casa solito?

—Sí, pero le dejaremos mucha comida y todos sus juguetes para que no se aburra.

—Nos echará de menos... ¿Nos lo podemos llevar con nosotras?

—No, cielo, ya lo hemos hablado.

—Por favor... —suplicó, pero no le hice caso.

—Venga, coge la mochila y mete

dentro algún juguete mientras te preparo el desayuno.

La dejé en la habitación sin muchos ánimos para hacer otra cosa que no fuera volver a tumbarse en la cama, pero confié en que cogiera un par de muñecas, si no el día se le iba a hacer muy largo. Después de desayunar e insistir a Daniela tres veces para que se lavara los dientes, salimos de casa sin que me hubiera dado tiempo de recoger nada, ni siquiera de hacer las camas. Por la noche me ocuparía de ello.

Pasamos la mañana con tranquilidad, ella coloreando y yo haciendo algunos cambios y vistiendo a los maniqués. Atendí a un par de

clientes que hicieron una buena compra y el resto solo fueron curiosos que tenían ganas de pasar el rato. Al mediodía cerré y nos comimos la ensalada de pasta que había traído de casa sentadas en la trastienda. Luego salimos a dar un paseo para despejarnos. Llevé a Daniela a columpiarse al parque y respondí algunos correos electrónicos a través del teléfono móvil, también leí una revista de cotilleos que me había dejado una de mis clientas habituales para que no me aburriera. La tarde se presentó aún más tranquila que la mañana. Todavía hacía calor y la gente seguía prefiriendo perderse en las arenas de la playa que en una calle comercial sobre

la que caía un sol de justicia. Así que, mientras Daniela jugaba con sus muñecas, aproveché para llamar a Alexei. Me contestó al quinto tono con voz somnolienta.

—¿Qué pasa, nena? —me preguntó entre bostezos.

—¿Todavía estabas en la cama?

Miré el reloj y vi que eran casi las cinco de la tarde.

—Sí, ayer se presentaron un par de famosillos con sus colegas y hubo lío hasta muy tarde en los reservados. Me he acostado pasadas las ocho de la mañana. Estoy destrozado.

—Vaya, lo siento, cielo... Aunque me alegra que volvieran a llamarte para trabajar —afirmé recordando el

espectáculo que había montado la última vez que estuve en la discoteca.

—Antes me gustaba, pero ahora estoy muy harto —se quejó—. Y esta noche tengo que volver. Menudo coñazo.

—Hablando de trabajo, te llamaba para comentarte que vi una oferta interesante el jueves —le expliqué—. Es para una cafetería. Sé que no es el sueño de tu vida, pero trabajarías de día y creo que no pagan mal. Pásame tu currículum por correo electrónico y el lunes se lo llevo.

—Genial, nena —respondió emocionado—. Me parece estupendo. Cualquier cosa que me permita dormir como las personas normales será mejor que esto. Además, ya he asumido que un

trabajo de día jamás estará tan bien pagado como las noches, pero tiene sus ventajas.

—Perfecto, cariño. Ya verás como todo se soluciona —le animé—. Ahora te dejo que acaban de entrar unos clientes.

—Claro, nena, cuídate. Te llamo mañana.

Nos despedimos y colgamos. Entonces saqué a relucir mi mejor sonrisa y me acerqué a la pareja que acababa de entrar, dispuesta a vender.

Cerramos la tienda pasadas las nueve, después de que una clienta de última hora se pasara casi dos horas dándome la lata y haciéndome desdoblar todos los jerséis para irse sin comprar

nada. «Maldita bruja, hija de...».

—Mami, estoy cansada —se quejó Daniela de camino al metro. Habíamos dejado el coche en casa para no gastar en gasolina y volvíamos en transporte público.

—Lo sé, cielo. Ahora una ducha rápida, la cena y a dormir. Te has portado muy bien.

—¿No podremos ver la tele un rato? —me preguntó, pero era obvio que estaba muerta, más o menos como yo, que ya no podía más—. Y quiero jugar con León.

—Ya veremos... Primero el baño y la cena y luego a ver qué tal estamos de ánimos, ¿de acuerdo?

—Vale...

Cuando llegamos a casa, llené la bañera para que Daniela se entretuviera un rato en remojo mientras hacía las camas y preparaba algo para cenar. Tenía que poner la lavadora, planchar, limpiar el polvo y fregar el baño y la cocina, pero aquella noche no pensaba hacerlo, ni de coña. Después de cenar, Daniela cayó rendida en la cama y yo me tumbé en el sofá con una copa de vino muy frío y un buen libro. Me desperté sobresaltada dos horas después, con la copa intacta sobre la mesa y el libro cerrado. Me fui a la cama a rastras y ya no recuerdo nada más hasta la mañana siguiente, cuando unos suaves lametones en la oreja me despertaron. Cuando abrí los ojos me

encontré a Daniela tumbada a mi lado, intentando contener la risa. León saltaba por la cama y me lamía la cara. Aparté como pude al perrito y entonces fui yo la que besó a aquella princesita que había dado sentido a toda mi vida.

Tras unos cuantos arrumacos, entre perrunos y humanos, nos levantamos y preparé el desayuno. Eran más las diez, así que me habían dejado dormir una cantidad de horas considerables. Después de una ducha rápida, me armé de valor, tendí la ropa y empecé a limpiar el baño. Mientras frotaba con la escobilla y quitaba algunos pelos de la ducha, que se habían ido acumulando porque aquella semana había estado demasiado cansada para hacer otra cosa

que no fueran las cenas y las camas, me juré a mí misma que algún día sería millonaria y contrataría a un montón de gente para que me hiciera aquellas odiosas tareas. Yo solo viviría para limarme las uñas sin volver a dar un palo al agua. Con esos pensamientos positivos me infundí ánimos para seguir con la cocina y luego la plancha... ¡Qué asco de vida!

El lunes llegó demasiado pronto y, sin darme cuenta, volvía a estar en la dichosa oficina haciendo fotocopias y preparándole el café a Castilla. Además, había decidido empezar a utilizar el transporte público, el coche era un gasto innecesario, y tenía que levantarme más

temprano para llegar a tiempo a la oficina o el amigo Gerardo me haría recuperar el tiempo perdido. Por suerte el lunes siguiente Daniela empezaba el colegio, pero la alegría me duró poco porque aquella tarde iba a tener que fundirme la miseria que me quedaba en la cuenta para ir a comprar los libros y las cosas necesarias para la vuelta al cole. Además, había quedado con Su para comprarle un regalo a Lisa. Faltaba poco para la llegada del bebé y queríamos recibirle a lo grande.

Cuando entré en el despacho de Castilla para dejarle el café sobre la mesa, le encontré de pie buscando algo en el único archivador que cabía allí dentro, así que, al acercarme, se dio la

vuelta y me restregó el paquete por el trasero. Lo peor fue que estaba convencida de que no había sido un accidente. Inmediatamente intenté apartarme encogiéndome.

—¿Qué haces?! —exclamé mirándole por encima del hombro.

—Disculpa —se excusó alzando las manos—. No hay espacio, ha sido sin querer, muñeca.

—Ya... —murmuré sin creerlo y salí de allí con la sensación de que acababan de magrearme de una manera tan sibilina que pareció un accidente.

El resto del día fue tranquilo. Me seguían molestando mucho los apelativos cariñosos de Castilla, que había hecho caso omiso a mi

advertencia, y sus continuas insinuaciones, pero, mientras no pasara de ahí, podría soportarlo. Pasé por casa para recoger a Daniela e irnos a comprar los libros. Más tarde nos encontramos con Su en el centro comercial. Al final compramos la cuna que le habíamos prometido a Lisa y que le mandarían a casa desde la tienda en dos días, pero Su pensó que sería buena idea ir a echar una ojeada a una tienda muy mona de ropa para bebé donde compramos unos conjuntos de recién nacido que solo iba a poder utilizar un par de meses y que costaban una pequeña fortuna. Entregué la visa a regañadientes y recé para que siguiera soltando pasta. Después del asalto nos

sentamos a merendar en una cafetería.

—He engorado dos kilos, ¡dos! — se quejó Su mordisqueando un bizcochito de crema y canela que quitaba el sentido.

—Estás preciosa, Su, deja ya ese rollo —la corté porque cuando empezaba con el drama de la comida era imparable—. ¿Qué tal con Eric? ¿Cómo va en el piso nuevo?

—Genial, me encanta y Eric es maravilloso, cada día mejor — respondió soñadora, como alguien que ha encontrado la fórmula de la felicidad y la disfruta plenamente—. Además, estar casada con un hombre que sabe dar masajes es una ventaja añadida.

—Te odio, zorra —gruñí—. Lo que

daría yo por un buen masaje y un dios griego como el tuyo. —Suspiré—. Estoy hecha polvo y me duele todo el cuerpo.

—Si quieres le digo a Eric que te reserve una cita, te dejará como nueva, sé de lo que habló —propuso guiñándome un ojo.

—Imposible, no puedo pagarlo.

—¿Vas mal de dinero? —preguntó preocupada—. ¿Necesitas algo?

—No, tranquila... Este mes estoy teniendo muchos gastos con la vuelta al cole y la tienda. Me toca apretarme el cinturón —mentí. No quería que se preocupara.

—Te entiendo. Eric y yo tampoco estamos pasando por nuestro mejor momento económico. La hipoteca va a

acabar con todos nuestros ahorros.

—Pero el pisito merece la pena, me encanta —aseguré.

Cuando fuimos a cenar y nos lo enseñó, me quedé enamorada. Era una cucada y el marido de mi amiga no había puesto pegas en cuanto a decoración. Había dejado que lo hiciera todo a su gusto, así que estaba repleto de todos esos detallitos que nos encantan a todas.

Seguimos charlando hasta que Daniela terminó con el bollo y el batido de chocolate y nos levantamos para ir a pagar. No protesté cuando Su insistió en invitarnos, así de mal estaba la cosa. Ya en casa, Daniela se puso muy pesada con que quería cenar pizza. Cedí y saqué una del congelador porque no tenía

ganas de cocinar. De postre nos comimos entre las dos una tableta de chocolate con almendras mientras veíamos un programa de humor por la tele y no sentí ningún remordimiento por el exceso de comida basura de aquella tarde.

El martes, al salir de la oficina, tuve que pasar por la tienda. Raquel me había dicho que tenía que llevar a uno de sus hijos al médico y necesitaba la tarde libre, así que, bastante cansada, me dirigí hacia allí. Aproveché para llamar a Pelayo y pedirle que se pasara para hablar de dinero. Le comenté que a finales de mes iba a poder liquidar la deuda que tenía con ellos, así que, de

vuelta a la normalidad, salió a relucir su sonrisa y su amabilidad. Me estuvo enseñando varios catálogos con las novedades de la temporada otoño-invierno y me convenció para comprar un par de colecciones. No obstante, lo hice de manera prudente y muy contenida. No quería volver a meterme en problemas y lo de recurrir a Iván nunca más sería una opción. Cansadísima, me arrastré a casa y me dejé caer en la cama sin cenar. Vanesa ya se había ocupado de bañar y dar la cena a la niña antes de que yo llegara y todo estaba tranquilo, pero el drama empezó aquella madrugada...

Un gemido y una sacudida en el hombro me despertaron con un

sobresalto. Levanté la cabeza de la almohada aturdida y miré a un lado y a otro hasta que vi a Daniel junto a la cama.

—¿Qué pasa, cielo? ¿No puedes dormir? —le pregunté, levantando la sábana e invitándola a acostarse a mi lado. Ella negó con la cabeza y subió.

—Me duele la tripa, mami —se quejó.

Sin tener tiempo para decir nada más, le sobrevino una arcada que terminó en vómito esparcido sobre mis muslos y la cama.

—¡Dios, Daniela! —exclamé levantándome como un resorte, corriendo al baño en busca de una toalla con la que limpiar aquel desastre.

Tuve tiempo de ir a la cocina y coger un barreño, que coloqué sobre las piernas de la temblorosa niña, antes de que volviera a vomitar y acabara de ensuciarlo todo. Tras otras tres visitas al baño para limpiar el barreño, me senté junto a ella en la cama y le sostuve la cabeza contra mi pecho mientras gemía y jadeaba en voz baja. Era la primera vez que se ponía enferma desde que vivía conmigo y me sentía desubicada, sin saber qué hacer. La última vez que había tenido que ocuparme de un niño enfermo había sido cuando Sofía tuvo la varicela a los seis años y desde entonces había llovido mucho. Cuando nos pareció que lo peor había pasado, acompañé a Daniela a su habitación, le cambié el

pijama y la dejé tumbada en la cama con la cara blanca y una mueca de dolor. Regresé a mi habitación, arranqué las sábanas y me di una ducha rápida para quitarme el olor a vómito de encima. Cuando me tumbé a su lado eran casi las cinco de la madrugada, así que al cabo de una hora y media iba a tener que levantarme para ir a trabajar. No quería ni pensarlo. Le toqué la frente por si tenía fiebre, pero estaba fría y sudorosa. Le puse el termómetro para asegurarme a pesar de sus protestas y supuse que aquello se debía a la cantidad de porquerías que habíamos comido aquellos últimos días y no a un virus.

—Se acabó el chocolate durante una buena temporada —murmuré y ella

se acurrucó junto a mí asintiendo lastimeramente.

Cuando sonó el despertador me sentía peor que una mañana de resaca. Me metí bajo el chorro de agua fría de la ducha para despejarme e intenté hacer lo posible para ocultar aquellas horribles ojeras. Fue un esfuerzo inútil. Me tentó la idea de llamar a Iván y decirle que aquel día no iría a trabajar, pero decidí que era mejor no jugármela y cumplir con todas las condiciones mientras fuera posible. Le dije a Vanesa que me llamara si había cualquier síntoma de empeoramiento y me fui a trabajar rezando para no tener que llevarla al médico y que todo se debiera un empacho.

Aquel miércoles fue uno de los días más largos de mi vida. Cuando llegué a casa, Daniela se encontraba mejor, aun así le costó bastante dormirse porque se había pasado parte del día en la cama y no estaba cansada. Además, seguía con algunas molestias que le impedían descansar con normalidad, así que me tuvo despierta hasta tarde a pesar de estar ansiosa por irme la cama. Me acosté con ella porque en mi habitación no se podía ni entrar. El colchón seguía apestando a vómito, igual que el resto del cuarto. Iba a necesitar un par de días de ventilación por lo menos. Sobre la una de la madrugada me acurruqué junto a su cuerpecito y dormí unas míseras cinco horas de mierda. ¡Joder!

Sobreviví al jueves a base de café. Cuando tomé la decisión de acoger a Daniela solo había pensado en la parte positiva del asunto, pero fue entonces cuando me di cuenta de lo que significaba ser madre y ocuparse de otro ser humano que dependía por completo de mí. Entendí lo que era renunciar a una parte de mí misma para entregarla incondicionalmente. Lejos quedaba la Vicky divertida, que salía todos los fines de semana y procuraba tomarse la vida a la ligera a pesar de los dramas del pasado, ahora era madre con todas las consecuencias y, aunque tenía ganas de patear por las dos noches que había pasado sin dormir, no había fuerza en el mundo capaz de alejarme de Daniela u

obligarme a renunciar a ella. Pensé en la pobre Lisa, que pronto iba a dejar de dormir durante mucho, muchísimo tiempo. Que se fuera preparando cuando llegara el bebé.

A las cinco en punto, cogí mi bolso y salí de la oficina como alma que lleva el diablo. Mientras esperaba el ascensor me arrepentí de no haber cogido las gafas de sol para disimular mi horrible careto. Sabía que Alexei me esperaba abajo. Aquella tarde había ido a la entrevista que le había conseguido en la cafetería y tenía que inventarme una excusa creíble para justificar mi presencia en aquel edificio de oficinas. Durante el trayecto en ascensor se me ocurriría algo, pensé. Sin embargo,

cuando se abrieron las puertas, me di cuenta de que en lo último en lo que iba a pensar sería en Alexei. Dentro me encontré con Iván, vestido de traje, sosteniendo un maletín de piel marrón en una mano mientras con la otra consultaba algo en su teléfono móvil de última generación.

—Victoria, ¿qué tal? —me saludó frunciendo el ceño—. Tienes mal aspecto.

Y él estaba buenísimo, bien peinado y oliendo a gloria. ¿Por qué tenía que ser la vida tan injusta?

—Daniela está enferma y llevo dos noches sin dormir —le comenté.

—Espero que no sea nada grave.

—No, solo una pequeña

indigestión. Ya está mejor.

—Me alegro.

Nos quedamos en silencio, incómodos, hasta que la campanilla anunció el final del trayecto. Salí diciéndole adiós y él se fue hacia el mostrador de recepción. Vi a Alexei en la puerta, paseándose de un lado a otro, y me acerqué corriendo con ganas de salir de allí.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté refiriéndome a la entrevista.

—Creo que van a cogirme —respondió emocionado.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro! —exclamé y le abracé.

—No cantemos victoria antes de tiempo, pero me parece que tengo

muchas posibilidades —reconoció saliendo al exterior.

Entonces vi a Iván mirándonos fijamente con cara de mosqueo. En un arranque de estupidez infantil, rodeé a mi amigo con el brazo y empecé a deslizar la mano por su espalda hasta acariciarle el trasero en una actitud muy inmadura, queriendo demostrar algo que no era real, solo una actuación para los ojos de mi odiado y deseado ex.

—Nena, ¿me estás metiendo mano?  
—me preguntó sorprendido, ajeno a mis intenciones.

—¡Qué dices! —exclamé apartándome y mirándole con una sonrisa. Entonces le cogí la cara entre las manos y le planté un beso en los

labios.

—¿Qué haces?! —me dijo aún más sorprendido.

Su gesto cambió en cuanto vio salir a un furioso Iván, que pasó por nuestro lado sin decirnos nada, ocultándose tras unas gafas de sol oscuras.

—Joder, ya estamos... —gruñó apartándome y entrelazando los dedos con los míos—. No me gusta que me utilices para dar celos a ese capullo y menos que me beses en la boca. Es... raro.

—Vale, lo siento —me excusé sin sentirlo en absoluto.

—A todo esto, ¿qué coño estás haciendo aquí? —preguntó intrigado.

—Un favor a Sofía, no preguntes —

respondí. Como excusa no valía nada, pero no había tenido tiempo de pensar en algo mejor.

Él me miró con cara de no creerme, pero no dijo nada más.

—Por el careto que llevas deduzco que Daniela sigue mal —comentó cambiando de tema.

—Esta mañana estaba mejor, pero han sido un par de noches duras.

—Anda, vamos a ver a la princesa y a asegurarnos de ello. He traído el coche.

—Te amo —bromeé.

Bendito Alexei por venir a recogerme en coche, solo por eso ya era capaz de casarme con él y jurarle amor eterno.



# Capítulo 15

Pasé la tarde con Alexei y Daniela, que ya estaba muchísimo mejor, y pude dormir una noche entera, aunque esperaba recuperar las horas de sueño perdido aquel domingo en el que no pensaba moverme de la cama más allá de lo imprescindible.

El viernes acabé hasta las narices de Castilla. Además de las constantes muletillas al final de cada una de sus frases en plan «muñeca» o «preciosa», que no venían a cuento de nada y menos en un entorno laboral, tuve que aguantar algún otro de sus roces accidentales. La

gota que colmó el vaso, y que casi me hizo estamparle un guantazo como una casa en toda su cara de memo, fue el día que me golpeó en el trasero con el periódico que llevaba enrollado en la mano al volver de desayunar. Yo iba por el pasillo que comunicaba la zona de ascensores con nuestra oficina, porque la fotocopidora se encontraba en un rincón aparte, y él volvía de tomar un café, así que, sin cortarse un pelo, me saludó y me golpeó con el periódico. A mí casi me dio un ataque. Diría que fue milagroso que no le hiciera una llave ninja allí mismo y acabara con su miserable vida de rata de cloaca, pero conté hasta cien, respiré hondo y le dejé muy clarito que no volviera a hacer algo

así en su puta vida. Él sonrió burlón y se fue por el pasillo negando con la cabeza y estallando en carcajadas. ¡Cerdo asqueroso! Si me había aguantado de hacer y decir lo que pensaba, era porque sabía que Iván estaba esperando que sucediera. Que saltara, armara un follón y pudiera echármelo en cara. Había llegado un punto en el que creía que mi padre le había lavado tanto el cerebro que incluso se creía que era él, que estaba obligado a seguir su legado y tenía como misión enderezarme a mí, la oveja negra de la familia. Pues no, no iba a darle la satisfacción de armar un escándalo con motivos para echarme y no prestarme el dinero que habíamos acordado, pero tenía clarísimo que

aquella misma tarde iba a hablar con él. Quería que supiera lo que estaba pasando con Castilla y que tomara medidas. Su actitud era la de un acosador y si Iván no intervenía para detenerle, iba a verme en la obligación de presentar una queja, le pesara a quien le pesase.

Los viernes, la mayoría de los empleados de la compañía hacían jornada intensiva y salían a las tres de la tarde, aunque los del equipo de Castilla nos quedábamos hasta las cinco porque teníamos que presentar un proyecto a fin de mes que iba con mucho retraso. Sobre las cuatro aproveché que Castilla estaba en una reunión con un par de compañeros para subir al piso veinte y

tener una charlita con Iván. Supuse que siendo el jefe también se quedaría hasta tarde y, como los viernes eran muy tranquilos a esa hora, no tendría problemas para dedicarme unos minutos. Cuando el ascensor se detuvo en su planta comprobé que aquello estaba desierto, ni siquiera la señora que atendía la recepción estaba por allí, así que con total libertad crucé las puertas que conducían a su despacho. Anabel tampoco estaba en su sitio, a pesar de tener papeles esparcidos sobre la mesa y el ordenador encendido. Oí un golpe al otro lado de la puerta entornada del despacho y unas risas. Supuse que Iván se encontraba allí dentro, quizá hablando con ella o haciéndolo por

teléfono. Me acerqué sigilosa y asomé la cabeza sin hacer ruido. Si estaba ocupado con algo importante no quería interrumpirle y cabrearle, me interesaba que estuviera receptivo para lo que iba a decirle, pero en cuanto descubrí la escena que se desarrollaba allí dentro, tuve la sensación de estar viendo una película, algo que no era real y que me dejó con la boca abierta y las extremidades paralizadas.

Anabel estaba sentada encima del escritorio, con la falda levantada y la blusa abierta cayéndole por los hombros, dejando a la vista unos pechos enormes que se bamboleaban con el movimiento. Mientras, Iván, sin camisa y con los pantalones desabrochados,

empujaba entre sus piernas. Ella le clavaba las uñas en la espalda desnuda. Los gruñidos y los jadeos no dejaban lugar a dudas, pero la estampa que ofrecían tampoco. Aquella perra se lo estaba follando, aunque lo peor fue cuando le agarró del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le besó en la boca. Puto cabrón. A mí ni siquiera me había besado y encima me había follado por detrás, como a una vulgar ramera y sin condón. Menos mal que tomaba la píldora, aunque aquello no me protegiera de las enfermedades que pudiera pegarle esa maldita zorra del infierno. Un odio visceral empezó a recorrer todo mi cuerpo, pero lo peor fue el dolor, como una puñalada en el

pecho. No entendía por qué me sentía así, pero los ojos se me llenaron de lágrimas y deseé entrar allí, apartarlo de ella y gritar que quitara sus asquerosas manos de mi hombre. ¡Mío! ¡Mío! ¡Mío!

Pero Iván no era mío y yo ni siquiera le importaba. Si no quería hacer el peor ridículo de mi vida, lo mejor era salir de allí sin hacer ruido y lo más rápido posible. Eso hice.

Afortunadamente el ascensor seguía allí. Entré, bajé hasta mi planta y me fui directa al baño para desahogarme con tranquilidad y soltar aquellas lágrimas traicioneras que inundaban mis ojos. Como habréis imaginado, a las cinco en punto me fui sin haber hablado con él y con la perspectiva de un fin de semana

entero para comerme la cabeza porque, aun sabiendo que Iván y Anabel follaban, de imaginarlo a verlo en directo había una gran diferencia. Destrozada, me encerré en casa y recé para borrar aquella imagen de mi mente para siempre.

La semana siguiente fue una auténtica mierda. Conocéis la ley de Murphy, ¿no? Esa que dice que: «si algo puede salir mal, saldrá mal»., pues en mi caso, más que mal, fue a peor. El hijo de Raquel se puso enfermo y me pasé toda la semana trabajando de ocho a cinco en la oficina y por las tardes hasta las nueve en la tienda, teniendo que arrastrar conmigo a Daniela, que al

menos ya había empezado el colegio y me ahorraba todas las horas de canguro que había tenido que pagar a Vanesa hasta entonces; lo único positivo de aquellos siete días infernales. Hablé con Sofía por teléfono el miércoles y se mostró fría y distante. No entendía aquel enfado y por más que intenté sonsacarle, lo único que me dijo fue que a finales de mes iba a volver a Barcelona. A Alexei no le vi el pelo aquella semana. Le habían llamado de la cafetería confirmándole que el puesto era suyo y que podía empezar a primeros de octubre, así que estaba encerrado en su casa aprovechando todos los momentos que tenía libres para avanzar en la corrección de la novela.

Lo de Castilla, por otra parte, ya no tenía justificación y cada vez iba a peor. Después del incidente con el periódico la cosa fue avanzando. Había días que más que trabajando en una oficina, creía que estaba en una discoteca con un pulpo de esos que no te puedes quitar de encima. Los roces ya no eran accidentales y los apelativos cariñosos iban subiendo de tono. Hablé con mis compañeras, unas veinteañeras muy simpáticas, y me confirmaron que con ellas también lo había intentado. Las había invitado a tomar algo después del trabajo y el tío se pensó que más que aceptar una copa, estaban aceptando el *pack* completo, ese que incluye final feliz, pero que desde que había llegado

yo, las había dejado tranquilas. «Genial», pensé al enterarme. De comentárselo a Iván ni hablamos. No tenía ganas de volver a verlo. Aunque suene patético, me sentía decepcionada y muy dolida. Traicionada, esa era la palabra. ¿Cómo podía acostarse con Anabel después de haberlo hecho conmigo? Era repugnante y no se lo iba a perdonar jamás, por muy irracional que sonara. Con ella sí que me crucé el jueves en la cocina donde comía cada mediodía. Bajó a servirse un café y me lanzó una mirada de superioridad y arrogancia que me hizo sospechar que sabía que los había pillado en plena faena. Estaba prácticamente convencida de que no me habían visto, pero quién

sabe... Pasé de ella, por supuesto, aunque por dentro me moría de celos, lo confieso. Estaba rabiosa.

El sábado, tras pasar todo el día en la tienda, tenía los pies destrozados, las piernas hinchadas, las ojeras marcadas y un agotamiento general que me dejó fuera de combate a las once de la noche. ¿Os acordáis de cuando salía por ahí de fiesta todos los fines de semana con mis amigas? Pues yo no. Era como si aquello hubiera sucedido en otra vida. Estaba durmiendo plácidamente, la almohada se adaptaba a la perfección a la curva de mi cabeza, el colchón tenía el grosor necesario para hacerme sentir en el paraíso y la sábana el frescor suficiente para no pasar calor. Había advertido a

Daniela de que no me despertara antes de las diez a no ser que pasara algo grave y que se entretuviera jugando con León. Así que, cuando un sonido insistente y terriblemente molesto interrumpió mi sueño, quise matar a alguien. Era el puto móvil y eran las dos y veintisiete de la madrugada. El pobre desgraciado que tuviera los huevos de llamarme a esa hora iba a morir lentamente mientras yo disfrutaba torturándole.

—¡¡¿Qué?!! —gruñí sin molestarme en leer el nombre del que llamaba en la pantalla del teléfono.

—Vicky, vístete, vamos de camino al hospital.

Mierda, era Raúl, el novio de mi

mejor amiga.

—¿Qué ha pasado? —pregunté saltando de la cama totalmente despejada.

—Lisa se ha puesto de parto y dice que no va a entrar en la sala de partos sin antes abrazaros a Su y a ti. Así que ya estás viniendo para aquí cagando leches —me exigió con voz temblorosa. Estaba acojonado, el pobre.

—En veinte minutos estoy allí —le aseguré y corrí al cuarto de mi niña lamentando con toda mi alma tener que despertarla a esas horas, pero iba a estar al lado de Lisa y solo una hecatombe nuclear podría impedírmelo.

Me puse un vestido sin mangas y unas sandalias porque aún hacía calor y

vestí a Daniela con lo primero que encontré. Aunque somnolienta, estaba encantada con la idea de ver al bebé. Cogí el coche y salimos en dirección al hospital. No había mucho tráfico a esas horas y llegamos allí en un tiempo récord. Nos encontramos de casualidad con Eric y Su en la entrada, también con cara de haberlos pillado en la cama, y entramos por la puerta de urgencias. Aún faltaban algunas semanas para que naciera el bebé y, que se adelantara un poco, nos había cogido a todos por sorpresa, pero estas cosas siempre vienen así, de manera inesperada. Raúl se paseaba como un león enjaulado por la sala de espera, de un lado a otro. Iba vestido con una camiseta de tirantes que

dejaba al descubierto sus brazos tatuados, unas zapatillas deportivas y el pantalón del pijama. Al parecer no había pensado en cambiarse antes de salir de casa. La madre de Lisa estaba a su lado intentando calmarle, aunque más bien parecía que la buena mujer estaba consiguiendo todo lo contrario.

—¿Cómo está? —le preguntó Su cuando llegamos.

—Nerviosa porque se ha adelantado un poco —nos explicó—. Empezó a dolerle por la tarde, pero pensamos que era normal hasta que, de repente, cuando ya estábamos en la cama, se ha despertado con un pinchazo y contracciones. A partir de entonces todo ha ido muy rápido. La están

preparando.

Pobre Lisa, lo debía estar pasando fatal. Nos dejaron pasar un momento a la habitación donde la habían instalado a la espera de que siguiera dilatando y nos la encontramos encogida en la cama, sudorosa y temblando de dolor.

—Cielo, ¿cómo estás? —pregunté, acercándome y apartándole el mechón de pelo que tenía pegado a la frente.

—¡Me duele! —gimió, agarrándome tan fuerte de la mano que casi me partió los dedos.

—Venga, que ya ha pasado lo peor. —Intenté animarla, aunque en mi mente se formaban imágenes espantosas de un parto que había visto en un video de internet, repleto de sangre y desgarrros

— Dentro de nada tendremos al pequeño *alien* con nosotras.

—No le llames así... —me regañó en un susurro—. Se llamará Víctor.

—¿En serio?

—Sí, a los dos nos pareció bien, así que... ¡¡¡Dios mío!!! —gritó de repente encogiendo las piernas y apretándome tan fuerte la mano que temí haber perdido el meñique en el proceso. Ya ni lo sentía.

—¡¡¿Qué?!! —exclamamos Su y yo a la vez.

Unos segundos después, jadeando, Lisa me soltó la mano, que quedó inerte sobre la cama.

—Contracción —gimió.

Vale, aquella era la prueba

definitiva que necesitaba para reafirmarme en mi decisión. Jamás iba a parir. Aquello era como hacer un juramento sobre la Biblia. Con Daniela me bastaba y me sobraba para llenar mi vida de amor y felicidad, no quería un maldito *alien* desgarrándome los bajos, joder. ¡Qué horror!

—Quiero que entréis conmigo —nos pidió Lisa sorprendiéndonos.

—¿¿Qué?! Estás de coña, ¿no? Raúl nos arrancaría la cabeza antes de permitirlo —respondió Su con miedo.

—Raúl... —gimió mi pobre amiga con lágrimas en los ojos, como si de pronto se hubiera acordado de que su novio estaba por ahí esperando—. Le necesito —nos suplicó y nosotras

asentimos, la abrazamos, le deseamos suerte y salimos en busca del futuro padre, que esperaba ansioso al otro lado de la puerta, blanco como el papel. Entró en tromba en cuanto le dijimos que Lisa preguntaba por él.

Aunque pensamos que la cosa sería rápida, eran casi las ocho de la mañana y no sabíamos nada. No volvimos a ver a Raúl ni a Lisa, pero una enfermera nos informó de que las cosas avanzaban con normalidad, aunque lentas. Los padres de Raúl llegaron sobre las cuatro. Vivían fuera de Barcelona y tardaron lo suyo. Se sentaron junto a la madre de Lisa, conversando en voz baja, mientras Daniela se quedaba dormida sobre mis piernas y yo sobrevivía a base del café

de máquina que nos iba trayendo Eric, que también parecía impaciente. Su intentaba distraernos contándonos anécdotas del trabajo y comentando los cambios que esperaba hacer en el piso una vez se recuperaran económicamente. A las siete y media llegó Carol, la amiga del gimnasio de Lisa, que se había quedado dormida y no había visto el mensaje que le había mandado Raúl hasta primera hora. Era una chica simpática y muy divertida que, con su presencia, logró levantarnos el ánimo a todos. A las ocho y cuarto, las puertas de la sala de espera de urgencias se abrieron de par en par y apareció Raúl, con rostro cansado, los ojos enrojecidos por el llanto, envuelto en una bata verde

y con la sonrisa más amplia y luminosa que había visto en mi vida.

—¡Es un niño! —anunció con voz trémula.

Y, aunque ya lo sabíamos, todos soltamos una exclamación de alegría y sorpresa mientras le felicitábamos y nos levantábamos para abrazarle.

Raúl nos contó que, a pesar de que se había adelantado un poco, tanto el niño como la madre estaban perfectamente y el pequeño no iba a necesitar estar en la incubadora. Dejamos que los abuelos fueran los primeros en visitarlos y los demás nos fuimos a la cafetería a desayunar. Sobre las diez y media pudimos entrar y ver la carita del precioso bebé, que lucía una

sorprendente mata de pelo castaño sobre la cabeza y era tan diminuto y perfecto que daban ganas de comérselo. Su y yo lloramos como dos idiotas. Sí, yo, la mujer de hielo, me derretí como un cubito en cuanto Lisa puso al pequeño Víctor sobre mis brazos y el bebé me agarró el dedo índice con su puñito. Me enamoré para siempre y me costó mucho soltarlo para dejar que los demás pudieran cogerlo un rato. Daniela estaba encantada, hablándole al bebé como si pudiera entenderla, contándole todas las cosas que iban a hacer juntos y lo mucho que iban a jugar. Hacia el mediodía decidimos que ya era hora de irnos y dejarlos descansar, pero prometimos volver al día siguiente. Cuando llegué a

casa me pasé el resto de la tarde tirada en el sofá y por la noche dormí como un angelito hasta que a primera hora sonó el puto despertador.

Si algo descubrí aquella semana, fue que a Castilla le gustaba empinar el codo. Le gustaba mucho. Le estuve observando, sobre todo para mantenerme alejada de su radar, y me di cuenta de que después de comer siempre volvía con el rostro enrojecido y más contento de lo habitual. No estaba borracho, pero sí alegre. Un mediodía que salí a comprarme una bebida al supermercado, pasé por delante del restaurante en el que solían comer y, a través de los cristales, le vi beberse una

copa de vino de un trago y servirse otra, así que deduje que aquello era lo que le volvía tan baboso por las tardes. Además, le apestaba el aliento a alcohol. Odiaba cuando se acercaba a mi mesa, me rodeaba con el brazo y se inclinaba para hablarme en susurros al oído, obligándome a soportar su asqueroso aliento y el olor a colonia barata que desprendía, mezclado con el de sudor. Estaba deseando que terminara de una vez por todas el maldito proyecto en el que estaban trabajando y que Iván me liberara de aquel suplicio. Ya no podía más.

El viernes, Gerardo, el orco, no por feo, sino por asqueroso, insinuó que podríamos vernos fuera de la oficina y

yo le miré con horror mal disimulado recordando lo que me habían contado mis compañeras sobre las ilusiones que se hacía el tío de acabar con final feliz aquel tipo de veladas. Le dije que no rotundamente y me largué corriendo después de escuchar que le estaba encantando que me hiciera la dura. Estaba completamente loco.

El fin de semana lo tenía dedicado en exclusiva al nuevo amor de mi vida, el bebé de Lisa, Víctor, al que durante casi nueve meses había estado llamando *alien*. ¿Cómo podía ser? ¡Si era perfecto! Nunca había estado cerca de un bebé, nunca lo había acariciado, ni besado, ni olido... Nunca había presenciado la inocencia en su estado

más puro. Cuando nació Sofía yo era pequeña y tenía pocas ganas de compartir la escasa atención que me dedicaban mis padres con otro ser humano que solo lloraba y meaba. Y Daniela ya era mayor, así que aquel bebé era una novedad que me estaba ablandando como pocas personas lo habían hecho en la vida. Fuimos a verlos al hospital cada tarde hasta que les dieron el alta y se fueron para casa y aquel domingo había quedado con Su para ir allí y pasarnos el día con el bebé. Lisa nos daba más o menos igual, ya la teníamos muy vista.

—Vas a acabar echando a perder mi reputación de chica dura —le susurré al bebé, besándole en la cabecita y

arrullándole contra mi pecho. Sorprendentemente, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Me toca a mí —se quejó Su intentando arrancármelo de los brazos.

Lisa se reía al ver que nos comportábamos como niñas pequeñas y Raúl se entretenía en el salón jugando con Daniela y Maléfica, la gatita de nuestra amiga, para darnos un poco de intimidad. Daniela se había cansado de observar al bebé, que solo dormía y gimoteaba. Había dicho que era muy aburrido y nos había dejado plantadas para irse corriendo detrás de Maléfica y jugar con ella.

—Estoy harta —gruñó Lisa, que estaba sentada en una preciosa

mecedora que habían instalado en la habitación del bebé—. Los puntos me tiran y parece que lo único que hago es levantarme cada cuatro horas para dar de comer a este pequeño monstruo.

—¡Eh! No hables así de mi sobrino —la regañé tapando las orejitas al bebé para que no pudiera escuchar lo que decía su madre.

—¿Raúl te ayuda? —le preguntó Su, logrando su cometido y haciéndose con el tesoro en forma de recién nacido, al que abrazó con ternura.

—Sí, si no fuera por él no podría soportarlo —confesó con un suspiro lastimero—. Aunque también es verdad que, cada vez que abrazo a mi hijo, siento que todo merece la pena.

—Tú también tienes mala cara, Vicky —me dijo Su.

—Últimamente no duermo bien y estoy estresada por culpa del trabajo — les conté soltando una verdad a medias. No quería hablar de mis problemas y preocuparlas, ya tenían bastante con los suyos. Además, estaba acostumbrada a arreglármelas sola y no necesitar a nadie.

A última hora de la tarde nos despedimos dando un montón de besos al bebé y nos fuimos para casa. Me sorprendía lo besucona que me había vuelto, pero cosas peores se han visto... Cuando me acosté aquella noche, lo hice pensando que a la mañana siguiente tenía que volver a la maldita oficina y

pasar otras ocho horas en compañía del capullo de Castilla, rezando a cada momento para no encontrarme con Iván en el ascensor o en la cocina o en recepción. Y eso que todavía no sabía que lo peor estaba por llegar y que no tardaría demasiado.

# Capítulo 16

Aquella semana estaba muy estresada. Todavía arrastraba una deuda inmensa que no iba a poder liquidar por completo y eso me inquietaba. Iván me pagaría una buena suma de dinero a fin de mes, que yo podría distribuir de la mejor manera posible, aun así había muchas facturas pendientes y hasta que no pasaran los seis meses no cobraría el resto del dinero. La tienda seguía sin pasar por su mejor momento y yo estaba deseando que empezaran a cambiar las temperaturas para que a la gente le entraran ganas de estrenar ropa y

compraran de manera compulsiva.

Con Alexei no había vuelto a hablar. Le había visto un rato la semana anterior, cuando le comuniqué el nacimiento de Víctor y me acompañó al hospital para conocerlo, pero se quedó apenas media hora y no pudimos hablar de nada. Le echaba de menos, era mi mejor amigo y la prueba de que entre un hombre y una mujer heterosexuales podía existir una relación de amistad sin que ninguna de las dos partes se implicara sentimentalmente. Alexei era como un hermano, más que eso, un pilar imprescindible en mi vida para mi estabilidad emocional. Él me equilibraba y me hacía ver la vida desde la perspectiva correcta.

También echaba de menos a mis mejores amigas. Aún podía recordar que hacía poco más de un año las tres estábamos solteras, salíamos por ahí todos los fines de semana, nos reíamos de la vida y la única preocupación importante que teníamos era la de decidir lo que nos pondríamos para salir. Pero luego ellas se enamoraron y ahora formaban parte de algo mucho más grande que la amistad y yo me sentía apartada de sus vidas, quizá también un poco sola y desplazada. Afortunadamente había llegado Daniela, una sorpresa de dimensiones inmensas que lo había cambiado todo, absolutamente todo. Siempre había pensado que jamás iba a ser madre

porque no estaba preparada, porque no había tenido un buen ejemplo y no sabría cómo desenvolverme en tamaño papel. Además, me parecía injusto traer un ser humano a un mundo tan desastroso como este. Pero una tarde, mis ojos se cruzaron con los de mi pequeña y todas esas dudas tan cobardes me explotaron en las narices. Esa tristeza que desprendía, porque la vida tampoco la había tratado bien y se había quedado sola, hizo pedazos la capa de hielo que cubría mi corazón y dejó un espacio tan inmenso y vacío, que solo alguien tan grande como ella podía llenar por completo. La necesitaba en mi vida del mismo modo que ella me necesitaba en la suya. Fue algo que supe desde la

primera vez que la vi y le arranqué la una sonrisa. No era sangre de mi sangre, no. Era algo mucho más grande, era parte de mi alma, la cura para todo aquello que había estado mal en mí durante tantos años. Un pequeño milagro por el que estaba dispuesta a todo... A matarme a trabajar, a soportar las humillaciones de Iván, a aguantar al baboso de Castilla, a perder la tienda, lo único que había sido verdaderamente mío hasta entonces, si con ello conseguí que se quedara a mi lado.

También estaba lo de Sofía, que me tenía muy preocupada. Quería recuperar a mi hermana y era consciente de que algo estaba haciendo muy mal, pero era incapaz de verlo. No se trataba solo de

que me hubiera visto besándome con Alexei, era algo más profundo que llevábamos arrastrando muchos años. Pensaba que había entendido por qué tuve que dejarla en aquel internado. No era que no la quisiera, sino todo lo contrario. Hice lo que tenía que hacer para alejarla de las garras de mi padre. Esa misma semana iba a volver a la ciudad, así que mantendríamos una conversación muy seria hasta que todos los puntos quedaran claros y me dejara formar parte de su vida, conocerla, quererla...

Luego estaban los sentimientos que había removido la vuelta de Iván. Cada vez tenía más claro que lo que había sucedido años atrás entre nosotros no

había quedado zanjado. Tras nuestro encuentro en los baños de la discoteca, empecé a sentir cosas por él hasta el punto de que verle en brazos de Anabel me había hecho mucho daño, sobre todo porque entendí que por su parte lo único que quedaba era rencor. Mi padre se había encargado de adiestrarle muy bien para hacerle a su imagen y semejanza, para que siguiera un legado en el que los negocios y el dinero estaban por encima de todo lo demás, incluso del amor.

Así que allí estaba yo, aguantando una dura semana en la oficina bajo el acoso constante de Castilla, el cansancio de haber pasado dos semanas sin apenas dormir y el estrés por todos esos temas pendientes que tenía acumulados y que

necesitaba resolver cuanto antes.

Aquel viernes fue de todo menos tranquilo. Llegábamos a fin de mes, Castilla tenía que presentar el proyecto el lunes y llevaba todo el día exigiéndonos el máximo a todos, incluso a mí, que simplemente me ocupaba de las tareas menos importantes y más tediosas. Nos dijo que saldríamos tarde, así que llamé a Vanesa para pedirle que fuera a recoger a Daniela al colegio y se quedara con ella un par de horas. Por suerte estaba disponible. Me preocupaba el estado en el que se encontraba Castilla aquel día. Se le veía acalorado, sudoroso y muy estresado, pero con una excitación que me hacía sospechar que iba colocado. Para colmo

de males, recibí una llamada al móvil desde el número de Iván. No sabía qué demonios podía querer, ni mucho menos por qué me llamaba si trabajábamos en el mismo edificio y podía bajar para decírmelo en persona, pero no le contesté. Lo último que me apetecía era hablar con él, sobre todo con la imagen tan fresca de su encuentro con Anabel.

Sobre las siete de la tarde los chicos se fueron para casa. Castilla me pidió que me quedara media hora más y le fotocopiara todos los documentos que iban a ir en las carpetas que llevaría a la presentación del lunes. Él ultimaba unos detalles y revisaba el archivo en el que exponía en gráficos los pros y los contras del proyecto. Mientras recogía

los papeles de la fotocopidora y me iba a mi mesa para organizarlos y colocarlos en las carpetas que les correspondían, recé para que Castilla me dijera que ya podía irme. Me dolían los pies y tenía ganas de ducharme y relajarme en casa después de un día agotador, pero sobre todo me moría de ganas de celebrar que mi trabajo con él había terminado. Cuando lo tuve todo listo, entré en el pequeño despacho y dejé los documentos sobre la abarrotada mesa. Él se pasó la mano por su escaso y alborotado cabello y me miró con una sonrisa depredadora que no me hizo ni pizca de gracia, más bien me puso todos los pelos de punta.

—Bueno, pues aquí termina nuestro

trabajo juntos —comentó situándose frente a mí y echando un vistazo nada discreto al escote de mi blusa. Había desabrochado un par de botones por culpa del calor y no había recordado volver a abrocharlos, y ahora llamaban la atención de aquel baboso.

—Pues sí —respondí intentando dar un paso atrás para salir de allí, pero él alargó la mano y me rodeó la muñeca con ella.

—Para celebrarlo podríamos salir a tomar una copa, ¿qué te parece?

—Me parece que no, Castilla. Creo que es mejor dejarlo aquí, estoy cansada y tengo ganas de irme a casa —contesté intentando recuperar mi mano.

—¿Sabes lo que me parece a mí,

Victoria? —preguntó acercándose peligrosamente—. Me parece que llevas semanas provocándome, paseándote por aquí con tus falditas, tus escotes y tus tacones para ponerme cachondo y que ahora quieres largarte sin hacer nada al respecto.

—Pero ¡¿qué dices, tío?! —exclamé alarmada por su proximidad, por sus palabras, pero sobre todo por la fuerza inusitada con la que me rodeó por la cintura. Si se lo proponía, no iba a poder librarme de él ni forcejeando con todas mis fuerzas —¿Te has vuelto loco, Castilla?

—¡Oh, sí, muñeca! Tú eres la que llevaba volviéndome loco varios días y ahora vamos a arreglarlo. No te vas a

escapar —ronroneó levantando la otra mano, poniéndola sobre mi pecho para estrujarlo.

—¡¡Suéltame, cabrón asqueroso!!  
—le exigí, pero fue inútil.

A esa hora de un viernes estábamos solos en el edificio, aparte del vigilante de seguridad de la planta baja, y nadie podría oír mis gritos y venir a ayudarme. Castilla se las había ingeniado para retorcerme el brazo a la espalda impidiendo que pudiera moverme o defenderme de algún modo.

—Has sido una chica mala y ahora voy a enseñarte modales —murmuró lamiéndome la cara—. No puedes ir calentando pollas por ahí y luego irte de rositas.

Puso la mano sobre mi muslo y empezó a subirme la falda lentamente. Fue entonces cuando me di cuenta de que o reaccionaba o allí iba a pasar algo muy grave. A mí no se me conoce precisamente por ser de esas que se quedan quietas esperando a recibir el golpe, así que actué en consecuencia.

—O me sueltas ahora mismo o te vas a meter en un buen lío, Castilla — dije con toda la frialdad que pude reunir en un momento como ese, cuando sus manos rozaban la piel de mi muslo llegando a la zona del trasero—. Si me haces algo voy a denunciarte y vas a acabar detenido y despedido. ¿Es eso lo que quieres?

Mis palabras surtieron efecto

porque se quedó paralizado, aunque aún no me soltó. Castilla era un capullo monumental y un baboso, pero no creía que fuera un violador, simplemente se le había ido de las manos. Estaba convencida de que aquel día se había colocado con algo más que vino y fue eso lo que le hizo perder el control de la situación. Sabía que, si me hacía daño, se jugaba el empleo y no era tan estúpido.

—¡Maldita zorra! —gruñó soltándome el brazo para sujetarme con fuerza por los hombros—. Desaparece de mi vista de una puta vez.

Me zarandéo con fuerza un par de veces y con el impulso me golpeé en la cabeza contra la puerta, que permanecía

entreabierta y no dejaba espacio para mucha maniobra.

—¡¡Joder!! —gemí tocándome la zona afectada.

Se me nubló la vista y trastabillé a punto de caer. El golpe había sido muy fuerte y de pronto todo lo que me rodeaba eran un montón de estrellitas parpadeantes y el eco de una voz lejana. Estaba tan mareada que podría haberme desmayado.

—¡¡Que te largues, puta!! —gritó Castilla devolviéndome a la realidad.

Me empujó fuera del despacho y me cerró la puerta en las narices. Se había cabreado de verdad porque no había conseguido su objetivo y se iba a quedar con las ganas. Ni siquiera se había dado

cuenta de que me había hecho daño.

No recuerdo coger el bolso y entrar en el ascensor. Solo sé que, a pesar del dolor que sentía en la cabeza y el aturdimiento general en el que me había sumido después del golpe, pude parar un taxi y darle la dirección de mi casa. Con el susto y el mareo me veía incapaz de coger el metro. Fue un milagro no vomitar durante el trayecto ya que la sensación de náusea iba intensificándose a cada minuto que pasaba, no sé si por el golpe o por la angustia. Afortunadamente llegamos sin incidentes. Le di un billete de veinte euros, aunque la carrera me había costado por lo menos la mitad, y no esperé el cambio. Imaginaos lo mal que

estaba.

Entré en casa y Vanesa me dijo algo, parecía preocupada pero no le hice caso. Estaba muy mareada, así que le dije que se fuera y me senté en el sofá con el bolso colgado del hombro, incapaz de moverme. Daniela se sentó junto a mí. Notaba su cuerpecito pegado al mío y me parecía que sollozaba, pero no podía moverme, estaba aturdida, la cabeza me latía por encima de la nuca, como el corazón después de una larga carrera, y todo a mi alrededor daba vueltas. Solo quería cerrar los ojos y dejarme llevar, poco a poco, perdiendo el conocimiento... Alguien me zarandeó y con el movimiento me mareé y volví a la realidad.

—¡Mami! ¡Mami!

Era la voz de Daniela intentando despertarme. Reaccioné durante unos segundos y supe con certeza que, si me dormía, la cosa iba a acabar mal. Me había golpeado en la cabeza y podía estar padeciendo los síntomas de una conmoción. Maldita sea. Reuní fuerzas y abrí los ojos. La niña me miraba con lágrimas en los ojos, muy asustada. Intenté levantar el brazo y acariciarle la cabeza, pero fallé y acabó cayendo como un peso muerto.

—Llama... —balbuceé y hurgué en mi bolso de manera descoordinada, sacando el móvil para pasárselo a Daniela—. Botón verde —le dije, recordando que la última persona con la

que había hablado era Alexei. Él se ocuparía de todo.

Daniela cogió el móvil decidida, pulsó la tecla y se lo puso en la oreja. Pocos segundos después hablaba con Alexei.

—Mami está enferma, le duele la cabeza —le dijo—. Sí, soy Daniela. —Una pausa—. Sí... Hay sangre, tengo miedo —sollozó. ¿Sangre? ¿Dónde demonios había sangre? No entendía nada ni me veía con fuerzas para intentarlo—. No sé qué hacer... —Mi niña estaba muy asustada, quise abrir los ojos para tranquilizarla, pero no podía, todo me daba vueltas —. Vale, sí. Te espero... —Otra pausa un poco más larga—. Lo prometo, no dejaré que se

duerma.

Colgó y guardó el móvil en mi bolso.

—Dice que ahora viene y que no puedes dormirte, mami —me explicó acariciándome la mejilla con dulzura. Yo intenté sonreír. Alexei estaba de camino, todo iba a salir bien.

Pensé que había pasado una eternidad, aunque no debían haber sido más de quince minutos, cuando alguien llamó insistentemente al timbre. Daniela había ejecutado a la perfección las órdenes de Alexei y no había dejado de sacudirme y de hablarme cada vez que cerraba los ojos, pero yo estaba tan cansada... Un montón de pesadas losas habían caído sobre mí durante las

últimas semanas y lo ocurrido aquella tarde había sido la gota que colmó el vaso. Solo quería que el dolor que sentía en la cabeza desapareciera y que todo dejara de dar vueltas.

—No abras hasta estar segura de que es él... —ordené cuando se levantó de un saltó y corrió hacia la puerta.

Giré la cabeza para ver lo que hacía y una punzada me obligó a cerrar los ojos. Alguien entró en tromba, se arrodilló frente a mí y empezó a darme palmaditas en las mejillas.

—¡¡Victoria!! ¡¿Qué cojones ha pasado?

Entreabrí los ojos y parpadeé un par de veces porque estaba teniendo una alucinación. De repente el rostro de

Alexei había dejado de ser el suyo y aparecía ante mí la cara de Iván, con el ceño fruncido y una mirada de terrible preocupación. ¿Tan obsesionada estaba con él?

—Alexei... —gemí—. Me duele.

—No soy Alexei, ¡joder! —se quejó el cuerpo de Alexei con el rostro de Iván.

Un momento... Aquel cuerpo no era el de Alexei... ¡Ay, Dios!

—Me duele —insistí para que me hiciera caso.

—¿Qué día es hoy, Victoria? —preguntó Iván, porque ahora sí que sabía que era él, mientras me palpaba la cabeza y daba con un punto especialmente doloroso.

—Duele... —Unas lágrimas involuntarias resbalaron por mis mejillas y la mano de Iván apareció frente a mí manchada de sangre.

—¡Mierda! Estás herida —exclamó limpiándose la mano con un pañuelo que sacó del bolsillo de los pantalones—. ¿Qué día es hoy, Victoria? —repitió. Estaba claro que temía que estuviera sufriendo una conmoción.

—No sé..., ¿viernes? —respondí—. Déjame en paz, estoy mareada.

—De eso nada. Vamos a ir al hospital.

—No, no... No quiero.

—Tranquila, pequeña, no llores —dijo y por un momento pensé que hablaba conmigo, pero estaba

haciéndolo con Daniela, que esperaba temblorosa a un lado—. Vamos a llevar a tu madre al hospital y allí se ocuparán de curarla. Todo saldrá bien.

—¿Está enferma? —preguntó enjuagándose las lágrimas con la camiseta.

—Bueno, algo así —murmuró y entonces se giró y me habló a mí—. ¿Te has caído, Victoria? ¿Qué ha pasado?

—No... No sé... La puerta, yo... —respondí sin sentido.

El esfuerzo que había estado haciendo para controlar el mareo y las náuseas acababa de irse al traste y, con una arcada, acabé perdiendo por completo la dignidad al tener que inclinarme y vomitar en el suelo del

salón.

—¡Joder! ¡Qué desastre! —gruñó Iván sujetándome por los hombros y apartándome el pelo del rostro sudoroso—. Vale, nos vamos —ordenó y me rodeó por la espalda y las piernas para cogermme en brazos—. Coge las llaves de mi coche, pequeña y abre la puerta —pidió a la niña. Yo me apoyé en su hombro.

—No puedo ir en tu coche —respondió Daniela—. No tienes silla para niños.

Menos mal que había alguien allí que pensaba con claridad, me dije sintiéndome increíblemente cómoda recostada contra él, aspirando su olor.

—Vale. Está bien... A ver, ¿dónde

están las llaves de tu coche, Victoria? — me preguntó moviéndome para verme la cara.

—¿Qué...? —gemí sin llegar a responder nada.

Todo aquello me parecía un sueño. Vivía la situación, pero era incapaz de hacer o decir nada. Estaba aturdida y todo era muy desagradable, sobre todo el regusto a vómito. Más tarde me moriría de vergüenza al pensar que le había estado echando aquel apestoso aliento a la cara, pero en aquel momento me daba igual. Mis extremidades habían perdido la fuerza y mi cabeza seguía dando vueltas en mitad de la bruma.

—Están en el bolso —contestó Daniela, que se lo colgó del hombro y le

entregó las llaves de mi coche.

—Muy bien. Entonces nos vamos.  
—Me sentó en el asiento del acompañante y me abrochó el cinturón. Luego acomodó a Daniela en la silla, se puso al volante y arrancó—. Menuda chatarra conduces, Victoria —comentó refiriéndose a mi viejo coche.

No todos podíamos permitirnos un Jaguar como el suyo, pensé apoyando la cabeza en el respaldo, por el lado que no me dolía, intentando contener la sensación de náusea que aún no me había abandonado. Cuando llegamos a urgencias, bajó a Daniela del coche y le pidió que no se moviera de su lado, luego me llevó en brazos hasta la entrada. Me parecía muy exagerado.

Tampoco estaba tan mal, solo muy mareada, pero no iba a ser yo quien le llevara la contraria al señor gruñón. Nos atendieron en recepción y enseguida salió alguien con una silla de ruedas.

—Se ha golpeado en la cabeza, pero no ha sido capaz de decirme con qué —le explicó al médico o al enfermero que tomaba notas de todo en una ficha mientras a mí me sentaban en la silla—. La niña me ha dicho que llegó del trabajo así. Está aturdida y ha vomitado hace unos veinte minutos.

—Muy bien, nos la llevamos dentro —ordenó el hombre señalando a alguien que puso en marcha la silla de ruedas—. Esperen en la sala, por favor. Les mantendremos informados.

Lo último que vi antes de cruzar las puertas de urgencias, fue cómo se iban de la mano hacia los asientos y se sentaban juntos. Una vez en un box, el hombre de la bata blanca me enfocó con una luz potente y empezó a palparme la cabeza.

—Muy bien, Victoria, ¿recuerda si en algún momento ha perdido el conocimiento? —preguntó dejándome ciega con la puta linterna. Si no tenía bastante con las estrellitas que aún seguía viendo, aquello era el remate.

—No... Solo mareos y náuseas— respondí recuperando poco a poco la normalidad, dejando atrás aquel aturdimiento.

—¿Sabe con qué se golpeó la

cabeza?

—Con la puerta... Él me golpeó contra la puerta.

—¿Él? ¿Ha sido víctima de una agresión? ¿Han intentado hacerle daño? —me preguntó cambiando el tono por uno mucho más serio y alarmado. Asentí conteniendo las lágrimas por el dolor—. ¿Ha sido el hombre que la espera ahí afuera?

—¿Eh? No, claro que no —negué—. Un compañero de trabajo, fue un accidente —murmuré sin entrar en detalles—. Me duele mucho, por favor, haga algo —me quejé empezando a hiperventilar. Recordar el intento de agresión de Castilla me había alterado.

—Está bien, tranquilícese —

aconsejó soltándome para hablar con la enfermera que le estaba ayudando—. Hay que suturarle la herida de la cabeza, parece superficial. Luego la llevas abajo para un TAC, es urgente.

—Muy bien, doctor —asintió la enfermera.

—Ha sufrido una conmoción, pero parece leve. Ya reacciona a los estímulos y recuerda lo que ha sucedido, aun así voy a realizarle unas pruebas para asegurarnos de ello y habrá que suturarle la herida de la cabeza — repitió para informarme.

Tras el reconocimiento exhaustivo y responder a varias preguntas, me llevaron a hacer las pruebas vestida únicamente con una bata verde de

hospital y con un acojone de cuidado al pensar que alguien iba a practicar costura en mi cuero cabelludo. Un par de horas después, hecho el dichoso TAC, el médico confirmó que todo estaba correcto. Me dijo que podía irme a casa con la condición de que alguien pasara la noche conmigo y me vigilara. Aunque las pruebas habían salido bien y había sido más el susto que otra cosa, prefería que estuviera controlada. Me negué a denunciar a Castilla y me mantuve firme en la versión del accidente. Sospecho que no me creyeron, pero no me importó. Todo aquello me daba exactamente igual, a mí solo me preocupaba una cosa y estaba a punto de romper a llorar por ello, sobre

todo cuando aparecieron Iván y Su con rostros de preocupación.

—¡Dios mío, Vicky! —exclamó mi amiga al verme y eso me hizo consciente de que seguramente presentaba un aspecto lamentable.

—Su... —lloriqueé—. Me han cortado el pelo para coserme —gemí cuando me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza.

—Eso es lo de menos, cariño —respondió mi amiga y yo la miré horrorizada.

—¿Lo de menos? —pregunté indignada—. Tengo un puto pelón en la cabeza, tía, ¡es espantoso!

—Bueno, parece que no está tan mal después de todo —le comentó a

Iván, que nos observaba a ambas con el ceño fruncido, sin abrir la boca.

—¿Cómo te encuentras, Victoria?  
—me preguntó cogiéndome la mano para acariciarme los nudillos con el pulgar.

—Todavía me duele un poco la cabeza, pero lo peor ha sido el golpe y los puntos, me tiran.

En realidad solo fueron cuatro puntos de nada y lo del pelón tampoco era para tanto, lo justo para poder suturar, pero en aquel momento todo aquello me parecía espantoso y mucho peor de lo que era.

—El médico nos ha dicho que estás bien, que has sufrido una conmoción leve, pero que no ha habido complicaciones —comentó Su—. Iván

me ha llamado desde tu teléfono móvil y hemos venido enseguida.

—¿Qué coño ha pasado, Victoria? —preguntó furioso—. Daniela dice que has vuelto así del trabajo.

—¡Dios, Vicky! —exclamó mi amiga—. ¿Te han asaltado en la tienda? ¿Han intentado robarte?

—No, yo... Ya hablaremos luego, por favor... Todavía me duele la cabeza —rogué lanzándole una mirada de súplica a Iván, que asintió a pesar de estar deseando interrogarme.

Su no sabía que estaba trabajando para él ni que tenía un millón de deudas ni nada de nada y no quería que se enterara así. De golpe y mal.

—Está bien —asintió mi amiga—.

Me llevaré a Daniela a dormir a casa, está en la sala de espera con Eric. Pasaremos por tu casa para coger una muda y llevarnos al perro. Iván dice que se quedará contigo.

—¡¿Qué?! Ni de coña —me negué—. Llama a Alexei.

—Ya le he llamado, pero tiene el móvil apagado.

—Pues ve a buscarlo a su casa, a veces se concentra tanto que pierde la noción de todo y...

—Está decidido, Victoria —me interrumpió Iván—. El médico dice que necesitas que alguien te vigile toda la noche. Me ha aconsejado que te vaya despertando para comprobar que estás bien, no podemos jugar con eso, te has

dado un golpe en la cabeza y, aunque parece que no es grave, es mejor no confiarse las primeras veinticuatro horas. Tengo entendido que tu amiguito trabaja de noche y a lo mejor no puede quedarse vigilándote —argumentó y a mí no me gustó nada tener que darle la razón—. Lo mejor es que dejes de preocuparte por tonterías y aceptes que vas a venir a mi casa, por lo menos esta noche.

—Es lo mejor, Vicky. —Mi amiga me acarició la mano—. Yo me ocuparé de Daniela y así podrás estar tranquila toda la noche.

Al final cedí y asentí a regañadientes, no me quedaban fuerzas para discutir ni un minuto más y en

realidad lo único que quería era meterme en la cama y dormir durante tres días seguidos.

—De acuerdo, pero quiero ver a la niña antes de que te la lleves.

—Claro, ahora le digo que entre.

Su salió y fue en busca de mi pequeña dejándome a solas con Iván.

—¿Me vas a contar ahora qué coño ha pasado? —preguntó, inclinándose sobre la cama y mirándome con atención.

No sé si pretendía resultar intimidante, pero me daba igual. No iba a conseguir nada con sus miraditas de: «yo soy el macho dominante, obedece».

—¿Dónde están tus modales, Iván? No has parado de soltar palabrotas y eso

no pega nada con tu nueva imagen.

—No me toques los cojones, Victoria. Ha ocurrido algo en mis oficinas y quiero saber qué es para tomar las medidas oportunas.

—Ha sido Castilla... Intentó propasarse conmigo, le dije que no y me zarandeó tan fuerte que me golpeé en la cabeza con la puerta.

—¡¡Hijo de puta!! —bramó pasándose la mano por el pelo, dándose la vuelta y gruñendo algo en voz baja.

—En realidad ha sido un accidente, se le fue de las manos... —aseguré para quitarle importancia.

No sé muy bien por qué lo hice ya que lo sucedido aquella tarde podría haber sido muy grave, pero no quería

complicar más las cosas. La adopción de Daniela estaba en juego y la más mínima tontería podía ser fatal para conseguirla.

—¿Un accidente?! —gritó girándose para mirarme furioso—. Llevamos tres horas esperando en este puto hospital para saber qué demonios te pasaba y sabe Dios lo que ese cabrón... ¡Joder!

Dio una patada a una papelera de metal, que salió disparada y chocó contra la pared. El ruido nos sobresaltó a ambos. De pronto entraron Su y Daniela, así que Iván tuvo que callarse en mitad de su discurso y calmarse. Por la cara que ponía Su, imaginé que sus gritos se oían más allá de la débil

barrera de la puerta que nos separaba del pasillo.

—¡Mami! —exclamó la pequeña, subiéndose a la cama para abrazarme.

—Cielo... ¿Estás bien? ¿Te has asustado mucho? —pregunté rodeándola con los brazos.

—Un poco —confesó escondiendo la cabeza en mi pecho—. No me gustan los hospitales ni la sangre, pero Iván me ha contado un cuento muy divertido y se me ha olvidado que estábamos aquí.

—¿En serio? ¿Iván te ha contado un cuento? —Miré de soslayo al aludido, que apartó la mirada avergonzado.

—Sí y me ha comprado chocolate.

—Bueno, por hoy vale, pero acuérdate de lo que hablamos... No

queremos que vuelva a dolerte la tripa, ¿verdad?

—No. —Negó con la cabeza—. Pero se nos ha pasado la hora de la cena y tenía hambre.

—¿Qué hora es? —pregunté. No tenía ni idea, pero intuía que era tarde porque me habían tenido mucho rato entre las pruebas y los puntos.

—Casi las once y media de la noche —me dijo Su—. Será mejor que nos vayamos a casa y puedas acostarte, Daniela. Además, Vicky necesita descansar.

—Esta noche te quedas con Eric y Su, ¿de acuerdo? —la niña asintió—. Ahora os pasáis por casa y recoges a León para que no se quede solito.

—¿Podemos llevar a León, Su? — le preguntó a pesar de que acababa de decirle que sí.

—Claro, cielo. Dale un beso a Vicky y vámonos. Debes estar agotada.

Daniela y yo nos besamos y nos abrazamos hasta que mi amiga se la llevó recomendándome que no me preocupara e intentara descansar.

—¿Estás segura de que no quieres pasar la noche aquí? —me preguntó Iván una vez a solas—. Puedo conseguirte una habitación privada, eso no será un problema.

«No, claro que no», me dije. El dinero puede comprar cualquier cosa.

—Si no puedes quedarte conmigo no pasa nada, Iván. Estoy segura de que,

si insisto, podré localizar a Alexei para que venga a recogerme, pero no pienso pasar la noche en un hospital por un golpe y dos puntos.

—Han sido cuatro puntos y una conmoción leve, así que no le quites importancia —exigió y a mí me entró la risa tonta por la exageración. Parecía más preocupado que yo—. No necesitamos a tu amiguito para nada, he dicho que iba a ocuparme de todo y eso haré, solo quería estar seguro de que querías venir conmigo.

—No me has dejado otra opción —le recordé encogiéndome de hombros. En realidad no entendía por qué no había discutido un poco más ni había insistido para irme a casa con Su.

—Esto es responsabilidad mía, así que vístete. Voy a pedir que te den el alta —ordenó antes de salir.

Genial, todo aquello lo estaba haciendo porque se sentía culpable. En el fondo yo no le importaba. Iván me odiaba desde hacía años, desde el momento en que herí su orgullo y le abandoné. Además, lo ocurrido en el *Bright* hacía unas semanas no había ayudado para nada, al contrario, había empeorado las cosas.

El médico entró unos quince minutos después seguido de Iván, que aún mantenía la expresión enfurruñada. Yo acababa de vestirme. Había tenido que ir poco a poco porque al incorporarme me había mareado y no

quería que me lo notaran por si se les ocurría dejarme allí toda la noche.

—Recuerde que al menor síntoma debe acudir a urgencias de inmediato — me advirtió entregándome el alta y un informe con los resultados de las pruebas—. No lo dude y venga, no tenga miedo de parecer exagerada ni pesada, en estos casos la precaución podría salvarle la vida.

—Así lo haremos, doctor, no se preocupe —aseguró Iván.

—Es normal que le duela la cabeza unos días y que siga un poco mareada — me advirtió—. Ahora váyanse a casa y descansen.

—Gracias por todo, doctor —le dije tras un apretón de manos.

—Es mi trabajo. Y no olvide pedir cita con su médico y venir para que le quiten los puntos.

Después de las recomendaciones, nos despedimos y me dejé llevar en silla de ruedas hasta la salida, donde esperé mientras Iván iba a buscar mi coche y lo llevaba hasta allí. Luego me ayudó a sentarme como si fuera una inválida.

—No corras mucho —pedí en cuanto subió al coche por su lado—. Todavía me da vueltas la cabeza y no quiero vomitar otra vez. Ya he hecho bastante el ridículo por hoy.

—Está bien, tranquila, iremos poco a poco —aseguró, arrancando y poniendo rumbo a su casa.

# Capítulo 17

No tardamos demasiado en llegar al edificio donde vivía Iván, aunque hubiera sido incapaz de decir dónde estaba ubicado. Me había pasado la mayor parte del trayecto con los ojos cerrados y la ventanilla bajada para que el aire me diera en la cara y me quitara aquella sensación de náusea del cuerpo. Subimos en ascensor. Había un enorme espejo de cuerpo entero al fondo y las paredes estaban forradas de madera oscura, calculé que cabrían por lo menos seis personas, aunque no me hagáis mucho caso porque no estaba

para ese tipo de cosas, eso sí, era enorme y olía a ambientador con aroma a rosas. En otro momento me hubiera parecido delicioso, pero en aquel instante ese olor potente y dulzón me pareció nauseabundo. Lo peor fue observar mi reflejo. Estaba hecha un asco. Tenía ojeras, estaba pálida y mi pelo parecía un nido de pájaros. Lamentable...

Paramos en el último piso. Iván se había instalado en el ático, cómo no. Me acordé de cuando yo era libre como el viento, sin responsabilidades, y también vivía en mi pequeño ático con terraza, aunque mucho más modesto que ese, y sentí añoranza de esa vida sin preocupaciones. Una vez dentro,

cruzamos el pasillo hasta el salón con vistas a la ciudad y una terraza enorme.

—Ponte cómoda, ahora vuelvo — me invitó, señalando los sofás y el precioso diván de terciopelo en color gris perla que contrastaba con la decoración oscura de la sala.

Me senté en el diván, por supuesto. Apoyé la cabeza en el respaldo, rezando para que la herida de la cabeza no me sangrara y acabara destrozando la tapicería, y se me fueron cerrando los ojos poco a poco.

—Eh, Victoria —me llamó devolviéndome a esa realidad dolorosa de la que estaba deseando escapar.

—¿Qué...? —gimoteé resistiéndome a abrir los ojos.

—Vamos, te he preparado un baño.

—Me cogió en brazos y me apoyé contra su torso duro y a la vez muy cómodo. Mucho mejor que el precioso diván, dónde va a parar—. Abre los ojos.

Ante aquella orden los abrí y me vi envuelta en una nube de vapor con aroma a cítricos. Iván me dejó en el suelo y empezó a desabrocharme la blusa. Lo último que me importaba era que me estuviera desnudando, ni siquiera era capaz de sentir una pizca de deseo o de vergüenza. Miré aquella enorme bañera de hidromasaje repleta de burbujas espumosas y me di cuenta de que aquel baño era casi tan grande como el salón de mi casa.

—Tienes mucha pasta, ¿no? —le

pregunté.

Estaba agachado quitándome los zapatos, haciéndome levantar los pies para bajarme la falda y las braguitas de encaje.

—Bastante... —murmuró restándole importancia. Aunque para él, aquella seguridad económica, era vital.

Me ayudó a meterme en la bañera y me recosté disfrutando del calor del agua y las burbujas.

—Te dejo un ratito para que te relajés —murmuró bajando la intensidad de la luz—. No intentes salir sola, espera que venga a ayudarte —me advirtió y salió entornando la puerta.

«Esto es el paraíso», pensé sumergiéndome hasta la barbilla,

evitando mojarme la cabeza y el pelo, que colgaba por el borde de la bañera. Lástima que el chichón y los puntos, sumados al mareo, no me dejaran disfrutar del todo de aquello. Unos quince minutos después, Iván entró en el cuarto de baño con un mullido albornoz y me ayudó a salir de la bañera para envolverme en él. Era de hombre porque mis manos quedaron perdidas dentro de las mangas y tuvo que enrollármelas con tres vueltas.

—¿Tienes hambre? —preguntó agachándose para secarme los pies y las piernas con una toalla igual de suave.

—No... No creo que pueda comer nada, todavía tengo un nudo en el estómago.

—He calentado un poco de caldo de pollo, ¿por qué no intentas bebértelo con calma?

¿Caldo de pollo? ¿En serio tenía de eso en su moderna nevera de soltero?

—No sé...

—Venga, haz un esfuerzo —me animó conduciéndome con paso tranquilo a la cocina, que efectivamente era muy moderna y estaba equipada con electrodomésticos de última generación.

Sobre la encimera había una tacita azul de la que salía humo. Me senté en uno de los taburetes con respaldo que había junto a la barra de desayuno, con la taza en la mano pero sin demasiadas ganas, aunque reconozco que olía a algo delicioso.

—¿Desde cuándo sabes preparar caldo de pollo? —pregunté acercándome la taza a los labios para probarlo. Estaba buenísimo.

—Desde nunca. Tengo a alguien que lo prepara para mí, yo solo me ocupo de calentarlo —comentó abriendo la nevera y sacando una botella de agua helada de la que bebió a morro.

—Era de suponer... —susurré.

—¿Qué?

—Nada, nada —disimulé terminándome el caldo—. Decía que estaba buenísimo.

—¿Quieres más? —me preguntó satisfecho porque me lo había bebido todo.

—Mejor no tentar a la suerte... Por

ahora parece que me ha sentado bien, no quiero forzarme.

—Está bien, te llevaré a la cama entonces.

En cualquier otro momento me habría emocionado la idea de que me llevara a la cama, pero aquella noche lo único que deseaba con todas mis fuerzas era dormir durante horas sobre una superficie plana y confortable, nada más. Entramos en una habitación con vestidor y una inmensa cama en el centro repleta de grandes cojines a juego con la colcha, que Iván retiró a un lado.

Era su habitación, seguro, pero estaba tan cansada que ni siquiera me molesté en preguntarle dónde iba a dormir él o si aquel colchón habría

soportado muchos encuentros de una noche, en especial con Anabel. Solamente podía pensar en acostarme y me importaba una mierda todo lo demás. Iván me prestó una camiseta de manga corta que me cubría hasta medio muslo, me ayudó a quitarme el albornoz y a pasármela por la cabeza sin rozar el doloroso chichón que seguía palpitando. Me tumbé en la cama y solo me dio tiempo de pensar que era como estar acostada sobre una nube de algodón antes de caer profundamente dormida. Pero no todo fue tan maravilloso... Iván se dedicó a molestarme durante toda la noche. Se había tomado muy en serio el consejo del médico y me obligaba a despertarme para hacerme las preguntas

más absurdas que se le podrían ocurrir a alguien a las tantas de la madrugada. ¿Cómo se llamaba mi hermana? ¿Dónde había nacido? ¡¿Cuántos años tenía?! Por Dios, ¿a quién se le ocurre preguntarle eso a una mujer? ¡Cretino! Le dije que veinticinco, añadiendo la palabra «capullo» al final de la frase. Él sonrió. Ni siquiera se molestó en discutirlo. Apreciaba su vida lo suficiente para no recordarme que tenía treinta y cuatro. Cuando se contentaba al comprobar que seguía con vida y que el golpe en la cabeza no me había sumido en un coma profundo, me arropaba, me daba un beso en la frente y yo volvía a caer en brazos de Morfeo con una sonrisa en los labios. Más tarde

atribuiría todo aquello al golpe que me había dado en la cabeza, pero me hacía sentir muy feliz tenerlo tan pendiente y preocupado por mí. En un rinconcito secreto de mi corazón deseaba que aquello no acabara jamás.

Lo de despertarme en camas ajenas, con el culo al aire y un dolor de cabeza descomunal empezaba a convertirse en una mala costumbre, pensé cuando un molesto rayo de sol interrumpió mi placentero sueño. Estaba durmiendo en casa de Iván, mi ex, en su cama, con una de sus camisetas y la pasada tarde, Castilla, un baboso en apariencia inofensivo, me había agredido en la oficina donde trabajaba para pagar las

deudas que había ido acumulando durante varios meses. Todo ello muy surrealista.

Me levanté y me puse el albornoz que me había dejado después del baño. No me parecía muy decoroso pasearme por ahí vestida con aquella fina camiseta, aunque todavía hiciera el suficiente calor para no necesitar nada más. Avancé por el pasillo hasta llegar al salón. A la luz del día el apartamento parecía mucho más luminoso, los muebles eran oscuros, pero las paredes pintadas en tonos claros aportaban luz. Seguramente alguien le había decorado el ático porque Iván no era la clase de hombre que se preocupaba por los pequeños detalles, como el jarrón con

flores que adornaba la mesa del comedor, por poner un ejemplo. Llegué a otro pasillo, siguiendo la música que provenía de allí, para encontrarme con mi anfitrión y preguntarle dónde demonios estaba mi bolso. No lo localizaba por ninguna parte y quería llamar a Alexei para que viniera a buscarme. Había un par de puertas, una de ellas estaba entornada y de allí salía la música. Entré sin llamar y me detuve en el umbral contemplando el espectáculo. Iván corría en una cinta, con el pecho desnudo y un pantalón de deporte negro al ritmo de *Hysteria* de Muse. Yo, que no era de piedra, me quedé embobada contemplando su cuerpo sudoroso y aquel torso definido

repleto de músculos. Luego recordé que la última vez que había visto aquella espalda desnuda había sido bajo las uñas de Anabel y se me pasó el calentón matutino de golpe.

—Veo que te has montado tu propio gimnasio en casa —comenté para llamar su atención.

Él giró la cabeza y me vio de brazos cruzados junto a la puerta. Empezó a bajar el ritmo hasta que detuvo la máquina y apagó la música.

—Buenos días, Victoria —me saludó secándose el sudor con una toalla—. En Madrid salía a correr casi todos los días, pero desde que llegué aquí no tengo tiempo para hacerlo fuera de casa, así que compré un par de máquinas —

explicó señalando aquel improvisado gimnasio—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si un capullo me hubiera abierto la cabeza contra una puerta y una manada de búfalos salvajes estuvieran corriendo dentro de ella —le dije para resumir la situación en la que se hallaba mi cráneo en esos momentos.

A él le cambió el rictus.

—Voy a matar a Castilla —gruñó pasándose la toalla por el pelo sudado con movimientos bruscos—. ¿Por qué coño no me dijiste lo que estaba pasando?

—Intenté hacerlo —aseguré sentándome en el banco para pesas ya que seguía un poco mareada—. Subí un viernes por la tarde a tu despacho para

hablar contigo, pero te encontré follando con Anabel sobre el escritorio y pensé que no era buena idea interrumpir.

—Joder, ¿nos viste? —me preguntó avergonzado, como si no pudiera creer que sus escarceos hubieran sido descubiertos.

—Sí, pero no me sorprendió, ya sabía que te la tirabas.

—En realidad solo fue aquella vez, no te creas tan lista.

—Ni siquiera me importa —mentí y no dudé ni un momento de que él también lo hacía. Estaba convencida de que se había follado a aquella pelirroja pechugona más de una vez.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó cambiando de tema y sentándose junto a

mí.

—Castilla es un baboso, supongo que eso ya lo sabes si llevas tiempo trabajando con él. —Me miró de reojo y asintió con la cabeza—. Desde el principio se puso muy pesado. Quería salir a comer, a cenar, a tomar algo..., cualquier cosa, era muy insistente. Las chicas del equipo me dijeron que les había ocurrido lo mismo, así que me imaginé que era su *modus operandi* habitual y no le di mucha importancia, de tíos así hay en todas partes —le aseguré—. Podía aguantar sus apelativos cariñosos, a pesar de que estaban totalmente fuera de lugar en el trabajo, pero cuando empezó con los roces accidentales, cada vez más a

menudo, fue cuando decidí ir a hablar contigo para que hicieras algo antes de verme obligada tomar medidas por mi cuenta. Entonces te pillé con Anabel y... bueno, no me pareció prudente interrumpir.

—¿Y ayer? —preguntó con gesto de arrepentimiento. No sabía si por obligarme a trabajar con Castilla o por haberse tirado a Anabel.

—Me pidió que me quedara un par de horas y nos quedamos solos en la oficina. Cuando acabé con mis tareas, fui a su despacho para despedirme e insistió en que fuéramos a tomar una copa ya que el proyecto había finalizado y lo más probable era que no volviéramos a trabajar juntos. Le dije

que no, que lo mejor era dejar las cosas ahí y no le gustó. Empezó a insultarme, a decirme que había estado provocándole y que iba a tener que hacer algo al respecto. Entonces me agarró fuerte y me retorció el brazo para que no pudiera escapar mientras me tocaba.

—Joder... —gruñó Iván levantándose con gesto nervioso y el ceño fruncido—. Sigue —pidió cuando logró controlarse. Estaba furioso. Muy furioso.

—Entendí que si no hacía algo no iba a poder detenerle. A tu amiguito Gerardo le gusta beber, no sé si lo sabes, pero aquel día iba colocado, sospecho que se había metido algo más que alcohol para llevar bien el ritmo de

trabajo, así que intenté reunir toda la frialdad posible y le dije que si no me soltaba se iba a meter en un buen lío e iba a acabar despedido. Me parece que eso le frenó. En el fondo no quería hacerme daño, solo se descontroló y se le fue de las manos, pero cuando se dio cuenta de que la había cagado se cabreó, me agarró por los hombros y me zarandeó tan fuerte que con la sacudida me golpeé en la cabeza con el canto de la puerta. Luego me echó de allí a empujones.

—Es hombre muerto, te lo juro por mi madre. Voy a matar a ese cabrón de mierda —sentenció lanzándome una mirada cargada de ira—. Lo que no entiendo es por qué me llamó Daniela

desde tu móvil.

—Cuando llegué a casa estaba muy mareada. Entre el golpe y el susto creo que estaba en *shock* y le pedí que llamara a Alexei. La pasada noche habíamos hablado y pensé que sería la última llamada registrada, así que le dije que pulsara el botón verde y esperara, pero ahora recuerdo que ayer por la mañana me llamaste y no te lo cogí, supongo que fue por eso.

—Sí, quería que vinieras el lunes a mi despacho para asignarte una nueva tarea.

—De las garras de Anabel me lanzaste a las de Castilla. Me da miedo preguntar qué puesto pensabas asignarme ahora —dije con ironía—. Si

sabías cómo era Castilla, ¿por qué me dejaste con él?

—Porque quería que estuvieras incómoda —confesó—. Soy un capullo.

—Sí, en eso estamos de acuerdo.

—Te juro que nunca pensé que las cosas fueran a llegar tan lejos, pensaba que te avasallaría un poco y ya está. Me parecía un tipo inofensivo, de esos que tienen más labia que agallas.

—Pues la próxima vez piénsalo mejor porque llevo cuatro putos puntos de sutura en la cabeza y ayer podrían haberme violado en la oficina. Y todo por tu culpa —le recordé cabreada.

En realidad, el único responsable de los actos de Castilla era él mismo, pero quería hacerle sentir culpable igual

que él había querido hacerme sentir incómoda.

—Tienes toda la razón y yo... lo siento, estaba cabreado y quería... ¡No sé qué coño quería! —exclamó frustrado, pasándose las manos por el pelo.

—Mira, déjalo... Dame mi bolso, quiero llamar a Alexei para que venga a buscarme.

—No.

—¿Cómo?

—Voy a ducharme y hablaremos mientras desayunas, luego te daré tu bolso.

—No quiero hablar de nada contigo, Iván. Quiero irme a mi casa y descansar.

—Pues será después de desayunar, yo mismo te llevaré —concluyó saliendo por la puerta rumbo al baño.

Estaba alucinando. ¿Ahora me tenía secuestrada? «Eso sí que no», me dije saliendo de allí dispuesta a registrar toda la casa hasta encontrar mi bolso. Puede que la visión de aquellos abdominales perfectos, que antes no tenía, me hubiera obnubilado la mente, pero no iba a quedarme ni un minuto más con él. Había jugado conmigo para vengarse y me había puesto en peligro. Aunque me esforcé por quitarle importancia a lo sucedido, las consecuencias podrían haber sido muy graves y todo porque a él se le había ocurrido que era buena idea hacérmelo

pasar mal un rato.

Al final resultó que el bolso no estaba tan bien escondido como pensaba. Lo encontré en el vestidor, sobre un taburete junto a mi ropa bien doblada. Saqué el móvil y llamé a Alexei rezando para que me lo cogiera mientras escuchaba el ruido del agua de la ducha del cuarto de baño contiguo. Al sexto tono respondió.

—¿Qué pasa, nena? Tengo mucho trabajo —me saludó y me imaginé que se estaba esforzando al máximo con la novela.

—Calla y escucha. Necesito que vengas a buscarme a un sitio, ha pasado algo, ya te lo contaré. Te mando la ubicación por WhatsApp en cuanto

colguemos.

—¿Estás bien? —me preguntó serio, cambiando el tono radicalmente.

—No mucho pero ya hablaremos. Estoy en un edificio de esos que tienen toda la pinta de tener portero. En cuanto llegues, si te pregunta adónde vas, le dices que tienes una reunión de trabajo en el ático con el señor Robles, ¿entendido?

—Claro, nena.

—No tardes, por favor —rogué deseando salir de allí cuanto antes.

—Estoy bajando por las escaleras con las llaves del coche en la mano, enseguida estoy allí.

—Dios, cómo te quiero —dije antes de colgar y de inmediato le mandé la

ubicación.

Cuando Iván entró en el vestidor, con una toalla alrededor de la cintura, a mí me había dado tiempo de ponerme la falda y el sujetador.

—Veo que has encontrado tus cosas —comentó recorriéndome de arriba abajo, clavando la mirada en mis pechos cubiertos por encaje.

—¿Te gustan? —pregunté señalándome las tetas para que se diera cuenta de que había visto su mirada indiscreta.

—No están mal... —murmuró dejando caer la toalla, que se arremolinó a sus pies y le dejó completamente desnudo.

Estuvo revolviendo aquí y allá sin

molestarse en cubrirse. Lo hacía para provocarme y, aunque estaba muy bueno, en aquellos momentos el cabreo podía más que el deseo. Confieso que a un par de miraditas a ese trasero de infarto no pude resistirme, pero pasé de él y me dediqué a vestirme tranquilamente.

—¿Qué te apetece desayunar? —me preguntó una vez vestido con unos vaqueros y un polo Ralph Lauren.

—¿También te deja preparado el desayuno esa persona que se ocupa de tus comidas? —pregunté con ironía.

—A veces, pero todavía soy capaz de preparar un café y un par de tostadas.

—En ese caso acepto.

Le seguí hasta la cocina y me senté en el mismo taburete de la pasada noche

mientras preparaba un par de cafés en una cafetera de diseño que dejaba a la altura del betún a mi querida Nespresso. En cinco minutos me sirvió unas tostadas crujientes y dejó sobre la barra un tarro de mermelada que había sacado de la nevera.

—¿Arándanos? —pregunté abriendo la tapa.

—Es mi favorita. Aunque nada supera a la mermelada casera de mi madre.

—En eso estoy de acuerdo —afirmé recordando las delicias que preparaba aquella mujer. Con ella había compartido la afición por el buen comer y las recetas que me habían convertido en toda una experta, pero de aquello

hacía muchos años y el recuerdo era lejano, como si hubiera ocurrido en otra vida.

Devoré las tostadas en cuestión de segundos. Entre que no había comido nada desde el día anterior y que había vomitado lo poco que tenía en el estómago, tenía un hambre atroz. De pronto sonó el timbre. Iván fue a abrir extrañado, no esperaba visitas. Yo le seguí tras dar un par de sorbos al café, que era de los mejores que había probado. Su ancha espalda me bloqueaba visión al otro lado de la puerta, aunque la voz de mi amigo era inconfundible. Alexei acababa de llegar.

—Será mejor que me dejes pasar si no quieres meterte en problemas —le

amenazó con su tono de voz más letal.

—¿Problemas contigo? —se burló—. Creo que no, chaval.

Entendía que pensara que mi amigo, más bien delgado y fibroso, no tuviera nada que hacer contra alguien como él, alto, fuerte y ancho de espaldas, pero estaba muy equivocado. Alexei era capaz de deshacerse de un gorila de discoteca en cuestión de segundos y yo lo sabía, era de las pocas personas que conocían sus secretos y habilidades. Detrás de su apariencia felina e inofensiva, se escondía una pantera salvaje, capaz de destrozarte con un par de zarpazos.

—Le he llamado yo —dije para evitar una pelea en la que alguien podría

resultar herido. En el fondo, Iván seguía siendo un chulito de barrio y Alexei un hombre capaz de cualquier cosa por defenderme.

Iván se dio la vuelta al oír mi voz y Alexei aprovechó la distracción para colarse en el recibidor y mirarme con los ojos abiertos como platos. No me había visto en el espejo aquella mañana, pero mi aspecto debía seguir siendo lamentable.

—Pero ¡¿qué cojones ha pasado?! —preguntó acercándose a mí y rodeándome con los brazos.

—Luego te lo cuento, él no ha tenido nada que ver —aclaré señalando a Iván antes de que Alexei se le lanzara a la yugular—. Me ha ayudado y se ha

ocupado de mí esta noche, pero ahora quiero irme a casa.

Asintió y siguió mirando a Iván receloso.

—Recoge tus cosas —ordenó sin apartar los ojos de él.

Me fui a buscar el bolso y en cuestión de segundos estaba lista para irme.

—Esto no quedará así, aún tenemos que hablar de muchas cosas —me dijo Iván mientras salía al rellano seguida de mi amigo, muy metido en su papel de guardaespaldas.

—Ya veremos, Iván, ya veremos...

# Capítulo 18

Durante el trayecto en coche hasta mi casa, le estuve contando a Alexei lo sucedido e intenté resumirle la situación que me había llevado hasta allí mientras él soltaba juramentos e improperios sin parar.

—¿Por qué cojones no me dijiste que tenías problemas de dinero? Es que no lo entiendo.

—Porque es mi problema, Alexei, y tú ya tienes bastante con los tuyos. Además, no podías ayudarme con la deuda, es demasiado dinero.

—Hubiera hecho cualquier cosa

para ayudarte, lo sabes —contestó desviando unos segundos la vista de la carretera y en sus ojos vi que no mentía—. Debí partirle la cara a ese pijo cabrón, ¡joder! —gruñó apretando con fuerza el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Yo nunca hubiera permitido que estuvieras en peligro.

—Nadie imaginaba que el cerdo de Castilla iba a llegar tan lejos —le excusé.

—Nena, qué mal vamos... Si le defiendes es porque sientes algo.

—No digas tonterías. Lo único que siento por Iván es indiferencia.

—Mejor cállate, mentirosa.

—Déjame en paz, todavía me duele

la cabeza —respondí cruzándome de brazos y cerrando los ojos para dar por zanjada una conversación que estaba yendo por unos derroteros que no me interesaban.

Cuando aparcó frente a mi casa, me di cuenta de que el coche de Iván seguía allí y el mío se había quedado aparcado en el *parking* de su edificio y eso solo podía significar que íbamos a volver a vernos.

—Menudo juguetito conduce ese tío —silbó Alexei mirando el Jaguar admirado.

—No tardará en venir a por él.

—Eso seguro, pero yo estaré aquí contigo. Tranquila, nena —prometió cogiéndome las llaves y abriendo la

puerta.

Cuando entramos descubrí que Su había limpiado el vómito del suelo cuando vino a recoger a León porque no quedaba ni rastro. Sin embargo, la tapicería del sofá había quedado manchada de sangre. Maldita sea, justo ahora que me era imposible comprar uno nuevo.

—Dios, Vicky... —murmuró Alexei al ver la mancha.

—Tampoco fue tanto, cariño. Las heridas de la cabeza sangran mucho —le tranquilicé mientras tocaba el esparadrapo que cubría la zona. Por lo menos el chichón había dejado de palpar, aunque al tacto seguía doliendo mucho.

—Tengo ganas de romper algo, estoy furioso —gruñó golpeando con el puño el maltrecho sofá.

—Vale, cálmate, lo último que necesito son malas vibraciones a mi alrededor. —Me senté y me quité los zapatos de una patada. Tendría que haberme cambiado de ropa también, pero estaba agotada.

—¿Y la niña? —me preguntó intentando tranquilizarse.

—En casa de Su. Luego la llamaré y le diré que puede traerla. A ver si también puede quedarse esta noche con nosotras.

—Ni de coña, nena. El que se queda aquí contigo soy yo.

—¿Y la novela? Tienes trabajo y...

—Me la suda la puta novela —me interrumpió —Tendrías que haberme llamado a mí desde el principio. Es más, tendrías que haberme dicho que necesitabas la pasta y yo te la habría conseguido.

—¿Y cómo ibas a hacerlo?

—Ya sabes cómo... Tengo mis métodos.

Sí, me imaginaba cómo. Según me había contado era muy bueno en ello, pero no iba a permitir que Alexei volviera a sufrir y mucho menos por mi culpa.

—Deja de decir chorradas, tío. Te quiero y no voy a permitir que vuelvas a hacer algo que te haga daño, a ver si te enteras —respondí tajante—. Ahora

mueve el culo y prepárame un baño, lo necesito. Después puedes llamar a Su y decirle que quiero abrazar a mi niña cuanto antes.

—Está bien. Pero métete en la jodida cabeza que no vas a volver a trabajar para ese imbécil, ya lo arreglaremos cómo sea porque yo también te quiero y no voy a permitir que vuelvas a ponerte en peligro. Y eso, al lado de ese capullo, es algo muy probable.

—Ya veremos... —murmuré cuando cruzó el pasillo en dirección al cuarto de baño.

Un par de horas después, Su y Eric vinieron a casa con Daniela y León. Mi amiga tenía ganas de quedarse conmigo

y ocuparse de todo, pero le dije que Alexei se había puesto muy pesado y que nadie iba a moverlo de allí.

—He llamado a Lisa esta mañana, está muy preocupada —me contó en la puerta, antes de marcharse.

—La llamaré luego, lo prometo.

—¿De verdad estás bien? —preguntó abrazándome.

—Estoy bien. Aún me duele un poco la cabeza, pero nada más.

Cuando se fueron, dejé que Alexei nos preparara algo de comer aun sabiendo que iba a ser un desastre porque se le daba fatal la cocina. Temía otro intento de receta como el pollo a la Coca-Cola que nos preparó la última vez y que le salió asqueroso.

—¡Nena! ¿Tienes Coca-Cola? —  
gritó desde la cocina.

Daniela y yo nos miramos asustadas. Nos iba a preparar otra guarrada de las suyas.

—Menos mal que no nos ha dado tiempo de hacer la compra esta semana —le dije a Daniela—. ¡No hay, cariño! —grité en respuesta, aunque ya llegaba al salón desde la cocina—. No te compliques, mete una pizza en el horno y ya está.

—Era para bebérmela, lista... No iba a preparar nada, aún recuerdo que la última vez lo tirasteis a la basura.

—Estaba asqueroso, *Alesei*... —le dijo Daniela y ambas estallamos en carcajadas al ver su cara de decepción.

—Reíros si queréis, al menos lo intento, ¿vale? —replicó ofendido, dándose la vuelta y regresando a la cocina.

—No te enfades, Alexei, te queremos igual —le aseguré, pero él no me hizo ni caso.

Después de comer nos sentamos a ver la tele. Daniela jugaba con León y sus muñecas en su habitación y yo aproveché para echarme una siestecilla apoyada en el hombro de mi mejor amigo, después de haber degustado unos macarrones con queso y tomate y unos filetes a la plancha que no estaban nada mal. Al final tuvimos que retractarnos y felicitarle por la comida. Cuando abrí los ojos, la intensidad de la luz había

bajado considerablemente. Imaginé que, más que una siestecilla, me había echado una siesta de las buenas.

—¿Qué hora es? —pregunté a Alexei, que tenía el mando de la tele en la mano e iba cambiando de canal en busca de algo interesante.

—Casi las siete y media —respondió consultando la pantalla de su teléfono móvil—. Quizá tendría que pasar por casa y coger algo de ropa.

—Claro, yo estoy bien, puedo quedarme un rato sola con Daniela —aseguré—. Aprovecharé para llamar a Lisa y tranquilizarla.

Asintió e hicimos el gesto de levantarnos, pero nos detuvimos cuando escuchamos el ruido de unas llaves en la

cerradura. Nos miramos a los ojos sorprendidos, giramos las cabezas en dirección a la puerta y vimos aparecer a mi hermana, cargada con un par de maletas enormes.

—¡Sofía! ¿Qué haces aquí? — exclamé en cuanto cruzó el umbral.

—¡¿Aún tienes que preguntarlo, perra del demonio?! —estalló soltando el asa de las maletas para cruzarse de brazos muy seria—. Me he tenido que enterar que estuviste en el hospital y que te habían agredido gracias a Su. Y seguro que ella no sabe ni la mitad. ¿Por qué no me llamaste inmediatamente?

—No quería preocuparte. Además, estábamos enfadadas, ¿no? —tanteé y ella le lanzó una mirada de incredulidad

a Alexei.

—Estaba enfadada contigo precisamente por eso, Vicky, porque no cuentas conmigo, porque te comes los problemas sola, porque en vez de llamarme a mí y contármelo, tiene que hacerlo una de tus amigas porque sabe que, de otro modo, no me vas a decir nada... Soy tu hermana, por Dios, y llevo toda la vida deseando que me dejes acercarme a ti.

—Lo siento, yo... —Me levanté y me acerqué a ella—. Es que no sé hacerlo. Quiero que estemos juntas, pero me equivoco sin parar.

—Vale, ya está —respondió rodeándome con los brazos—. Ahora cuéntame todo, ¿de acuerdo?

Asentí y dejé que fuera a saludar a Daniela, que la entretuvo un rato en la habitación, hasta que se sentó con nosotros en el salón y le resumí lo que había pasado tan bien como pude.

—Muy bien —asintió cuando terminé—. Para empezar, además de recordarte que sigo enfadada contigo porque no me pediste ayuda, te diré que yo me ocupo de la deuda y no quiero oír ni una sola queja —me advirtió—. Tengo dinero, Vicky y quiero invertirlo en tu empresa porque estoy segura de que a la larga me reportará beneficios. —Yo lo dudaba, pero llegados a ese punto no iba a rechazar su oferta—. Lo segundo es que no quiero que vuelvas a acercarte a Iván, es un desgraciado.

Nunca pensé que sería capaz de llegar tan lejos, de otro modo no hubiera propiciado un encuentro entre vosotros. Tiene demasiado resentimiento acumulado en el corazón. Además, estar con papá no ha hecho más que envenenarle. Pensándolo bien, yo tampoco quiero trabajar con él. Paso.

—No digas tonterías. Es una oportunidad de oro y no puedes rechazarla por culpa de nuestras diferencias.

—Está decidido —contestó tajante—. Soy joven, tengo un máster y seguro que muchas empresas van a estar interesadas en mí, no necesito a un capullo como Iván a mi lado, mucho menos cuando lo único que quiere es

hacerte daño.

—Estoy totalmente de acuerdo con tu hermana, Vicky. En lo del dinero y en lo de trabajar con ese cretino —apuntó Alexei. Se había mantenido callado todo el rato y no esperábamos aquella sorprendente intervención.

—¿Desde cuándo pensáis igual?

—Eso mismo me pregunto yo... —murmuró Sofía.

—Desde que ha empezado a decir cosas coherentes y sensatas. Al final va a resultar que hasta tenemos algo en común.

—¿Tú crees? —le preguntó ella, entre tímida y arrobada.

Genial, por lo visto aquellas semanas lejos de casa no habían servido

para nada y seguía igual de encoñada.

—Puede ser...

—En fin. —Carraspeó—. Voy a quedarme aquí contigo mientras busco trabajo. Más adelante ya buscaré algo para mí sola. ¿Estamos?

—Sí, señora —bromeé poniéndome firme.

—Ah, también compraré un sofá, no quiero oír ni una palabra al respecto —ordenó intuyendo que iba a negarme—. No quiero ver ese manchurrón cada vez que entre en casa. Ya sabes que no puedo soportar la visión de la sangre.

Alexei asentía conforme, mirando a mi hermana con otros ojos, y a mí se me empezaron a disparar todas las alarmas.

—Muy bien, chicas, si estáis bien

aquí las dos solas, yo me iré a mi casa. El lunes empiezo a trabajo en la cafetería y me gustaría aprovechar entre hoy y mañana para hacer algunas... cosas —comentó y pensé que estaba ansioso por volver a su ordenador y a las correcciones de la novela.

—Claro, no te preocupes, cuidaré bien de ella —aseguró Sofía.

—Cualquier cosa me llamáis. Estaré pendiente del móvil —nos dijo despidiéndose de Daniela y cogiendo las llaves del coche para irse.

Más tarde, Sofía preparaba la cena con mejor mano que Alexei y yo aproveché para llamar a Lisa y tranquilizarla sobre mi estado, prometiéndole que aquella misma

semana íbamos a organizar una reunión solo para chicas, a excepción de mi adorado Víctor, para ponernos al día y contarles todo lo ocurrido. Me dije que lo haría porque eran mis mejores amigas y merecían saber la verdad. A mí también me disgustaría mucho saber que alguna de ellas me había estado ocultando cosas.

Aquella noche dormí en mi cama entre mi hermana y Daniela. Con mi niña porque la necesitaba y quería tenerla entre mis brazos, y con Sofía porque me dijo que no estaría tranquila si no podía vigilarme de cerca y no pegaría ojo pensando que el golpe aún podía afectarme. Así que las tres nos dimos el capricho y dormimos del tirón hasta bien

entrada la mañana del domingo.

Dejé que Sofía nos preparara el desayuno. No estaba acostumbrada a que la gente hiciera cosas por mí, pero en los últimos cinco años todo había cambiado. Primero habían sido Lisa y Su. Ellas me regalaron su amistad y su apoyo incondicional y por primera vez me hicieron sentir parte de algo. Luego llegó Alexei y nuestra conexión fue total. Nos unía el dolor que habíamos experimentado en el pasado y que pocas personas podían entender, era como un hermano y le confiaría mi vida. Luego llegó Daniela y con sus sonrisas, sus abrazos y su cariño, arrasó con todo. Con pocas personas me mostraba tan vulnerable como con ella, la necesitaba

para sobrevivir, la necesitaría siempre... Y entonces volvió mi hermana y la oportunidad de convertirnos en una familia.

—No voy a poder comer tanto... — me quejé cuando me puso delante un plato lleno.

—Tienes que reponer fuerzas — dijo como si fuera mi madre.

Daniela sorbía la leche con cacao de su tazón después de una buena ración de cereales.

—¿Qué le pasa a tía Sofía en la pierna? — me susurró inocentemente.

No había apartado la mirada del muslo desnudo de mi hermana desde la otra noche, cuando se había puesto el camisón. Miré a Sofía y en sus ojos

pude ver angustia, pero de inmediato cambió el gesto y le sonrió con dulzura.

—Cuando era pequeña tuve un... accidente —le explicó, pero aquello de accidente no tenía nada, había sido el cabrón de mi padre—. Me hice daño en la pierna y me quedaron algunas marcas.

—¿Te duele?

—Ya no... A veces me molestan, pero puedo soportarlo.

Acabamos de desayunar en silencio. Cuando Daniela se bebió toda la leche, la envié al cuarto de baño para lavarse los dientes, pero antes de obedecer e ir hasta allí, se acercó a Sofía y le dio un beso en la mejilla.

—Eres muy guapa —dijo demostrando una sabiduría que no

parecía propia de una niña pequeña.

—Tú más, cielo —respondió mi hermana con voz trémula.

Daniela sonrió y se fue corriendo por el pasillo seguida de León, que trotaba y ladraba detrás de ella.

—Ahora tienes dinero, Sofía, podrías ir a ver a un cirujano plástico y hacer algo con las cicatrices —comenté una vez a solas, insistiendo en un tema que se había convertido en tabú desde hacía años. Solo la curiosidad de Daniela me había permitido volver a sacarlo.

—No quiero hablar de ello, Vicky —contestó tajante, levantándose y tirando los restos del desayuno a la basura para empezar a lavar los platos.

Vale, lo había pillado. Por ahora mejor callarme.

Por la tarde, después de comer, llamé a Raquel para contarle que no había podido abrir la tienda el sábado porque había sufrido un accidente. La tranquilicé diciéndole que no había sido nada grave y no entré en detalles. Le pedí que aquella semana siguiera con el horario partido, ya que Sofía me había prohibido ir a trabajar tan pronto, y le confirmé que a partir de la semana siguiente recuperaríamos el horario normal. Se mostró preocupada por mi salud, pero muy contenta de poder dejar atrás el horario que tan mal le iba para poder ocuparse de sus hijos. Cuando

pensábamos que íbamos a pasar una tarde de domingo tranquila, llamaron al timbre y enseguida supe quién era, un capullo ansioso por recuperar su Jaguar. No tenía dudas.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó Sofía, que había ido a abrir la puerta—. ¿No has tenido suficiente?

Era él.

—He venido a ver cómo se encuentra tu hermana y a devolverle las llaves y el coche —respondió Iván con tono impaciente.

—Me las puedes dar a mí. El estado de salud de Vicky no es asunto tuyo.

—Déjame pasar un momento, por

favor.

—¡Sofía, déjale entrar! —grité desde el salón y en cuestión de segundos apareció seguido de mi hermana, que estaba enfurruñada y nada contenta con mi decisión.

Venía con gesto abatido, vestido con un polo negro y unos vaqueros con un roto en la rodilla. Estaba impresionante. Llevaba el pelo revuelto, barba de dos días y por un momento me recordó al chico del que me enamoré cuando entró por primera vez en casa de mi padre. Vio la mancha de sangre seca del sofá y negó con la cabeza, luego me miró a mí, que permanecía sentada en la otra punta con las piernas encogidas y sin un ápice de maquillaje en la cara...

«Debo estar preciosa», pensé con ironía.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Casi no me duele la cabeza y el chichón va disminuyendo.

—Me alegro, yo... —Miró de reojo a mi hermana, que permanecía de pie y de brazos cruzados, como si fuera mi guardiana, y luego se centró en mí—. Supongo que puedo dar por hecho que después de lo ocurrido no volverás a la oficina.

—Es evidente, Iván —confirmé.

—He roto el contrato. Quedas libre, pero voy a cumplir con mi parte del trato. —Sacó la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros y cogió del interior un papel doblado por la mitad

—. Esto es un cheque por valor de veinte mil euros, como habíamos acordado. Es tuyo.

—Pero ¡¿tú qué te has creído?! — exclamó mi hermana indignada—. No lo queremos. El dinero que necesita mi hermana ya se lo he prestado yo. Ahora lárgate de aquí —ordenó señalando la puerta.

De pronto apareció por el pasillo León, que, al ver a un desconocido y a mi hermana en actitud hostil, empezó a ladrar y a morderle los bajos del pantalón. Iván lo miraba impasible, sin creer que una cosita tan mona y tan pequeña fuera capaz de tanta furia.

—Esto es entre tu hermana y yo, Sofía —respondió muy serio, sin hacer

caso al perrito que intentaba saltarle encima.

—¡León! ¡Quieto! —grité alargando el brazo y cogiendo el cheque Iván tenía en la mano.

El perro se calló, aunque continuó mirando a nuestro invitado en posición de ataque, y entonces, ante las sorprendidas miradas de Sofía e Iván, rompí el cheque por la mitad.

—No sé qué demonios se me pasó por la cabeza para venir a pedirte ayuda. Te agradezco que te ocuparas de mí la otra noche, pero no creo que sea buena idea que volvamos a vernos —afirmé—. Es mejor que te vayas ahora, tu coche está intacto y aparcado donde lo dejaste.

—Victoria, tenemos que hablar, no

puedes...

—¿Estás sordo? —le interrumpió Sofía—. No quiere volver a verte y, ya puestos, yo tampoco. No me esperes por la oficina porque antes de trabajar contigo prefiero que me arranquen todas las muelas sin anestesia, capullo.

—Sofía, no mezclemos las cosas...

—No estoy mezclando nada. Has hecho daño a mi familia. Sabías perfectamente que Castilla era un salido y que iba a intentar algo con ella y aun así la dejaste en sus manos. ¿Has pensado en lo que podría haber ocurrido? —le recriminó—. No quiero verme envuelta en algo parecido porque a ti se te crucen los cables, ni mucho menos quiero volver a ver a mi hermana

en la misma situación.

—No debéis preocuparos por Castilla, me he ocupado de él —nos aseguró—. Le he despedido y le he mandado de vuelta a Madrid. Yo mismo me he asegurado de que alguien le llevara al aeropuerto esta tarde, pero antes le he arreglado la cara a hostias.

—¿Te has pegado con él? —pregunté horrorizada, fijándome en los nudillos enrojecidos y despellejados de su mano derecha.

—No, le he pegado yo —confirmó orgulloso—. Él solo ha tenido tiempo para mearse encima, el muy cabrón.

—Joder, Iván...

—Te hizo daño, no se iba a ir tan tranquilo y menos sabiendo que no le

denunciarás.

—No quiero líos, la adopción de Daniela está en juego y eso es lo primero —le recordé. Esa era la única razón por la que no quería mezclar a la policía.

—Pues no los tendrás, puedes estar tranquila —aseguró.

—Vete, Iván, por favor... —le supliqué. Su presencia me incomodaba y me alteraba. Debería odiarle y sin embargo...

—Está bien, me voy por ahora, pero vamos a hablar tarde o temprano, métetelo en la cabeza. —Entonces se dio la vuelta para mirar a mi hermana, que seguía con el brazo extendido señalando la puerta—. A ti te dejo unos días para

pensarlo. Quiero que trabajes conmigo, Sofía y tú también lo quieres.

—Antes muerta, gilipollas.

—Lo pensará, Iván —dije yo desde el sofá.

Él asintió y después salió por la puerta, cerrándola con suavidad para tranquilidad de todos. León se acomodó a mi lado, jugando con los restos del cheque de veinte mil euros que había hecho pedazos, y mi hermana se fue cabreada a la cocina. Mientras, me pregunté cómo era posible que después de lo que había ocurrido siguiera sintiendo que se me aceleraba el corazón al volver a verle. Siendo así, iba a tener serios problemas si insistía en hablar conmigo y no me dejaba en

paz.

# Capítulo 19

El lunes, a primera hora de la tarde, mis amigas se presentaron en casa. Sofía las saludó, pero se despidió enseguida diciendo que se iba a la peluquería y que luego recogería a Daniela en el colegio y la llevaría al parque para dejarnos hablar de nuestras cosas tranquilamente. Se lo agradecí porque quería poner al día a Lisa y a Su sin interrupciones y sin testigos de las consecuentes explosiones en cuanto supieran que había estado ocultando información importante.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó

Su.

Lisa venía de la cocina con unas tazas de té y unas pastitas que había comprado para merendar. Yo sostenía al bebé dormido en brazos, respirando tranquilo, con los puñitos cerrados y desprendiendo aquella maravillosa sensación de paz mezclada con su aroma a colonia infantil. Era para comérselo. Lo alcé un poco y besuqué aquella rechoncha mejilla para sorpresa de todas las presentes ya que mi faceta cariñosa les era desconocida, pero es que Víctor era todo un bombón y no podía resistirme.

—Estoy mejor, ya no me duele tanto la cabeza y el susto se me ha pasado — expliqué mientras arrullaba al bebé, que

gimoteó al perder el chupete—. Lo peor ha sido esta mañana cuando me he quitado el esparadrapo y Sofía me ha ayudado a lavarme el pelo con cuidado. —Me llevé la mano a la cabeza y rocé el pelón que quedaba oculto.

—No se te nota, Vicky, no sufras que el pelo crece más rápido de lo que imaginas, lo importante es que estás mejor —me dijo Lisa sirviendo el té—. Y con respecto a los puntos, por si te sirve de consuelo, acuérdate de que a mí hace poco me tuvieron que coser una zona mucho más sensible.

—¡Dios! Quitaa, quita... —exclamé horrorizada recordado el dichoso video de un parto que había visto en internet y que me había dejado traumatizada de

por vida.

—Y tú, Lisa, ¿cómo estás? Se te ve tristona —comentó Su.

Nuestra amiga había perdido aquel brillo que iluminaba su mirada desde que había encontrado la felicidad junto a Raúl y su bebé.

—No sé, últimamente siento que solo sirvo para cambiar pañales y dar de comer a Víctor. Echo de menos mi trabajo y mi independencia —se quejó con los ojos brillantes, a punto de llorar—. Pero a la vez me siento mala madre por pensar esas cosas.

—Venga, cielo, es normal. A muchas primerizas les pasa lo mismo, lo he leído en un libro sobre bebés y maternidad —le dijo Su.

—¿No estarás...? —pregunté con la boca abierta.

—¡No! Solo me documento. Eric y yo nos lo estamos planteando —confesó con las mejillas sonrojadas, muy ilusionada.

—Joder, dadme un respiro. Al menos que podamos salir de fiesta algún fin de semana para emborracharnos sin bombos de por medio. ¡Lo necesito! —me quejé.

—Tranquila, por ahora esperaremos. Necesitamos recuperarnos económicamente, la hipoteca nos está ahogando.

—Menos mal...

—¿Os acordáis de las tetas maravillosas que me crecieron cuando

me quedé embarazada? —nos interrumpió Lisa, ajena a lo que estábamos diciendo y centrada solo en sí misma. Ambas asentimos—. Pues se las está llevando este pequeño monstruo a succiones —se quejó cogiéndome al bebé para darle el pecho.

Víctor se agarró al pezón con un hambre atroz, despertando del séptimo cielo para caer en el paraíso de la leche materna. Por las miradas de amor que le lanzó Lisa mientras el niño mamaba, nos dimos cuenta de que, a pesar de estar muy estresada por la nueva situación, adoraba a su bebé por encima de todo. Así que no la regañé por haberle llamado pequeño monstruo ni por las barbaridades que estaba diciendo.

—Todavía las tienes hinchadas — dijo Su, señalando la delantera de nuestra amiga.

—Es por la leche, en cuanto deje de darle el pecho, adiós.

—No te quejes, Lisa. Algunas mujeres, después del embarazo, se quedan hechas polvo y llenas de estrías

—Tengo estrías —replicó ofendida.

—Chorradas... Lo que tienes son dos o tres marcas que se irán con cremas. Déjate de rollos y mira a ese bomboncito que tienes ahí. ¿Lo cambiarías por algo? —le pregunté y ella me miró horrorizada apretando al bebé contra su pecho.

—¡Por supuesto que no!

—Pues ahí lo tienes, es normal que

estés estresada, cansada y harta de lo que se te ha venido encima, que es muy grande, pero él lo compensa todo — comenté pensando que a mí me pasaba lo mismo con Daniela y ni siquiera había salido de mi cuerpo—. Además, ¿Raúl te sigue follando?

—¡Vicky! Por Dios —exclamó ofendida.

La muy mojigata... Lo peor era que se había estado tirando a aquel chulito de gimnasio a espaldas de todos durante meses y no nos enteramos hasta que la dejó preñada. Ya lo dicen, las mosquitas muertas son las peores.

—¿Sí o no? —insistí.

—Acabo de parir, ahora mismo no podemos...

—Venga, confiesa, guarrilla.

Se puso roja como un tomate y apartó la mirada.

—Vale... Sí que hacemos algunas cosillas cuando el bebé nos deja — murmuró avergonzada.

—¿Lo ves? Tema zanjado. Disfruta de la vida, de tu novio, del bebé y olvídate del tamaño de tus tetas y todas esas chorradas. A Raúl le pones con tetas o sin ellas, incluso después de parir. Eso es amor y lo demás son tonterías.

Su se reía de mis ocurrencias mientras se iba zampando una pastita detrás de otra. Luego se pasaría el resto de la tarde lamentándose de ello. Lisa seguía dándole el pecho al bebé sin que

le bajara el sonrojo y yo ya no sabía qué más decir para desviar la atención del tema que las había traído hasta allí.

—Venga, Vicky, corta el rollo y desembucha. Queremos saberlo todo y cuando digo todo, es todo —exigió Su con la boca llena de dulces.

En fin. Había llegado el momento de la verdad. Me dejaron hablar sin interrumpirme durante más de una hora, todo un récord siendo ellas. Lisa acabó de darle el pecho al bebé, le cambió el pañal y le durmió mientras yo hablaba. En su rostro solo aparecían gestos de incredulidad y sorpresa. Su se atragantó un par de veces con las dichosas pastas, que devoró mientras contaba algunos episodios escabrosos ocurridos durante

mi infancia con mi padre. Les relaté detalladamente mi historia con Iván, mi relación con Sofía, lo sucedido o, más bien, no sucedido con Alexei aquellos meses y mis recientes problemas económicos, que me había llevado hasta donde estaba ahora, con cuatro puntos de sutura en la cabeza y una deuda de veinte mil euros que iba a tener que pagar mi hermana pequeña. Su encontró cierta similitud entre lo ocurrido con Castilla y lo que vivió ella con su exjefe, que le pidió sexo como alternativa al despido, aunque lo mío había sido mucho peor ya que Castilla había llegado a usar la violencia. Aparte de ese breve comentario, no me interrumpieron y me dejaron hablar

hasta el final.

—¿Qué opináis? —pregunté con la boca seca de tanto hablar.

—Creo que hablo en nombre de las dos si digo que estamos tremendamente ofendidas por tu falta de confianza, Vicky —respondió Su mirando a Lisa, que asintió conforme—. Somos tus mejores amigas, o eso creíamos, y fuiste incapaz de pedirnos ayuda, ni siquiera de contarnos lo que estaba pasando.

—Podemos entender que te costara hablar de tu pasado. Lo de tu padre es... horrible —apuntó Lisa con un estremecimiento—. Pero mentirnos sobre tu relación con Alexei, no contarnos que tenías problemas de dinero... No sé, Vicky, no lo entiendo.

Parece que confías más en tu amigo, al que conoces desde hace apenas unos meses, que en nosotras que te conocemos de hace años.

—No es eso, chicas, para nada. Alexei también tuvo una infancia difícil y ambos nos sentimos identificados con la historia del otro. Hay cosas que solo puede entenderlas alguien que las ha vivido en su propia piel, pero no tengo más confianza con él que con vosotras. Tanto Su como tú sois parte de mi familia y os quiero por encima de todo.

—Entonces, ¿por qué nos hiciste creer que tenías un rollo con Alexei?

—No quería que me atosigarais con el tema de las relaciones. No estaba preparada para contaros la verdad sobre

mi pasado y pensé que fingiendo que tenía una historia con él, iba a tranquilizar vuestra sed de emparejarme.

—Eso es una excusa muy mala — murmuró Su, que se negaba a mirarme a los ojos. Ambas estaban muy dolidas, lo notaba.

—Estaba avergonzada, ¿de acuerdo? Esa es la verdad —confesé—. No quería que supierais que dejé que mi padre nos maltratara, ni que esa es la razón por la que me veo incapaz de mantener una relación sana y normal con un hombre. Tuve una infancia carente de amor y cariño y me cuesta muchísimo gestionar y aceptar las muestras de afecto. Además del daño que me hizo Iván cuando más vulnerable estaba,

creyéndole a él —me justificué—. Vosotras sois chicas maravillosas, con estudios, con inquietudes, con ganas de vivir la vida, con ilusiones y yo solo era alguien que ansiaba tener todo eso. Os envidiaba, quería ser como vosotras. Pensé que si os hacía creer que era mejor de lo que soy me aceptaríais. Me esforcé por ocultar mis miserias bajo esa apariencia de chica despreocupada y divertida.

—Vicky, no puedo creerlo. Estás insinuando que te sentías... ¿inferior? —preguntó Lisa con incredulidad.

—Así es —reconocí. Era exactamente eso.

Cuando las vi por primera vez en aquella clase de salsa, la tarde que nos

conocimos, las envidié, quise ser como ellas porque me parecieron auténticas, libres... Por eso las elegí, por eso fui tras ellas y entré en aquel vestuario dispuesta a conseguir ser una más, formar un grupo, tener su admiración y su amistad.

—Por el amor de Dios, llevamos cinco años idolatrándote, tía, ¿cómo puedes sentirte así? —cuestionó Su, que hasta se había levantado del sofá y daba vueltas por el salón anonadada.

—Idolatrabais a la Vicky que os había hecho creer que era, no a la real. Tenía miedo de que, si la conocíais, ya no os gustara.

—Estás chalada, en serio. —Su se plantó frente a mí y me señaló con el

dedo—. ¿Tan buena actriz te crees? Por supuesto que conocemos a la auténtica Vicky. Quizá nos sorprende esa inseguridad tan exagerada que estás demostrando esta tarde, pero ambas sabíamos que habías sufrido en el pasado y que eso te había dejado marcada. Nadie pensaba que eras perfecta, ni mucho íbamos a pensar que lo que pasó con tu padre fue culpa tuya.

—No sé, yo... estoy avergonzada.

—Vergüenza te tendría que dar no haber acudido a nosotras cuando empezaron los problemas en la tienda — me recriminó Lisa, que también se había levantado y había puesto al bebé en el cochecito con mucho cuidado de no despertarle.

—Su acaba de firmar una hipoteca y tú has tenido un bebé, ¿cómo iba a pedirnos que me prestarais veinte mil euros? —razoné.

—Peor era pedírselos al capullo de tu ex. Nosotras hubiéramos buscado una solución para ayudarte sin poner tu integridad física en peligro, por el amor de Dios.

—En aquel momento no vi otra solución. No sé, me obcequé.

—Bueno chicas, basta —terció Su—. Lo que nos duele es que no hayas contado con nosotras, Vicky. Te queremos, y no solo para los buenos momentos y las risas, también te queremos cuando necesitas un hombro sobre el que llorar. Esa perfección

detrás de la que te ocultas no parece humana.

—Joder, gracias. Así que era algo así como un robot, ¿no?

—Más o menos. La mujer de hielo, ya sabes...

—En fin, ¿podréis perdonarme? — pregunté poniendo ojitos de pena, sobre todo de cara a Lisa, que era la más blanda.

—Nos va a doler, pero no creo que podamos estar mucho tiempo enfadadas contigo, te queremos —admitió acercándose para abrazarme. Al cabo de unos segundos Su hizo lo mismo, sumándose a aquel abrazo a tres.

—Espero que a partir de ahora no nos mientas más, que confíes en nosotras

y nos pidas ayuda.

—Lo juro —prometí y permanecemos un rato abrazadas hasta que el llanto del bebé nos interrumpió.

—Me parece que vuelve a tener hambre —se lamentó Lisa.

—¿Otra vez? —preguntamos Su y yo a la vez.

—De qué os creéis que me quejo, ¿eh?

Visto así, tenía muchos motivos para estar agobiada.

Aquella semana fue tranquila. Sofía me acompañó al médico y me confirmaron que estaba bien y que el golpe en la cabeza no había tenido mayores consecuencias. Solo faltaba que

volviera a crecerme el pelo y que ninguna ráfaga de viento dejara en evidencia el pelón que me amargaba la vida.

Hablé con Alexei y me comentó que había empezado a trabajar en la cafetería y que estaba encantado, aunque se había cruzado un par de veces con Iván y había tenido que servirle el café quedándose con ganas de echárselo por encima de su traje de pijo capullo, según palabras suyas. Lo de levantarse temprano era un contraste con lo de acostarse a las ocho de la mañana, pero me aseguró que le gustaba mucho más y le permitía dedicarse a la novela, que era lo que realmente quería.

En aquel momento esperaba ansiosa

que llegara el lunes para empezar a trabajar de nuevo, totalmente recuperada. Echaba de menos mi tienda y estar de cara al público con la tranquilidad de tener pagadas todas mis deudas. Me juré que en poco tiempo le devolvería el dinero a mi hermana, aunque ella insistía en que no le debía nada, que eran cosas de familia y la familia estaba para eso. Lo único que iba a aceptar sin remordimientos era el sofá que había comprado, mucho más grande, mullido y cómodo que el anterior.

Como compensación por haber hecho que trabajara en unos turnos malísimos, le prometí a Raquel que durante un par de semanas iba a hacer yo

todos los turnos de tarde, así podría salir temprano. Le pedí a Sofía que se ocupara de Daniela y así me la saqué de encima ya que se había empeñado en ayudarme en la tienda ahora que ya no iba a trabajar para Iván. Quería a mi hermana y apreciaba su ayuda, pero no había nacido para atender detrás de un mostrador, así que la convencí diciéndole que me ayudaba más ocupándose de la niña. Aceptó a regañadientes y mantuve la esperanza de que recapacitara y se fuera a trabajar a la empresa familiar, que era donde tenía que estar. Mi padre ya nos había quitado bastantes cosas, no iba a permitir que también le arrebatara aquel futuro prometedor.

Aquel miércoles, después de tres días de trabajo que me habían sentado de maravilla, decidí bajar la persiana y aprovechar la última media hora para vestir un maniquí de medio cuerpo que adornaba las estanterías superiores. Estaba subida a la escalera, colocando el busto vestido con un jersey de punto en color verde lima, mientras escuchaba una emisora de radio que ponía canciones de los ochenta. Cyndi Lauper cantaba *I drove all night* y yo la estaba acompañando a pleno pulmón. De pronto un ruido a mis espaldas me sobresaltó. Me di la vuelta con la mano en el corazón y me llevé una sorpresa enorme al encontrarme de frente con un par de ojos grises que me miraban

preocupados.

—Sigues desafinando igual que antes —comentó Iván, acercándose peligrosamente a mí.

—¡Joder, qué susto me has dado! — exclamé cogiendo la mano que me tendía para ayudarme a bajar. El contacto fue electrizante e hizo que me recorriera un escalofrío.

—También sigues siendo una malhablada y una imprudente —continuó como si nada—. No deberías subirte a una escalera estando sola, sobre todo después de sufrir una conmoción.

—No pasa nada, tiene solo tres peldaños, por el amor de Dios —me quejé poniendo los ojos en blanco mientras me alisaba la falda y me

arreglaba la blusa.

Iván estaba impresionante. Lejos de aquella imagen de hombre de negocios trajeado, tenía frente a mí una versión mejorada del joven que conocí en Madrid, vestido con una cazadora de cuero, unos vaqueros y una camiseta desgastada, con el pelo alborotado y sin rastros de gel fijador.

—Da igual, sigue pareciéndome una imprudencia después de haber sufrido un golpe en la cabeza hace menos de diez días. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, gracias. Fui al médico y me dijo que todo estaba correcto.

—Me alegro mucho.

—¿Qué haces aquí? Ya estaba

cerrando —pregunté señalando la persiana bajada.

—Quería invitarte a cenar, tenemos que hablar.

—Ni de coña, no voy contigo ni a la vuelta de la esquina.

—Venga, Vicky, sabes que tenemos asuntos pendientes. Si no quieres cenar tomemos una copa, un café, un agua... Qué demonios, sentémonos ahí afuera en un banco, pero dame unos minutos, por favor —suplicó.

Por un momento me pregunté de qué tenía que hablar yo con Iván cuando todo estaba dicho, más aún después de lo ocurrido, pero entonces pronunció mi nombre como no lo había hecho en muchos años y mi corazón se saltó un

par de latidos. El muy cabrón aún sabía cómo ablandarme. Así que le eché la culpa a la conmoción cuando dije que sí, como si mis labios, mi lengua y mi voz fueran los de otra persona que controlara mi voluntad.

—Con una condición. —Él enarco las cejas a la espera—. No quiero ir a ningún sitio de esos caros en los que tengo que pasar más de diez minutos pensando cuál es el tenedor correcto para comer el pescado y cuál el de la carne.

—Eso está hecho, preciosa — aceptó guiñándome un ojo.

Maldición, ¿por qué tenía que estar tan bueno y yo ser tan débil?

—Llamaré a Sofía para decirle que

no iré a cenar.

Asintió y entré en la trastienda, donde cogí el bolso y saqué el teléfono. Le dije a Sofía que había quedado para cenar con Su y a ella le pareció genial. Se ofreció a dar la cena a Daniela y acostarla, aconsejándome que me relajara y lo pasara bien. Si ella supiera... No me gustaba mentirle, pero le hubiera sentado fatal que me fuera a cenar con Iván porque en aquel momento le consideraba nuestro peor enemigo.

Cuando colgué guardé la recaudación del día en la caja fuerte, apagué la radio y las luces y salí. Iván me esperaba en la calle consultando algo en su teléfono móvil. Después de poner la alarma y cerrar la persiana,

empezamos a caminar en dirección desconocida. Mientras avanzábamos me froté los brazos para entrar en calor. Por las noches empezaba a hacer frío y yo solo llevaba una cazadora fina sobre la blusa.

—Enseguida llegamos —me dijo viéndome tiritar—. Mientras cerrabas, he buscado en internet un restaurante que se ajustara a tus condiciones y he visto que hay uno a un par de calles.

—Muy eficiente —comenté acelerando el paso. Lo último que quería era pillar un resfriado.

—Es mi segundo nombre —bromeó.

Al doblar la esquina, apareció frente a nosotros la luminosa entrada de

un pequeño restaurante de comida italiana. Había pasado por delante alguna vez, normalmente de día, y no me había fijado mucho en el local. Pequeñas velas titilaban sobre las mesas decoradas con manteles a cuadros rojos y blancos, convirtiendo el ambiente en íntimo y acogedor. Nos acompañaron a la mesa y nos dejaron un par de cartas después de preguntarnos qué queríamos beber. Iván se encargó del vino. En eso era el experto, aunque parecía decepcionado por la escasa variedad. Pidió uno que debía ser más caro que mi presupuesto de la semana para comida, pero allá él y lo que hacía con su dinero. Me coloqué la servilleta sobre las piernas y me dediqué a picotear los

*grissini* con especias y queso. Iván hacía el paripé con el camarero saboreando el vino y dando su aprobación. El restaurante no era caro, pero sus modales seguían pareciéndome demasiado refinados y me hacían sentir incómoda. Ambos nos decidimos por una ensalada y los *farfalle* al pesto. Cuando nos sirvieron los entrantes y el camarero se retiró, Iván me sonrió y alzó su copa.

—¿Se ajusta este lugar a tus exigencias? —preguntó.

—No está nada mal. No lo conocía y seguramente repetiré. Pero te prefería cuando bebías cerveza directamente del botellín y no te dedicabas a la cata de vinos caros —le dije alzando mi copa y

saboreando el delicioso tinto.

—Aunque no te lo creas sigo haciéndolo, algunas cosas no cambian nunca, pero también he aprendido a valorar otras desde que puedo permitírmelas.

—Has cambiado, pero aún recuerdo la primera vez que te vi... —murmuré rememorando aquel instante en el que una parte de mí que desconocía cobró vida—. Incluso aquellas gafas de sol de mercadillo que llevabas te hacían parecer atractivo.

—¿Ahora ya no te lo parezco?

—Me lo pareces hoy, cuando te quitas el disfrazas y no finges ser lo que no eres.

—No te confundas, Vicky, ahora soy

exactamente lo que siempre he querido ser —afirmó muy seguro de sí mismo y se quedó un momento pensativo—. Yo también me acuerdo de la primera vez que te vi. Me pareciste preciosa e inalcanzable, pero me prometí a mí mismo que algún día estaría a tu altura.

—Siempre lo estuviste, Iván. El problema fue que no te diste cuenta, con eso jugó mi padre.

—¿Por qué le odias tanto? Nunca me contaste los motivos reales.

—Ya te lo dije. No era una buena persona, dedicó toda su vida a hacernos daño y aprovecharse de los demás. Lo único que amaba era su asqueroso dinero.

—¿Ese fue el motivo por el que te

largaste de un día para otro? ¿El motivo por el que ni siquiera te dignaste a aparecer el día de su funeral o de responder a sus llamadas cuando sabías que se estaba muriendo? —me reprochó.

—¿Eso te dijo? ¿Qué me había llamado cuando estaba enfermo? —Me reí con ganas—. Desde el momento en que salí de casa de mi padre hace quince años, no tuve noticias de él. El único que se puso en contacto conmigo fue su abogado para comunicarme que me había desheredado. El muy cabrón se pensaba que podría comprarme con dinero.

—Me dijo que te había llamado y que te habías negado a hablar con él.

Iván parecía desconcertado. ¿Sería

verdad que era tan ingenuo como para no ver al monstruo detrás del disfraz?

—No me llamó, pero ¿qué más da? Está muerto y no puedes preguntárselo, además, seguramente le creerías a él. — Suspiré y dejé el tenedor sobre el plato, de repente ya no me apetecía seguir saboreando aquella deliciosa ensalada —. No quiero seguir hablando de mi padre, no quiero dedicarle ni un segundo más de mi vida. Si es de eso de lo que querías hablar, será mejor que me vaya.

—¡No! —exclamó poniendo una mano sobre la mía, que descansaba encima de la mesa, como si así pudiera retenerme y evitar que me fuera—. Tienes razón, yo también me he dado cuenta de que lo mejor es dejar el

pasado atrás y empezar de cero, de eso quería hablarte.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gustaría que saliéramos de vez en cuando. A cenar, al cine, no sé... a hacer cualquier cosa que te guste —propuso inseguro—. Quiero que nos conozcamos de nuevo sin el peso del pasado. Después de lo ocurrido estas últimas semanas, me he dado cuenta de que sigues importándome. Si no fuera así, no me hubiera involucrado contigo de esta manera.

—Me estás proponiendo que... ¿salgamos juntos? —pregunté incrédula—. ¿Cómo una pareja?

—Sí, ¿por qué no? —confirmó—. Me gustas, te gusto y entre nosotros

siguen saltando chispas. Mira lo que pasó en la discoteca... Creo que deberíamos intentarlo.

—¿Te has vuelto loco? Después de lo que ha pasado quieres que... ¿lo intentemos? —Asintió cada vez más convencido. Yo no daba crédito. De todas las cosas que podría haberme dicho, aquella era la que menos me esperaba—. Pensaba que me odiabas, incluso te pillé follando con Anabel después de lo que ocurrió entre nosotros —argumenté para hacerle entrar en razón.

—Ya te dije que aquello fue cosa de una vez y que lo hice porque estaba cabreado. Ni siquiera lo recuerdo —explicó quitándole importancia—, pero

tengo grabado en la mente cada segundo de los que pasamos en aquel baño. Lo repito mentalmente una y otra vez y quiero volver a sentirlo porque fue... increíble. No puedes negar que tú también sentiste lo mismo, estaba allí y lo vi en tus ojos.

No, no podía negarlo. Follar con Iván era una experiencia de otro planeta, pero de ahí a plantearme una relación con él había un mundo. Nos habíamos hecho daño en el pasado y nos lo habíamos vuelto a hacer al reencontrarnos, sobre todo él a mí, y no estaba segura de si quería seguir con aquello. Me había costado mucho forjarme una nueva vida y ser capaz de permitir que las personas importantes

podrían acercarse a mí. Además, ahora ya no estaba sola, Daniela formaba parte de mi vida y tenía que velar por sus intereses por encima de los míos. Volver a empezar una relación que ya estaba terminada me parecía una locura, pero luego miraba a Iván, sentado frente a mí, ilusionado, tan parecido al chico del que me enamoré, y mi cuerpo traicionero reaccionaba. Recordaba lo que había sentido al tenerlo dentro hacía apenas unas semanas y quería más, mucho más... Quería saciarme y eso con Iván era imposible. Nunca tendría suficiente y si me permitía una debilidad como aquella, la que volvería a sufrir sería yo.

—Si el problema es el gilipollas ese de las greñas con el que sales, yo...

—Alexei no tiene nada que ver en esto —le corté—. Reconozco que le he utilizado para provocarte y no quiero mentir más. Somos amigos, pero entre nosotros nunca ha habido nada.

—Te vi besarle aquella noche en la discoteca y después os vi abrazados en la puerta de la oficina. Eso me puso furioso, lo reconozco.

—Puro cuento... Alexei y yo somos como hermanos, jamás me acostaría con él, te lo juro.

—Joder, pues me teníais bien engañado —gruñó—. ¿Estás segura de que él no está interesado? Porque a mí me lo parece...

—Te aseguro que no. A Alexei no le interesa ninguna mujer, ni siquiera le

interesa el sexo —se me escapó y al momento me arrepentí.

Mierda, había hablado demasiado.

—¿En serio? ¿Es gay? —preguntó incrédulo.

—No, claro que no —negué y pensé una manera lógica de explicarle aquello sin revelar ningún secreto—. Ahora mismo pasa de todo eso. Él... bueno, digamos que tuvo un pasado complicado.

—¿Complicado? ¿En qué sentido?

—Mira, no sé cómo explicártelo y no quiero hablar más de la cuenta. Lo único que te interesa saber es que entre Alexei y yo no hay nada, te doy mi palabra.

Él seguía mirándome con el ceño

fruncido, pero sonrió complacido y asintió.

—Estupendo entonces. Un problema menos del que preocuparse. —se alegró—. ¿Qué me dices de lo de intentarlo?

—Pues no sé qué decirte. Me has dejado perpleja con tu propuesta. Ni siquiera me había planteado la posibilidad de volver a acostarme contigo, mucho menos tener una relación.

—Piénsalo, no hay prisa. Si fuera un no rotundo o la propuesta te pareciera ofensiva ya me habrías tirado el vino por la cabeza. Nos conocemos, aunque creas que ya no —bromeó.

Pero estaba en lo cierto, tenía ganas de pensar en ello. Sabía que todo el

mundo iba a decirme que estaba metiéndome en un buen lío, pero Iván era mi debilidad, siempre lo había sido.

—Lo pensaré —dije y se le dibujó una sonrisa enorme en los labios—. Pero no te emociones, la balanza está muy inclinada hacia el no.

—Mientras haya una mínima posibilidad de que digas que sí, haré lo que sea. Incluso desempolvar esas viejas gafas de sol de mercadillo que tanto te ponían —prometió con un brillo travieso en la mirada.

Estaba perdida.

Después de cenar y rechazar el postre, salimos a la calle e insistió en llevarme a casa. Le dije que iba a coger un taxi, pero se negó y me arrastró al

interior del Jaguar, haciendo rugir el motor como un niño pequeño enseñando su juguete favorito.

Hombres...

Le obligué a aparcar un par de casas más adelante para que Sofía no pudiera vernos si seguía despierta. Le había dicho que cenaba con Su y no quería que me pillara.

—Me gustaría besarte —me dijo desabrochándose el cinturón y girándose hacia mí.

A mí también me hubiera gustado que lo hiciera, pero no iba a permitirlo. No era tan fácil y necesitaba poner límites si no quería que aquello se nos fuera de las manos.

—Ya, pero cuando hablas de besos,

a mí me viene a la cabeza la lengua de Anabel, hundida hasta el fondo de tu garganta, y se me quitan las ganas — respondí desabrochándome el cinturón y abriendo la puerta—. Tendrás que hacer algo para que lo olvide —propuse sin dejarle añadir nada más.

Pero él tenía sus propias ideas, así que me cogió del brazo y me hizo caer contra su pecho, me giró la cara y se inclinó hasta rozar los labios con los míos en una caricia muy sutil, como el aleteo de una mariposa. Estaba tan sorprendida, que tuve que parpadear un par de veces cuando me vi de nuevo sentada en mi asiento, como si todo aquello no hubiera ocurrido.

—Buenas noches, Vicky —se

despidió poniendo las manos sobre el volante.

Salí sin decir nada y caminé en dirección a mi casa, escuchando el rugido del motor del coche, con una sonrisa de bobita dibujada en los labios.

# Capítulo 20

—Esta noche ha llamado Su diciendo que quería hablar contigo para saber cómo te encontrabas —me dijo Sofía cuando entré por la puerta—. Menuda casualidad si justamente estabais cenando juntas, ¿no?

Genial, me había pillado. Decidí que lo mejor era contar la verdad, no quería más mentiras ni engaños en mi vida.

—Lo siento —me disculpé sentándome a su lado en el sofá—. He cenado con Iván.

—¡¿Qué?! —exclamó pegando un

brinco—. ¿Con ese capullo? ¿A santo de qué?

—No lo sé... —reconocí negando con la cabeza. Si fuera al revés, a mí también me parecería increíble—. Se presentó en la tienda a última hora y supongo que me pilló con la guardia baja. No te lo he dicho porque sabía que te enfadarías.

—Joder, Vicky... Todavía te gusta.

No era una pregunta, así que no me molesté en responder.

—La noche que salimos de fiesta me lo tiré.

—¡¿Qué?! —Otro brinco—. Eso no me lo habías contado.

—Estaba avergonzada —me excusé.

—¿Y qué demonios quería hoy?

—Quiere volver a intentarlo,

empezar de cero...

—No puedo creerlo —murmuró con

los ojos abiertos como platos—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que me lo pensaría.

Mi hermana no se lo podía creer y lo entendía.

—Sabes lo que te voy a decir, ¿no?

—me preguntó rodeándome con los brazos.

—No lo digas... Hablemos mañana

—le pedí, cerrando los ojos y deseando que al día siguiente me despertara con una respuesta para ello.

Pero al día siguiente la cosa

empeoró... Por la tarde llegó un repartidor con un precioso ramo de calas, mis flores favoritas, y una nota.

*«Todavía recuerdo todas las cosas que te gustan».*

No estaba firmada, pero sabía perfectamente de quién era. El martes llegaron más y el miércoles, cuando el repartidor me entregó una caja rectangular en forma de estuche, temí que fuera una joya. Esperaba que Iván no intentara comprarme con regalos caros porque entonces sí que habríamos terminado antes de volver a intentarlo. Sin embargo, cuando rasgué el papel y abrí la caja, me quedé con la boca

abierta... ¡Eran las gafas de sol de las que habíamos estado hablando! No podía creer que aún las conservara. Debía haber comprado unas parecidas en un bazar, pero fue un detalle que me llegó al corazón. El jueves recibí un paquete más grande y el repartidor me dijo que venía con instrucciones. Tenía que leer la tarjeta antes de rasgar el papel.

*«Este no es para ti. Lo siento, preciosa, pero pasé por la tienda, lo vi y supe que a Daniela le encantaría. ¡No lo abras hasta llegar a casa!».*

Joder, le había comprado un regalo a Daniela... Comprenderéis que mi

corazón empezaba a fundirse como mantequilla en el microondas. Sé que la comparación no es muy romántica, pero me parece la más acertada para describir cómo me estaba ablandando. Sofía me miraba mal cuando llegaba a casa y le enseñaba los regalos, pero aquella noche se mostró muy sorprendida al saber que el paquete que había llegado no era para mí, sino para Daniela, que ya rasgaba el papel, ansiosa por descubrir qué contenía la caja.

—¡Es el castillo de Elsa, mami! — gritó histérica, sacudiendo la caja al ritmo de los saltos de alegría que pegaba.

Llevábamos unos cuantos días

hablando de la Navidad, iban a ser la primera que pasaríamos juntas y nos estábamos emocionando antes de tiempo, así que sabía sobre todas las cosas que el castillo de Elsa estaba arriba del todo de su lista de deseos y también que costaba un dineral para ser solo un montón de plástico, y ahora Iván se lo había regalado y la había hecho feliz. Mierda... Estaba perdida. Os lo digo desde ya, aquello no tenía solución. Yo ya no era dueña de mí misma y estaba en manos de Iván, el puto encantador de serpientes. Por irracional y equivocado que fuera, estaba enamorada. Necesitaba volver cuanto antes a la consulta de Magda porque decir que aquello se me había ido de las

manos era quedarse extremadamente corta.

Sobra decir que aquella noche nos acostamos casi a la una de la madrugada entre montar el dichoso juguete y dejar que lo disfrutara un rato. Fue imposible llevarla a la cama. Además, estaba tan emocionada que no se podía dormir. Ahora Iván era su héroe. Pobrecita, mi niña, otra víctima más de los encantos de aquel cretino... Sofía me besó en la cabeza y me apretó el hombro en señal de ánimo cuando me encontró sentada en el sofá releiendo la nota.

—Ya no hay nada que hacer, ¿no?  
—me preguntó, sentándose a mi lado y pasándome una copa de vino.

Negué con la cabeza insegura. Aún

me daba miedo decirlo en voz alta y me escondí tras la copa, de la que di un buen trago.

—Le ha comprado el maldito castillo de Elsa a la niña y me regaló las gafas de sol que llevaba el día que nos conocimos, hace dieciséis putos años... ¿Cómo quieres que me sienta?

—No sé... ¿Cabreada? ¿Disgustada? ¿Ofendida? ¿Rabiosa? —enumeró—. La lista es larga. Te dejó marchar, no fue a por ti y se quedó con papá, creyéndole. Hace unos días se acostó contigo y poco después se estaba tirando a su secretaria mientras te obligaba a trabajar con un baboso que te agredió y te hizo una brecha en la cabeza. ¿Cómo te hace sentir a ti eso?

—Me hace sentir como una adolescente estúpida, enamorada hasta las trancas, Sofía, y eso me tiene acojonada porque lo único que quiero es lanzarme a sus brazos y olvidarme del mundo.

—No va a ser fácil, lo sabes, ¿no?  
—Asentí—. Todavía acumuláis mucho resentimiento y tú sigues sin contarle los motivos reales por los que te fuiste.

—Esos motivos te implican a ti y sé lo poco que te gusta hablar del tema —le recordé—. Si papá no te hubiera hecho daño quizá hubiera aguantado, pero tenía que sacarte de allí y yo no podía quedarme. Si Iván me lo hubiera pedido me hubiera quedado con él, pero no me creyó. Si me hubiera apoyado

jamás le hubiera dejado, pero prefirió el dinero y el poder que podía darle papá.

—No te escudes con lo mío, Vicky. Si se lo quieres contar tienes mi permiso —dijo dejándome perpleja—. Hasta hace poco consideraba a Iván como a un hermano y, por muy cabrón que sea, no sería capaz de utilizar mis cicatrices para hacernos daño.

—No sé, ya veremos. Por ahora voy a esperar al siguiente movimiento.

No tuve que esperar mucho. El viernes por la tarde llegó el repartidor con un sobre y otra nota. Era ridículo, pero reconozco que lo había estado esperando ansiosa y aquel día casi me quedé sin uñas porque vino una hora y

media más tarde de lo que solía hacerlo normalmente. Le arranqué la nota y el sobre de las manos y le despedí sin rastro de simpatía. El pobre pagó mi tensión acumulada. Dentro del sobre encontré un par de entradas. «El Lago de los cisnes» se representaba en un conocido teatro del centro y, no sé cómo, Iván averiguó que me moría de ganas de ir.

*«Me encantaría que fuéramos juntos al teatro mañana por la noche, después podríamos ir a cenar. Sin embargo, si no te apetece que te acompañe, espero que disfrutes de las entradas con quien desees. Si estás interesada en ir conmigo házmelo*

*saber. Por cierto, ¿le gustó el regalo a Daniela? Espero que sí».*

Me guardé las entradas y la nota en el bolso y lo consulté con Sofía durante la cena, aquella misma noche.

—Quieres ir, él quiere que vayas, lleva toda la semana trabajándose con un único objetivo... No lo alargues más, te conoce y sabe exactamente qué teclas tocar contigo. No sé qué busca Iván con todo esto, pero tú estás deseando dárselo, así que adelante.

—¿Tú crees que me conviene?

—Claro que no, pero si fuera fácil no sería amor.

Cuando me metí en la cama cogí el móvil y me conecté a WhatsApp para

mandarle un mensaje. Su última conexión era de hacía casi dos horas, a lo mejor estaba durmiendo o había salido por ahí, aun así lo intenté.

*Vicky: ¿Desde cuándo te gusta el ballet?*

Pulsé la tecla «enviar» y no tuve que esperar ni treinta segundos para recibir respuesta. ¡Qué rapidez! Ya estaba en línea y escribiendo... El corazón me iba a mil.

*Iván: Desde el mismo momento en que me digas que vas a ir conmigo.*

Respondió y a mí se me dibujó una

sonrisa en los labios.

*Vicky: A Daniela le encantó el castillo de Elsa.*

*Iván: Me alegro... Y a ti, ¿qué regalo te ha gustado más?*

*Vicky: ¿Todavía tienes que preguntarlo?*

Respondí y le mandé un emoticono con gafas de sol.

*Iván: Sabía que las gafas serían una apuesta ganadora.*

*Vicky: Jugabas con ventaja... ¿Son*

*las mismas?*

*Iván: Claro, preciosa, son mis gafas de la suerte desde que conseguí una cita contigo, ¿cómo no iba a conservarlas?*

Estaba convencida de que mentía, pero no me importaba creer un poco en la magia aquella noche.

*Iván: ¿Vendrás conmigo mañana? Prometo no ponerme ropa de marca.*

*Vicky: Para ir al ballet está permitido vestir elegante. ¿A qué hora pasarás a recogerme?*

*Iván: A las ocho y media estaré en tu casa. Acabas de conseguir que me meta en la cama con una sonrisa de oreja a oreja.*

Le mandé un emoticono sonriente pero no le respondí nada más porque lo que él había conseguido conmigo en una semana era algo mucho más grande y me daba un miedo de narices.

El sábado le pedí a Raquel que hiciera el turno de tarde para tener tiempo de ir a casa y arreglarme. Odiaba mi pelo con todas mis fuerzas. Entre la cicatriz y el pelón poca cosa podía hacer. Sofía me ayudó con la plancha y

el secador para darle volumen sin rozar la zona afectada, logrando que quedara lo más disimulado posible, y me hice un recogido en la nuca, que adorné con un pasador de Swarovski que me había regalado Lisa por mi cumpleaños. Me puse un vestido precioso de terciopelo negro y manga hasta el codo y rematé el conjunto con unos zapatos en color rojo oscuro que iban a juego con el *clutch* de Carolina Herrera en el que cabía lo justo, pero que era divino. Guardé el pintalabios rojo, el móvil y un pequeño monedero y recé para sobrevivir solo con eso en mi bolso.

—Llévate unas bragas de recambio también —me aconsejó Sofía mientras me aplicaba máscara de pestañas y me

daba los últimos retoques.

—No seas guarra —respondí mirándola a través del espejo con un ojo entrecerrado.

—Ambas sabemos que esta noche no vas a dormir en casa.

—Eso no es verdad —me quejé, aunque tenía mis esperanzas.

—Seguro que Iván ha cambiado las sábanas y todo... Sabe que esta noche va a mojar.

—¡Sofía! —me quejé.

Siempre era yo la que hacía aquellas bromitas picantes a mis amigas, pero no me gustaba estar al otro lado y recibirlas.

—Mira, es un capullo, pero está muy bueno. Puedo entender que quieras

tirártelo, solo digo que no pongas el corazón en juego, ¿de acuerdo?

«Demasiado tarde», pensé.

—La que tendría que salir con algún chico a divertirse eres tú, Sofía. Eres joven, estás soltera, no tienes responsabilidades... No sé a qué demonios estás esperando.

—No tengo tiempo —se justificó, pero era una excusa barata.

—Venga ya, ni siquiera trabajas. Tienes que empezar a salir.

—Paso de tíos.

De pronto sonó el timbre y mi hermana se levantó de un salto para ir corriendo a abrir. Se había librado, pero íbamos a seguir profundizando en el tema de su falta de relaciones

sentimentales, me prometí. Me di un último repaso y fui al salón. Iván estaba sentado en el sofá con Daniela, que le enseñaba el castillo de Elsa que él mismo le había regalado, y escuchaba muy interesado todo lo que mi pequeña le contaba. Sofía observaba la escena apartada, de brazos cruzados y mirada indescifrable. En cuanto me vio aparecer por el pasillo me los señaló con la mano y se encogió de hombros. Aquello empezaba a parecer uno de aquellos rompecabezas imposibles en los que de pronto encontrabas la pieza clave y todo encajaba con asombrosa facilidad. ¿Os he dicho ya lo cagada de miedo que estaba? Carraspeé para llamar su atención y ambos levantaron

las cabezas y me miraron con idénticas expresiones de admiración.

—Mami, ¡estás guapísima! — exclamó Daniela, que vino corriendo para abrazarme.

—Estoy totalmente de acuerdo — respondió Iván, que se levantó del sofá y se abrochó el botón de la americana negra que vestía. Estaba muy atractivo con aquel traje a medida y camisa a juego.

—Gracias, tú también estás muy elegante.

—¿Puedo ir con vosotros? — me preguntó Daniela, tirando del bajo de mi falda.

—Hoy no, cielo. Te quedas con tía Sofía.

—Claro, peque, lo pasaremos genial. Cenaremos porquerías y comeremos palomitas mientras vemos una peli.

—No os paséis, eh —les advertí. No quería volver a pasar otra noche entre vómitos y dolores de tripa.

—Yo controlo —aseguró mi hermana.

—Si a Vicky le parece bien, podemos ir un día al cine —propuso Iván, agachándose para quedar a la altura de la niña y acariciarle los tirabuzones oscuros.

—¡Sí, mami! Di que sí —me suplicó dando palmaditas.

—Ya lo hablaremos —respondí lazándole una mirada de advertencia a

Iván antes de inclinarme y darle un beso en la mejilla a la niña—. Pórtate bien, ¿vale?

Me puse el chal sobre los hombros. Aunque hacía un poco de frío, con aquello sería suficiente. Iríamos del coche al teatro y luego hasta el restaurante sin apenas estar en el exterior. Nos despedimos de las niñas y nos fuimos.

Iván aguantó toda la función sin quejarse, pero le pillé un par de veces consultando el móvil, oculto en la penumbra. Fue muy amable al tenderme un pañuelo cuando se me escaparon algunas lágrimas en mitad de la representación, que fue mágica y sublime y me emocionó muchísimo.

Todo el mundo pensaba que era fría como el hielo, pero era todo lo contrario. Salimos del teatro y me llevó al maravilloso restaurante en el que había reservado mesa. Era pequeño, familiar y de aspecto elegante. Me encantó.

—¿Cómo sabías que quería ir a ver la obra? —le pregunté entre plato y plato.

Él se limpió la comisura de los labios con la servilleta antes de responder.

—Bueno, podría hacer trampa y decir que sigo conociéndote demasiado bien, pero lo cierto es que las horas que pasé con Daniela en la sala de espera de urgencias la otra noche dieron mucho de

sí.

—¿Te lo contó Daniela? —pregunté sorprendida.

Él asintió un poco avergonzado por haberse aprovechado de la candidez de una niña para sonsacarle información.

—Es una fuente inagotable de información —reconoció—. Me habló del teatro, del castillo de Elsa... —enumeró.

—¡Qué tramposo! Me has estado haciendo los regalos adecuados gracias a Daniela —bromeé.

En realidad todo aquello me daba igual. Era como si de un plumazo se hubiera borrado todo lo malo y, después de lo ocurrido con Castilla, se nos hubiera brindado la oportunidad de

empezar de cero.

—Lo reconozco, pero lo de las gafas de sol es solo cosa mía y, si no me equivoco, fue el regalo que más te gustó. —En eso tuve que darle la razón—. Lo has hecho bien con la niña, Vicky —reconoció cambiando de tema—. Nunca pensé que fueras esa clase de persona y me he llevado una sorpresa.

—¿Qué clase de persona? —pregunté enarcando las cejas.

—Familiar.

—Ah... —suspiré—. Mi familia no fue un buen ejemplo para mí, pero al conocer a Daniela me di cuenta de que necesitaba desesperadamente un hogar y que yo podía dárselo, que estaba preparada para ello. Aquel sentimiento

estaba dentro de mí, dormido y ella lo despertó.

—Quiero que sepas que si necesitas cualquier tipo de ayuda con el tema de la adopción puedes contar conmigo. Conozco a excelentes abogados, de total confianza, y a gente con influencia.

—Gracias, Iván. Por ahora no lo necesitamos, pero lo tendré en cuenta —respondí por educación.

No era mi intención volver a pedirle ayuda después de la reciente experiencia. Mejor dejar pasar un tiempo y centrarnos solo en conocernos de nuevo, sin presiones ni favores.

—De acuerdo —aceptó—. Solo quería que supieras que puedes contar conmigo. Daniela me gusta.

—Tú también le gustas a ella.

Mucho.

—¿Y a ti?

Me sonrojé, no pude evitarlo. Yo, la reina de hielo, una reputada soltera, adicta a las relaciones esporádicas, me sonrojaba porque un tío me preguntaba si me gustaba. En realidad, no era solo un tío, era Iván, mi primer y único amor.

—¿Te gusto, Vicky? —repitió en aquel tono seductor que utilizaba cuando quería conseguir algo de alguien de inmediato—. ¿Te gusto lo suficiente como para pasar esta noche conmigo? —preguntó, inclinándose hacia adelante y clavando sus ojos grises en mí.

Tras oír aquella propuesta, me atraganté con el vino que bebía para

disimular y no parecer demasiado nerviosa. Podría haber causado un estropicio, pero fui capaz de dejar la copa en la mesa y disimular la tos detrás de la servilleta.

—Joder, Iván... —me quejé en cuanto me recuperé—. No te andas con rodeos.

—¿Para qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Sabes que te deseo con una intensidad brutal y que, cuando estás cerca de mí, el resto del mundo deja de existir. Me pasa lo mismo desde la primera vez que te vi y eso es algo que no se ha borrado con los años. Te quiero en mi cama y estoy dispuesto a hacer lo que sea para tenerte en ella. Perder el tiempo me parece un

ejercicio inútil. Ahorrémonos los rodeos, nunca han ido con nosotros.

—Bueno, yo... no sé qué decir a eso —confesé ruborizada, sintiéndome estúpida por pensar que aquello parecía una declaración de amor—. No quiero que vuelvas a engañarme con tus tretas.

—Déjate engañar... Solo esta noche. Quizá te llesves una sorpresa. Quizá no soy lo que imaginas. Quizá busco otras cosas, las mismas que tú...

Aquella propuesta más que un engaño parecía una promesa y, aunque me tentaba la idea de hacerme la dura, con treinta y cuatro años a mis espaldas y sin ganas de perder el tiempo, me decidí y fui a por lo que quería. Siendo fiel a mí misma, siempre he sido una

mujer que actúa por impulsos. El tiempo del arrepentimiento lo dejó para luego, una vez cometida la locura.

—De acuerdo, esta noche, Iván — confirmé y a él los ojos le brillaron depredadores.

De pronto el aire a nuestro alrededor cambió y se volvió denso. Me sentí sofocada, con muchísimo calor y muy necesitada. Alzó la mano haciendo un gesto al camarero para que nos trajera los postres, pero cuando llegó a la mesa fui más osada y los rechacé.

—Traiga la cuenta, tenemos prisa —pedí y él me sonrió satisfecho.

El trayecto en coche se me hizo corto, quizá fue porque Iván pisó a fondo el acelerador y apenas se detuvo

en ningún semáforo en rojo. Vivía cerca del edificio de oficinas donde trabajaba, la única vez que había estado allí había sido la otra semana y no me había fijado bien. Ni siquiera cuando Alexei vino a buscarme y me llevó a casa a la mañana siguiente me di cuenta de dónde estábamos exactamente. El ático me seguía pareciendo frío y funcional. No había nada allí que indicara que era el hogar de Iván, ni detalles personales ni calidez, aunque seguía habiendo flores frescas en el comedor y todo estaba extremadamente limpio y ordenado. Supuse que no era la clase de hombre que pasaba demasiado tiempo en casa. Además, hacía poco que se había instalado y seguramente no había tenido

mucho tiempo para decorarlo a su gusto.

Me senté en uno de los sofás y me quedé contemplando el espléndido diván que tanto me había llamado la atención la otra noche, donde me dejó recostada mientras me preparaba un baño. Ahora estaba sirviendo unas copas y poniendo música. Cuando me acercó el vaso, me bebí el contenido de un trago y sentí la quemazón del *whisky* bajándome por la garganta. Tosí y lo dejé sobre la mesa.

—No te pongas nerviosa, Vicky, no vamos a hacer nada que tú no quieras — aseguró, de pie junto al sofá—. Quiero que estés a gusto y relajada, podemos simplemente conversar, me parecerá perfecto.

No lo creía, pero estaba bien que lo

dijera para tranquilizarme. Dejó su vaso lleno al lado del mío, se quitó la americana y se aflojó el nudo de la corbata. Lanzó ambas piezas al otro sofá y empezó a desabrocharse los puños de la camisa.

—No estoy nerviosa —mentí y en un impulso cogí su vaso de *whisky* y también me lo bebí de un trago.

Él me miró enarcando una ceja, pero no dijo nada. Yo tenía mi propio debate interno, así que por más que hubiera dicho, tampoco le hubiera prestado atención. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Me pregunté recorriendo con la mirada el cuerpo escultural de aquel hombre. ¿De verdad iba a acostarme con él? ¿A empezar algo

con él? No lo sabía, lo único que tenía claro era que aquel espécimen perfecto era capaz de poner en alerta todos mis sentidos. La sangre se me había calentado de tal manera que la sentía recorriendo mis venas, llenando de calor mi cuerpo. Tal vez por la mañana me levantara y me diera cuenta de que aquello solo era otro error para añadir a mi larga lista, pero en lo único en lo que podía pensar entonces era en sexo. Sexo con Iván, sexo sucio, sexo apasionado, cuerpos desnudos y sudorosos. Quería volver a sentir lo que había sentido en sus brazos, la misma lujuria que me recorrió de arriba abajo en aquel baño del *Bright* hacía unas semanas, aunque ahora las cosas iban a ser diferentes.

Esa noche, las riendas las llevaría yo.

—¿Tienes condones? —le pregunté armándome de valor, rogando para no sonrojarme. Quería mostrar a la Vicky segura de sí misma, la que dominaba todas las situaciones, la poderosa. Los pudores se los dejaba a Lisa, conmigo ya no iban y menos con a Iván.

—No voy a usar condones contigo, Vicky —respondió como si le hubiera ofendido—. Nunca los hemos usado y no empezaremos ahora.

—Hace poco te estabas tirando a esa zorra en tu despacho, no voy a follar contigo a pelo después de eso —le advertí muy segura de mí misma, aunque por dentro temblaba como un flan.

—Con Anabel usé protección, no

debes preocuparte por eso —me aclaró, y a mí, aquel nombre en sus labios, me puso furiosa, cosa que me vino genial para interpretar el papel que quería adoptar aquella noche—. Entre tú y yo nunca ha habido barreras y, a no ser que me digas que no tomas la píldora, seguirá siendo así.

—Claro que la tomo —confirmé retirándome el mechón de pelo que me había dejado suelto y que caía sobre mi rostro—. Está bien, como quieras... —Empecé a deshacerme el recogido y le miré de arriba abajo—. Desnúdate y siéntate en el diván, quiero follarte allí.

Él me miró con una sonrisa de superioridad, pero debió leer la determinación en mi mirada porque

asintió sin ponerse chulito y empezó a desabotonarse la camisa hasta que se la quitó y la lanzó al sofá.

—¿Quieres llevar el control esta noche, Vicky? —me preguntó deshaciéndose de los zapatos, los calcetines y el cinturón.

—Después de cómo me follaste en el *Bright* me lo debes —respondí levantándome la falda para quitarme el tanga negro de raso. Se lo lancé y lo cogió acercandoselo a la nariz.

—Otro más para mi propia colección de «Victoria's» —bromeó, guardandoselo en el bolsillo del pantalón, haciendo referencia a la conocida marca de lencería.

Se desnudó del todo y tiró los

pantalones y la ropa interior al suelo. Se dio la vuelta y se sentó en el diván. Yo me quedé un momento embobada con del espectáculo que ofrecía aquel hombre desnudo, con su espalda ancha y sus nalgas prietas. Él, ajeno a ello, se acarició la preparadísima erección de la que pensaba disfrutar de inmediato.

—¿No vas a desnudarte? —me preguntó mirándome fijamente y en sus ojos vi puro fuego.

—Claro —asentí bajándome la cremallera del vestido para dejarlo caer al suelo.

Me aparté y me quedé frente a él vestida únicamente con las medias y los zapatos de tacón rojo. Eso se iba a quedar donde estaba. Avancé los pasos

que nos separaban con andares sugerentes, fingiendo una desvergüenza que no sentía. Me detuve entre sus piernas abiertas y, cuando intentó agarrarme, le empujé con un dedo hasta obligarle a recostarse contra el respaldo. A través de la cadena musical sonaba *Love runs out* de OneRepublic y me pregunté si a nosotros también se nos había acabado el amor o aún teníamos posibilidades de recuperarlo.

—No tan rápido, vaquero. —Iván estaba excitado y no tenía ganas de juegucitos, pero yo sí—. Primero tengo que ponerme a punto —ronroneé, pellizcándome un endurecido pezón y hundiendo la otra mano entre mis muslos. Aunque estaba muy mojada y tan

ansiosa como él, quería hacerle sufrir.

—Yo te pondré a punto, preciosa —  
gruñó intentando incorporarse de nuevo,  
pero le detuve con una mirada  
fulminante.

Me iba recorriendo nervioso con la  
mirada, que se dividía entre mis pechos  
y la mano que jugaba con mi sexo  
húmedo y el clítoris duro y preparado  
para disfrutar. Dios, podría haberme  
corrido allí frente a él solo por el fuego  
de su mirada, ni siquiera le hacía falta  
tocarme. Me metí un par de dedos y  
gemí, echando la cabeza hacia atrás y  
cerrando los ojos, imaginando que era  
él. Lentamente retiré los dedos mojados  
y los acerqué a sus labios, recorriendo  
el contorno, untándolos con mi esencia,

pero los aparté antes de que su lengua traviesa llegara a tocarlos. Se relamió mientras me acariciaba el otro pezón, lubricándolo y poniéndome la piel de gallina.

—Joder, Vicky... —gimió nervioso y supe que no iba a poder controlarlo mucho tiempo más.

—Espero que no le tengas mucho aprecio a este diván porque vamos a ponerlo perdido —comenté sin dejar de acariciar mis pechos.

—Me la suda el puto diván —gruñó incorporándose—. Ven aquí de una vez, ya me ocuparé yo de ponerte a punto y de comerte luego, pero ahora quiero follarte.

Vale, fin del juego. Sonreí triunfal y

me senté a horcajadas sobre él, agarrando aquella tremenda erección y acariciándola de arriba abajo, para luego frotarla contra mi húmeda entrada mientras él me agarraba con fuerza por las caderas y se inclinaba para morderme un pezón.

—Vicky, ya —exigió clavándome los dedos en la carne.

Obedecí y me dejé caer, arrancándonos un gemido de sorpresa y placer. Me moví un par de veces arriba y abajo, girando las caderas, y en un impulso le clavé las uñas en el pecho y le arañé hasta los abdominales, dejándole mi marca. Porque era mío, a partir de ahora solo mío.

—Quieta, gatita —gimió

agarrándome de las muñecas, sujetándomelas con una mano detrás de la espalda, y dejándome indefensa sobre él—. Fóllame duro o me veré obligado a cambiar de posición —me ordenó.

—Vale, pero no quiero que apartes los ojos, quiero mirarte mientras dure —exigí, recordando que la última vez, en el baño de la discoteca, me había follado por detrás como a una cualquiera.

—Lo intentaré, pero con esas tetas bamboleándose frente a mi cara no puedo prometer nada.

—Hazlo —repetí y empecé a moverme.

Me alzaba con la ayuda de los muslos, manteniendo el equilibrio

gracias a la mano con la que me sujetaba por la cadera, dejándome caer hasta sentirle enterrado muy profundo. Repetí el movimiento unas cuantas veces hasta que él empezó a alzarse cuando yo me dejaba caer, provocando que el choque fuera más brutal, más placentero. Ambos estábamos al límite y no era necesario ningún otro estímulo para hacernos estallar, solo el roce de nuestros sexos.

—Eres una diosa —gemía Iván entre embestidas, sin apartar la mirada tal y como me había prometido—. Ninguna mujer me pone tan cachondo como tú.

—Muévete —le exigí intentando soltarme para tocarle, pero no me lo permitió.

Y, de repente, en mitad de una de sus profundas embestidas, el mundo estalló y empecé a contraerme de manera espasmódica en torno a él, dejándome llevar por el orgasmo más imponente de mi vida. A los pocos segundos me siguió, llenándome con su esencia, soltándome los brazos para agarrarme con ambas manos de las caderas y hundirse una última vez en mí. Yo me dejé caer hacia adelante agotada, rodeándole el cuello con los brazos hasta que le sentí terminar y dejarse caer agotado en el diván.

¡La leche, qué polvo!

# Capítulo 21

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero ambos seguíamos en la misma posición sobre el diván, abrazados, yo encima, él dentro de mí, todavía erecto y preparado a pesar de acabar de correrse. No pude evitarlo y, aunque quería que aquello fuera algo solo sexual, empecé a darle suaves besos y mordisquitos en el cuello. Él se movió y puso sus manos sobre mis nalgas, acariciándolas en círculos.

—Tu aguante sigue dejando mucho que desear —le piqué, sabiendo que le molestaría que le dijera eso después de

echarme el mejor polvo de mi vida y así lograría romper el hechizo que me estaba obnubilando la mente.

—Tenía a una diosa desnuda, masturbándose frente a mí, vestida únicamente con unas medias y unos zapatos de tacón rojo. Ha sido un milagro que no me corriera solo con mirarte —respondió alzándome—. ¿Qué quieres? Solo soy un pobre tío...

—Ya... Bueno, espero que la próxima vez me folles al menos más de cinco minutos —comenté sintiéndome halagada por sus palabras y deseando repetir, lo reconozco.

—Preciosa, ahora te llevaré a la ducha, te follaré allí y también será rápido —anunció mientras me quitaba

los zapatos de tacón, presa de una prisa repentina—, pero luego te llevaré a la cama y me comeré ese delicioso coñito que tan a gusto me aprieta, y después te follaré durante tanto tiempo que te quedarán las piernas temblorosas y ni siquiera podrás caminar, ¿estamos?

Tragué saliva, imaginando todo aquello que había descrito tan gráficamente, y asentí un par de veces con la cabeza. Vale, no quería parecer desesperada, pero lo estaba. Entendedlo.

Iván se levantó conmigo en brazos, todavía sin salir de mi interior, y le rodeé la cintura con las piernas. Él me sujetaba por las nalgas y la espalda, avanzando en dirección al baño. El

movimiento al caminar le empujaba más profundo, haciéndonos gemir. Cruzamos el baño y dejamos atrás la increíble bañera de hidromasaje para meternos en el cubículo acristalado de la ducha, que también era de diseño. Iván la puso en marcha no sé cómo porque tenía un complejo panel de mandos, y una lluvia empezó a caer sobre nosotros, mojándonos desde todos lados.

—Cuidado con mi cabeza —le dije cuando me apoyó contra una de las paredes de gresite en varios tonos de gris.

—Tranquila, preciosa, no dejaré que te hagas daño —aseguró colocando una mano abierta entre mi cabeza y la pared. Luego empujó de manera

tentativa en mi interior y yo me agarré con fuerza a sus bíceps.

—Iván... —gemí y me mordió en el lateral del cuello, erizándome todo el vello del cuerpo.

—Dios, no sé cómo he podido sobrevivir sin follarte durante todos estos años —me susurró al oído, embistiéndome con fuerza.

Su mano amortiguaba los golpes de mi cabeza contra la pared y el agua caliente de la ducha creaba un vapor que nos humedecía aún más la piel. Cuando llegamos al éxtasis entre gemidos y jadeos de placer, Iván me hizo resbalar por su cuerpo hasta que mis pies tocaron el suelo mojado, luego se agachó y me quitó las medias empapadas, que aún

llevaba puestas, para enjabonarme todo el cuerpo con un gel que olía de maravilla, igual que él. Una vez secos, se entretuvo un rato cepillándome el pelo con muchísima delicadeza. Después me llevó a la habitación y me lanzó sobre la cama.

—Abre las piernas, preciosa — pidió deshaciéndose de la toalla que le rodeaba las caderas, lanzándola al suelo.

Yo me desabroché el albornoz con el que me había envuelto y mostré mi cuerpo desnudo sin ningún pudor, abriendo las piernas ante él. Iván sonrió satisfecho y me agarró por los tobillos para tirar de mí y arrastrarme hasta el borde de la cama. Allí se arrodilló para

darse el festín que me había prometido. Me abrió con los dedos y esparció la humedad que iba recogiendo por todo mi sexo hasta que me penetró con un dedo. Ahogué un gemido y me miró complacido, inclinándose para succionarme el clítoris. A partir de ahí solo pude sentir, porque en aquellos menesteres, Iván sí que había mejorado. Recuerdo que en el pasado habíamos practicado sexo oral, aunque no tenía nada que ver con la magia que estaba obrando en aquel instante con sus dedos y su lengua. ¡Madre mía! Solo con hacerme aquello podría tenerme postrada a sus pies eternamente. Perdí la noción del tiempo, no sé cuánto rato pasó allí lamiendo, mordisqueando y

succionando, solo sé que fue colosal y que, cuando me corrí, vi estrellitas tras de mis párpados cerrados. No quería irme nunca de aquella cama, ni de aquella habitación, ni de aquel momento con Iván, así que cuando se incorporó y fue recorriendo mi cuerpo a besos, deteniéndose en mis pechos hasta llegar a mis labios, no opuse resistencia y dejé que me besara. Ya ni siquiera recordaba las razones por las que no quería que lo hiciera. Probé mi sabor, mezclado con el de su saliva, en un choque de lenguas y pasión capaz de consumir todo el fuego del mismísimo infierno.

—¿Preparada para follar durante horas? —preguntó mordisqueándome la barbilla mientras su erección, totalmente

preparada, se frotaba contra mi vientre.

—No exageres... —Sonreí—. Además, yo también quiero saborearte —me quejé enfurruñada. No era justo que no me dejara tocarle.

—Ya te he dejado jugar bastante esta noche, lo dejaremos para la próxima vez. Ahora vamos a lo que nos interesa —dijo y me penetró de una embestida que nos arrancó un gemido de placer.

Aquello solo podía ser el paraíso y yo iba a disfrutarlo, aunque me durara solo una noche.

Cuando me desperté, lo hice con una sonrisa dibujada en los labios. Estaba cubierta por una fina sábana y

tenía a Iván rodeándome con un brazo por la cintura, totalmente dormido. Me fui moviendo poco a poco hasta liberarme. Él se movió un poco, pero siguió durmiendo. Fui sigilosa al baño y estuve unos buenos cinco minutos intentando descifrar los mandos de la ducha. Al final le di al botón correcto y el agua empezó a caer del techo. Probé la temperatura con la punta del dedo del pie y al ver que era la ideal, me metí debajo para disfrute de mi cuerpo entumecido, no solo por el frío que había pasado mientras llegaba al baño, sino por el ejercicio de la noche.

Cuando Iván dijo que iba a follarme durante horas pensé que exageraba, sin embargo, resultó que tenía un aguante

como para hacerle la ola. Si llega a dejarme un poco más satisfecha, la mujer de la limpieza tendría que haberme recogido con un paño extra absorbente ya que mis restos habrían sido solo charquitos de amor fundidos entre sus sábanas. Vale, me estaba poniendo un poco empalagosa y eso no iba para nada conmigo ni con lo que quería de él, que solo era sexo salvaje, motivo por el que me estaba lavando el pelo a toda prisa, para salir de allí huyendo antes de que se despertara y quisiera repetir la jugada de la noche, si es que aún le quedaban fuerzas. Siendo sincera, Iván y yo juntos éramos puro fuego y hacía unas horas habíamos acabado ardiendo. La pregunta era si

nos habíamos implicado más de la cuenta. Dudaba que Iván quisiera algo serio conmigo por mucho que dijera. Seguro que no volvería con una ex que le abandonó sin explicaciones y que ahora arrastraba deudas y a una niña pequeña que ni siquiera era hija biológica suya. No, Iván tenía exactamente lo que quería. Dinero, éxito y poder. Eso era lo que había deseado toda su vida, lo que le había mantenido unido a mi padre, su ambición superaba con creces cualquier otro sentimiento, por eso, entre otras cosas, tuve que dejarle. Lo de aquella noche solo había sido una vuelta por el pasado, para recordar viejos tiempos, algo pasajero, fruto de la oportunidad, del

reencuentro... Pero él no quería nada conmigo, ni yo con él.

Encontré un secador en uno de los armarios y lo enchufé para quitarme un poco de humedad de la melena antes de salir a la calle vestida solamente con un traje de noche y un chal. No quería pasar frío. Cuando regresé a la habitación, sin hacer ruido, me lo encontré despierto y apoyado en la cabecera de la cama. La sábana apenas le cubría la ingle y su pecho desnudo estaba expuesto ante mí para tentarme, pero iba a ser fuerte, no caería en brazos de aquel Iván soñoliento y despeinado que me miraba con cara de: «te he echado los mejores polvos de tu vida y lo sabes».

—¿Dónde demonios te crees que

vas? —me preguntó mientras cruzaba la habitación en busca de mi ropa. Después recordé que había quedado tirada en el salón y salí a por ella.

—A vestirme, tengo que irme a casa —le dije.

Me estaba abrochando la cremallera del vestido cuando apareció descalzo y vestido con un fino pantalón de pijama.

—¿Tienes prisa? —preguntó observándome mientras me ponía los zapatos de tacón. De las medias y el tanga ya podía irme olvidando—. Pensé que pasaríamos el día juntos.

—Tengo que ocuparme de Daniela —me excusé.

Sofía cuidaba a la perfección de mi

niña, pero la responsabilidad era mía y necesitaba una excusa para salir de allí antes de que aquello se convirtiera en algo demasiado... íntimo.

—Desayunemos primero, luego te llevaré a casa —propuso de camino a la cocina, pero yo no me moví.

—Es tarde, cogeré un taxi.

—No voy a dejar que circules por ahí a plena luz del día con ese vestido y sin bragas —gruñó malhumorado señalándome con el dedo—. Así que mueve ese precioso culito y siéntalo en uno de mis taburetes mientras preparo café, ¿de acuerdo?

Entonces entró en la cocina sin temer en ningún momento que fuera a desobedecer. Yo me miré el vestido sin

entender qué tenía de malo para lucirlo de día y le seguí. ¿Para qué discutir? Además, que me llevara en coche a casa tampoco era una opción tan mala. Podía sobrevivir a un desayuno, ¿no?

—¿Qué te pasa? —pregunté minutos después, viéndole remover el café con el ceño fruncido y sin abrir la boca.

Me había servido otra vez tostadas y mermelada y yo las saboreaba intentando no pensar en nada, pero la tensión que desprendía el cuerpo de Iván me estaba poniendo nerviosa.

—Pensé que esta mañana nos levantaríamos tarde, echaríamos un polvo que nos haría ver las estrellas y luego desayunaríamos tranquilamente — comentó bebiéndose el café y dejando la

taza en el fregadero—. Pero ya veo que estás rajándote.

—¿De qué hablas? —pregunté haciéndome la loca.

—De tu intento de huida.

—No estaba huyendo... Me di cuenta de que era tarde y tenía que volver a casa. Tengo una niña pequeña, ¿sabes?

—Lo que tienes es una buena excusa.

—Mira, Iván, lo pasamos bien y ya está... No sé lo que quieres, pero no deberíamos complicarlo más.

—Sabes muy bien lo que quiero, por eso te escapas. Me extraña que no hayas intentado irte en mitad de la noche, tuve que dejarte agotada a base

de polvos para impedirlo —se vanaglorió, el muy cretino—. Quiero empezar una relación contigo, no quiero un polvo de una noche.

—Cuando dices estas cosas se me ponen los pelos de punta. Sabes tan bien como yo que vamos a acabar haciéndonos daño. Evitémoslo antes de volver a sufrir.

—Mira, preciosa, yo lo único que sé es que algún día voy a morirme, lo demás son solo un montón de conjeturas. No quiero palmarla sin antes haberlo intentado.

—No sé, Iván... Estoy confundida, tengo que pensarlo con calma —contesté sintiendo el principio de una intensa jaqueca—. Dame tiempo, por favor.

—Está bien, sin presiones. —Se acercó y me besó en la cabeza en son de paz—. Pero prométeme que no vas a salir huyendo.

—Vale, lo prometo, pero déjame volver casa y recomponerme, lo de anoche fue muy intenso y no puedo pensar con claridad si te tengo aquí, medio desnudo, pidiéndome cosas por las que hace algunos años hubiera matado.

Él asintió y retiró mi plato vacío para dejarlo junto a la taza en el fregadero.

—Me daré una ducha rápida y te llevaré a casa, pero dime que estarás aquí cuando salga.

—Te lo prometo.

Después se fue al baño y, aunque tuve tentaciones de salir corriendo como una niña pequeña, me quedé allí sentada, masajeándome las sienes y esperando que terminara de vestirse. Una promesa era una promesa.

Me dejó en mi casa una hora después, con un beso en los labios y la promesa de llamarme. Yo seguía aturdida por lo sucedido y por la fragancia envolvente de su cuerpo mezclada con el agradable aroma de su *aftershave*. Cuando entré en casa me fui directa a la habitación de Daniela. Temía el momento de reencontrarme con mi hermana, a la que había mandado un escueto mensaje por la noche diciéndole que no dormiría en casa. Mi pequeña

jugaba con sus muñecas, ya vestida y con la cama hecha. León corría a su alrededor persiguiendo una pelota de goma.

—¡Mami! —me saludó.

—Hola, cielo, ¿cómo ha ido esta noche? ¿Todo bien? —pregunté sentándome en la cama junto a ella mientras continuaba peinando a sus muñecas.

—Sí, vimos una peli y comimos chocolate, pero no mucho.

—Más te vale... No queremos tener dolor de tripa otra vez, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Tía Sofía dice que iremos a comer a la hamburguesería, ¿vas a venir, mami?

—Claro, cielo. Lo pasaremos bien.

Me quedé un ratito más con ella y luego salí en busca de mi hermana. Llamé a la puerta de su habitación y me abrió vestida con unos pantalones largos de lino y una camiseta blanca. En la mano llevaba una toalla con la que se estaba secando el pelo. Me miró de arriba abajo y se dio cuenta de que llevaba puesta la misma ropa que la noche anterior, pero sin las medias. Me hizo una señal con la cabeza para que entrara.

—¿Qué tal el ballet? ¿O mejor pregunto directamente por el polvo?

—El ballet muy bien, gracias — respondí sarcástica, apoyándome en el borde de la cómoda mientras se

cepillaba el pelo de cara al espejo del tocador—. Y no fue el polvo, fueron los polvos —aclaré.

—Vaya con Iván...

—Sí, ya ves... Al final nos dejamos llevar.

—¿Qué te hizo? Quiero detalles.

—¡Sofía! Eres mi hermana pequeña, no voy a hablar contigo de eso.

—No me jodas, Vicky... Encima que te he cuidado a la niña para que pudierais follar a gusto —se quejó—. Cuéntame algún detalle morboso.

—Bueno, echamos unos cuantos polvos, ¿qué más quieres que te diga? —murmuré avergonzada. Normalmente no me cortaba un pelo al hablar de estas cosas, es más, lo disfrutaba, pero con

Sofía no podía y menos sabiendo que la otra parte implicada era Iván, casi un hermano para ella.

—Qué rancia eres... Dame algo con lo que disfrutar, que hace mucho que nadie me toca —bromeó, pero detrás de sus palabras había un rastro de tristeza.

—Porque no quieres. Tienes que salir más.

—Ahora que sé que entre Alexei y tú no hay nada, ¿crees que aceptaría salir a cenar conmigo? —preguntó esperanzada.

—Olvídate de Alexei —repetí una vez más—. No va a salir contigo ni con nadie. Pasa de eso, está centrado en otras cosas.

—Bueno, tampoco hace falta que

me pida matrimonio, solo quiero pasarlo bien.

—Alexei no te conviene. Olvídalo, ¿vale?

Ella se encogió de hombros sin aclarar si iba a hacerlo o no, luego enchufó el secador y empezó a secarse el pelo. En fin. La dejé allí y me fui a mi habitación para cambiarme. Por lo menos me había librado de contarle que aún me temblaban las piernas después de follar salvajemente con Iván y que el sexo con él era incomparable a cualquier otra experiencia que hubiera vivido antes. Por otra parte me preocupaba mucho aquella obsesión que tenía por mi mejor amigo. Alexei era un hombre complicado y no quería que mi

hermana sufriera por su culpa. Si aquello continuaba, me vería obligada a intervenir. Ya vería cómo.

Pasamos la tarde fuera de casa. Aunque estaba cansada, ya que por la noche apenas había dormido, me dejé convencer para ir a comer una hamburguesa grasienta con patatas fritas bañadas en mayonesa. Luego me arrastraron al cine a ver una película de animación que las tenía emocionadas. A mí me pareció un aburrimiento, pero a veces tenía que hacer algunos sacrificios por el bien de las niñas. Llegamos a casa a la hora de cenar. Acordamos preparar una ensalada porque entre los hidratos de la comida y las palomitas y el chocolate que nos habíamos zampado

en el cine, aquello empezaba a ser peligroso. Di una ducha rápida a Daniela y la acosté. Se durmió enseguida. Mi hermana no tardó en encerrarse en su habitación, portátil en mano, diciendo que necesitaba consultar por internet algunas ofertas de trabajo, así que me dejó sola en el salón antes de las once de la noche. Como no daban nada por la tele y estaba aburrida, me fui a mi habitación y me tumbé en la cama con la intención de recuperar las horas de sueño perdidas, pero no podía dormir, así que cogí el móvil y me conecté a WhatsApp.

Lo primero que hice fue clicar sobre el nombre de Iván y comprobar que no se había conectado desde las

cuatro de la tarde. Me había prometido que me llamaría, pero no lo había hecho y estaba un poco ansiosa. Todas mis alarmas se activaron ante esa reacción, sin embargo, ya no podía hacer nada, la batalla estaba perdida desde que lo habíamos hecho a lo bestia sobre aquel diván y se había derretido la capa de hielo que cubría mi corazón. Abrí su foto de perfil y me la descargué. Estaba tan guapo que quería conservarla. Quizá me la pondría de fondo de pantalla en el ordenador porque, aunque me gustaba el Iván macarra de antaño, aquel ejemplar masculino, vestido de traje y con aquella sonrisa ladeada, me ponía mucho. Quería hablarle, pero no quería parecer desesperada. No sabía qué hacer.

¿Cómo iniciar una conversación casual con él sin que sonara forzada? Empecé a barajar posibles opciones: «¿Estás despierto? ¿Qué tal el día? Dijiste que me llamarías. Te echo de menos...». Dios, ¡no! La última sí que no. No podía otorgarle tanto poder. Cuando iba a escribirle cualquier tontería, el móvil empezó a vibrar y la pantalla se iluminó sobresaltándome. ¡Era él! El nombre de Iván parpadeaba y mi tono de llamada sonaba estridente en mitad del silencio, arrancándome un grito mezcla de sorpresa, placer y algo de histeria. Me contuve para no alertar a mi hermana y dejé que sonara un par de veces para no parecer ansiosa. Entonces, con manos temblorosas y el corazón a mil, deslicé

el dedo por la pantalla y respondí.

—¿Hola?

—Buenas noches, Vicky.

—Buenas noches, Iván —contesté igual de formal—. No esperaba tu llamada —mentí, porque más que esperarla, hubiera dado cualquier cosa por oír su voz.

—Dije que te llamaría —me recordó—. ¿Cómo ha ido el día?

—Entretenido, he ido a comer una hamburguesa con Daniela y Sofía y luego hemos ido al cine. Ahora ya estoy en la cama.

—Genial... ¿Qué llevas puesto? —me preguntó sugerente y yo lancé una carcajada.

—¿En serio? ¿Sexo telefónico?

—¿Por qué no? Mis sábanas huelen a ti y eso me pone muy cachondo. Ya que no estás aquí para solucionarlo... —dejó caer.

—¿También estás en la cama? —pregunté para desviar el tema. De pronto me estaba volviendo muy vergonzosa. Solo Iván tenía el poder de hacerme sentir como una colegiala.

—Sí, estaba consultando unas cosas por internet, pero el olor que desprende la almohada me ha hecho pensar en ti.

—Ah, por cierto, ¿todavía sigues en la página de contactos? —pregunté recordando que hacía unas semanas habíamos coincidido allí.

—Qué va... Me di de baja unos días después de hablar contigo, no era lo

que estaba buscando.

—¿De verdad? —pregunté dudosa, pensando en lo que le había pasado a Su en aquella página hacía apenas un año. No quería que me pasara algo parecido.

—Claro. Además, ya no me hace falta —contestó dándome a entender que ahora estaba yo—. Supongo que tú también te has dado de baja, ¿no?

—Bueno, en realidad no, pero no he vuelto a entrar —aseguré—. También me di cuenta de que no era para mí, así que, en cuanto tenga un momento, daré de baja el perfil.

—Más te vale —gruñó y yo sonreí, parecía celoso y me encantaba—. Ahora hablemos de temas serios... Dime qué tengo que hacer para que te quites las

bragas y empieces a acariciarte según te vaya diciendo.

¡Ay, Dios! Aparté de una patada la manta que me cubría las piernas y las apreté con fuerza para calmar el latido que sentía entre ellas.

—Pues... la verdad es que no llevo bragas, Iván —ronroneé y él gimió al otro lado.

Era mentira, llevaba uno de mis pijamas de entretiempo con pantalón largo y estampado de corazones de colores y unas cómodas braguitas de algodón, pero él no necesitaba conocer aquel detalle.

—Joder, Vicky... —Suspiró como si le costara encontrar las palabras—. ¿Estás mojada?

—Podría comprobarlo, pero... —  
Hice una pausa estratégica para crear  
expectación—. Tendrías que darme algo  
a cambio.

—¿Qué quieres? Te daré lo que  
quieras, preciosa.

—Déjame pensar —murmuré y me  
quedé en silencio un momento. Entonces  
una idea loca tomó forma en mi mente y  
no pensé en que me dejaría en evidencia  
y me haría quedar fatal—. Quiero que  
despidas a Anabel.

Lo sé, soy una perra. La pobre chica  
no tenía la culpa de nada, pero no quería  
que trabajara con él, que le viera cada  
día, que compartieran despacho y  
reuniones. Se había follado a mi  
hombre, por Dios. ¡Entendedlo!

—Mierda, Vicky —gruñó—. No puedo despedirla, no tengo ningún motivo para hacerlo.

—No la quiero cerca de ti —exigí comportándome como una bruja, pero una vez había pensado en ello ya no podía quitármelo de la cabeza.

—Pídeme otra cosa, preciosa... La chica no es la responsable de lo que pasó y ya te he dicho que entre ella y yo no hay nada.

Maldita sea, aquello no estaba saliendo como yo quería y, de pronto, eliminar a Anabel de la ecuación se había vuelto mi único objetivo.

—Ah... —gemí bajito.

—¡¿Qué?!!

—Acabo de acariciarme ahí... ahí

abajo —susurré haciéndome la tímida—. Y estoy tan mojada... Ojalá estuvieras aquí y pudieras comprobarlo.

—Joder, Vicky. No me hagas esto...

—Me gustaría que me follaras como anoche, tan fuerte, tan duro... —continué y supe que poco a poco iba excitándole—. Todavía puedo sentirte dentro de mí.

—Métete un dedo y dime lo que sientes ahora, imagina que soy yo —me rogó excitándose también. Sin darme cuenta ya había colado la mano por dentro de la goma del pantalón.

—No puedo... —me lamenté acariciándome con suavidad por encima de la tela de las braguitas de algodón—. No hasta que me des lo que quiero.

—Eres una bruja...

—Eso ya lo sabías.

—Joder... Vale, está bien, la cambiaré de departamento, la haré volver a Madrid, pero no voy a despedirla, es lo único que vas a conseguir con esto —juró—. Ahora espero que hagas que valga la pena.

—De acuerdo, nene —asentí triunfal—. Ahora dime qué quieres que haga... Tus deseos son órdenes para mí.

Y en cuanto me lo dijo, hicimos arden nuestros teléfonos al igual que nuestros cuerpos.

# Capítulo 22

Me dejé caer sobre el pecho sudoroso de Iván, agotada, y permití que él me moviera a su antojo hasta darse la vuelta conmigo entre sus brazos para acabar encima, empujando con fuerza dentro de mi cuerpo. Habíamos pasado la noche del viernes siguiente juntos y me despertó a primera hora del sábado con un polvo salvaje. Aunque lo estaba gozando como pocas veces, estaba destrozada después del ajetreo nocturno.

—Vamos, preciosa, una vez más —ordenó moviendo las caderas, provocando una fricción deliciosa que

me puso la carne de gallina.

—No puedo, Iván.

—Claro que sí, no voy a parar hasta que te corras otra vez.

—Tócame —rogué con voz temblorosa.

Estaba tan sensible que hasta me dolía y solo iba a poder llegar con un poco de ayuda. Él obedeció de inmediato y me acarició el clítoris con los dedos mientras seguía penetrándome implacable hasta que estallé y él se dejó llevar, siguiéndome instantes después.

—Adoro tenerte aquí por las mañanas —me dijo un rato después, besándome en la sien y dejando que me acomodara sobre su pecho.

—No te malacostumbres, no puedo

dejar a Daniela todos los fines de semana con mi hermana —respondí acariciándole el pecho desnudo.

Me encantaba la textura de su piel, era suave y dura a la vez, y olía a algo divino que ya había olvidado, pero que mi cerebro seguía recordando y asociando a momentos pasados y felices.

—Tráela contigo la próxima vez, a mí no me importaría, este ático tiene habitaciones de sobra y pestillos en las puertas —propuso—. Podríais dejar algunas cosas aquí, ya sabes, para los fines de semana —Encogió un hombro, alzándome la cabeza con el movimiento.

—¿En serio? —pregunté mirándole anonadada.

—¿Por qué no?

—No sé... Me parece un poco precipitado y no quiero jugar con los sentimientos de Daniela. Lo ha pasado muy mal y no quiero que se encariñe contigo y que después desaparezcas de su vida.

Lo de Daniela era verdad, aunque también podía aplicarse a mí. Me daba mucho miedo formalizar la relación con Iván y que él se cansara y se desvaneciera como el humo de un día para otro. Llevaba muchos años creándome una coraza para que la destruyera en dos semanas y me quedara hecha polvo cuando todo terminara.

—Vicky, somos adultos, ya no tenemos veinte años, si digo que quiero

dar un paso más, lo digo muy en serio. No voy a desaparecer mañana ni a jugar con los sentimientos de nadie, mucho menos con los de una niña pequeña.

—Vamos a ir poco a poco. El sexo está muy bien y no quiero renunciar a ello, pero mezclar a Daniela en la ecuación me parece precipitado.

—El sexo está mejor que bien, preciosa —puntualizó—. Y acepto ir poco a poco, aun así lo del domingo sigue en pie, ¿no?

—Claro, cualquiera le dice que no a la niña.

Habíamos planeado una salida con Daniela el domingo por la tarde. La llevaríamos al cine y a merendar. Estaba muy ilusionada.

—Perfecto entonces —dijo incorporándose y apartando la sábana —Ahora será mejor que me meta en la ducha si no quiero llegar tarde.

Salió de la cama, completamente desnudo, y a mí se me hizo la boca agua.

—No entiendo por qué tienes que ir a trabajar un sábado —me quejé.

Aquel fin de semana lo tenía libre porque las chicas se ocupaban de la tienda. Al final había contratado a Vanesa por horas y me cubría algunos turnos, así que me hubiera encantado aprovecharlo para poder pasar el día con él.

—Porque cierta señorita se empeñó en dejarme sin secretaria y se me ha acumulado el trabajo esta semana. —

Mientras hablaba entró en el vestidor y empezó a elegir la ropa que iba a ponerse—. La nueva no empieza hasta el miércoles que viene.

Me alegró mucho cuando me confirmó que había movido los hilos para trasladar a Anabel a Madrid. En realidad no creía que fuera a hacerlo, pero había cumplido con su palabra. Increíble.

—Espero que la nueva sea fea — comenté en mi línea de bruja, horrorizada al mirar el reloj y descubrir que no eran ni las siete de la mañana. ¿Qué hacíamos despiertos a esas horas?

—Fea no es —respondió desde el vestidor mientras me levantaba y me dirigía desnuda hacia allí. Me detuve a

medio camino al imaginarme a otra Barbie de veinticinco años—, pero podría ser mi madre, así que tranquila.

Sí, aquello me dejó muy tranquila, pero una señora de más de cincuenta años también podía ser una víctima potencial de los encantos de Iván. La edad no la excluía y había cada madurita suelta por ahí, mucho más peligrosa que cualquier lagarta veinteañera.

—¿Está casada? ¿Es feliz? ¿Lesbiana? —pregunté entrando en el vestidor. Le rodeé con los brazos por la cintura y apoyé la mejilla en su ancha espalda.

—Pues no lo sé, si le hubiera hecho ese tipo de preguntas durante la entrevista podría haberme denunciado

—contestó y estiró un brazo para coger una camisa en color crema—. Sin embargo, comentó de pasada que hacía poco que había nacido su primer nieto, así que imagino que lesbiana no es, pero feliz casi seguro.

—Está bien, puedes contratarla entonces —bromeé y me puse de puntillas para besarle en la nuca—. ¿Vamos a la ducha?

—No, preciosa, tú no vas a ir a la ducha —dijo dándose la vuelta entre mis brazos para acabar cara a cara—. Si nos metemos juntos voy a llegar tarde al trabajo.

—Pero no me dará tiempo de estar lista si tengo que esperar y te haré llegar tarde igualmente —me quejé

enfurrugada. Ahora que ya estaba despierta, quería un poco más de diversión antes de dejarle marchar.

—No vamos a irnos juntos, te dejaré una copia de las llaves sobre la barra de la cocina y así podrás arreglarte tranquilamente.

—¿Llaves? ¿Para mí?

—Claro, para que puedas entrar y salir cuando quieras. —Me dio un beso en los labios y un cachete en el trasero antes de irse al baño—. Vuelve a la cama, tú que puedes.

Le obedecí sin rechistar, cubriéndome con las sábanas y la colcha, dejándome envolver por el olor a sexo y a Iván que lo impregnaba todo, amodorrándome con los sonidos

cotidianos de alguien moviéndose por la casa. El ruido del agua y su voz tarareando mientras se duchaba me hizo sonreír. Ya no recordaba que tenía aquella costumbre y me pareció un detalle tierno que me hizo sentir como en casa. Me debí quedar dormida porque de pronto me despertó un beso en la mejilla que me devolvió a la realidad.

—Sigue durmiendo, preciosa — susurró—. Las llaves están en la cocina, pero no tengas prisa, por mí puedes quedarte toda la vida.

Y no me quedó claro si lo dijo de verdad o lo había soñado.

Cuando abrí los ojos el despertador marcaba las once y cuarenta y siete.

Maldición, se me habían pegado las sábanas. Me apetecía mucho darme un baño en la enorme bañera, pero opté por una ducha rápida. Empezaba a dominar el panel de mandos, ya conocía las funciones básicas de aquella ducha ultramoderna y no iba a desaprovecharla. Una vez vestida, me fui a la cocina y me preparé un café pasando de desayunar porque ya era tarde. No hice caso a las llaves que me esperaban en la barra hasta que me fui. Junto a ellas había una nota escrita en un papel pequeño y rectangular que contenía un mensaje de dos palabras que hicieron que mi mundo se tambaleara y todo empezara a girar a mi alrededor, acelerándome el corazón. Entonces

pensé que, si no moría de un infarto estando con Iván, significaría que mi corazón estaba prueba de bombas. El mensaje de la nota era muy claro, un pequeño pero inmenso «te quiero» escrito de su puño y letra. Cogí las llaves y me guardé la notita en el bolso. Luego cerré y me fui a mi casa con una mezcla de confusión y felicidad que me tuvo flotando en una nube el resto del día.

Barajé la posibilidad de contarle a Sofía lo de la nota, hasta pensé en llamar a mis amigas para una reunión urgente y pedirles consejo, pero decidí que lo mejor era esperar y hablar con él primero. Quizá aquella nota no significaba ni la mitad de lo que

imaginaba, aunque no había mucho misterio en un «te quiero», ¿no? Al final me quedé con la duda porque aquella noche no me llamó, solo me mandó un mensaje diciéndome que había salido tarde de la oficina y que se iba directo a la cama porque estaba hecho polvo después del trabajo y de la nohcecita que habíamos compartido. Quedamos en vernos al día siguiente para llevar a la niña al cine.

El domingo por la mañana me entretuve pintándome las uñas con Daniela. Por la tarde tendría que quitarle el esmalte para ir al cole al día siguiente, pero aquel ritual nos encantaba. Había sido así como había

empezado nuestra historia, con el color fucsia de mi laca de uñas. Comimos temprano porque íbamos a ir a la primera sesión. Luego nos vestimos y nos arreglamos. Tanto mi niña como yo éramos muy presumidas, así que nos pasamos un buen rato frente a nuestros respectivos armarios para decidirnos por algún trapito acorde con una tarde de cine. Cuando llamaron al timbre, salté del sofá y fui corriendo a abrir la puerta. Iván sonreía al otro lado, vestido muy casual, con unos vaqueros y una sudadera azul marino. Daniela y yo también habíamos optado por vaqueros y jerséis, el mío en color granate y el suyo en color rosa.

—¿Listas, chicas? —nos preguntó.

—¡Sí! —exclamó Daniela, la mar de contenta.

—Ve a tu habitación y coge las chaquetas, cielo —le pedí ruborizada, con una timidez nada propia de mí. Iván había escrito que me quería y, a pesar de que con Alexei nos lo decíamos muy a menudo, viniendo de él la cosa cambiaba muchísimo.

—¿Qué tal, Sofía? —le preguntó a mi hermana.

Ella le miraba por encima del hombro desde el sofá, como si quisiera confirmar sus verdaderas intenciones.

—Bien —respondió seca sin dejar de acariciar el lomo de León, que en cuanto le vio empezó a gruñir.

—¿Cuándo vas a perdonarme y a

venir a la oficina? —insistió, como si no le molestara la actitud hostil de aquellos dos.

—No lo sé. Ya ni siquiera sé si quiero trabajar allí.

León se subió encima de Sofia y empezó a ladrarle mientras él se acercaba hacia ella.

—No sueltes a la bestia —bromeó inclinándose para besarla en la mejilla. Ella no le rechazó, pero siguió impasible—. El puesto es tuyo para cuando lo quieras, voy a seguir esperando lo que haga falta.

—Haz lo que quieras.

—¿Nos vamos? —preguntó una ilusionada Daniela, que ya se había abrochado la chaqueta y llevaba la mía a

rastras. Se la cogí antes de que León saltara y se lanzara a por ella.

—Claro, pequeña —respondió cogiéndola en brazos—. ¿Cuántas palomitas crees que cabrán en esta tripita que tienes? —preguntó haciéndole cosquillas. La niña reía a carcajadas.

—Las de la caja grande, dulces y de colores —afirmó en cuanto pudo parar de retorcerse—. También me gusta el chocolate.

—Ya me imagino. A Vicky también le gusta, más que las palomitas —le explicó—. Antes, cuando íbamos al cine, siempre me hacía comprar por lo menos dos chocolatinas o no había tarde de película.

Me sorprendía que se acordara de aquellos detalles después de tantos años, pero era verdad, a mí las palomitas me gustaban lo justo, pero el chocolate... El chocolate era otra historia.

Iván no paró de quejarse cuando descubrió que iba a tener que dejar aparcado su precioso Jaguar para montarnos en mi viejo coche. Daniela necesitaba la silla y no era plan de ir cambiándola de vehículo. Eso sí, me pidió las llaves para conducir él y yo se las cedí encantada. Llevaba el coche por necesidad, no por placer, y prefería mil veces que condujera otro.

—Compraré una silla para mi coche, me niego a conducir este trasto ni

una vez más —aseguró, rumbo al centro comercial.

—No creo que un domingo a las cuatro de la tarde te encuentres con ninguno de tus amigos millonarios en un centro comercial de las afueras. Nadie te verá salir de mi viejo coche y tu reputación seguirá intacta.

—No lo decía por eso —replicó ofendido—. Además, es peligroso que conduzcas esta chatarra con una niña pequeña dentro.

—Eres un exagerado...

Siguió quejándose el resto del trayecto, pero no le hice mucho caso y opté por poner nuestras canciones Disney favoritas para amenizar el viaje. En cuento Daniela y yo empezamos a

cantar, logramos que se callara un rato. La película era aburridísima y tanto a él como a mí se nos hizo larga, pero Daniela no paró de reír y se lo pasó genial con las aventuras de aquel grupo de amigos con una misión muy concreta: salvar el planeta. Después de la película, Iván nos invitó a merendar a una preciosa cafetería donde nos comimos los gofres más deliciosos que había probado en mi vida. Iba a llevar a mis amigas allí la próxima vez que quedáramos. Ya me reía pensando en las caras que pondría Su al ver todo aquel despliegue de calorías frente a sus ojos. Como yo no tenía manías, me comí un gofre de chocolate, nata y nueces que estaba delicioso. Tras la merienda

estuvimos dando una vuelta por el centro comercial, que ya empezaba a prepararse de manera sutil para la llegada de la Navidad. Pasamos por delante de una tienda de juguetes y un adolescente le regaló a Daniela uno de los catálogos que repartía. Ella disfrutó ojeándolo y señalándole a Iván todas las muñecas y complementos que iba a pedir a Papá Noel y a los Reyes Magos. Además, no le soltó la mano en toda la tarde. Me sorprendía aquella faceta de Iván tan cariñosa con los niños. Que tratara a Daniela como a una princesa, no hacía más que otorgarle puntos en mi escala de hombre ideal.

Cuando volvimos a casa estábamos agotadas. Daniela iba dormida en su

silla, agarrada a su catálogo de juguetes, y eso que aún no eran ni las nueve de la noche. La bajé del coche, me aseguré de que Sofía estaba en casa y la hice entrar con ella. Luego me quedé hablando con Iván frente a la puerta.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Bueno, la peli era un poco aburrida, pero el gofre ha sido casi orgásmico —contesté poniendo cara de vicio.

—Joder, Vicky..., no hables de orgasmos porque estoy deseando meterte en el coche, llevarte a mi casa y follarte como ambos necesitamos.

Estuve tentada de arrodillarme y

suplicarle que lo hiciera, pero me contuve a tiempo.

—Mañana es lunes y tengo que llevar a Daniela al cole.

—Lo sé —se resignó—. Pero si me hicieras caso y dejaras algunas cosas en mi casa, podríais quedaros allí esta noche.

—No me presiones, Iván —le pedí. Entonces recordé algo—. Vi tu nota.

—¿Si? —murmuró enarcando las cejas.

—¿Qué significa?

—Está bastante claro, ¿no?

—No sé... ¿Es una declaración?

—Es lo que tú quieras que sea —respondió sin aclarar nada—. Solo quería demostrarte que iba en serio y

que lo que siento por ti va más allá de unos cuantos polvos. A mí también me ha cogido desprevenido, pero cuando nos reencontramos fue explosivo, como antes, y cuando ocurrió lo de Castilla me di cuenta de que lo que sentía por ti iba más allá del simple deseo.

—Todavía no estoy preparada para decir algo tan grande, Iván.

—Lo sé. Por eso solo lo he escrito. Sé que es pronto para hablar de sentimientos, pero quería que supieras que esto no es un juego para mí.

—Está bien, me queda claro... Ahora será mejor que entre —le dije acercándome hasta apoyar las manos en su pecho. Él me acarició la mejilla e inclino la cabeza. Ambos estábamos

ansiosos por un beso de despedida ya que no nos podíamos plantear otras opciones mucho más placenteras.

—Lo he pasado genial con vosotras y quiero más, mucho más —aseguró mirándome a los ojos. Entonces me besó.

Empezó como algo dulce, un roce de labios, un choque de lenguas, pero poco a poco nos fuimos calentando, entre nosotros siempre había sido así. De pronto me sujetaba por las nalgas, apretándome contra su cuerpo, y yo acariciaba su torso esculpido, colando las manos por debajo de la sudadera. Fue él quien, a regañadientes, rompió el beso y me alejó.

—Será mejor que entres si no

quieres terminar esto en el asiento trasero de mi Jaguar.

—No sería la primera vez.

Recordé que siendo adolescentes lo habíamos hecho muchas veces en su coche y sonreí. Nos dimos un último beso, nos despedimos y entré en casa.

Cuando crucé el salón, me encontré a Sofía sentada en el sofá, en pijama, sin maquillaje, con el pelo hecho un asco, el portátil encendido sobre la mesa y un montón de papeles de chocolatinas arrugados a su alrededor. Daniela estaba con ella y le enseñaba el dichoso catálogo.

—Cielo, a la ducha —ordené—. Luego cenaremos una ensalada y te meteré en la cama.

Daniela protestó un poco, pero se rindió y se fue directa al baño donde la dejé bajo el chorro de la ducha mientras me iba a la cocina a preparar la cena.

—Cuando haya acostado a Daniela vamos a tener una charla tú y yo —le dije a Sofía.

—¿Quieres hablar de Iván?

—No, quiero hablar de ti. ¿Qué demonios haces encerrada en casa comiendo chocolate y vestida como una indigente?

—No seas pesada, Vicky.

Me dejó con la palabra en la boca y volvió al salón con su inseparable ordenador. Yo no quise insistir más, pero íbamos a hablar más tarde quisiera o no. Ambas cenamos en silencio

mientras Daniela le relataba las aventuras de la tarde y ponía a Iván a la altura de Dios para el desagrado de mi hermana, que seguía considerándole un capullo. Agradecía que se preocupara por mí, pero ya era mayorcita para saber si me convenía o no volver con él. En cuanto Daniela se durmió, me puse el pijama, me fui al salón, apagué la tele y me senté junto a Sofía, con León en medio, que dormitaba tranquilamente dejándose acariciar.

—¿Vamos a hablar de Iván? — preguntó esperanzada.

Yo negué con la cabeza.

—Vamos a hablar de ti y de esta especie de abandono al que te has sometido.

—No me he sometido a ningún abandono. Llevo muchos años viviendo fuera de España y al volver aquí me encuentro en una ciudad nueva, sin amigos y con una hermana atontada con el capullo que le rompió el corazón. ¿Qué quieres que haga?

—Salir. Aceptar el trabajo que te ofrece Iván. Conocer gente. Ir a tomar algo con tus compañeros. Apuntarte al gimnasio... Hay mil cosas que puedes hacer, no quiero que te quedes encerrada en casa como una monja y oliendo a perro sucio.

—No te pases... —me advirtió, olfateándose disimuladamente la axila y haciendo una mueca.

«Sí, hermana, hueles que apestas»,

le transmití mentalmente.

—Tienes que salir con algún chico, no tienes edad para estar comiendo chocolate para suplir otras necesidades como una amargada.

—¡¿Y quién demonios va a querer salir conmigo?! —exclamó alzando los brazos, como si no pudiera creer que le hiciera aquella pregunta.

—¿Lo dices en serio? Eres joven, guapísima, independiente, inteligente... Se me ocurren mil adjetivos para describir las razones por las que cualquier tío entre los veinte y los ochenta años se cortaría un brazo por salir contigo.

—Claro, eso hasta que la cosa se pone caliente y tengo que bajarme los

pantalones —señaló y la miré desconcertada—. Tengo la puta pierna llena de cicatrices, Vicky. ¿A quién crees que puede ponerle cachondo algo así? —estalló levantándose del sofá, sobresaltando a León, que alzó la cabeza y miró a todos lados en busca de peligro.

Joder, no estaría insinuando que alguien... No, no podía ser. Mi hermanita era perfecta, con cicatrices o sin ellas, ¿es que acaso los tíos estaban tan ciegos que solo veían las dichas marcas y se olvidaban de todo lo demás?

—¿Quieres decir que alguna vez algún capullo te ha dicho algo sobre...?

No terminé la frase, pero clavé la

mirada en sus piernas cubiertas por el pantalón del pijama. Ella se cruzó de brazos y asintió con la barbilla temblorosa y los ojos brillantes. ¡Ay, Dios! Que no rompiera a llorar, por favor.

—Así es, Vicky, yo no soy tan perfecta como tú, que eres capaz de volver a enamorar a un cretino como Iván hasta hacerle perder la cabeza —dijo con voz trémula—. Mis cicatrices dan asco y ya estoy cansada de ir detrás de los tíos para que me hagan daño. No quiero que ahora vengas a hacer de madre y me des consejos baratos sobre lo que tengo y no tengo que hacer. Preocúpate de lo tuyo y déjame en paz de una vez —me gritó.

Entonces salió corriendo y se encerró en su habitación dando un sonoro portazo que de milagro no despertó a Daniela.

La conversación no había salido como esperaba, pero al menos había descubierto algunas cosas que me daban una idea de lo que Sofía había tenido que soportar aquellos años, sola y sin apoyo, y me juré que aquello iba a cambiar. Si estaba en mis manos, iba a devolverle la felicidad perdida.

# Capítulo 23

El viernes siguiente acabé cediendo e hice algo que me había jurado no hacer aún: ir a dormir a casa de Iván con Daniela. Ella estuvo encantada con la idea, sobre todo cuando descubrió la enorme terraza del ático y la preciosa habitación que le había preparado Iván. Me engatusó con la idea de llevarnos de excursión el sábado a primera hora de la mañana y utilizó como argumento que así no tendríamos que madrugar tanto y sería más cómodo para todos si salíamos desde el mismo lugar y no perdía el tiempo en ir a recogernos.

Podría haberlo discutido y negarme, pero en el fondo también quería ver cómo funcionaba aquella nueva situación entre los tres. Vimos una película en la enorme pantalla de plasma. Con las luces apagadas y las palomitas nos parecía que estábamos en el cine, con la diferencia de que los tres íbamos en pijama y estábamos arropados en un cómodo sofá. Acosté a Daniela en la enorme cama de la habitación de invitados y casi la perdí entre tantas almohadas y la colcha mullida. Ella insistió en que Iván le contara un cuento y él aceptó encantado. Los dejé en la habitación con la sensación de que sobraba y esperé en el salón, con un par de copas de vino, a

que la niña se durmiera. Desde allí oía a Iván poniendo voces y a Daniela riendo a carcajadas. Me pasé la mano por la frente y me aparté el largo flequillo a un lado, resoplando y pensando que estaba cayendo cada vez más profundo en aquel abismo llamado amor. Aquello era muy peligroso para mi maltrecho corazón.

—¿Ya se ha dormido? —le pregunté un rato después, cuando vino al salón.

—Como un tronco —me aseguró bebiendo un sorbo de la copa de vino que acababa de pasarle. Luego se inclinó, me besó y me quitó la copa de las manos para que me levantara del sofá—. No perdamos el tiempo bebiendo cuando podemos usarlo follando —propuso con una sonrisa

perversa dibujada en los labios.

—Por Dios, cuánto romanticismo —me burlé sonriendo también—. Solo faltaría que me dijeras que te la pongo dura para acabar de rematarlo.

—Lo haces, preciosa, eso ya lo sabes —me guiñó un ojo y me llevó a la habitación—. Además, sé que te gusta que te diga estas cosas, tú no eres de las de palabras dulces.

Lancé una carcajada.

—En eso estamos de acuerdo, aunque a veces también me gusta que me regalen flores o me digan algo bonito.

—Lo tendré en cuenta —aseguró cerrando la puerta con cuidado y apoyándome contra la pared—, pero ahora quiero que te pongas de rodillas y

me la chupes, llevo fantaseando con ello desde que te follé en aquella discoteca.

—Joder, Iván, tú sí que sabes cómo poner cachonda a una chica —murmuré con ironía.

Aun así me arrodillé y le complací. Iván no era un amante egoísta y sabía que, cuando acabara con él, se iba a dedicar a satisfacerme el resto de la noche.

No me decepcionó.

Me despertaron unas suaves caricias, alguien me tocaba el pelo haciendo que me recorriera un escalofrío placentero que me hizo sonreír, pero cuando abrí los ojos y vi el rostro de Daniela pegado a mi cara, me

incorporé sobresaltada.

—¡Joder! —exclamó Iván, ya despierto, cubriéndose instintivamente con la sábana.

Afortunadamente hacía frío y no estábamos destapados. Yo me había puesto una de sus camisetas y la ropa interior para dormir al perder el pijama en mitad del frenesí nocturno, pero él estaba desnudo.

—¿Sois novios? —nos preguntó Daniela, mirando a uno y a otro, arrodillada entre los dos sobre la cama.

—Algo así... —murmuré sin saber qué decir.

No había hablado de ello con la niña y no esperaba que nos pillara juntos en la cama. Pensé que, acostándose más

tarde de lo habitual, tardaría en levantarse y tendríamos tiempo otro día para poner nombre a todo aquello que estaba surgiendo entre nosotros.

—¿No se suponía que tenías pestillos en las puertas? —le pregunté disimuladamente.

Él estaba pálido y no sabía muy bien qué hacer más allá de sujetarse la sábana sobre el regazo.

—Los tengo, pero entre una cosa y otra me despisté y me olvidé de cerrar el de nuestra puerta.

—Genial...

—Tenemos que desayunar, mami —reclamó Daniela—. No queremos llegar tarde a la excursión, ¿verdad? —Nos miró a ambos enarcando las cejas.

—Dios... son solo las seis y media —se lamentó Iván consultando el despertador que tenía sobre la mesita.

—Bienvenido al mundo de los padres sin horarios ni vida privada —bromeé—. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

Él me miró de soslayo, con gesto ofendido, dando a entender que no iba a rajarse por una tontería como aquella. No sabía nada, el pobre...

—Mami, desayuno —insistió Daniela, cansada de esperar.

—Claro, cielo. Dile a Iván que te prepare algo mientras me ducho.

Aquella mañana me había levantado juguetona y tenía ganas de ponerle en apuros.

—¡Desayuno! ¡Desayuno! —  
empezó a chillar la niña saltando sobre  
la cama.

—Estoy en pelotas, Vicky —me  
susurró acongojado mientras la pequeña  
seguía saltando sobre la cama—.  
Llévatela un segundo para que pueda  
vestirme.

Aunque tenía ganas de reírme un  
poco más de él, asentí dispuesta a  
sacarla de la habitación porque no  
quería causarle un trauma infantil. Me  
levanté para ponerme el pantalón del  
pijama, que estaba tirado por el suelo, y  
le lancé el suyo. Lo cogió al vuelo  
mientras la niña dejaba de saltar y se  
ponía de rodillas frente a él, muy seria,  
para preguntarle algo.

—Iván, ¿me enseñas tus pelotas?

Y la cara de horror que puso mi chico, que de pronto se quedó lívido, me hizo estar riendo a carcajadas durante un buen rato.

Después de vestirnos y desayunar nos montamos en el coche de Iván, que ya había comprado la silla para niños, y nos fuimos de excursión a un precioso parque natural cercano a la ciudad por donde paseamos hasta la hora de comer. Disfrutamos de la naturaleza, del día de sol y de las temperaturas agradables a pesar de estar en pleno mes de noviembre. Comimos unos bocadillos, que había preparado antes de salir de casa, sentados en un murete de piedra,

bebiéndonos unas latas de refresco y gozando del aire puro y los ruidos del bosque. Después jugamos a fútbol. Aunque mi niña adoraba las muñecas, si la ponías frente a un balón no había quien la parara. Iván se situó en medio de unos árboles que simulaban la portería y nosotras estuvimos lanzándole la pelota, que colamos varias veces. Daniela y yo gritamos de alegría por los goles marcados mientras él nos observaba de brazos cruzados y expresión enfurruñada. Una de dos: o Iván se estaba dejando ganar o el fútbol no era lo suyo. Yo optaba por la segunda opción, aunque no se podía negar que nosotras éramos muy buenas jugadoras.

Nos dejó en casa sobre las cinco de

la tarde. Aquella noche tenía cena con las chicas y necesitaba tiempo para ducharme, cambiarme y preparar los aperitivos que tenía en mente. Nos despedimos en la puerta con un beso y la promesa de llamarnos. Lo habíamos pasado genial. Era maravilloso que Daniela y él se llevaran tan bien, me atrevería a decir que se estaban cogiendo auténtico cariño y que la actitud de Iván, lejos de ser forzada, era natural y amorosa.

Cuando entré en casa me encontré a Sofía en modo indigente otra vez. Con el pijama y el pelo revuelto, tecleando en el portátil. León estaba a sus pies, mordiéndole las zapatillas.

—Esta noche vienen a cenar mis

amigas y quiero que te arregles, ¿estamos? —ordené.

—Sí, pesada... Aún faltan horas.

—Voy a ducharme y luego entras tú.

Para quitarte toda la tontería de encima también nos harán falta horas. —Me hizo un gesto con la mano indicándome que siguiera a lo mío y la dejé allí con la promesa de adecentarla costara lo que costase.

Había organizado aquella cena con mis amigas con la intención de volver a introducir a mi hermana en un círculo social. Había hablado con Lisa para que llamara a Carol y la invitara. Si había alguien que podía sacar a mi hermana de aquel letargo era ella. Aquella chica era un torbellino de alegría y simpatía. A mí

me caía genial, sobre todo porque era de las pocas personas que entendía mi humor y tenía una capacidad natural para reírse de sí misma y enorgullecerse de ser como era, sin complejos ni prejuicios. Sí, Carol y Sofía tenían que hacerse amigas. Además, estaba segura de que sería así porque Carol era amante de las causas perdidas y le encantaban los retos y mi hermana, tal y como estaba en aquellos momentos, era uno de los buenos.

Al salir de la ducha me ocupé de Daniela, a la que di un baño y dejé jugando en su habitación. Después me fui a la cocina a preparar los aperitivos y los canapés para la cena. Más tarde le cerré el portátil a Sofía en las narices y

la mandé al baño. Fue hacia allí arrastrando los pies pero sin protestar. Algo era algo. Una hora después apareció por la cocina vestida con unos vaqueros y una sudadera en color crudo y estampado de pedrería. Completaba el *look* con un maquillaje en tonos pastel que le sentaba genial. Le di el visto bueno y la dejé removiendo la salsa que tenía al fuego mientras iba en busca de Daniela para servirle una cena temprana y me preparaba la ropa que me iba a poner. La niña se comió el pollo empanado con patatas fritas mientras me cambiaba. Antes de las nueve y media la tenía en la cama, durmiendo plácidamente después del madrugón y la excursión de aquel día. La noche era

joven y la teníamos entera para nosotras.

Las chicas llegaron todas juntas. Las trajo Eric en su coche, que luego se iba a pasar la velada en casa de Raúl y Lisa para acompañar al padre primerizo con su bebé mientras nosotras nos emborrachábamos a base de deliciosos cócteles. Más tarde las vendría a recoger y las llevaría a sus respectivas casas. Aquel tío era un auténtico chollo y mi amiga Su era una mujer afortunada por tenerlo como marido.

—Aquí está la Barbie —exclamó Carol cuando vio a mi hermana, después de estrujarme en un abrazo de esos que antes tanto me molestaban y que ahora estaba aprendiendo a apreciar.

—¿Qué tal, Carol? —la saludó

Sofía, dejándose abrazar por aquella chica tan risueña.

—Con hambre —respondió mirándome de reojo —Espero que tu hermana haya preparado suficiente comida.

—Tranquila, no creo que seas capaz de comértelo todo. Me he emocionado y he cocinado para un regimiento.

—Aún no me conoces... —murmuró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es verdad —apuntó Lisa, que se estaba quitando el abrigo—. Come siempre como alguien que lleva un mes sin probar bocado.

—Yo te cedo mi parte, estoy a dieta. Llego la Navidad y tengo que

depurarme para comer turrónes y todas esas cosas grasientas que preparará mi madre —se lamentó Su, que ya estaba con sus tonterías de siempre.

—Te odio —dijo Lisa—. Y más ahora que he recuperado mi figura plana después del parto.

—Quejicas, yo necesito comer por dos, así que no os preocupéis —afirmó Carol acariciándose la tripa, como si allí dentro hubiera algo más que un pozo sin fondo.

Recogí los abrigos y los guardé en mi habitación, lejos de las fauces de León, al que le encantaba jugar y mordisquear prendas de vestir ajenas, y regresé al salón feliz de tener unas amigas como ellas, con sus defectos y

sus virtudes, pero maravillosas personas que me querían sin condiciones.

Había preparado una cantidad ingente de comida. Lo primero en desaparecer fueron las porciones de pizza de beicon y queso y las vegetales, aunque no tardaron en devorar los canapés. Todo me había quedado delicioso, para qué negarlo. Era la puta ama de los fogones y me encantaba. Por mayoría decidimos beber mojitos. Sofía se ofreció a prepararlos y en cuanto probamos los primeros, aquello fue un no parar. Mi hermana tenía madera de barman. Nos pasamos un buen rato haciendo exclamaciones y comportándonos como auténticas marujas viendo las fotos del bebé de

Lisa, que cada día era más adorable. Prometimos que, en el próximo encuentro, él sería el protagonista junto a Daniela, que ni con los gritos que estábamos pegando se despertaba.

—Con Raúl hemos decidido empezar a acostumbrarlo a hacer algunas tomas con el biberón —nos contó Lisa en plan mamá, algo que le venía como un guante porque era la más seria y responsable del grupo, a pesar de estar viviendo con un chulito de gimnasio con tatuajes y tener un hijo con él sin estar casados—. Necesito tiempo para mí y odio sentirme una fuente de leche abierta las veinticuatro horas del día. ¿Os parece egoísta?

—Haces bien, cielo —respondió Su

—. Además, también es bueno que Raúl se haga responsable.

—Él está encantado, yo creo que si pudiera le daría leche de su propia teta.

—Por Dios, ¡qué asco, Lisa! — exclamé visualizándolo en mi mente.

Y todas estallamos en carcajadas ante la imagen de un hombre como Raúl, amamantando a un bebé.

Tras el atracón y los postres, seguimos bebiendo y despotricando entre risas y bromas. Mi hermana no cargó mucho las copas o el pobre Eric no podría llevar a esas tres a casa solo. De pronto me vibró el móvil y descubrí que tenía un par de mensajes de Iván en los que me preguntaba qué tal la noche y me decía que la suya estaba siendo muy

aburrida sin mí a su lado. Sonreí como una idiota y dediqué por lo menos diez minutos a intercambiar mensajes con él, sin darme cuenta del silencio que se formó a mi alrededor hasta que levanté la vista del móvil y las vi observándome sorprendidas.

—Es Iván —les explicó mi hermana—. La tiene tonta perdida.

—No me extraña, está muy bueno —afirmó Su con toda la razón del mundo.

—Mientras no vuelva a hacerte daño... —comentó Lisa, preocupada por mí.

—Eso es lo que le digo yo —la secundó Sofía.

—Dejadla disfrutar —apuntó Carol

—. Le haga daño o no, al menos los buenos polvos se los habrá llevado.

Todas brindamos ante ese razonamiento, pero nada era tan simple, la vida solía ser mucho más complicada.

—El lunes te vienes conmigo al gimnasio —le propuso Carol a Sofía más tarde.

—No, ni de coña. No me hace falta y es muy aburrido.

—¿Bromeas? Nos lo pasaremos genial. Pregúntale a la rubia —dijo señalando a Lisa—. ¿O no, flaca? Cuéntale lo bien que nos lo pasábamos viendo a Raúl en bañador desde el jacuzzi.

Mi amiga asintió sonrojada y corroboró cada una de sus palabras.

—No voy a ponerme el bañador en público —juró mi hermana y levantó la mano para detener las quejas de las chicas ante tamaña locura con el cuerpazo que tenía, pero era porque todas desconocían la existencia de las cicatrices que la tenían traumatizada—. No preguntéis, tengo mis motivos.

—No hace falta meterse en el jacuzzi para ver tíos buenos y pasarlo bien un rato —insistió Carol, que tan sabia como era, había evitado el tema del bañador—. Te pasaré a recoger el lunes porque ya veo que, si no vengo a por ti, eres capaz de dejarme plantada.

—No quiero ir, Carol —se quejó mi hermana.

—Claro que sí, lo que pasa es que

todavía no lo sabes. Necesitas ver hombres sudando y luciendo abdominales.

Adoraba a esa chica, en serio. Ni siquiera me había hecho falta pedirle ayuda con mi hermana, ella solita se había dado cuenta de que Sofía necesitaba un empujón.

—Yo ya tengo en mente al hombre que quiero ver sudando —murmuró Sofía.

—Se refiere a Alexei —les expliqué lamentando mucho aquella situación.

Mis amigas se miraron entre ellas con cara de circunstancias.

—Alexei es un tío complicado, cielo —le dijo Su.

—Solo me gusta, tengo ojos en la cara. —Se encogió de hombros aceptando la realidad—. Pero soy consciente de que pasa de mí, no os preocupéis, tampoco me voy a deprimir por ello.

—Normal que le guste, el ruso está buenísimo —intervino Carol—, pero en el gimnasio conoceremos a tíos mejores. —Le guiñó un ojo y mi hermana sonrió, empezaba a convencerla—. Yo vuelvo a estar soltera, al final el capullo de *spinning* resultó tener más tripa que cerebro —se lamentó—. Nunca os enrolléis con un osito amoroso, son de lo peor.

Carol había estado saliendo unos meses con un chico que había conocido

en el gimnasio cuando Lisa la dejó sola por culpa del embarazo, pero la cosa no había salido bien.

—Vale, el lunes iré contigo. Solo para probar.

—Claro, eso decimos todas al principio, pero te va a encantar.

La velada resultó un éxito hasta que llegó la hora de llamar a Eric para que viniera a buscar a las chicas, que iban más alegres de lo que en un principio parecía. Carol gritaba más de lo normal y se reía por todo. Lisa tenía pinta de ir a vomitar en cualquier momento, así que le di una bolsa de plástico a Eric para posibles consecuencias durante el trayecto, y Su había pillado un pedo de esos de llorar y no dejaba de lamentarse

por todos los pastelitos de chocolate y crema que le habíamos dejado comer.

—Joder, Vicky... Menuda has liado —me reprochó Eric, que ya se veía soportando a aquellas tres solo en el coche.

—Eh, a mí no me culpes, guapo, han bebido porque han querido. Además, mi hermana también lleva una buena cogorza.

—Tú no pareces muy borracha —murmuró suspicaz.

—Yo aguanto mejor la bebida, encanto —le guiñé un ojo y me solidaricé con él ayudándole a llevar a las chicas al coche—. Mándame un mensaje cuando lleguéis a casa.

—Sí, sí, pero mientras, reza para

que mi coche no acabe oliendo a vómito.

—Mejor reza tú, a mí no creo que me hagan mucho caso ahí arriba — bromeé y le guiñé un ojo—. Pasadlo bien.

Me despedí de ellos y entré en casa para meter a mi hermana en la cama. Borracha, iba murmurando no sé qué sobre gimnasios y hombres de ojos azules. Aquello me hizo recordar que al día siguiente tenía que llamar a Alexei y preguntarle qué tal le iba todo. Hacía días que no hablábamos y le echaba de menos, pero eso sería mañana. En aquel momento solo me apetecía dormir.

# Capítulo 24

El resto del mes transcurrió con tranquilidad, igual que el inicio de diciembre. Sofía entabló una bonita amistad con Carol y salían a menudo, sabía que iban a entenderse bien. Por lo menos lograba que mi hermana abandonara la cueva y se arreglara, aunque todavía seguía conservando aquel aire melancólico del que, hasta hacía poco, no sabía nada. Además, seguía negándose a ir a trabajar con Iván, a pesar de que su relación empezaba a recuperar la normalidad.

Alexei estaba contento con el

trabajo en la cafetería. Aunque aún no había sido capaz de reunirlo con Iván para tomar algo y que se conocieran mejor, me confesó que ya no sentía los mismos impulsos de lanzarle el café por encima cada vez que lo veía. Por lo demás, estaba finalizando la corrección de su novela y buscando editoriales a las que poder enviarla.

Por suerte la tienda volvía a despegar. Tras los meses de sequía, con la llegada del frío, la gente se animaba a comprar. Incluso Pelayo y los demás representantes volvían a hacerme la pelota y me habían regalado un par de cestas de Navidad.

Con Iván las cosas seguían avanzando hacia lo desconocido. Ambos

nos habíamos sumergido en una burbuja de sexo y pasión que al final iba a acabar estallando. Yo aún seguía resentida por el pasado y él seguía creyendo que mi padre era un ser bondadoso que había muerto sin tenerme a su lado por puro egoísmo. Pero no quería pensar en ello, quería seguir en aquella burbuja en la que hacíamos cosas juntos, se reía con Daniela viendo los dibujos los sábados por la mañana cuando nos quedábamos a dormir en su casa y me escribía notas de amor o me mandaba flores al trabajo.

Aquellas Navidades íbamos a pasarlas separados. Le había prometido a su madre que volaría a Madrid para celebrarlas con ella, su hermana, su

cuñado y su sobrina. Me pidió que me fuera con él, pero a mí me pareció muy precipitado. Me había lanzado al vacío, pero aún conservaba algo de cordura mientras caía al abismo. Así que pasé la Nochebuena con mi hermana y Daniela, cenando en casa, acostando temprano a mi pequeña y llenando el salón de regalos. Las chicas también iban a pasar esos días con sus familias y el único que vendría sería Alexei, que comería con nosotras a la mañana siguiente porque aquella noche de Navidad había decidido trabajar en la discoteca y sacarse un extra. Iván me prometió que estaría de vuelta en Nochevieja y que empezaríamos el año juntos, a poder ser follando. Sí, éramos muy románticos.

Con las chicas lo habíamos organizado todo para pasar aquella noche juntas y salir a celebrarlo. Iba a ser la única fiesta que compartiríamos aquel año porque nuestra tradicional noche de Reyes iba a tener que suspenderse de manera definitiva. Su tenía marido, Lisa un bebé y yo una niña pequeña. Nos habíamos hecho mayores en cuestión de poco tiempo, pero aquella nueva etapa también resultaba maravillosa.

El día de Navidad, Alexei se presentó en casa sobre las dos del mediodía, ojeroso por la noche de trabajo, pero tan atractivo como siempre. Vestía de negro, llevaba el pelo recogido en una coleta baja y me miraba con aquellos ojos azules que

desprendían un magnetismo brutal.

—Feliz Navidad, cariño —le saludé abrazándole.

—Feliz Navidad, nena.

Le dejé pasar, haciéndome a un lado porque iba cargado con una bolsa de regalos. Daniela, al verle, se lanzó a sus brazos.

—¡*Alesei!* —chilló, todavía presa de la emoción de desenvolver paquetes.

Se me encogía el corazón al pensar que Daniela había pasado las últimas Navidades sin apenas regalos ni ilusión, sin sus padres y conviviendo con una abuela enferma que no podía ocuparse de ella, pero sobre todo sin cariño. Iba a compensarla por ello, iba a ser la niña más feliz del mundo porque verla

sonreír iluminaba todos los rincones que habían permanecido oscuros dentro de mí.

Sofía salió de la cocina y cruzó una mirada con nuestro invitado. Ambos se saludaron, pero no hubo besos ni abrazos y Daniela acaparó toda su atención, sentándole en el sofá con a León a sus pies, para enseñarle uno a uno todos los regalos que había recibido. Alexei odiaba aquellas fechas, pero estaba haciendo un esfuerzo por nosotras, así que aguantó los villancicos, los juegos con la niña, el pavo y los turrónes y hasta aceptó el regalo que le habíamos comprado sin protestar y con una sonrisa dibujada en los labios. Mantuvo en vilo a Daniela

hasta después de comer, cuando le entregó un par de paquetes enormes envueltos en papel de colores. Amaba a ese hombre con todo mi corazón por hacer aquello, pero era un amor fraternal, nada que ver con el fuego que ardía dentro de mí cuando Iván estaba cerca. La conversación fue fluida durante la comida, pero Alexei y Sofía apenas intercambiaron algunas frases formales, por eso me quedé muy sorprendida cuando, después de entregarme mi regalo, le dio un paquete a mi hermana. Creo que ella se quedó más sorprendida que yo porque permaneció unos cinco minutos con la boca abierta y el regalo entre las manos sin hacer movimiento alguno.

—Yo no te he comprado nada, pensé que... —balbuceó reaccionando y rasgando el papel con manos temblorosas.

—No te preocupes, no quería dar regalos a todo el mundo menos a ti, no me hubiera parecido correcto —le explicó.

Yo estaba alucinando. Aquello no era propio de Alexei y no entendía nada. Cuando mi hermana acabó de desenvolver el regalo siguió con la boca abierta contemplando el libro que tenía en las manos. Era una antología poética de Edgar Allan Poe en versión rústica.

—Es... ¡Oh, Dios mío! —exclamó con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas, mirando a Alexei con

adoración.

Pude ver el segundo exacto en el que le estallaba el corazón en montones de pedacitos de amor. ¡Joder con Alexei! Ahora que la muchacha empezaba a salir y a divertirse...

—¿Te gusta? —preguntó nervioso.

«Sí, capullo. Es un referente para ella, su autor favorito de todos los tiempos», intenté transmitirle mentalmente, pero mi hermana se me adelantó.

—¿Bromeas? Adoro a Edgar Allan Poe, ¿cómo lo has sabido? —le preguntó al borde de las lágrimas, no sé si de emoción, felicidad, amor o un conjunto de todo.

—No lo sabía... Simplemente lo vi

y me hizo pensar en ti. También es mi autor favorito —comentó avergonzado. Y por un momento, tuve la sensación de que aquel era un instante mágico e íntimo en el que yo sobraba.

—¿Piensas en mí, Alexei? —le preguntó Sofía coqueta.

—Bueno, tenía que hacerte un regalo... —contestó. Y a pesar de la frialdad de la respuesta, mi hermana le sonrió y se puso a ojear el libro.

No quise intervenir y seguimos la velada como si nada. Conocía los sentimientos de Sofía por Alexei, pero desconocía la naturaleza de los de mi amigo y quería que me explicara qué demonios estaba pasando allí dentro, en su corazón congelado, y desde cuando se

dedicaba a hacer regalos de Navidad a chicas que estaban interesadas en él para alentarlas cuando no tenía intención de hacer nada al respecto.

Alexei declinó la invitación para quedarse a cenar. Dijo que estaba hecho polvo después de la noche de trabajo y se fue a su casa. Con mi hermana acordamos saltarnos la cena, así que acosté a Daniela y ella se tumbó en el sofá con una manta, una taza de té y una sonrisa de oreja a oreja a leer su nuevo libro, pasando de la adicción que sufría por el ordenador y de cualquier otra cosa que pudiera decirle. La alarma de problemas empezó a sonar a todo volumen dentro de mi cabeza.

En Nochevieja cenamos en casa de Raúl y Lisa. El piso no era muy grande y con tanta gente se llenó enseguida. Daniela perseguía a Maléfica, la gatita de mi amiga, y a León, al que habíamos traído con nosotras para no dejarlo solo en casa. Ambas mascotas, a pesar de ser perro y gato, se llevaban muy bien. Aquella noche, la madre de Lisa, una mujer que hacía apenas unos meses era una completa bruja, que se había convertido en una tierna abuelita gracias al amor de un señor que conoció en clase de Pilates, se ofreció a quedarse con mi niña y el perrito para que pudiéramos salir todos. Yo acepté encantada, en el fondo era una buena mujer y lo más parecido a una abuela

que iba a tener Daniela. Sofía charlaba con Carol, que había vuelto antes de visitar a sus padres en Alicante para estar con nosotros aquella noche, y Eric y Su se prodigaban arrumacos en una esquina, presos todavía de la magia de los primeros meses de matrimonio. Mientras, Lisa y Raúl se ocupaban de servir la cena y vigilar a Víctor, su pequeño, que gorjeaba sentado en su cochecito. Un desconocido Alexei, mucho más cariñoso de lo habitual, le hacía cosquillas en la tripita. Yo era la que lo estaba pasando peor. Esperaba ansiosa la llegada de Iván, que me había llamado aquella tarde para confirmarme que iba a coger un vuelo a última hora. Esperaba estar allí antes de las doce,

pero a esas horas aún seguía con el móvil apagado, seguramente en el aire. Me sorprendía lo mucho que le echaba de menos cuando hacía apenas unos meses le había odiado con todas mis fuerzas por lo que me hizo en el pasado y por el modo en que se había comportado conmigo desde que había vuelto, pero así era. Tanto Daniela como yo nos habíamos acostumbrado a tenerle cerca y ahora notábamos su ausencia.

Después de la cena y de comernos las uvas, dejamos a los niños y las mascotas en casa de la madre de Lisa, que vivía allí mismo, y nos fuimos de fiesta. Alexei, que aquella noche había decidido no trabajar, nos consiguió pases vip para el *Bright*, nuestra

discoteca favorita. Nos presentamos allí pasada la una de la madrugada y nos acomodamos en la zona de reservados donde nos esperaban algunos de los amigos de Eric y Raúl, entre ellos Alberto, el fotógrafo plasta, que tuvo un encontronazo con Iván en aquel mismo lugar hacía unas cuantas semanas. Iván seguía sin aparecer y sin coger el teléfono y yo empezaba a estar lo suficientemente preocupada para no darme cuenta de las cosas que estaban ocurriendo a mi alrededor, como por ejemplo la descocada de mi hermana, que iba un poco pasada de copas y estaba tonteando con el imbécil de Alberto. Lo más sorprendente fue la mirada de halcón con la que los vigilaba

Alexei, que bebía su Coca-Cola sentado en uno de los sofás, sin quitarles ojo de encima. Antes era a mí a quien cuidaba con tanto ahínco, pero ahora prestaba toda su atención a mi hermana cuando se suponía que no la podía ni ver y que, si se comportaba educadamente con ella, era porque yo se lo había pedido. Muy raro todo...

Bajé a la pista a bailar un rato con mis amigas, dejando arriba a Carol, Alexei, Sofía y alguno de los colegas de aquellos dos. Lisa y Su se contoneaban por la pista con sus respectivas parejas y yo lo hacía sola, pensando que en otros tiempos no me hubiera importado bailar con algún chico y calentar el ambiente, aunque después me fuera sola

a casa, pero ahora ya no me apetecía seguirle el juego a nadie, solo deseaba bailar con una persona y esperaba que no tardase mucho en llegar. Observé a mis amigas, pletóricas, felices... y recordé que hacía un año habíamos estado en aquel mismo lugar, las tres más o menos solteras, porque la extraña relación que mantenía Lisa con Toni y la historia de Su con Fran no contaban, y me di cuenta de cuánto había cambiado todo. Ahora teníamos hijos, maridos, responsabilidades... Era como si en cuestión de doce meses hubiéramos dejado atrás la juventud para dar el paso que nos separaba de la vida adulta. En ciertos momentos sentía nostalgia. Me gustaba ser la chica soltera que salía,

bebía y hacía el tonto sin tener que dar explicaciones a nadie, pero luego recordaba a Daniela abrazándome y me preguntaba qué demonios hacía en aquella discoteca rodeada de babosos cuando podría estar en casa con ella. Nos habíamos hecho mayores, aunque aquello no impedía que pudiéramos seguir divirtiéndonos y disfrutando de otra manera, más sosegada pero igual de intensa.

De pronto unos brazos me rodearon por detrás y me hicieron apoyar contra un torso duro. Sentí el impulso de apartarme de inmediato, pero luego me llegó aquel aroma tan familiar y me relajé, moviendo las caderas y frotando el trasero contra la entrepierna muy

dispuesta de mi pareja de baile. Me di la vuelta y me encontré con la mirada gris de Iván, que sonreía encantado.

—Menos mal que no te encuentro magreándote con algún capullo como la última vez que estuvimos aquí —bromeó—. Odio meterme en peleas innecesarias.

—Antes te gustaba —le recordé abrazándome a él.

—Antes era demasiado impetuoso. —Se inclinó y me besó suavemente, meciéndonos al ritmo de la música—. Feliz año, preciosa.

—Feliz año —respondí—. Has tardado mucho, empezaba a preocuparme.

—¿Estabas preocupada por mí? —

Sonrió satisfecho—. El vuelo ha salido con mucho retraso y he querido pasar por casa para dejar los paquetes, iba muy cargado.

—¿Qué paquetes? —pregunté suspicaz.

—Lo sabrás a su debido tiempo. — Me guiñó un ojo y seguimos bailando.

No sé cuánto tiempo pasamos allí, las canciones sonaban unas tras otras, la gente se apelotonaba en la pista, bebía, reía, sudaba y disfrutaba, pero a mí todo me daba igual, yo solo quería seguir pegada a aquel cuerpo fuerte y poderoso. Iván tenía ambas manos puestas en mi trasero y yo le besaba en la boca con ansia, ya ni siquiera seguíamos el ritmo de la música,

estábamos perdidos en nuestra propia burbuja, rozando nuestros labios, succionando nuestras lenguas...

—Vamos al baño, quiero follarte desesperadamente —me suplicó al oído y me mordisqueó el cuello erizándome todo el vello del cuerpo.

Quise aceptar, pero recordé que la última vez acabé vomitando dentro de una cubitera y metiendo a Alexei en problemas y no quería que me pillaran en otra situación comprometida.

—Mejor charlamos un rato con mis amigos y luego nos vamos a casa —propuse.

—Joder, no sé si podré aguantar tanto —se quejó, pero me hizo caso y subimos a la zona de reservados donde

se lo presenté formalmente a todos.

Mientras él iba a la barra a pedir unas copas, Alexei se acercó a mí, tenso y nervioso

—Voy a llevarme a tu hermana a casa —me dijo muy serio.

Por un momento me sorprendí, hasta que entendí que, viniendo de él, a lo único que podía referirse era a que iba a sacarla de allí, meterla en su coche y dejarla sana y salva en nuestra casa, no que pensara llevársela a la suya y hacer algo más que hablar con ella.

—¿Está bien? —pregunté preocupada. Solo había estado pendiente de Iván y no había prestado atención a todo lo demás.

—Se ha pasado con las copas y el

baboso de Alberto se está aprovechando. Si no la saco de aquí, voy a tener que partirle la cara — aseguró apretando los puños.

—Haz lo que tengas que hacer, confío en ti.

—No te preocupes, me ocuparé de todo —me aseguró y caminó hacia el lugar en el que estaban charlando Sofía y Alberto para interponerse entre ellos.

Mi hermana ni siquiera protesto u opuso resistencia. En cuanto Alexei la cogió del brazo, se dejó caer contra su pecho, abrazándose a él, como una gatita en busca de caricias, y no le dedicó ni una mirada a Alberto, que lo observaba todo pasmado. Seguro que no se creía su mala suerte con las hermanas De

Miguel. Ambas le habíamos dado plantón sin lamentarlo. En cuanto Iván regresó con las copas, Sofía y Alexei ya habían desaparecido. Alberto buscaba una nueva víctima y nosotros conversábamos animadamente a pesar del estruendo de la música. Iván conectó sin ningún problema con los chicos. Mis amigas, aunque al principio se mostraron más duras, también acabaron aceptándole. Eran casi las cinco de la madrugada cuando salimos de allí y nos montamos en el coche de Iván, despidiéndonos de todos para irnos a su casa.

Cuando llegamos al ático, entramos por la puerta besándonos y arrancándonos la ropa el uno al otro.

Dentro del ascensor, Iván me había abierto el abrigo para bajarme el escote del vestido y amasar mis pechos con las manos. Yo le había arrancado la corbata y desabrochado la camisa. A veces decíamos que íbamos a hacer el amor con calma, saboreándolo, sin prisa, pero cuando nuestras bocas se tocaban se producía una explosión y todo estallaba, precipitándose a una velocidad vertiginosa hacia el final. Arrancó la colcha y los cojines y me lanzó sobre la cama, donde reboté entre risas, vestida únicamente con mis braguitas rojas de la buena suerte, que me había regalado Su y que acabarían destrozadas o en llamas. Tenía entendido que quemar las bragas en Nochevieja daba buena suerte, así

que por el bien del año que empezaba, no me importaba nada perder mi ropa interior. A Iván le faltó poco para arrancarse el resto de la ropa, quitarme las braguitas, tirar de mis piernas hasta colocarlas sobre sus hombros y entrar dentro de mí con una profunda embestida.

—Luego jugaremos, preciosa, pero te necesito ya —me dijo empujando con fuerza.

—Y yo a ti —gemí, arqueando la espalda y disfrutando de las deliciosas penetraciones.

Ambos nos corrimos en cuestión de minutos. Habíamos estado varios días separados y nos necesitábamos desesperadamente. No nos hizo falta

mucho más para dejarnos llevar.

—Dios, te quiero, Vicky —susurró, besándome en la sien al recuperar el aliento.

Yo me estremecí ante aquella declaración y dejé que Iván siguiera besándome, descendiendo hasta llegar a mi sexo y haciéndome disfrutar del mejor inicio de año que había tenido en mi vida. Solo esperaba que sus palabras fueran sinceras y que la burbuja siguiera intacta, sin entrar en aquel camino espinoso que llevábamos semanas ignorando y que finalmente podía hacerla estallar.

# Capítulo 25

Apenas habíamos dormido cuatro horas cuando nos presentamos en casa de la madre de Lisa para recoger a Daniela y a León. La señora nos miró mal pero no dijo nada. Imaginaba que Raúl y Lisa habrían aparecido con pintas parecidas a recoger al pequeño Víctor. Daniela me dio un beso y enseguida se lanzó a los brazos de Iván que, oculto tras unas gafas de sol que le sentaban de muerte, le sonrió y la cogió en brazos. Yo me ocupé de León, que tenía manía a Iván y seguía gruñéndole. Mientras, la niña le contaba con todo

lujo de detalles lo que le había traído Papá Noel. Habíamos acordado con Daniela que, ya que aquel año los Reyes Magos y Papá Noel iban a portarse muy bien con ella, donaríamos algunos juguetes al centro de acogida de menores donde había vivido hasta que pude llevármela a casa. Daniela había sido afortunada, pero había niños que pasarían las Navidades solos en aquel lugar y quería que ella se concienciara y aprendiera a compartir. Estuvo totalmente de acuerdo con mi iniciativa.

La noche de Reyes, mi hermana y yo nos aventuramos a bajar al centro de la ciudad para ver la cabalgata con Daniela y por poco morimos aplastadas por la masa de gente. Una señora mayor

intentó apartar a mi niña de un hueco en el que había podido alzarse para ver mejor y colarse ella. Sofía le dijo de todo y me hizo pasar un poco de vergüenza, pero la vieja bruja se lo merecía. Lo de recoger caramelos lo dejamos por imposible y lo de intentar coger el metro también. Así que cenamos en una pizzería y volvimos a casa más tarde. No había visto a Daniela tan feliz en todo el tiempo que llevábamos juntas. A la mañana siguiente nos pasamos más de una hora abriendo regalos. A Sofía se le había ido la mano y había comprado cientos de cosas, desde chorradas a regalos de aquellos que podrían arrancar una sonrisa a una chica coqueta como yo. En

mi caso me controlé un poco porque no estaba pasando por mi mejor momento económico y no era plan de hacer excesos. Al mediodía apareció Iván y descubrí qué eran aquellos paquetes que había tenido que ir a dejar a su casa en Nochevieja. Un montón de regalos para nosotras. Sofía ya estaba cediendo con eso de ir a trabajar con él, pero cuando abrió su regalo y se encontró con un precioso y carísimo ordenador portátil, casi acabó de convencerse. Daniela no cabía en sí de gozo con sus juguetes. Iba a necesitar varios días para montarlos y disfrutar de todos. Yo esperaba ansiosa mi regalo. No le haría ascos a un regalo caro, pero prefería que se hubiera esmerado más en el detalle. No me

defraudó.

—Pensé que no apreciarías que te regalara una joya, ya te conozco. Así que dediqué los días que pasé en Madrid a preparar esto —me dijo entregándome un paquete rectangular envuelto con papel brillante de color rojo y un lazo plateado.

Lo desenvolví nerviosa. Dentro encontré un álbum forrado en cuero marrón con letras bordadas. En la tapa estaba escrita la palabra: «Recuerdos» y el interior estaba repleto de ellos. En la primera página había una foto de los dos abrazados, sonrientes y jovencísimos. No podía creer que hubieran pasado tantos años y que las cosas hubieran cambiado tanto. También había algunos

recortes de periódico con crónicas de conciertos a los que habíamos asistido juntos. En la página siguiente estaban las entradas. También las había de cine y algunas chorradas como *tickets* de sitios donde habíamos comido o tomado algo, además de varias fotografías de momentos especiales. No me di cuenta de que me había quedado absorta pasando las páginas hasta que llegué al final y descubrí que estaba a punto de romper a llorar.

—¿Te ha gustado? —me preguntó.

Había permanecido a mi lado, mirando el álbum en silencio, sin interrumpirme.

—Es perfecto —susurré tragando el nudo que me oprimía la garganta. Me

costaba mucho llorar en público y me avergonzaba hacerlo entonces—. Me sorprende que guardaras estas cosas.

—Estuve haciendo limpieza en mi casa de Madrid y encontré unas cajas viejas con recuerdos. Fue ver todo esto y saber que tocaría ese duro corazoncito que tienes. —Me golpeó cariñosamente en el pecho y sonreí como una boba.

—Ya no es tan duro como antes — confesé—. Después de ver esto me siento ridícula regalándote el maletín.

Le había comprado un maletín de piel para ir a trabajar. Había comentado que el suyo estaba para jubilar, que ni siquiera cerraba bien. Pensé que sería buena idea comprarle uno porque ¿qué se le regala a un hombre que lo tiene

todo?

—Me encanta el maletín. Además, yo también te he comprado otra cosa que será muy útil y que espero poder disfrutar contigo.

Me pasó una bolsa de papel con un lazo y el logo de «Victoria's Secret» en letras blancas. La abrí y me encontré con varios conjuntos de lencería preciosos.

—Increíble... —murmuré sacando un delicado tanga de encaje en color burdeos.

—Ese color te sienta de maravilla.

—¿Estuviste comprando esto en una tienda o lo compraste por internet?

—Lo compré en la tienda del aeropuerto. ¿Te acuerdas que te dije que el avión había salido con retraso? —

Asentí—. Pues me entretuve comprando para ti. La dependienta fue muy amable y estuvo encantada de ayudarme, pero yo tenía muy claro lo que quería.

—Ya... —murmuré celosa—. Seguro que hasta te dio su número de teléfono por si volvías a necesitarla.

—Lo intentó, pero le dije que estaba comprometido.

—Claro... —Guardé la lencería en la bolsa y comprobé que Sofía y Daniela se entretenían con uno de los juguetes, ajenas a lo que hacíamos Iván y yo—. Será mejor que empiece a preparar la comida, ¿te apetece una copa de vino? —le pregunté.

Asintió y me siguió a la cocina para acompañarme mientras me ocupaba de

los deliciosos manjares que había estado preparando. La comida fue tranquila. Iván y Sofía empezaban a recuperar la cordialidad del principio y ya no había esa especie de tensión entre ellos desde que pasó lo de Castilla. Iván se había suavizado y había dejado de lado la prepotencia con la que había llegado a Barcelona y Sofía también estaba poniendo de su parte para olvidar lo ocurrido. Por la tarde se presentaron mis amigas y también Alexei, que había trabajado en la cafetería por la mañana y tenía el resto del día libre. En un momento se formó un buen alboroto en el salón. Por suerte Iván se integró sin problemas en el grupo. Con el único que había cierta tensión era con Alexei. Era

imposible que esos dos conectaran.

Sofía tenía un regalo para mi amigo. Después del detalle que le compró en Navidad quería corresponderle, pero no se atrevía a dárselo. Cuando todo el mundo se fue, incluido Iván, se decidió y se lo dio, pero Alexei no reaccionó de la manera esperada.

—Si te hice un regalo fue por cortesía, no porque quisiera insinuar nada.

—Está bien, disculpa, no imagine que pudiera sentarte tan mal, solo son unas entradas, no significa nada. Ni siquiera tienes que ir conmigo si no quieres —se excusó con voz trémula.

—No quiero salir contigo, no me interesas, no sé cómo hacértelo entender

—espetó—. No me gustas, no me gustan las mujeres como tú —dijo mirándola de arriba abajo con desprecio.

A Sofía se le escapó un sollozo y me vi obligada a intervenir. Nadie iba a hacer daño a mi hermana en mi presencia y menos ahora que sabía lo que había sufrido durante tantos años. Me importaba una mierda que fuera Alexei o el mismísimo Dios.

—Te estás pasando, Alexei —le advertí situándome entre los dos.

—Joder... —gruñó frustrado—. Es que no lo entiende, Vicky. No entiende que ni siquiera me atrae y no sé cómo metérselo en la cabeza para que no se cree falsas esperanzas y me deje en paz.

Sofía me hizo a un lado y le arrancó

las entradas de la mano. Él se quedó compungido al ver sus lágrimas.

—¡Ya me ha quedado claro, imbécil! —gritó partiéndolas por la mitad y echando a correr por el pasillo hacia su habitación.

Ambos la seguimos con la mirada, luego miramos las entradas que había lanzado al suelo y después nos miramos a los ojos, sincronizados.

—Mierda, no quería hacerla llorar —bufó pasándose la mano por el pelo.

—Nadie lo diría... Te has esforzado mucho para conseguirlo —respondí cruzándome de brazos muy enfadada—. Mira, Alexei, te quiero muchísimo, pero si me pones en la situación de tener que elegir entre mi

hermana y tú, vas a salir perdiendo. Así que ya puedes ir pensando en la manera de disculparte y arreglar esto, porque de otro modo no voy a querer que vuelvas por aquí.

—Joder. —Me lanzó una mirada de furia, aunque no era conmigo con quien estaba furioso, sino consigo mismo—. No sé por qué... Dios, es que... —farfulló, y con una última mirada en dirección al pasillo, cogió su chaqueta y se fue dando un portazo sin darme ninguna explicación.

Genial, aquel memo acababa de romperle el corazón a Sofía. Alexei no era mala persona, simplemente no sabía cómo relacionarse con los demás y temía que, muy al contrario de lo que

decía, estuviera empezando a sentir cosas por mi hermana. Estaba convencida de que aquello le asustaba más que si le hubieran apuntado con una pistola porque no tenía armas para luchar contra ello. Huía y de paso le hacía daño para espantarla y ahorrarse el trabajo de enfrentarse a sus sentimientos. Recogí las entradas hechas pedazos, eran para un concierto de uno de sus grupos favoritos, y me dirigí a la habitación de Sofía para ver si podía arreglar el desastre. Dios, aquello de ser la madura y la responsable era un auténtico coñazo. Echaba de menos ser yo la que armaba el berrinche, pero ahora me tocaba poner paz y arreglar situaciones, no provocarlas.

Cuando entré en la habitación y me encontré a Sofía encogida en la cama, me acordé de cuando éramos pequeñas y nuestro padre volvía furioso a casa, golpeando las paredes y rompiendo todo aquello que se cruzara en su camino, incluidas su mujer y sus hijas. Siempre era yo quien la consolaba y le decía que todo se arreglaría, que tarde o temprano saldríamos de allí.

—No llores, pequeña —rogué, sentándome en la cama y acariciándole el pelo.

Ella se enjuagó el rostro con la manga de su jersey de lana y me miró con los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Aun así estaba preciosa y me parecía imposible que hubiera

alguien que no supiera apreciarlo.

—Me llamabas así cuando tenía cinco o seis años y ocurría algo desagradable en casa con papá — recordó incorporándose—. Y ahora me doy cuenta de que tú tampoco eras tan mayor como para soportar aquella carga y encima cuidar de mí.

—Nunca supuso un esfuerzo, Sofía, lo hacía porque te quería, aunque me cueste decirlo en voz alta. Eres mi hermana pequeña y haría cualquier cosa por ti.

—Tú también hubieras necesitado que alguien se ocupara de ti y no una madre depresiva y un padre alcohólico y violento.

—No siempre podemos elegir... —

murmuré mientras abría el cajón de la mesita de noche y sacaba un paquete de pañuelos de papel—. Alexei no es mala persona —dije, intentando excusar su comportamiento, aunque no se lo mereciera—, pero no es un hombre para ti. Tiene un pasado demasiado oscuro y complicado para estar contigo. Tú necesitas a alguien que te mime y te cuide y él no puede, es así de sencillo y a la vez complicado.

—Cuando me ha mirado con aquel desprecio he sentido como si pudiera traspasarme la ropa y ver todas esas horribles cicatrices... —gimió entre sollozos.

—Venga, tranquila... —La rodeé con los brazos y dejé que apoyara la

cabeza en mi hombro—. El problema está en tu cabeza y no en las cicatrices, Sofía. Las he visto y no son tan horribles.

—Para mí sí... Alexei me gusta y me ha dolido mucho lo que me ha dicho.

—Lo sé, cielo, pero tienes que olvidarte de él. Hay cientos de hombres interesantes y buenos que matarían por estar contigo.

Ella me miró como si no se lo acabara de creer.

—Sé que tengo que olvidarle. No le intereso, no hay que darle más vueltas. Además, a mí tampoco me interesa estar con nadie ahora.

Quise decirle que precisamente era lo contrario, que ahora más que nunca

necesitaba empezar algo con alguien que supiera valorarla, pero Daniela entró en la habitación, interrumpiendo la conversación.

—¿Estás malita? —preguntó al verla en la cama con esa cara. Debió imaginar que no se encontraba bien.

—Tía Sofía necesita que la beses hasta que se le pase el disgusto —propuse subiéndola a la cama —Ya sabes que tus besos son mágicos, cielo.

—Eso está hecho —aseguró lanzándose a los brazos de mi hermana y cumpliendo perfectamente con su misión.

Más tarde, después de cenar y acostar a una sobreexcitada Daniela por todas las emociones del día, mi hermana

se sentó en el sofá con su nuevo ordenador portátil. Mientras, yo pasaba las páginas del álbum que me había regalado Iván. Era posible que en el pasado se hubiera dejado engañar por mi padre, que no me hubiera creído cuando le dije que no era el hombre que suponía, pero de eso hacía más de quince años y en todos ellos, Iván había madurado, había cambiado y se había convertido en un hombre mejor, lejos de aquel adolescente influenciado. Quizá ya era hora de olvidar lo ocurrido y darle una oportunidad al futuro. Ya habíamos sufrido demasiado. Iván sentía algo por mí y yo por él. Era hora de afrontar el presente con optimismo.

Pasadas las Navidades, las cosas volvieron a la normalidad. Daniela al colegio, yo combinándome los horarios en la tienda, que iba un poco mejor, y Sofía decidiendo hablar con Iván para comentarle la posibilidad de empezar a trabajar en la empresa. Él y yo, por nuestra parte, seguíamos con lo nuestro, olvidando por completo el pasado y centrándonos en construir algo nuevo en el presente.

Hablé con Alexei. Me llamó un par de días después de Reyes reconociendo que se había comportado como un capullo.

—Mi hermana tiene ciertos problemas de... autoestima —comenté sin entrar en detalles porque Sofía me

mataría si se enteraba de que se lo había contado—. Le diste en su punto débil.

—Menuda mierda —gimió abatido—. Es preciosa, pero ella y yo no tenemos nada en común, tiene que entenderlo, nunca funcionaría. Yo no puedo estar con nadie... No puedo, Vicky. Sabes alguna de las cosas que tuve que hacer para sobrevivir y lo jodido que estoy por dentro.

—Lo sé. Y Sofía lo ha entendido, no te preocupes, pero arréglalo. La heriste y tienes que disculparte.

—Está bien, hablaré con ella.

—No tardes —le pedí antes de colgar.

El fin de semana dormimos en casa de Iván. A Daniela y a mí nos gustaba

estar con él y se estaba convirtiendo en una costumbre. El domingo nos llevó a casa en su precioso Jaguar y se quedó a pasar la tarde. Daniela se fue a su habitación a jugar con sus juguetes y Sofía se quedó en el salón con el ordenador. Nosotros nos sentamos en la cocina. Preparé café y charlamos de cosas triviales hasta que la conversación derivó hacia un tema espinoso. Más bien «el tema», lo único que podía hacer que toda aquella armonía acabara rompiéndose. Hablábamos de su piso de Madrid. Me comentaba que se estaba planteando venderlo o alquilarlo porque no creía probable volver a vivir allí. Se había instalado de manera definitiva en Barcelona y si tenía que viajar a la

capital por trabajo, se quedaría en un hotel o en casa de su madre. A mí me parecía bien, aquello me daba seguridad porque las parejas a distancia, a la larga, acaban distanciándose hasta enfriarse y romper.

—En casa de tu padre todavía quedan un montón de cosas —comentó y yo me puse en alerta de inmediato.

—No me interesa nada de lo que pueda haber allí. Mejor háblalo con Sofía, quizá ella quiera recuperar algo. Yo ni siquiera estaba en su testamento, no creo que le hubiera gustado que tocara sus cosas.

—Joder, Vicky, no entiendo cómo puedes ser tan fría con el tema de tu padre.

—Ese ha sido siempre nuestro problema, Iván, que nunca lo has entendido.

—Pues explícamelo.

—¿Para qué? Ahora ya no podemos cambiar nada.

—Para que pueda entenderte. Esa sería una buena razón.

—Ya te lo conté en su momento. Mi padre no era la clase de hombre que creías. Nos trató mal y nos hizo daño.

Me levanté con la taza vacía y la enjuagué para mantenerme ocupada y no estampársela en la cabeza. ¡Qué obtuso era! Ya le había insinuado hacía años que mi padre era un maltratador, pero pensó que exageraba y no me creyó.

—Tu padre era un hombre estricto.

Entiendo que durante la adolescencia eso pudiera resultar complicado de soportar —dijo como si hablara con una niña pequeña—. A veces a mí también me costaba aceptar su carácter o la manera que tenía de hablarme, pero siempre lo hizo por mi bien.

—Tú no conocías a mi padre, Iván. Era un hombre estricto, sí, pero también alguien que bebía demasiado y disfrutaba haciendo daño a las personas que tenía a su alrededor.

—Me cuesta creerlo, Vicky. Me parece que tienes una visión distorsionada de la realidad. Te llevabas mal con tu padre, no os entendíais, os peleabais continuamente y un día te cabreaste, te fuiste y no quisiste saber

nada más de él. No lo comparto, pero son cosas que pasan. No eres la primera adolescente que se va de casa y se pasa varios años sin hablar con sus padres. Lo que no entiendo es que ni siquiera te plantearas asistir a su funeral.

—Es normal que no lo entiendas, Iván, porque mi hermana te está contando solo una parte de la verdad — nos interrumpió Sofía, que había venido desde el salón y estaba de brazos cruzados junto a la puerta de la cocina —. Disculpad, pero hablabais en voz alta y os he oído. Además, también es un tema que me afecta.

—No te metas, Sofía —advertí.

Sabía que, para Iván, mi padre era una especie de héroe y cambiar esa

visión ahora que ya estaba muerto me parecía estúpido y egoísta. Podíamos seguir adelante sin que aquel hombre se interpusiera en nuestras vidas y nos hiciera más daño.

—Me meto porque estoy harta de que Iván te juzgue sin razón. —Entró en la cocina y se detuvo frente a nosotros. Él seguía sentado y yo estaba de pie junto a la encimera—. Mi padre bebía, eso ya lo sabes, lo que no sabes es que no lo controlaba como quería hacer creer a todo el mundo. Era un jodido borracho que abusó de mi madre hasta que no pudo soportarlo más y acabó suicidándose y, cuando ya no la tenía a ella, empezó a hacerlo con nosotras.

Iván miraba a mi hermana con los

ojos abiertos como platos. Sofía nunca le había contado nada de nuestro pasado a petición mía, pero había llegado un punto en el que ya no iba a poder detenerla, maldita fuera.

—¿Qué quieres decir exactamente con abusar de vosotras? —le preguntó y me dolió que sus palabras tuvieran más credibilidad que las mías.

—Gritos, insultos, humillaciones, bofetadas... —enumeró levantando un dedo tras cada contundente palabra.

—No puedo creerlo, Sofía. No os creo —insistió negando con la cabeza.

No podía asimilar que el hombre al que había idolatrado fuera un monstruo. Le era más fácil creer que la culpa era nuestra, por ser unas niñas malcriadas

que no pudieron soportar la presión de un padre exigente. Pobre Iván, la realidad iba a golpearlo en la cara en cuestión de segundos.

—Mierda, eres de los de ver para creer —murmuró Sofía—. Entonces tendré que enseñártelo.

Se llevó la mano al botón de los vaqueros, los desabrochó y se los bajó para estupefacción de ambos. Iván clavó la mirada en el muslo marcado de mi hermana y luego se giró para mirarme con ojos interrogantes.

—¿Qué es esto? ¿Cuándo...?

—Estas marcas —dijo señalándose el muslo—, son la razón por la que Vicky se fue de Madrid, no volvió a hablar con mi padre y ni siquiera se

despidió de ti.

—¡¡¿Qué?!! —Se levantó de la silla y, de la furia, la tiró al suelo.

No podía creer que mi hermana hubiera mostrado sus cicatrices sabiendo lo mucho que la avergonzaban. Vi lágrimas en sus ojos cuando volvió a hablar.

—Cuando ocurrió tenía siete años, pero no sabría decirte por qué. A mi padre cualquier tontería podía desatarle la ira. Se cabreó por algo y quiso pagarlo con Vicky. Yo estaba harta, era pequeña pero no podía soportar que abusara continuamente de mi hermana, así que me metí en medio. Él me empujó muy fuerte, apartándome de su camino como si fuera un molesto mosquito, y caí

sobre la mesa de cristal del comedor, que se rompió por culpa del peso. Ya te puedes imaginar el resto... La peor parte se la llevó mi muslo izquierdo, aunque tengo algunas cicatrices menos visibles repartidas por el cuerpo. No te imaginas la de sangre que había por todas partes... —susurró con un escalofrío—. ¿Sabes lo que hizo papá? —Iván negó con la cabeza—. Le dio una bofetada a Vicky y le dijo que limpiara aquel desastre si no quería tener que atenerse a las consecuencias. Ni siquiera me ayudó a levantarme. Vicky avisó a una de las chicas del servicio, que llamó a una ambulancia y nos acompañó al hospital. ¿Qué me dices, Iván? ¿Te sigue pareciendo un héroe?

—Yo... No... no puedo creer que...

—balbuceaba, sin apartar la mirada de las piernas desnudas de Sofía.

Ella se subió los pantalones y se los abrochó.

—¿Lo entiendes ahora o todavía sigues sin creértelo? Pasé una semana en el hospital, mintiendo a los médicos y a todo el mundo, diciendo que me había caído porque era demasiado torpe y despistada, protegiéndole, ocultando nuestra vergüenza, y mi... padre ni siquiera se dignó a venir a visitarme. ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Te hubieras quedado esperando el siguiente golpe? —preguntó enarcando las cejas—. No, claro que no. Pero Vicky aún era menor de edad y tuvimos que esperar.

Teníamos miedo, ¿sabes? ¿Puedes imaginarte lo que suponía para dos niñas convivir con aquel monstruo? Cada vez que se abría la puerta y entraba en casa me meaba encima, Iván. Estaba tan asustada que no podía controlarlo, pero mi hermana me protegió y tuvo el valor de plantarle cara y sacarme de allí mientras tú la tachabas de egoísta y malcriada. ¿En qué lugar te deja eso, maldito estúpido? —preguntó antes de darse la vuelta y salir de la cocina, dejándonos a ambos sumidos en un silencio sepulcral.

# Capítulo 26

No me atreví a romper el silencio en el que nos sumimos tras la salida de mi hermana, que, por los golpes, deduje que se había encerrado en su habitación de un portazo. Iván había levantado la silla caída y había vuelto a sentarse con la cabeza gacha y los dedos entre el cabello. Pasaron por lo menos diez minutos hasta que finalmente habló.

—¿Os pegaba?

—A veces... —murmuré

encogiendo un hombro. Él me miró horrorizado—. Aunque no es lo que crees, no nos daba palizas, ni siquiera a

mi madre, solo alguna bofetada.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca? Si lo hubiera sabido las cosas hubieran sido distintas, Vicky, ¡joder!

—No lo creo, Iván, mi padre se había encargado de llevarte a su terreno, no me hubieras creído. Cuando te insinué que era una mala persona y que no nos trataba bien te burlaste de mí.

—Aun así... —farfulló sin negarlo.

Mi padre era demasiado listo para mostrar al monstruo en público e Iván formaba parte de su plan de empresa, no iba a estropearlo, por eso le tenía tan bien engañado.

—Me daba vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Sí, creía que era culpa mía, por

permitirlo. Sé que te cuesta entenderlo, a mí me ha costado muchos años de terapia aceptar que no era así. De hecho, todavía lo arrastro.

—Eras una niña, Vicky. ¿Cómo podía ser culpa tuya?

—Por ensuciar el suelo con los zapatos sucios de barro, por no recoger los juguetes, por sacar una mala nota en un examen, por no vigilar a Sofía... Él me hizo creer que no valía nada, que nunca sería suficiente y que todo lo hacía mal. Decía que me castigaba por mi bien, que cuando fuera mayor lo entendería —le expliqué.

De eso había hablado mil veces con Magda, mi psicóloga, y aunque me ayudaba a entender que todo aquello era

normal en una niña, y no un motivo de castigo desproporcionado ni de violencia, yo seguía pensando que podía haberlo hecho mejor para no enfadarle. No me daba cuenta de que cualquier excusa le hubiera servido para hacernos daño.

—En lo único en lo que podía pensar era en que no se acercara a Sofía, era demasiado pequeña y tenía que protegerla, por eso, cuando la empujó tan fuerte que cayó sobre la mesa y todo empezó a llenarse de sangre yo... — Tuve que callarme porque se me escapó un sollozo. Todavía recordaba a la perfección aquel fatídico día y se me erizaba todo el vello del cuerpo.

—Dios mío, Vicky... —susurró sin

atreverse a pronunciar nada más.

—Cuando vi las marcas que los cristales le habían dejado en la pierna, me juré que no permitiría que siguiera viviendo allí. Aquel suceso me dio el valor del que hasta entonces había carecido. Por eso, al cumplir los dieciocho años, arreglé el papeleo y más tarde la saqué de allí. A mi padre le pareció bien la idea del internado, gracias a Dios, para él era un problema menos y, una vez hecho, me fui. Me largué tan lejos de allí como pude, por eso te dejé. Cuando tú apareciste no podía contártelo. No hacía mucho que había ocurrido y estábamos asustadas, mi padre nos había amenazado, así que acordamos guardar el secreto. No

contaba con enamorarme de ti, pero tenía que irme. Sé que en su momento no lo entendiste, pero no podía seguir allí.

—Tendrías que habérmelo dicho, Vicky —seguía insistiendo.

—Quise confiar en ti, te insinué algo, pero eras un chaval ambicioso de veinte años, Iván. Habías perdido a tu padre y el mío te puso la solución a todos tus problemas en bandeja de plata... No me hubieras creído. Además, me avergonzaba tanto que supieras la verdad, que preferí perderte a intentar contártelo todo. Fui una cobarde.

—Maldita sea, ¡no vuelvas a decir eso! —Golpeó la mesa con el puño y se puso de pie. Yo me llevé la mano al pecho. Me había sobresaltado su

arretrato—. El único cobarde fue él, que abusó de unas niñas indefensas. Y yo, que fui un maldito imbécil. Tú fuiste increíblemente valiente. —Se acercó a mí y me reconfortó la idea de que me abrazara, pero se detuvo antes de tocarme y sacudió la cabeza—. Yo fui un desgraciado. Dios... es que no puedo pensar, Vicky, necesito tiempo.

—Iván, tú no lo sabías, no tenías ni idea de lo que estaba pasando.

—Tendría que haberme dado cuenta —gruñó frustrado—. Por favor, déjame pensar en ello, necesito asimilarlo —me rogó con expresión desconcertada. Parecía abatido—. Tengo que... Me voy a casa, te llamaré.

—Por favor, Iván, hablemos de

ello. No te vayas —supliqué. No quería que se fuera y empezara a montarse una película, pero ya era tarde. Estaba en el salón muy nervioso, poniéndose la cazadora.

—Te llamaré —repitió antes de sacar las llaves del coche y salir dando un portazo.

Me quedé en mitad del salón, mirando en dirección a la puerta cerrada, preguntándome qué demonios había ocurrido. Quizá era verdad que Iván necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había descubierto. Le afectó muchísimo conocer la verdadera naturaleza de mi padre, pero aquello me parecía una huida. En fin, le daría aquella noche para que se recuperara

del impacto y hablaría con él.

—Lo siento, tenía que decírselo.

Me di la vuelta y vi a Sofía detrás de mí, descalza, temblorosa y con los ojos rojos de tanto llorar. Me acerqué a ella y la abracé.

—No pasa nada, es mejor que lo sepa de una vez.

Y era verdad, no podía volver a empezar una relación con él a base de mentiras. Por lo menos ahora ya lo sabía todo.

A la mañana siguiente no me llamó, ni a la otra, ni a la otra. Tampoco me cogía el teléfono. No quería ponerme en lo peor, pero empezaba a ser evidente, me estaba evitando. Cabreada, me fui al

ático y abrí con la llave que me había dado. Le pedí a Sofía que se ocupara de la niña y me quedé a pasar la noche allí, esperando, pero no se presentó. Por la mañana, mientras tomaba un café en la cocina, escuché el ruido de unas llaves en la cerradura y me fui corriendo al salón, esperanzada, pero me encontré con la señora que le hacía la limpieza, que me miró desconcertada. Ya nos conocíamos, la había visto en otra ocasión, no obstante, no esperaba encontrarme allí. Fue a cambiarse y me quedé esperándola en la cocina.

—¿Sabe algo de Iván? ¿Le dijo cuándo volvería?

—No sé nada, señora —me confirmó—. Normalmente ni siquiera

hablamos. Me deja las instrucciones escritas en un papel, pero esta semana no había nada nuevo.

—Está bien, gracias.

La mujer asintió y se fue a las habitaciones para empezar con las tareas. Me bebí el café, me vestí y me fui a buscarle a la oficina. Me había jurado no volver a poner los pies allí, pero era un caso de emergencia. No sabía qué le podía estar pasando por la cabeza ni si sería algo bueno o demasiado malo y me daba miedo empezar a hacer conjeturas que solo me harían daño. Suponía que no había podido soportar la verdad y había decidido dejarme, huyendo, como hice yo, y aquella perspectiva era terrible.

Subí en ascensor hasta su despacho sin quitarme las gafas de sol. Era una tontería pensar que aquel trozo de plástico iba a impedir que me reconocieran, pero me hacía sentir segura. Algunas cabezas se giraron a mirarme, pero no les presté atención. Solo me detuve cuando llegué a la mesa de la nueva secretaria, que efectivamente era una señora mayor de sonrisa amable.

—¿En qué puedo ayudarla? — preguntó.

—Soy Victoria De Miguel —me presenté—. Desearía ver al señor Robles.

—Señorita De Miguel, un placer — me saludó—. El señor Robles no se

encuentra en la oficina esta mañana. De hecho, ha salido de viaje —me dijo bajito, como si me hiciera una confidencia.

—¿De viaje? —pregunté extrañada.

—Sí, se fue rumbo a Madrid para solucionar unos asuntos personales.

Mierda, estaba huyendo, lo que yo pensaba.

—Está bien, gracias. Le llamaré al móvil.

La mujer asintió y me fui de allí todo lo deprisa que pude. Al llegar abajo me dirigí a la cafetería de enfrente, donde trabajaba Alexei. Le vi secando unos vasos detrás de la barra, aprovechando un momento en el que el local estaba casi vacío.

—Hola, nena, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí? —me saludó con una sonrisa.

Parecía más contento desde que trabajaba allí y, aunque yo aún estaba cabreada por su comportamiento con Sofía, me alegré por él. Además, necesitaba hablar con alguien.

—Llevo tres días sin saber nada de Iván. He venido a buscarle a la oficina y su secretaria me ha dicho que se ha ido a Madrid por asuntos personales —le expliqué, sentándome en un taburete frente a la barra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó soltando el trapo y prestándome toda su atención.

—Sofía le contó toda la verdad

sobre nuestro padre y se quedó destrozado —resumí—. Lo entiendo, acepté que necesitara un día o dos para pensar en ello y hacerse a la idea de que lo que había creído siempre no era real, pero no entiendo por qué no me coge el teléfono y qué ha ido a hacer a Madrid. Creo que está huyendo.

Alexei me miró fijamente durante un par de minutos. Sus ojos, tan azules, resultaban hipnóticos.

—Sabes que ese tío nunca me ha gustado —me dijo rompiendo el silencio—, pero es evidente que estás enamorada de él y, aunque me cueste creerlo, parece que él también lo está de ti. Así que tienes dos opciones: quedarte aquí sentada poniéndote en lo peor o

coger un avión rumbo a Madrid.

—¿Crees que debería ir a buscarle?  
—exclamé sorprendida.

—Eso he dicho —afirmó cogiendo el trapo y volviendo al trabajo.

De camino a casa estuve dando vueltas a lo que me había dicho Alexei y llegué a la conclusión de que tenía razón. Había perdido a Iván una vez, pero ahora que nos habíamos reencontrado, ¿estaba dispuesta a dejarle escapar de nuevo? La respuesta era un «no» enorme. Le quería, siempre le había querido, era el único hombre al que había amado y yo ya no era una niña asustada. Era una mujer adulta, con las ideas claras y muchas ganas de ir a por todas.

—Me voy a Madrid —anuncié en cuanto llegué a casa.

—¿Qué?! —exclamó Sofía, levantándose de un salto del sofá.

—Voy a buscar a Iván —dije de camino a mi habitación, donde abrí el armario y saqué la maleta.

—¿Te has vuelto loca?

—Sí, creo que sí. Pero estoy enamorada de ese capullo y voy a ir a buscarle.

—Joder, Vicky... —murmuró—. Te compraré un billete, seguro que en eso no has pensado —murmuró, aceptando que no había manera de convencerme de lo contrario.

Y tenía razón en ambas cosas, no podía convencerme y ni se me había

pasado por la cabeza comprarme un billete.

—Gracias, hermanita.

—¿Tren o avión?

—Lo que salga más barato —dije guardando cuatro cosas en la maleta. Estaba tan nerviosa que ni siquiera me fijaba en lo que metía dentro.

—Espero que Iván sepa valorarte porque si vuelve a hacerte daño, juro que lo mato —prometió desde la puerta con los puños apretados.

—No hará falta, cielo. Ahora soy una mujer fuerte y ya no hay nada ni nadie que tenga el poder de hacerme daño si yo no lo permito.

Aquello era lo que tantos años llevaba intentando hacerme entender mi

psicóloga y por fin lo había conseguido.

Al final me fui en tren. Llegué a la estación de Atocha a eso de las nueve de la noche y miré sorprendida a mi alrededor. Madrid había cambiado durante aquellos años, sin embargo, a pesar de los malos recuerdos, me sentí en casa. Sofía me había facilitado la dirección de Iván, así que iba en un taxi hacia su casa esperando encontrarle. Llamé a mi hermana en cuanto llegué a la estación y me confirmó que Daniela estaba bien y que se ocuparía de ella los días que hicieran falta. Dejé a cargo de la tienda a Raquel y le pedí a Vanesa que trabajara unas cuantas horas más esa semana. Así me aseguraba un tiempo

para convencer a Iván de que volviera a casa conmigo. Iba a poner todo mi empeño en ello. Una vez frente al bloque de edificios, pagué al taxista y salí corriendo hacia la puerta porque una señora estaba saliendo del portal y quise aprovechar para entrar sin tener que llamar al telefonillo. Confirmé el piso con los nombres que aparecían en los buzones y subí hasta el séptimo. El piso que tenía aquí parecía más modesto que el ático de Barcelona, aun así el barrio y la situación dejaban claro que a Iván hacía tiempo que le iban muy bien las cosas. Me planté frente a la segunda puerta y llamé al timbre insistentemente. Me daba miedo que no estuviera en casa, incluso que ya hubiera dejado el

piso, pero tenía que intentarlo. En el peor de los casos me pasaría por casa de su madre. A la mujer quizá le daría un soponcio al volver a verme después de tantos años, pero recuperarle merecía todo el esfuerzo. Al final no tuve que hacer nada de eso. Iván estaba en casa.

—¿Vicky? —preguntó sorprendido al verme allí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Iba despeinado, con la camisa desabrochada, barba de dos días y estaba descalzo. Aun así estaba tan atractivo, que casi me arrodillé y le supliqué que me amara para siempre.

—¿Y tú? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —reclamé, apartándole para entrar.

Ni por un momento se me pasó por la cabeza que pudiera estar acompañado, que ya me hubiera sustituido por otra. Él no era así. Efectivamente el piso estaba vacío y su única compañía había sido una botella de *whisky* y una copa medio llena que había dejado sobre la mesa del comedor.

—Tenía asuntos que resolver aquí —respondió siguiéndome desde el recibidor hasta el salón, donde cogió la copa y le dio un trago—. ¿Quieres una? —me ofreció.

Yo negué con la cabeza. No parecía borracho, pero si no llego a interrumpirle hubiera acabado con la botella.

—¿Vas a dejarme? —pregunté, soltando el bolso y la maleta junto al sofá. Me quité la chaqueta sin apartar la mirada y él abrió los ojos sorprendido.

—¡¡¿Qué?!! ¡¡No!! Yo... — balbuceante, iba negando con la cabeza. Pero aquellas respuestas no me aclaraban nada y me estaban poniendo muy nerviosa.

—He venido a buscarte, Iván. Una vez fui yo la que hui, por miedo y por vergüenza, pero ahora ya no hay rastro de aquella niña asustada que solo pensaba en escapar. Ahora soy una mujer madura y fuerte que sabe lo que quiere y te quiero a ti. —Clavé mis ojos en los suyos y pronuncié las palabras que llevaba semanas callando—. Estoy

enamorada de ti y voy a luchar por nosotros.

—Mierda. Yo...

—¿Ya no me quieres? ¿No puedes soportar que permitiera que mi padre nos hiciera daño? —pregunté con lágrimas en los ojos—. ¿Te avergüenzas? ¿Te doy asco? —pronuncié, diciendo en voz alta todas aquellas cosas que me daban miedo. Me había jurado no volver a llorar jamás, pero quería desnudarme frente a él. Mostrarle mi auténtico yo—. ¿Todavía sigues pensando que él no lo hizo? ¿Es eso?

—¡No, joder! —Dejó el vaso sobre la mesa con un golpe y parte del contenido se derramó—. El que está

avergonzado soy yo —reconoció acercándose a mí—. Me avergüenza haberme quedado al lado de aquel hijo de puta, haber confiado en él, no haberos ayudado cuando más lo necesitabais... Y me da un miedo atroz que no puedas perdonarme —confesó con los ojos brillantes por la emoción.

—¿Por eso estás aquí? —pregunté.

—Por eso y porque quiero arreglar el papeleo. Voy a dejar la empresa —anunció.

—¿Qué?! ¿De qué demonios estás hablando?

—Ya lo has oído, no quiero tener nada que ver con tu padre y su maldito dinero. No puedo devolver lo que ya he conseguido hasta ahora, pero quiero

desvincularme del todo. Tengo ahorros, empezaré de cero, crearé mi propia empresa y me llevaré a Sofía conmigo. He hablado con mi abogado y me ha dicho que...

—Para, para... —le corté—. No puedes dejar la empresa, Iván.

—Está decidido, Vicky. No puedo soportar la idea de seguir con el legado de ese cabrón. Ni siquiera puedo soportarme a mí mismo al pensar que te obligué a trabajar allí, a aguantar a Castilla... ¡Dios! —Furioso, se pasó las manos por el pelo.

—No, me niego, eso no es lo que quiero. Tú eres lo único bueno que hay en esa empresa, Iván. Eres un buen hombre, honrado. Puedes hacer que todo

lo malo que intentó construir mi padre se convierta en algo bueno —le rogué.

Iván estaba cumpliendo su sueño profesional y no iba a permitir que renunciara a ello por un sentimiento de culpa que ya no tenía sentido. Me alegraba muchísimo que estuviera dispuesto a dejarlo por mí, pero no iba a ser tan egoísta.

—No lo sé, Vicky, estoy confundido.

—Por eso mismo. No cometas locuras en caliente. Pensemos en ello, pero no renuncies a algo por lo que has luchado siempre.

—Tendría que haber luchado por ti. Creerte cuando me dijiste que tu padre era una mala persona y no haberte

dejado marchar.

—¿Me quieres?

—Más que a mi vida.

—Entonces no me hace falta nada más. Vamos a empezar de cero, tú mismo me lo pediste hace unas semanas. Vamos a darnos otra oportunidad, Iván. Olvídate del pasado y quíereme ahora, para siempre. Ya no importa lo que hicimos, los dos nos equivocamos, tú por dejarme marchar y yo por no contarte toda la verdad.

Asintió cerrando los ojos. Le estaba convenciendo.

—Te quiero tanto, Vicky —susurró acercando los labios a los míos—. Perdóname, por favor.

—No hay nada que perdonar, mi

amor. —Le acaricié la mejilla y le di un beso—. Tenemos otra oportunidad, no todo el mundo puede decir lo mismo. Aprovechémosla —asintió y me rodeó la cintura con los brazos—. Hazme el amor... —supliqué entre besos.

—Dios, Vicky —gimió.

Le quité la camisa sin apartar mis labios de los suyos. Él me soltó un momento y la dejó caer, después me devoró con pasión. Me bajó la cremallera de la falda, que cayó al suelo. Me aparté y me quité los zapatos de una patada sin soltarle, desabrochándole el pantalón. Él se ocupó de mi jersey de punto. Tuvimos que separarnos unos segundos para acabar de desnudarnos, pero

inmediatamente me cogió en brazos y me llevó a la habitación. Me dejó en la cama con cuidado, sin molestarse en apartar la colcha. Estábamos desesperados, queríamos sentirnos. Nos deseábamos demasiado y sabíamos que aquello era como una primera vez. El inicio de algo nuevo y maravilloso, lejos del dolor del pasado. Nos amábamos y éramos libres de mentiras.

—Cariño, ¿estás lista? —preguntó acariciándome entre las piernas, comprobando que estaba preparadísima para él—. No puedo esperar... Te quiero tanto, Vicky.

—Y yo, mi amor —gemí cuando empezó a penetrarme lentamente, con suavidad, saboreando aquel momento

mágico de unión.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —me susurró al oído, besándome en la sien, sin dejar de mover las caderas en un vaivén sincronizado para llevarme al paraíso—. No sé cómo he podido soportar estos años lejos de ti. Nunca dejé de quererte —confesó.

—Yo tampoco... Yo tampoco... —murmuré al borde del clímax.

Nos corrimos casi al mismo tiempo. Dejándonos llevar por un orgasmo que no tenía nada que ver con lo que había sentido hasta entonces. Y en aquel momento descubrí lo que era ese instante único en la vida en el que le encuentras sentido a todo y te das cuenta

de que lo que has vivido hasta ese momento ha sucedido para llevarte hasta allí. Y todo encaja, todo es perfecto y sabes que has nacido para estar con esa persona hasta el fin de tus días. Nos quedamos acostados de lado, mirándonos a los ojos durante una eternidad. Ni siquiera sabría decir cuánto tiempo, no me importaba. No quería estar en ningún otro lugar más que allí y solamente sería perfecto si Daniela estuviera durmiendo en la habitación de al lado. Pero los tres íbamos a estar juntos.

—Quiero que te cases conmigo — dijo de pronto, cortándome la respiración.

—¿Lo dices en serio? —pregunté

para asegurarme, porque Iván no era la clase de hombre que creía en el matrimonio.

—Completamente. Hablaré con un amigo para que agilice los trámites. No quiero esperar.

Cada vez tenía la boca más abierta.

—Aún no te he dicho que sí —le recordé.

—No con palabras —apuntó—. Me lo dicen tus ojos, pero estaría bien oírlo de tus labios.

—Pídemelo...

Él seguía de lado, como yo, mirándome con sus ojos grises, más brillantes que nunca. No se movió, solo me cogió la mano y la colocó sobre su pecho, a la altura del corazón.

—Quiero a Daniela, es maravillosa y quiero ser su padre —dijo adivinando que aquello era lo más importante—. Una vez estemos casados, el tema de la adopción será más fácil. Nunca permitiré que nadie la aparte de nuestro lado. Te lo juro. —Yo lloraba, sentía cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas, mojando la almohada—. Incluso quiero a ese maldito chucho rabioso, y a tu hermana, aunque en ocasiones sea un poco tocapelotas. —Sonreí—. A tu colega, el ruso, no le quiero, pero creo que podré soportarle mientras no cruce los límites contigo, y el resto de tus amigos me caen genial. Mi madre va estar encantada de saber que has sido tú la que me ha cazado.

Nunca me perdonó que te dejara marchar. Y mi hermana está deseando ser tía, así que va a adorar a Daniela en cuanto la vea —me explicó con una sonrisa—. Si te ves capaz de aguantarme durante el resto de tu vida, dime que sí, porque una vez te tenga no voy a dejarte ir. Vicky, ¿quieres casarte conmigo?

Sorbí por la nariz, de una manera muy poco elegante dadas las circunstancias, antes de poder hablar. De mi boca solo salió una palabra...

—Sí.

—¡Gracias, Dios! Te amo — exclamó con alegría.

Nos besamos con pasión. Hicimos el amor, esta vez de manera menos dulce, pero más intensa. Abrazados, un

rato después, me acordé de un detalle de suma importancia que quise compartir con él.

—Ya sé que sabes que odio que te gastes dinero conmigo, que lo importante es el detalle y todo eso... —murmuré—. Pero del anillo de compromiso no te libras.

—Por supuesto que no —me confirmó—. Está en el segundo puesto de mi lista de cosas importantes por hacer mañana. La primera será disfrutar de un polvo de buenos días con mi prometida, por si te lo estabas preguntando.

—Me parece bien —asentí con una sonrisa—. Espero que esos ahorros de los que me hablaste sean considerables

porque quiero un diamante de los grandes y eso no es negociable.

—No iba a ser menos... Para mi futura esposa solo deseo lo mejor.

Y me besó. Y descubrí que todo lo malo que me había ocurrido no importaba, ni siquiera lo recordaba, porque cuando la felicidad te agarra de la mano, hay que dejarse llevar...

# Epílogo

Regresamos a Barcelona el fin de semana. Había llamado a Sofía para que organizara una cena en casa e invitara a todos nuestros amigos, incluido Alexei. Cogimos un vuelo por la tarde y pasamos por casa de Iván para que dejara la maleta y de paso cogimos su coche. Así nos fuimos a mi casa, contentos e ilusionados por dar la noticia que nos hacía tan felices.

—¿Estás contenta? —me preguntó sin apartar la vista de la carretera.

Yo jugaba con el pedrusco que lucía en el dedo, que emitía deslumbrantes

destellos. Lisa iba a alucinar cuando lo viera.

—Estoy feliz —respondí.

—Yo también. Pero lo estaré más cuando seas mi mujer.

—Ya lo soy.

—Legalmente, quiero decir.

—Eso son detalles... —murmuré y él me miró de reojo, frunciendo el ceño.

La mañana después de mi llegada a Madrid, tras el prometido polvo de buenos días, Iván empezó a mover los hilos para agilizar una boda civil. A mí, hacerlo en un juzgado o en una iglesia me daba igual, no hubo problemas hasta que fuimos a ver a su madre y puso el grito en el cielo al saber que no nos casábamos en Madrid y que, además, no

lo hacíamos por la Iglesia. Tras el berrinche inicial, se conformó y se mostró encantada con la noticia del compromiso. Además, conocer la existencia de Daniela fue un motivo más de celebración. Tanto ella como mi futura cuñada, prometieron venir a Barcelona de visita un fin de semana para conocerla antes de la boda.

—Detalles importantes —  
puntualizó, ajeno a mis pensamientos.

—Te he dicho que sí y llevo orgullosa el anillo, ¿qué más quieres?

—Que firmes un contrato, cariño.

—Ya firmamos uno hace unos meses...

Recordé cuando le pedí que me prestara dinero y me obligó a trabajar

para él. No hacía mucho, pero me parecía que había pasado una eternidad.

—No me lo recuerdes —sacudió la cabeza, todavía cabreado consigo mismo.

—No te preocupes, cielo, este lo firmaré encantada.

—Ya no hay vuelta atrás. En cuanto Daniela dé el visto bueno, vais a ser mías para siempre. —Me guiñó un ojo, me acarició la rodilla y yo suspiré como una tonta enamorada.

La noche que me pidió oficialmente que me casara con él, con diamante incluido, fuimos a cenar a un conocido restaurante del centro de Madrid. Nos vestimos elegantes y estuve toda la cena esperando el ansiado momento, pero

después del postre y el café, pagó y me sacó de allí para mi completa estupefacción. Cogimos un taxi y me sorprendí mucho al ver que nos deteníamos delante del bar de Beni, un local de mala muerte al que solíamos ir cuando éramos unos chavales. Todo el mundo se acordaba de mí y me saludaron con abrazos efusivos y sonrisillas cómplices hacia mi futuro marido, que, al parecer, ya lo había planeado todo. Aquella noche solo había viejos amigos en el bar, que fueron testigos del momento en el que hincó la rodilla y sacó la cajita. Yo rompí a llorar de inmediato. Tanto sentimentalismo me había convertido en una llorona y eso que odiaba a las

mujeres que lloraban por todo, pero allí estaba yo, sorbiendo los mocos y asintiendo aun antes de que me pusiera el anillo en el dedo. Todo el mundo aplaudió cuando nos besamos y brindamos con cerveza. Para celebrarlo, Iván dijo que teníamos que hacer como en los viejos tiempos y, en un despiste, nos colamos en el baño para echar un polvo colosal sin quitarnos la ropa. Fue uno de los mejores días de mi vida.

—Ya hemos llegado —anunció abriéndome la puerta.

Perdida en los recuerdos no me había dado cuenta de que estábamos frente a mi casa. Salimos del coche y desde la calle oímos las risas de nuestros amigos, que se estaban

divirtiéndome dentro. En cuanto entramos, Daniela se lanzó a mis brazos y me besó. La adoraba con toda mi alma, era mi hija y nada podría cambiar lo que sentía por ella.

—Me alegra que estéis los dos aquí, hermanita —me saludó Sofía, dándome un abrazo de bienvenida.

Mis amigos charlaban alrededor de la mesa del comedor, donde había platos con comida y varias botellas de refrescos y cerveza. Estaban todos. Eric y Su. Lisa, Raúl y el pequeño Víctor, que gorjeaba en el cochecito. Carol, la amiga de Lisa y la nueva mejor amiga de mi hermana, y mi adorado Alexei, que lanzaba miradas de reojo a Sofía porque seguramente aún no había hablado con

ella. León corría de un lado a otro y gruñía a Iván, que estaba saludándolos a todos. El pequeño cachorro tenía que empezar a acostumbrarse a su presencia porque había vuelto para quedarse.

—¡Chicos! —exclamó mi prometido, captando la atención de los presentes—. Vicky y yo tenemos una noticia que daros, por eso os hemos reunido hoy aquí —anunció rodeándome por la cintura.

Mis amigas me miraron preocupadas y yo les sonreí para tranquilizarlas. Entonces Iván se arrodilló en el suelo y se puso a la altura de Daniela, que no se había apartado de mi lado.

—Si a Daniela le parece bien, nos

gustaría comunicaros que Vicky y yo vamos a casarnos.

—¡¡¿Qué?!! —exclamaron Su, Lisa y Sofía al mismo tiempo.

—¿Qué me dices, Daniela? ¿Te gustaría que fuera tu papá? —le preguntó y yo sentí que se me humedecían los ojos.

—Claro —respondió la pequeña. Yo no tenía muchas dudas, sabía que le adoraba y me pareció un detalle muy bonito que quisiera preguntárselo—. Me gustaría mucho —afirmó y le abrazó.

—Entonces decidido —dijo él, alzándose con la niña en brazos—. Nos casamos. Tenemos fecha para dentro de dos meses.

Todos prorrumpieron en aplausos,

gritos de alegría y felicitaciones. Cuando mis amigas se acercaron a besarme, aproveché para enseñarles el anillo y Lisa casi se desmayó.

—¡Dios mío! ¡Es precioso!

—Sabía que ibas a ser la siguiente.

Cogiste mi ramo —me recordó Su, guiñándome un ojo.

—Espero que cuando Víctor cumpla unos meses más, Raúl se decida —comentó Lisa, celosa de nuestras bodas, mirando a su novio de reojo, que permanecía ajeno a todo, estrechándole la mano a Iván.

—Seguro que sí, cielo. Lo está deseando —dije para animarla.

Mientras la gente se divertía en el salón, llamamos a Sofía para hablar con

ella en privado. Iván quería proponerle un par de cosas.

—Vosotros diréis... —murmuró intrigada.

—Al enterarme de lo de vuestro padre estaba dispuesto a dejar la empresa, pero tu hermana me ha convencido de lo contrario —le resumió—. Quiero hacer del proyecto de tu padre algo mejor y te necesito a mi lado. Dime que trabajarás conmigo, por favor.

—Te dije que no porque estaba muy cabreada contigo, Iván —le recordó—. Pero al ver que te has arrodillado para preguntarle a Daniela si podías casarte con mi hermana, ¿qué puedo decir? Me has ganado para siempre —murmuró emocionada—. Así que, sí, trabajaré

contigo.

Yo sonreí. Me alegraba por ella, era la mejor oportunidad de futuro a la que podía aspirar hasta que tuviera la suficiente experiencia. Con el tiempo llegaría a lo más alto, estaba convencida.

—Me alegro, cuñada —le dijo Iván—. Y otra cosa... Con Vicky hemos decidido que, después de la boda, me instalaré aquí y mi ático se quedará vacío. Estaremos encantados de que te quedes con nosotros, pero había pensado que quizá te gustaría instalarte allí. Por mi parte no habría ningún problema y te cobraría un alquiler simbólico.

—Yo no quiero que te vayas, cielo

—me apresuré a decir—. Pero me dijiste que querías buscar algo para ti, por eso pensamos que podría interesarte.

—¿Bromeas? ¡Claro que acepto! Vivir en ese ático es un sueño —exclamó emocionada—. Ya puedes empezar a hacer las maletas porque quiero mudarme cuanto antes —pidió abrazándonos a los dos—. Os quiero y estoy muy feliz por vosotros.

—Nosotros también te queremos, hermanita.

A última hora, mis amigos empezaron a ponerse las chaquetas para irse a casa. Se había hecho tarde. Daniela se había quedado dormida en el sofá abrazada a León y los demás se

despedían en la puerta del jardín. Alexei se acercó a mi hermana y le preguntó si podían hablar. Aunque no estaba bien espiar, me acerqué para escuchar lo que decían. Temía que mi amigo volviera a herirla ya que carecía de tacto y sensibilidad y prefería estar cerca para intervenir si era necesario.

—Me gustaría hablar contigo sobre lo que pasó el otro día —le dijo sin mirarla a los ojos.

—Creía que ya había quedado todo claro —respondió ella, de brazos cruzados y en actitud hostil.

—Te debo una disculpa.

—Eso es evidente, cretino.

—No me lo estás poniendo fácil, Sofía.

—No te lo mereces.

Aquello parecía un partido de tenis, iba mirando de uno a otro a medida que iban lanzándose pullas, ajenos a todo lo que los rodeaba.

—Mira, si no quieres hablar, lo entiendo...

—Hablaré contigo, pero será cenando, como amigos y personas civilizadas —aclaró—. Después de conocerte un poco mejor, te diré que conmigo ya no tienes nada que hacer. Me merezco mucho más y tú no estás a la altura, pero eso no impide que podamos llevarnos bien.

—Está bien, acepto —respondió él, disimulando una sonrisa.

—Genial. El sábado a las nueve.

Llámame y dime el sitio porque pagas tú.

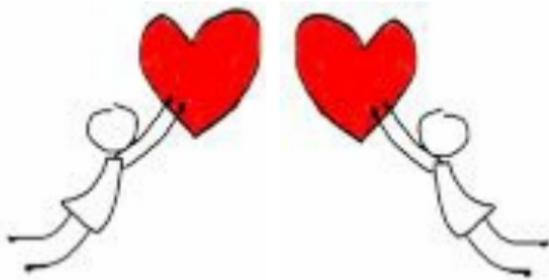
Y así, sin más, le dejó plantado en mitad del jardín.

—Joder con la princesita... — murmuró Alexei sin quitarle ojo de encima hasta que volvió a entrar dentro de casa.

Parecía evidente que mi amigo sentía un rechazo absoluto hacia mi hermana, pero yo le conocía y sabía que estaba fingiendo. Alexei, el hombre que había renunciado al amor y a las relaciones incluso antes de haberlo intentado, sentía algo por Sofía, una joven marcada por sus cicatrices, aunque no todas fueran visibles. ¿Qué iba a ocurrir durante aquella cena que

habían planeado? No quería que Sofía sufriera y sabía que Alexei tenía demasiados secretos, aun así no podía hacer nada para impedir lo que iba a ocurrir. Tenía que confiar en el destino y dejarlo todo en sus manos. Se avecinaban tiempos difíciles para aquellos dos... ¿O tal vez no?

**FIN**



# Conociendo a...

«Hola, me llamo Iván Robles y he sido un capullo durante muchos años».

¿Alguna vez os habéis sentado a hablar con vosotros mismos y os habéis preguntado cuál ha sido vuestro gran error o vuestro gran acierto, aquello que ha hecho que vuestra vida fuera por un camino y no por otro?

Yo siempre había pensado que era un hombre que había tomado sus propias decisiones. Me ofrecieron una gran oportunidad y la cogí sin dudarlo, nunca me vi como el títere que fui para la familia De Miguel.

Tengo que reconocer que cuando descubrí toda la verdad acerca del padre de Vicky y lo que había ocurrido entre ellos, me sentí manipulado y engañado. El hombre en el que había confiado a ciegas era un hijo de puta borracho y maltratador. Vicky me había dejado para huir de él ocultándome la verdad porque me negué a creerla y ayudarla, y Sofía, a quien consideraba como una hermana pequeña, no había tenido la confianza suficiente para contarme lo de sus cicatrices. Estaba decepcionado, me sentía estúpido y me largué para pensar en ello hasta que Vicky vino a buscarme y me hizo entrar en razón.

Lo de que he sido un capullo

durante muchos años es cierto y me arrepiento. Mi orgullo no me permitió luchar por la mujer que amo y me hizo equivocarme una y otra vez con ella.

La primera vez que vi a Vicky era solo un chaval ambicioso que acababa de perder a su padre y al que le faltaba poco para perder también la casa donde vivía con su madre y su hermana. El señor De Miguel se presentó en el taller de coches donde trabajaba y me ofreció una oportunidad. Yo no sabía que lo hacía para taparnos la boca, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que el accidente de mi padre había sido por culpa de una negligencia, así que me sentí agradecido por ello cuando en realidad debí denunciarlo y reclamar

una indemnización. Empecé en la empresa desde abajo, pero el señor De Miguel seguía mis pasos de cerca y enseguida se dio cuenta de que era un chico inteligente, que haciendo recados y fotocopias estaba desaprovechado. A menudo me hacía subir a su despacho y me pedía opinión. Me preguntaba qué haría yo en determinadas situaciones y aquello me hacía sentir importante. Qué estúpido fui... Solo era un gilipollas ambicioso que se creía demasiado listo, esa es la verdad.

Una tarde me invitó a su casa para tomar una copa y hablar de negocios, fue el día que me ofreció la gran oportunidad. «Menudo palacete», pensé cuando vi el edificio, comparándolo con

el modesto piso en el que vivía yo. Me vestí con mis mejores vaqueros y me puse una camiseta sencilla pero limpia y las gafas de sol de mercadillo. Llamé al timbre, me hicieron pasar al salón y por el camino me crucé con ella, mi diosa, la chica más bonita que había visto en mi vida. Joder, me puso como una moto. Estaba buenísima y me miraba con picardía con sus bonitos ojos verdes y yo solo podía pensar en hundir la cabeza entre sus preciosas tetas. Desde aquel día no hubo vuelta atrás. Nos enamoramos. Y sí, hubo mucho sexo. Sexo salvaje, sudoroso, desvergonzado, de ese que solo comparten los adolescentes cargados de hormonas, despreocupados y libres de ataduras.

Pero entre nosotros había más que eso, mucho más. En cuanto vi a Vicky supe que iba a ser la mujer de mi vida. Unos meses después, yo rebosaba amor por todos los poros de mi piel y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por estar con ella aun sabiendo que no la merecía. Al fin y al cabo solo era un muchacho de barrio y ella era una señorita adinerada y preciosa, pero me quería y yo me sentía el amo del universo.

Entonces, de un día para otro, se largó y me hundió en la puta miseria. Intentó hablar conmigo y contarme una historia descabellada sobre su padre. Yo le dije que solo era una niñata caprichosa y que el señor De Miguel era

una de las mejores personas que había conocido, que no estaba bien que se inventara aquella historia para justificar su huida, y aquella fue la última vez que hablamos hasta años más tarde. Busqué una explicación lógica para aquel abandono, pero nunca la encontré. Vicky se había largado y me había roto el corazón, demostrándome que no podía quererme y que era una maldita egoísta, así que me esforcé para odiarla con todas mis fuerzas y lo logré durante años, convirtiéndome en un hombre frío y astuto que logró reunir su propia fortuna y, de aquella manera, sentirme a la altura de la familia que me había dado y quitado tanto.

Cuando el señor De Miguel se puso

enfermo y murió en poco tiempo, me horrorizó descubrir que la crueldad de Vicky llegaba hasta el extremo de no presentarse ni a su funeral. Coincidí con Sofía, con la que mantenía relación a través del correo electrónico y el teléfono porque vivía fuera de España, y descubrí en ella a una joven promesa con mucho potencial y ganas de volver a casa. Le propuse trabajar conmigo en Barcelona, donde me enviaban para dirigir la sucursal ubicada allí, y aceptó. Reconozco que una de las razones por las que lo hice fue porque sabía que a través de ella lograría encontrar a su hermana. La línea que separa el amor del odio es tan delgada que a veces se confunde y así era exactamente como me

sentía yo: confundido.

Volver a ver a Vicky después de quince años fue desconcertante. La deseaba y la odiaba con la misma intensidad. Se parecía a la chica que había amado, pero ahora era mucho más fría. Me repateó verla con el ruso, eso me puso furioso. Parecía feliz y yo me sentía como un miserable, así que cuando nos encontramos una noche en la discoteca no dudé en follármela. «Por los viejos tiempos», me dije y fue un polvo glorioso, tal y como lo recordaba, que me hizo sentir peor. Luego todo se complicó.

Vino a pedirme dinero y vi la oportunidad de cobrarme la venganza. Iba a hacerla sufrir como ella hacía

conmigo. Sabía que lo que más detestaba era todo lo relacionado con su padre, así que la obligué a trabajar en la empresa familiar. Sin embargo, todo el esfuerzo fue inútil, aunque intentaba olvidarla, cada vez la deseaba más. En un arranque me tiré a mi secretaria, pero no me sirvió de nada. Mientras me la follaba solo pensaba en Vicky. En su pelo, en su olor, en su cuerpo de diosa... Un desastre, eso es lo que fue aquel polvo sin sentido.

Más tarde ocurrió lo de Castilla y deseé con todas mis fuerzas que alguien me diera una paliza por cabrón. Tal vez podría haberlo hecho el imbécil de las greñas, que se había erigido en su guardaespaldas, pero ni eso conseguí,

aunque era evidente que ganas no le faltaban. Entre él y yo jamás podrá haber una relación de amistad, somos radicalmente opuestos y no nos soportamos, ni siquiera haremos el esfuerzo por Vicky, que lo único que ha conseguido es que podamos estar durante unas horas en la misma habitación sin llegar a las manos, aunque eso no nos impida lanzarnos constantes pullitas envenenadas.

Tras aquello y encontrarme a Vicky herida por mi culpa, me di cuenta de que aquella absurda lucha de sentimientos había terminado y había vencido el amor. Seguía amándola y estaba dispuesto a luchar por ella y olvidar que me había dejado y me había roto el

corazón. No fue fácil derribar sus barreras. Si por algo se caracteriza es por tener una voluntad de hierro, pero poco a poco y con la ayuda de Daniela, nuestra preciosa niña, llegué a rozar de nuevo su frío corazón.

Cuando creía que lo habíamos conseguido y teníamos una oportunidad, que íbamos a dejar el pasado atrás, Sofía soltó la bomba y yo me sentí como el mayor hijo de puta del planeta. No había creído a Vicky cuando intentó contarme la verdad, le había hecho daños en reiteradas ocasiones a lo largo de aquellos años y, además, me había quedado al lado de aquel monstruo. No podía ni mirarme al espejo, me sentía una mierda y me largué a Madrid para

pensar en ello y tomar una decisión. Estaba asustado, temía que jamás pudiera perdonarme y que aquel fuera el motivo de nuestra ruptura definitiva. Lo único que hice fue beber, lamentarme y hablar con mi abogado para solucionarlo todo y dejar la empresa, pero entonces mi guerrera se presentó en casa dispuesta a luchar por nosotros y demostrarme que era más fuerte y valiente que yo y me hizo entender que lo peor que podíamos hacer era seguir dándole a su padre el poder de gobernar nuestras vidas. Nos amábamos y ya habíamos perdido tiempo suficiente. Volvimos juntos a Barcelona con la promesa de casarnos, querernos y formar una familia con Daniela.

Además, yo lo hice con la determinación de hacer de la empresa de su padre un lugar mejor. No sé si lo conseguiré, pero pondré todo mi empeño en ello porque ahora tengo lo que siempre he deseado: el amor de Vicky. Eso me da fuerzas para seguir adelante sin rendirme, como ella, la mujer más fuerte que conozco.

Sofía va a ayudarme, aunque últimamente está muy rara. Su comportamiento nos tiene preocupados. Vicky dice que es por culpa de su amiguito, el ruso, y yo solo espero que ese capullo no haga daño a mi cuñada si no quiere meterse en un buen lío. Deseo que las cosas salgan bien porque Sofía también merece tener un final feliz. Ahora solo falta saber si lo

conseguirá...

# Agradecimientos

Cuando empecé a escribir la serie «*Citas de Amor*», lo hice con la necesidad de contar la historia de Vicky. Aunque Su y Lisa me enamoraron y me hicieron reír, Vicky era especial. Espero que su historia os haya emocionado tanto como a mí.

Tengo una lista larguísima de personas a las que me gustaría mencionar por haberme acompañado durante el camino y haberme regalado su cariño de manera incondicional. Sois tantos que lo haré de manera general para no olvidar ningún nombre.

A mis padres. Por dárme todo.

A Tania. Por haber compartido conmigo tantas cosas. Sin ti no hubiera sido lo mismo. Gracias, compañera.

A mi familia. Por apoyarme y creer en mi sueño.

A mis amigas. Por creer en mí y disfrutar de mis novelas.

A todas las personas que me siguen y me apoyan a través de las redes sociales. Jamás hubiera imaginado que se pudiera recibir tantísimo cariño desde todos los rincones del mundo.

Sois los mejores. Sin vosotros todo esto no sería posible.

A ti, lector. Por leer y darme una oportunidad. Espero que hayas disfrutado y quieras repetir.

Ahora solo me queda anunciar que esto no termina aquí. La idea era que la serie «*Citas de Amor*» constara de tres libros, pero después de leer el final de «*Déjate engañar...*» comprenderéis que no puedo dejarlo así. Os espero en la cuarta y última entrega para que os dejéis seducir...

¡Gracias!

# Autora



*Anna Dominich* es el seudónimo bajo el que escribe esta autora catalana, nacida en la ciudad de Barcelona.

Aunque centró sus estudios en una rama de ciencias, la pasión por los libros no tardó en convencerla de que su verdadera vocación estaba en las letras.

Lectora empedernida, con una

mente inquieta, empezó a escribir historias llenas de romance, pasión, amor y sentido del humor. Sus novelas lograrán atrapar al lector por la frescura, la naturalidad y el realismo con el que escribe.

En 2016 publicó sus primeras novelas Chick lit tituladas «*Déjate tentar...*» y «*Déjate llevar...*», pertenecientes a una serie llamada «*Citas de Amor*». Unos meses después publica «*Déjate engañar...*», que también forma parte de la misma serie.

Actualmente sigue inmersa en el proceso creativo de dichas novelas, con las que pretende enamorar a los lectores del género romántico.

Enlaces:

**Página autora Facebook:** Anna

Dominich – Escritora

[https://www.facebook.com/Anna-](https://www.facebook.com/Anna-Dominich-Escritora-1473504226308427/?fref=ts)

[Dominich-Escritora-](https://www.facebook.com/Anna-Dominich-Escritora-1473504226308427/?fref=ts)

[1473504226308427/?fref=ts](https://www.facebook.com/Anna-Dominich-Escritora-1473504226308427/?fref=ts)

**Twitter:** @a\_dominich

[https://twitter.com/a\\_dominich](https://twitter.com/a_dominich)

**Instagram:**

@annadominich

**Goodreads:**

<https://www.goodreads.com/author/>